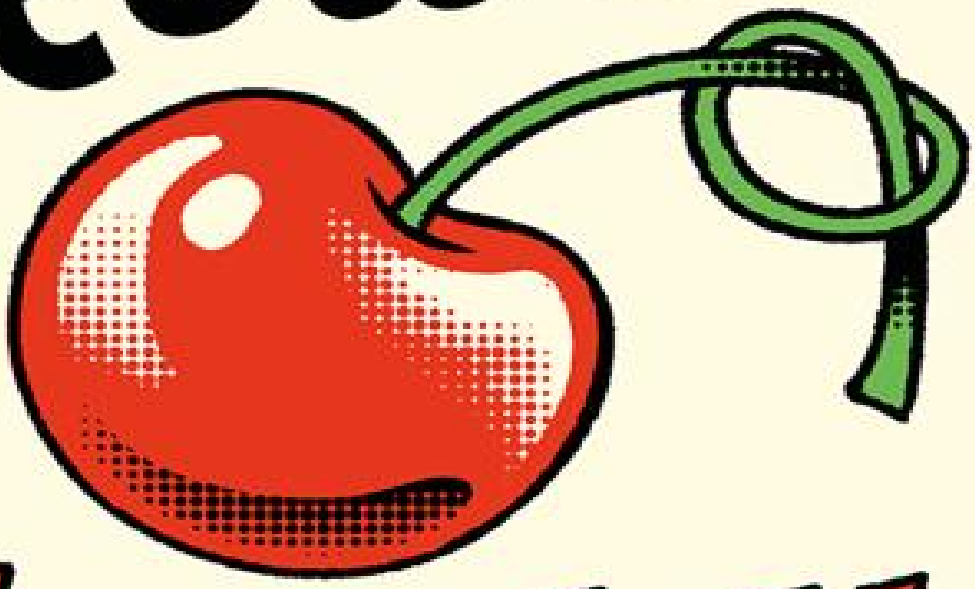
Por la autora best seller de *Eleanor & Park*

Rainbow Rowell



Cherry Baby

SUMA


Cherry
Baby

Rainbow Rowell



Cherry Baby

Traducción de Renata Somar

SUMA

1

—No.

—He dicho que no. Ahora no.

—Stevie, por favor, te lo suplico…

—No…

—No…

—Sé lo que quieres, es solo que…

—Stevie, voy vestida de negro. Solo quiero…

—Por lo menos una vez, necesito…

En el móvil de Cherry sonó una notificación. La ignoró. Estaba intentando salir por la puerta mientras mantenía a distancia a una perra demasiado grande.

Intentándolo, pero sin éxito. Stevie era demasiado grande y entusiasta para controlarla: empujaba hacia delante moviendo la cola y solicitando afecto con sus suplicantes ojos color café. Tenía una mirada que parecía humana, como la de los gorilas.

—Vale, vale —dijo Cherry alzando los brazos en señal de derrota —. Sí, sí, de acuerdo.

Stevie saltó hacia delante y restregó su enorme cabeza en los pantalones negros de Cherry, primero en un muslo y luego en el otro.

—Lo sé… —dijo Cherry con un suspiro mientras acariciaba el amplio lomo de la perra—. Eres muy buena chica, Stevie.

Stevie tenía dos años y era un cruce de terranova y gran pirineo. (Lo que algunas personas llamaban un «piriterra», pero no Cherry). Era una enorme perra blanca, con manchas negras alrededor de los ojos y de las orejas, y tan esponjosa que parecía una oveja o una especie de cabra montés. De hecho, había quienes recolectaban el

pelaje de su gran pirineo y confeccionaban jerséis con él. (Pero no Cherry. No, tampoco hacía eso).

Stevie parecía un oso polar que se hubiera puesto un antifaz y quizá era la perra más bonita que jamás había existido. Su nombre completo era Stevie Nicks. Fue el exmarido de Cherry quien eligió el nombre.

El móvil volvió a sonar y Cherry continuó ignorándolo. Stevie seguía empujando, tratando de acercarse más. Siempre se comportaba de esa manera cuando Cherry se había pasado todo el día en el trabajo.

Stevie metió la cabeza entre las piernas de su dueña y empujó de nuevo. Ese movimiento, que era uno de los favoritos de la perra, parecía una muestra de sumisión. Pero Cherry tenía las piernas cortas y casi siempre le hacía perder el equilibrio.

—¡Stevie! —exclamó Cherry, dando un paso atrás y tratando de recuperar el equilibrio—. ¡Por Dios! —El teléfono sonó de nuevo, en dos ocasiones consecutivas. Un mensaje de texto tras otro.

Stevie seguía entre las piernas de Cherry, envolviéndole la rodilla. (Eran tan larga que parecía un dragón chino). Aquello ya era demasiado.

—Basta ya, ¡a tu casa! —ordenó Cherry—. Tienes que irte a tu casa, Stevie, lo siento, no puedo hacer esto ahora.

Al oír la palabra «casa», Stevie trotó obediente hasta su caseta. Si algo podía reconocerle Cherry a Tom era que había adiestrado bien a la perra. Cuando estuvo dentro, Cherry le dio un premio con probiótico y cerró la reja de metal. La «caseta» ocupaba la mitad de la pequeña habitación en la entrada que usaban como vestíbulo.

Después cogió el rodillo quitapelusas y comenzó por las muñecas. Estaba cubierta de pelaje blanco hasta en zonas donde Stevie no se había restregado. En su casa, lo único que flotaba en el ambiente eran pelos. Era un desastre. Tal vez debía cambiarse de ropa…

O, quizá, lo que debía era quedarse en casa.

En realidad no quería ir sola a un concierto. La iba a acompañar su amiga Stacia, pero al final se había echado atrás, y a Cherry no se le ocurrió nadie que pudiera querer la entrada que sobraba.

Tenía treinta y seis años y sus amigos ya no iban a conciertos porque tenían hijos. O porque veían series (de las buenas). O porque les gustaba acostarse temprano para llegar a tiempo a su clase de *spinning* a la mañana siguiente o a la clase de lo que fuera que estuviera de moda ese año. Ni siquiera ella iba ya a conciertos.

Tom odiaba los conciertos. Ni le importaba la música ni le agradaban las aglomeraciones. Cada vez que Cherry lo convencía de que la acompañara a un concierto, él se pasaba la noche entera mirando a todos con el ceño fruncido, sin siquiera darse cuenta de lo que estaba haciendo. Se le veía incómodo incluso cuando tenía el rostro relajado…

Cherry empezó a pasar el rodillo para pelusa por los hombros. Se oyó otra notificación de móvil.

Había comprado las entradas para el concierto el mismo día que lo anunciaron. Goldenrod era su banda favorita de Omaha. Los había visto tocar en directo dos veces, antes de conocer a Tom, y antes de que se volvieran más o menos famosos y se separaran. El de esa noche sería un concierto de reencuentro y tocarían todo su primer álbum de principio a fin. No quería perdérselo, estaba harta de perderse todo.

Volvió a sonar otra notificación. Cherry sacó el móvil del bolsillo de atrás y miró la pantalla. En el grupo de chat que tenía con sus hermanas había treinta y cinco mensajes. Lo abrió.

El primer mensaje era de Honny: «SE ACABA DE ESTRENAR EL TRÁILER DE *JUEVES*! ESTO NO ES UN SIMULACRO!!!!».

Cherry puso el teléfono en modo silencio y lo volvió a guardar en el bolsillo. Colocó el rodillo quitapelusas sobre la caseta de Stevie y la miró con aire severo.

La perra tenía la cabeza levantada y la miraba con ojos necesitados. Se la veía anhelante incluso cuando tenía el rostro relajado.

—Voy a dejarte salir —dijo Cherry—, pero no puedes saltarme encima y tampoco te vas a venir conmigo.

Stevie anheló en silencio.

Cherry giró el seguro de la reja.

—Quieta —dijo.

Stevie se puso a dos patas de un salto dentro de su caseta.

—Hablo en serio, Stevie —dijo Cherry mientras se dirigía hacia la puerta de entrada.

Stevie parecía lista para salir corriendo.

Cherry se apresuró hacia la puerta y la cerró en cuanto salió.

2

Aparcó en la calle, lo más cerca del lugar del concierto que pudo. Era un pequeño club en una zona industrial del centro de Omaha. Llovía y ya había oscurecido.

Tal vez era una tontería salir sola por la noche de esa manera. Al menos debía avisar a sus hermanas de a dónde iba, por seguridad. Aunque, más que una medida de protección, avisar le parecía solo una manera de optimizar el proceso para cuando, más adelante, tuvieran que buscar su cadáver.

Las hermanas de Cherry continuaban despotricando en el grupo de chat y también habían comenzado a enviarle mensajes individuales para preguntarle por qué no respondía en el grupo. Ella siguió ignorándolas, metió el móvil y la cartera en el bolsillo, salió del coche y caminó rápido hasta la puerta del club.

El joven que estaba revisando las entradas casi ni la miró cuando le enseñó su identificación. Esperaba haber llegado lo bastante temprano para conseguir una mesa, porque la única zona donde se podía uno sentar en ese lugar era en las pocas sillas altas cerca de la barra.

Entró y fue directa a la última mesa que quedaba libre. Tuvo que saltar un poco para sentarse en el taburete. «¡Victoria!», pensó, pero de inmediato se sintió tonta. ¿Desde cuándo conseguir una mesa alta en un club se había convertido en una victoria? Por otra parte, también se sentía eufórica por el simple hecho de estar allí, de haber salido de casa.

Y osada por haber salido ella sola.

Aunque…, comparada con las demás personas que había en el sitio…, se sintió… vieja.

Y también gorda. (Como siempre).

Y bastante mona, con los vaqueros oscuros y el jersey calado de color verde oliva…

De hecho, le gustaba todo lo que vestía ese día: las gruesas botas de cuero azul celeste que había pedido a Dinamarca; los largos pendientes de color rosa, fabricados por un artista que había encontrado en internet, y el antiguo relicario en forma de corazón que se ponía con casi todo.

Tenía prendas bonitas, tal vez demasiadas. Por eso se había apoderado de todo el armario en el dormitorio que compartía con Tom, y luego de la habitación de invitados completa. Tom tuvo que guardar todos sus zapatos y su ropa de vestir en un armario de abajo. (Nunca la había hecho sentir mal por ello, pero, claro, él nunca usaba ropa de vestir tampoco).

La ropa era importante para Cherry; su apariencia en general lo era. Entre semana, por las mañanas, cuando subía en el ascensor a su oficina, en el duodécimo piso del edificio de la Western Alliance, la verdad era que le complacía ver su reflejo en las puertas de latón con acabado de espejo.

Siempre había sido capaz de mirarse con claridad; tenía buen ojo y sabía cómo sacarse partido. Conocía bien el material del que disponía.

Por ejemplo, el pelo, que llevaba en una melena larga y espesa, era de un peculiar color castaño, y lo sabía. Tenía los ojos color avellana y las pestañas densas. Unas pecas verdaderamente lindas sobre el puente de la nariz. Hoyuelos en las mejillas. Una sonrisa agradable. Sabía todo eso de sí misma porque podía verlo.

Y también… era gorda.

No como la mayoría de las mujeres creen serlo. Cherry era gorda *de verdad*. De forma objetiva. Y lo sabía. Podía decirlo en voz alta. No se escondía de ello.

Provenía de una larga estirpe de mujeres gordas. (En ese momento, por ejemplo, la pantalla del móvil se mantenía iluminada porque había tres mujeres gordas enviándole mensajes). Primero había sido una niña gorda, luego una adolescente gorda y ahora era una mujer gorda.

Sabía el aspecto que tenía y cómo la veía la gente, y siempre era consciente de ello. Mientras hacía o pensaba cualquier cosa, también pensaba en que era gorda, a pesar de las muchísimas cosas que le ocuparan la mente (si Cherry hubiese sido parte de un tren, habría sido la locomotora).

Estaba tan acostumbrada a pensar que era gorda que rara vez notaba que lo estaba haciendo. Estaba tan acostumbrada a pensar que era gorda que nunca *pensaba* en ello.

Cuando se fijó en el pelo de perro que le había quedado en la manga, frunció el ceño y lo retiró con los dedos.

Empezó a llegar más gente para el concierto y Cherry observó cómo entraban por la puerta. Todos eran mucho más jóvenes de lo que se esperaba. ¿No eran esos chavales demasiado críos para conocer a Goldenrod?

Quizá era el tipo de gente que asistía a todos los conciertos de ese bar… Tíos con barbas ralas. Chicas con cortes de pelo despuntados y tatuajes que les subían por el cuello hasta llegar a las mejillas. En estos tiempos, todo el mundo se tatuaba. Incluso las madres que llevaban a sus hijos al entrenamiento de fútbol o las profes de jardín de infancia. Seguro que era difícil ser joven y rebelde en tiempos así: si realmente querías destacar, tenías que tatuarte algo de un lado al otro de la cara y usar prendas tan poco favorecedoras que nadie de más de treinta se atrevería a ponérselas. Las chicas del concierto vestían lo que solía llamarse *mom jeans*, vaqueros «tipo madre», que agrandaban la cadera y aplanaban las nalgas. Pantalones «tipo madre» y zapatillas deportivas «tipo padre». Cherry no tenía la valentía de hacer algo así, era demasiado mayor y demasiado gorda para renunciar a sacar partido a sus puntos fuertes.

Le habría gustado que Stacia estuviera allí… Stacia o quien fuera.

En los viejos tiempos habría ido al concierto con un grupo numeroso de amigos del trabajo o del instituto, pero, cuando te casabas, las amistades cambiaban. Y luego volvían a cambiar cuando todos empezaban a tener hijos. A Cherry la habían dejado atrás en la etapa de los hijos, y ahora que Tom se había ido, la cosa

era incluso peor que que te dejaran atrás. Era como si la hubieran catapultado a la casilla de inicio.

Tal vez necesitaba amigos más jóvenes.

Aunque, al menos, no era la más vieja del local. Había algunas personas que reconocía por el simple hecho de que había vivido en Omaha toda la vida y de que acudía a ciertos lugares.

Vio a un hombre que solía trabajar en una tienda de discos cuando en Omaha había tiendas de discos. Y a una mujer que trabajaba en el periódico cuando en Omaha todavía se publicaba un periódico de verdad. A veces el mundo era tan nuevo que le daba vértigo, ¡y eso que solo tenía treinta y seis años! No resultaba sorprendente que su madre siempre pareciera tan confundida.

Alguien la tocó en el hombro, una joven con un flequillo corto muy poco favorecedor que quería saber si necesitaba las otras sillas que rodeaban la mesa. Cherry contestó que no y la joven las arrastró hasta la barra para sus amigos.

Cherry los observó un rato y luego se dio cuenta de que estaba mirando a la gente fijamente como si fuera un bicho raro del siglo xx. Lo mejor era mirar fijamente la pantalla del móvil, como cualquier persona normal. Al poco tiempo echó de nuevo un vistazo a la barra y se encontró con la mirada de alguien que la observaba a ella. Un hombre… que la sonrió.

Cherry frunció el entrecejo. ¿Era…?

Lo era, sin duda. Sonrió sorprendida y, cuando el hombre ya iba caminando hacia ella, su sonrisa se extendió.

—¡Russell Sutton! —exclamó Cherry cuando el hombre llegó a su mesa—. En carne y hueso.

—Cherry, Cherry —dijo él con una sonrisa fulgurante—. Eres como un *flashback*, pero qué bien estás.

—Y tú —replicó Cherry mirándolo. Estaba…

Madre mía, estaba igual que siempre, como si acabara de salir del vientre de su madre con un excelente corte de pelo y gafas de montura de carey. Como si hubiese nacido con esa sonrisita. Russell Sutton, de los Sutton del barrio de Fairacres. Hablando de *flashbacks*. Hablando de sacudidas impactantes del pasado lejano…

—¿Qué haces aquí? —preguntó Russ con una sonrisa que dejaba ver todos sus dientes, como si no pudiera evitarlo. Cherry se rio, era una pregunta tonta.

—He venido al concierto.

Russell se apoyó sobre la mesa alta y le cayó sobre la frente un mechón de pelo castaño.

—Sabes a qué me refiero. Llevaba siglos sin verte. ¿Has venido sola?

—Sí, ¿y tú?

Russ se encogió de hombros y se pasó la mano por el pelo para echárselo hacia atrás.

—Más o menos. He venido solo, pero ya sabes cómo son estas cosas, conozco a todo el mundo. Tú eres el rostro nuevo, Cherry. ¿Dónde te habías metido?

Ella volvió a reírse.

—En ningún sitio. Por ahí. Sigo viviendo en el centro y trabajando para el ferrocarril.

—No sabía que trabajabas para el ferrocarril. ¿Qué haces ahí?

—Me siento en una oficina y doy órdenes —contestó Cherry, y Russell se rio.

—Apuesto a que eres buena en eso. Estás casada, ¿no? Con ese tipo del cómic… Están rodando una película, ¿verdad?

Cherry apretó los dientes, pero solo un segundo y sin dejar de sonreír.

—Así es… *Jueves*.

—¿La ruedan el jueves? —preguntó Russ, confundido.

—No —contestó Cherry—. Así se llama el cómic, *Jueves*.

—Ah —exclamó Russell, avergonzado y haciendo una mueca—. Lo siento. En realidad, nunca lo he leído.

—No te… —comenzó a decir Cherry con una sonrisa franca—. No te preocupes —agregó negando con la cabeza—. Además, de hecho, estoy… —dijo mientras movía la cabeza de nuevo y agitaba la mano izquierda— divorciada.

Russ se enderezó un poco.

—Oh.

—Es decir, nos estamos divorciando.

—Lo siento, Cherry —dijo Russ con una expresión muy seria.

—No, no lo sientas. Es… —dijo meneando la mano de nuevo—. Ya sabes…

—Yo llevo tres años divorciado —agregó él.

—Oh, Russ —musitó Cherry dejando de sonreír al fin—. Lo siento.

—No hay problema —dijo Russ encogiéndose de hombros—. He sobrevivido —añadió con una mirada dulce.

Cherry le sonrió de nuevo y él se inclinó e hizo chocar su codo con el de ella.

—Sobrevivirás —dijo.

—Gracias —dijo ella riéndose un poco.

—¿Te gustaría beber algo?

Cherry miró el bar.

—Sí, pero no quisiera perder mi asiento.

—Te traeré algo entonces. ¿Qué quieres?

Cherry se mordió el labio y canturreó.

—No, da igual. Después tendría que ir al baño durante el concierto y perdería mi asiento.

—Ay, por Dios —dijo Russ—. Tú dime qué quieres. Te cuidaré el asiento toda la noche, abuela.

—¿En serio? ¿Lo prometes? —preguntó Cherry, señalándolo con el dedo índice—. No puedo ver un concierto entero de pie.

—Cherry, hemos ido juntos a varios conciertos —dijo Russ, exasperado.

—Ese es el problema. Me han salido juanetes de estar de pie noches enteras con zapatos de tacón.

—Ah, sí, claro. —Él sonrió con aire nostálgico—. Usabas esos zapatitos de estilo *pin-up* —agregó extendiendo el pulgar y el dedo índice—. Se te veían unos pies diminutos.

Cherry le golpeó la espinilla con la punta de sus gruesas botas.

—Quiero una Coca-Cola Zero. Y dentro de una hora tienes que volver a esta mesa a cuidarme el asiento para que pueda ir al baño.

—No te dejaré sola —dijo Russ mientras se alejaba de ella dando grandes zancadas.

Cherry sonrió al verlo caminar hacia la barra, pero enseguida trató de dejar de hacerlo. Y, aunque apretó bien los labios, sentía como si siguiera sonriendo.

Russell Sutton. ¿Quién lo habría pensado?

3

Russ llevó una Coca-Cola Zero para Cherry y una cerveza para él, y cumplió su palabra: se quedó en la mesa. Habían comenzado a tocar los teloneros: Sacagawea, una banda local que nunca había logrado despegar. Russ y Cherry se acercaron un poco más el uno al otro y continuaron hablando. Ella le contó más sobre su empleo. Había comenzado como diseñadora gráfica, pero él eso ya la sabía; después la habían ascendido y se había convertido en responsable del equipo, luego en la jefa del área, y ahora dirigía el Departamento de Marketing. Oficialmente lo hacía la mujer que estaba por encima de ella en el organigrama, pero Cherry era el cerebro y, a menudo, también la voz cantante. Además, siempre era la persona que se aseguraba de que todo se llevara a cabo. (A pesar de lo cual, cuando le explicó todo eso a Russ, se borró a sí misma un poco del panorama).

Después de la universidad, Russ había trabajado siempre para la Administración pública o en cosas relacionadas con ella. Ahora era jefe de gabinete del alcalde, a pesar de que este era republicano y él había sido liberal toda su vida. (El abuelo de Russ, de hecho, fue gobernador cuando en Nebraska todavía votaban a los demócratas). También participaba de forma activa en varios grupos cívicos para cosas como incentivar el voto, fomentar la alfabetización o implementar programas artísticos en vecindarios marginados. Russ conocía literalmente a la mitad de la gente en el bar. Varias personas se detuvieron en la mesa para saludarlo y él les presentó a Cherry. («¿Conoces a mi amiga Cherry? Prácticamente fuimos compañeros de piso en Creighton»). Russ iba todavía a muchos conciertos, veía muchas películas y cenaba una vez a la semana con sus padres. Y seguía siendo muy muy atractivo.

«Guapo» no era la palabra correcta en su caso, porque no era especialmente alto ni de espalda ancha. Tenía rasgos más bien afilados; parecía el típico actor irlandés de una serie dramática de la BBC. Era un poco más anguloso que la media, un poco más vivaz también. Tenía los ojos de color azul oscuro y más bien hundidos, la piel se le sonrojaba con facilidad. Cuando se emocionaba o se emborrachaba, se le veía febril.

Esa noche se le veía un poco febril, de hecho.

Russ se había casado al terminar de estudiar Derecho con alguien a quien Cherry nunca había conocido, una tal Marian que trabajaba en la Fundación Comunitaria. (Y que había estudiado en uno de los centros de Omaha donde iban las chicas católicas adineradas). Habían tenido un hijo que se llamaba Liam, y que ahora tenía ocho años y estudiaba en Saint Margaret Mary. ¿Quería Cherry ver una fotografía? Claro, por supuesto. Miró la pantalla del teléfono de Russ y sonrió. Su hijo era un encanto. Se lo dijo.

Ella no tenía fotografías que enseñarle a Russ. Aunque en su móvil había mil, no pensaba mostrarle una de Stevie, habría sido demasiado triste… Y tampoco quería hablar de Tom. No *podía* hablar de Tom de la manera en que Russ hablaba de su exesposa, como si solo fuera una cosa más de las que le habían sucedido en los años transcurridos desde la última vez que él y Cherry se habían visto.

—No puedo creer que trabajes en el área de gestión —exclamó Russ. Los teloneros acababan de terminar su actuación. Goldenrod no tardaría en empezar a tocar—. Siempre fuiste muy creativa.

—Lo sigo siendo —dijo Cherry, sintiéndose agraviada. Tragó de golpe el hielo que estaba masticando—. No hay mucha gente que pueda ser creativa y práctica al mismo tiempo. En realidad, ese es mi poder mágico: puedo asegurarme de que el trabajo sea bueno y de que se lleve a cabo. Y puedo comunicarme sin problema con la gente encargada de las cifras y del dinero.

—Ah —dijo Russ, mirando el vaso de Cherry—. ¿Quieres otra Coca-Cola Zero?

Cherry negó con la cabeza.

—¿No echas de menos diseñar? —preguntó Russ.

—Sé que se supone que debería decir que sí, pero… creo que soy mejor ejecutiva. En realidad, no creo haber sido diseñadora gráfica del todo.

—Por supuesto que lo eras.

Cherry puso los ojos en blanco.

—Russ, ¿has visto mis diseños alguna vez? —preguntó. Russ se encogió de hombros.

—A ver, es que no creo que te hubieras especializado en diseño en la universidad si no se te hubiera dado bien.

Bueno, eso era cierto.

—Se me daba bien, pero no era diseñadora —dijo. Al menos no como otras personas con las que había estudiado. No lo era de la misma manera que Tom—. Si tuviera que volver al diseño, echaría de menos lo que hago ahora.

—Es solo que no te puedo imaginar trabajando en el ferrocarril —dijo Russ—. No te imagino en el sector industrial.

—Bueno, ni soy millonaria ni le robo a nadie —afirmó.

Russ se rio.

—¿Todavía ves a Stacia y a toda esa gente?

Cherry asintió levemente.

—Sí, la misma gente de siempre.

Russ negó con la cabeza, como si recordara algo con cariño. Cherry imaginó algunos de los detalles.

Pasó junto a la mesa un hombre que saludó a Russ con un gesto de cabeza. Russ le respondió moviendo la mano.

—¿Alguna vez has pensado que ojalá te hubieras ido de Omaha? —preguntó Cherry. Russ la miró de reojo.

—¿A qué te refieres?

Cherry alzó la vista. Estando de pie junto a ella sentada, él era un poco más alto.

—A que… siempre son las mismas caras —dijo—. Los mismos viejos círculos que se solapan. ¿Alguna vez lo has pensado?

Russ sonrió sutilmente, pero la miró muy animado.

—Esta noche no.

Cherry corrió al baño antes de que comenzara la actuación y, cuando volvió, encontró a Russ sentado en su silla alta. Al verla, él le sonrió y le cedió el asiento. La banda estaba entrando en el escenario. Cherry se subió al asiento y aplaudió; le hacía mucha ilusión el concierto y le emocionaba que estuviera ya a punto de empezar.

El grupo comenzó a tocar la primera canción y Cherry sintió de inmediato como si volviera atrás en el tiempo, a cuando tenía veintitantos. Regresó a su último año de la universidad, cuando reproducía ese CD en bucle. Goldenrod era la banda que había hecho famoso el sonido «emo de Omaha». Guitarras sencillas y bonitas. Melodías vocales susurradas y quejumbrosas. Infelicidad en su punto más intenso. Todas las letras de las canciones de Goldenrod eran sobre estar solo o sobre sentirse culpable. De hecho, todos sabían que el cantante principal sufría de depresión. Esa noche llevaba una corona de papel y tocó los primeros acordes de la canción con una guitarra acústica.

Por Dios, a Cherry le encantaba aquel tema, aquel sentimiento. Se rio un poco, de puro gozo. La gente a su alrededor gritaba de alegría.

Russ se había movido hasta el lado de la mesa donde se sentaba Cherry para estar frente a la banda. Se volvió hacia ella sonriendo y cantó el primer verso de la canción: «*Era joven, estaba cansado y me estaba partiendo en tres*».

Cherry sonrió.

Ese tipo de conciertos se habían hecho muy populares ahora: las bandas tocaban de principio a fin los álbumes que más le gustaban al público. Después de varias canciones, Cherry comprendió por qué. Era genial escuchar todas las canciones que el grupo no habría tocado normalmente en un concierto, las que ni siquiera habían llegado a ser caras B. Era fantástico oír los temas en el orden preciso que uno conocía.

Cherry continuó sonriendo y la emoción hacía que las lágrimas le empañaran los ojos todo el tiempo. Se volvía de vez en cuando a mirar a Russ; aún no se había repuesto siquiera de la conmoción de volver a verlo, pero allí estaba, de pie a su lado. Tan cerca que le

rozaba el brazo cada vez que bebía un trago. *Russ Sutton*, *en carne y hueso*.

En ese primer álbum de Goldenrod, había una canción que a Cherry siempre le había hecho pensar en Russ; cuando la oía, adaptaba la letra de tal manera que encajaba con el enamoramiento imposible que sentía por él. Porque era obvio que había un enamoramiento. Y resultaba que ahora tenía a Russ allí al lado, cantando al ritmo de esa misma canción.

Tal vez el universo le estaba enviando algún tipo de mensaje…

Tenía que ser un mensaje del universo; era demasiado extraño y específico para ser solo una casualidad. Era la primera vez, desde que Tom se había ido, que Cherry salía nada más que por darse un gusto —quizá la primera vez en su vida que salía sola— y resultaba que esa noche singular y perfecta estaba ahí esperándola: una banda a la que adoraba, un álbum que le encantaba… y un chico por el que alguna vez había sentido algo superintenso.

Superintenso y fatal.

No, tal vez el universo no estaba de su lado. ¿Acaso un dios benevolente habría enviado a Russ Sutton para que lo encontrara en su camino? El anhelo que sentía en el estómago era delicioso y le resultaba conocido, pero en el pasado nunca había conducido a una sensación de satisfacción. Al menos, no respecto a Russ.

Y, sin embargo…

El solo hecho de sentir algo daba satisfacción, ¿no? ¿Acaso no era satisfactorio estar pegada a alguien tan atractivo y excitante? Sentirse atraída por alguien y vibrar un poco era muy agradable.

Russ pasó el peso de su cuerpo a la otra pierna y apoyó el brazo en el respaldo de la silla de Cherry.

Y ella se permitió disfrutarlo.

4

Irían todas al Galway esa noche.

Con veintidós años, aún sentían que tenían que salir y beber todos los fines de semana por el simple hecho de que legalmente podían hacerlo, porque era lo que hacían los adultos. Los adultos bebían en bares, no en residencias universitarias ni en pisos de estudiantes.

Las noches de viernes y sábado, y a veces las de los jueves, las amigas de Cherry se ponían blusas de seda ombligueras con mucho escote y apertura lateral, y salían a los bares.

A Cherry no le entusiasmaban tanto estas salidas como a sus amigas, en parte porque estaba demasiado gorda para que le quedaran bien las blusas ombligueras, pero sobre todo porque su padre era alcohólico, y relacionarse con gente ebria le provocaba ansiedad en lugar de alegrarla. Y que ella misma se emborrachara no mejoraba la situación.

A Cherry no le subía el alcohol igual que a sus amigas; ella tenía que beber bastante más para empezar a sentir algo siquiera. Tal vez se debía a su sobrepeso o quizá a su genética. Podía beber un chupito tras otro sin sentir flojera o ganas de hacer el tonto. De hecho, permanecía perfectamente sobria durante varias rondas; luego se sobreexcitaba un poco en las siguientes dos y, si continuaba, al final le daban ganas de vomitar.

Aquella situación no tenía ninguna ventaja. Aguantar tanto alcohol no le causaba orgullo. Cherry no quería ser una de esas mujeres que siempre estaba demostrando que podía beber como un hombre. Le parecía… caro. Calórico. Y triste.

No obstante…, ahora era viernes por la noche y todos salían de fiesta. Y a Cherry sí le gustaba salir de fiesta. Además, en el Galway

al menos había música.

Se puso un vestido entallado con mucho escote y falda larga, y se ofreció a ser la que condujera el coche.

El Galway atraía a tres tipos de clientes: estudiantes de la Universidad Creighton, alcohólicos profesionales y personas a las que de verdad les gustaba la música folk irlandesa. El local estaba en el centro, encajado entre dos edificios de oficinas. En un bar tan estrecho no tenía mucho sentido ofrecer música en vivo; los músicos siempre estaban apretujados al fondo, sobre una tarima de contrachapado. Además, no había donde sentarse a escucharlos, difícilmente podía uno permanecer allí de pie.

Para poder ver a la banda, Cherry arrastró a Stacia hasta el extremo de la barra más pegado al escenario. Stacia estaba bebiendo un *moscow mule* porque esa primavera era lo que estaba de moda. A ella la música le daba igual, pero sabía que a Cherry no y por eso solía complacerla.

Stacia era la compañera de cuarto de Cherry y una de sus amigas más cercanas. Era muy guapa, y los viernes por la noche estaba arrebatadora. Sus pechos eran justo lo bastante pequeños para no necesitar sostén y, a pesar de que era solo un poco más alta que Cherry, es decir, no mucho, tenía el mismo torso largo y esbelto de las concursantes de *American Idol*. De hecho, seguía usando vaqueros de tiro bajo para presumir de él. (Vaqueros de tiro bajo ¡en 2010!).

Cherry dejó de llevarlos en cuanto le fue posible y, desde entonces, entre semana solo se ponía pitillos elásticos y mallas, y los fines de semana, uno de los dos costosos vestidos tipo *rockabilly* que había comprado por internet.

(El problema con las marcas de vestidos *rockabilly* era que estaban *obsesionadas* con las cerezas. Cherry no había usado ropa con estampado de cerezas, que era como vestir con su propio nombre, ni de cualquier tipo de fruta, desde que tuvo edad suficiente para elegir su propia ropa).

Esa noche llevaba un vestido amarillo con un motivo vaquero *vintage*. Era su prenda predilecta, a pesar de que la última vez que se lo había puesto para salir, un tipo tan viejo como su padre se había ofrecido a darle una vuelta en coche. Siempre lo usaba con una chaqueta de punto azul claro y zapatos de tacón de un rojo vivo. Sus amigas le decían que estaba monísima.

Cualquiera hubiera creído que salir con sus amigas delgadas y sexis y ver a los estudiantes de Derecho tratando de ligar con ellas toda la noche habría sido deprimente para Cherry, pero si hubiera permitido que ese tipo de cosas la desanimaran, no habría salido nunca. Ella siempre había sido más gorda que sus amigas y menos atractiva para los chicos, pero enfurecerse o deprimirse por ello habría sido como enfadarse con el sol por salir por la mañana.

A veces sí que se desanimaba…

Le carcomía sin cesar, claro. Un poco.

Pero no la desanimaba tantísimo como para no salir.

Estaba bebiendo una Coca-Cola y la banda sonaba como Mumford & Sons, pero con gaitas y flautas irlandesas.

—Me gusta tu vestido —dijo alguien.

Cherry se volvió. Era un chico de su edad, de pelo oscuro y corto y gafas redondas. Tenía las mejillas sonrojadas y sostenía una jarra de cobre. Probablemente ya estaba algo borracho.

Cherry asintió y el chico se inclinó hacia ella.

—Con seis años, tenía un pijama igualito.

—¿En los años cuarenta?

—Mi madre me hacía toda la ropa.

—Eso suena bien —dijo Cherry mientras mordía un poco de hielo y miraba en otra dirección.

—Estuviste en mi clase de Ética —dijo él.

Cherry se volvió de nuevo. No podía ser. De haber visto en clase a aquel chico, lo habría recordado porque tenía un atractivo que ella habría notado de inmediato. Le gustaba su pelo: corto y ondulado, pero no trasquilado. Lo bastante largo para caerle sobre los ojos y obligarlo a quitárselo de la frente. Sus ojos eran oscuros y centelleaban; seguramente estaba un poco borracho.

—Yo me sentaba en la parte de atrás —dijo el chico—. Cuando iba, claro. Porque la clase empezaba a las ocho de la mañana y yo no estoy hecho para eso.

En efecto, Cherry había cogido la clase de Ética de las ocho de la mañana.

—Tú te sentabas delante —continuó el chico—. Y te gustan los jerséis.

—Te gustan los jerséis, efectivamente —dijo Stacia, quien ahora estaba detrás de Cherry con una sonrisa en el rostro.

El chico la miró de reojo y luego se volvió hacia Cherry y le tendió la mano.

—Me llamo Russ —dijo.

Cherry se la estrechó.

—Yo soy Cherry y ella es Stacia.

—Cherry —dijo él—. ¿Es tu seudónimo para bailar *swing*?

—¿Mi qué?

—Ya sabes, como las chicas *rockabilly*. Que usan este tipo de vestidos y tienen nombres así. Susie. Dixie. Flo. Cherry. Tu verdadero nombre ¿es Jessica o algo similar?

—Su verdadero nombre es Cherish —dijo Stacia, riéndose.

Por la expresión de Russ, estaba claro que no se lo esperaba.

—¡Ah, qué nombre tan bonito! —dijo él.

—No soy una chica *rockabilly* —aclaró Cherry—. Solo es un vestido.

—Pues me encanta.

—Oye, yo te conozco —intervino Stacia, señalándolo. Russ asintió.

—Sí, estuvimos juntos en Economía —dijo.

—Eso es… Entonces… te llamas Russ —dijo Stacia. Ya estaba un poco borracha.

—Pero entonces ¿bailas *swing*? —le preguntó Russ a Cherry, y ella puso los ojos en blanco.

—Tú usas gafas redondas, ¿y acaso por ello eres un niño mago? —le preguntó a pesar de que, en realidad, las gafas le encantaban.

—Quizá. ¿Por qué te pusieron Cherish tus padres?

—¿Por qué te pusieron Russ los tuyos? —preguntó a su vez Cherry, antes de dar un suspiro.

—Porque mi padre se llama así. Y mi abuelo.

Cherry no entendía por qué aquel chico insistía en hablar con ella. A menos que estuvieran muy borrachos, los hombres nunca le hablaban en los bares. O a menos que fueran supermayores. O que ya casi fuera la hora del cierre, momento en que comenzaban a disparar en todas direcciones.

Lo cual, por otra parte, no quería decir que los hombres *nunca* le hablaran.

No era que nadie la quisiera. De hecho, ya no era virgen. Había tenido dos novios en el instituto y uno cuando empezó a estudiar en la universidad, y después incluso se había acostado con otro. Y por lo menos dos de esos chicos habían estado enamorados de ella. Quizá dos y medio.

Solo que… ninguno llegó y trató de conquistarla de la nada.

Cherry tenía que lograr gustarles poco a poco, tenía que ir «desgastándolos». Lo hacía permaneciendo cerca y siendo encantadora, resultando sorprendentemente adorable para ser una chica gorda. Lo hacía oliendo bien, rozando con su pelo el hombro del chico en cuestión. Teniendo unos pechos tan abundantes y que se le acercaban tanto a la cara que era imposible no notarlos cuando se la miraba a los ojos.

Todos los hombres que en algún momento habían salido con Cherry primero habían sido amigos suyos, y lo más probable era que, al principio, todos pensaran que estaba demasiado gorda como para salir con ella. Pero luego Cherry lograba empezar a gustarles y, entonces, todas las cosas que les agradaban de ella cobraban más importancia que su gordura.

Pero la cosa era que ninguno había comenzado acercándose a ella a hablarle en un bar ni en el centro estudiantil ni en una fiesta. Es decir, ninguno había tratado de ligar con ella.

Así que no era posible que ese tipo delgado y guapo, con ojos de intenso azul, estuviera tratando de coquetear con ella. Además, no estaba tan borracho ni el bar era tan oscuro. Cherry no estaba

sentada tras un escritorio ni detrás de un muro: el chico podía verla de cuerpo entero.

—¿Te puedo invitar a una copa? —preguntó el chico y enseguida se volvió hacia Stacia—. ¿Invitaros? ¿A las dos?

—Vale —dijo Cherry al mismo tiempo que Stacia le pedía un *moscow mule*.

—Un *moscow mule* —repitió el chico, Russ, mirando a Cherry.

—Ella está bebiendo Coca-Cola —precisó Stacia.

—¿Coca-Cola con…?

—Solo Coca-Cola —aclaró Cherry.

—Es la que lleva el coche —dijo Stacia, riendo como si fuera gracioso.

—Qué práctico —dijo Russ—. Me vendría bien que alguien me llevara —dijo señalando a Cherry—. No vayáis a ninguna parte, vuelvo enseguida.

Stacia ni siquiera esperó a que Russ estuviera lo bastante lejos para que no la oyera.

—Es mono.

—¿Sí? —preguntó Cherry, obligándose a sonar escéptica.

—¿Cómo? —exclamó Stacia empujándola—. Ya sabes que me gustan los chicos delgados con el pelo oscuro. Parece poeta. O músico de un grupo de rock.

—Lo que quieres decir es que se le ve pálido y mal alimentado. Parece el tercero más guapo de U2 —dijo Cherry, y Stacia hizo una mueca.

—¿Crees que se parece al calvo?

—¿Te refieres a The Edge? No, quería decir que parece un integrante ficticio de U2, uno que vendría a ser solo el tercero más guapo.

—Entonces quieres decir que parece católico —dijo Stacia al tiempo que inclinaba la jarra de cobre para beber las últimas gotas de su cóctel—. A mí me parece suficientemente mono.

—Puedes quedártelo si quieres.

—No lo sé… Me parece que quien le gusta eres túúúúú —dijo Stacia para molestarla, y Cherry cambió la cara.

—Ya sabes cómo funciona esto. Yo solo soy la persona accesible que se encuentra cerca de tu intimidante y desnudo torso —dijo.

—Cállate, Cherry —exclamó Stacia, pero lo hizo riéndose, lo que Cherry se tomó como la confirmación de que sabía que era cierto.

—Chicas —dijo Russ al volver con tres bebidas: dos jarras de cobre y un vaso con Coca-Cola. Stacia cogió una de las jarras y Russ se volvió en dirección a Cherry y permaneció a su lado—. Cambiemos —dijo. Entonces Cherry cogió las dos bebidas que él llevaba y Russ el vaso vacío que tenía ella, junto con el de Stacia, y volvió a abrirse paso entre la multitud. Regresó al cabo de un instante, se paró frente a Cherry y cogió la bebida que ella le estaba guardando.

—La que conduce… —dijo Russ. Cherry medía un metro sesenta y cinco, casi un metro setenta y siete cuando llevaba tacones, y él era un poco más alto que ella, aunque no mucho más. (Y no, no se parecía a The Edge, sino a Bono)—. ¿Os turnáis?

—Qué va —contestó Stacia—. Cherry es la conductora vitalicia.

—No parece justo —dijo—. Es como cuando mi hermano mayor se pidió ir en el asiento del pasajero de delante para siempre.

—¿Y le funcionó? —preguntó Cherry.

—Sí. Era más alto que yo —contestó Russ, mirándola a los ojos.

—A Cherry no le molesta ser siempre la que conduce —intervino Stacia.

—¿Es eso verdad? —preguntó Russ sin dejar de mirar a Cherry.

—Es que no bebo —dijo ella.

—Nunca ha bebido un *moscow mule* —dijo Stacia—. No los ha probado siquiera.

—Están buenos —le dijo Russ a Cherry.

—Sí, lo doy por sentado —dijo ella—. Porque te los sirven en un vaso especial y todo eso.

—De hecho, se nota el sabor del cobre —dijo Stacia.

—Así es —confirmó Russ, que alzó la barbilla hacia Cherry con aire inquisitivo—. ¿Por qué no bebes?

—Me gusta mantener la cabeza en su sitio.

—La cabeza… —empezó a decir Russ, pero se detuvo. Había sonado tan tonto que Cherry rio por primera vez esa noche.

Russ la miró frunciendo el ceño y bebió un sorbo.

El grupo de música folk irlandesa tocó con un poco más de vigor. No solo eran aceptables, eran *buenos*. Al parecer, procedían de Kansas City, y el líder podía tocar cualquier instrumento que le pusieran delante.

Algunas personas empezaron a bailar. La gente empujó a Cherry, a Stacia y a Russ lejos del escenario, pero permanecieron juntos.

Russ parecía interesado en la música; no solo estaba bebiendo cerca de los músicos, participaba activamente.

—Esperaba que bailaras *swing* —le dijo a Cherry entre una canción y otra.

—¿Por qué? —preguntó ella suavizando el ceño—. ¿Tú bailas *swing*?

—Un poco —contestó Russ al tiempo que encogía los hombros.

—Bailar *swing* no parece algo que la gente pueda hacer «un poco». Es como decir que haces «un poco» de karate.

—En realidad, no.

—Es un *compromiso* —dijo Cherry—. Tienes que ir a un lugar especial en una noche específica, tienes que usar ropa apropiada…

Stacia se limitaba a escucharlos y se reía de ambos.

—Te recuerdo que tú eres la que lleva puesto un vestido de *swing* —le dijo Russ a Cherry.

—Solo porque me parece una prenda bonita.

—Es bonita —dijo Russ asintiendo.

—Mola que bailes *swing* —dijo Stacia—. ¿Es difícil?

—En absoluto —contestó él sin dejar de mirar a Cherry—. Podría enseñaros…

—¿Puedes bailar *swing* con esta música? —preguntó Cherry, señalando con la cabeza al músico que tocaba la gaita.

—Por supuesto, deja que te enseñe —dijo Russ, pero Cherry frunció la nariz.

—Mejor no. Soy la conductora.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Qué significa?

—Significa que aún mantengo la cabeza en su sitio —contestó.

—Cobarde —dijo Russ al tiempo que se volvía hacia Stacia—. ¿Tú te lanzas, Stacie?

—Me llamo Stacia —contestó ella—. Y sí, me lanzo.

—Stacia —dijo Russ tendiéndole la mano. Stacia la estrechó.

—¿Estás seguro? —preguntó ella en un tono coqueto—. Yo no voy vestida para bailar *swing*…

Russ la atrajo hacia él.

—Eso es meramente opcional.

Cherry se echó hacia atrás para darles espacio.

Russ guio a Stacia, le enseñó algunos pasos hacia delante y hacia atrás. Hizo contacto visual con ella y le sonrió. Stacia reía. Russ la cogió de la mano y de su hermosa cintura desnuda.

En cuanto empezaron a moverse al mismo ritmo, Russ la lanzó hacia delante, alejándola, pero enseguida la enrolló de vuelta hacia él. Stacia gritó; estaba encantada. No era tan hábil como Russ, pero eso no parecía ser un obstáculo para él. Cherry no pudo evitar sonreír.

Después de algunos movimientos más, Russ rodeó a Stacia con el brazo, la atrajo hacia él y luego la hizo girar tan lejos como pudo. Le besó rápido la mano y miró a Cherry.

—Tu turno —dijo al tiempo que le cogía la mano y, por un instante, sujetaba la de ambas chicas.

—Venga, Cherry —dijo Stacia—. Es muy divertido.

Cherry permitió que Russ la atrajera hacia él.

—No sé cómo…

—Tú sígueme —dijo Russ, que avanzaba hacia atrás y hacia delante con una mano en la cadera de ella. Cherry bajó la vista para mirar los pies de ambos—. No, mírame a mí. —Ya estaba lanzándola lejos de él, y enseguida la hizo volver. Le cogió la otra mano y la lanzó hacia el otro lado—. Mírame, Cherry.

Cherry lo miró. Russ tenía las mejillas sonrojadas y le brillaban los ojos. La atrajo de nuevo hacia él de modo que la espalda de Cherry le quedó contra el pecho.

—Relájate —dijo Russ—, fluye con el impulso.

—El impulso —repitió Cherry, sintiendo el brazo de Russ firme en la cintura.

Imaginó que estaría pensando que era mucho más gruesa que Stacia. Estaba claro que, con el codo, sentiría su barriga. Russ colocó la otra mano sobre la cadera de Cherry y volvió a hacerla girar, esa vez bajo el brazo alzado. Hizo que diera otra vuelta hacia él y la volvió a alejar. Cherry se notaba floja mientras dejaba que Russ la lanzara lejos y la atrajera hacia sí. ¿Había hecho girar tanto a Stacia? Comenzaba a marearse, pero no podía dejar de reír, aunque quisiera. Cada vez que él la lanzaba y la hacía dar vueltas, la falda del vestido volaba y describía un círculo. Se alegraba de haberse puesto medias.

Stacia no dejaba de observarlos riendo y aplaudiendo.

Cuando terminó la canción, con un furioso solo de violín, Russ hizo girar a Cherry con suavidad; luego cogió la mano de Stacia, la sostuvo sobre la cabeza de ella y le hizo dar una última vuelta. Los tres sonreían. Russ, con el rostro sonrojado y sudoroso, las tenía a ambas cogidas de la mano.

—Ha sido genial —exclamó Stacia.

—Ya te dije que no sería difícil —respondió Russ.

Cherry se soltó de la mano de Russ, pero no podía dejar de sonreírle.

—Eras tú el que hacía todo el trabajo. ¿Cómo has aprendido a bailar así? —preguntó Stacia.

—Fui a clases en secundaria.

Su respuesta los hizo a los tres estallar en carcajadas. Russ aún tenía a Stacia cogida de la mano. De pronto, se acercó un chico que chocó el hombro con el de Russ, como si lo conociera.

—Hey —dijo ignorando a las chicas—. Ya nos vamos. La gente dice de ir a tu apartamento.

—Vale —dijo Russ. Se volvió hacia Cherry y luego hacia Stacia—. Se vienen todos a mi apartamento, ¿os apuntáis?

—Claro —exclamó Stacia y miró a Cherry con los ojos iluminados —. Claro que queremos, ¿no?

—Claro —asintió Cherry—. Por supuesto.

De camino al apartamento de Russ, Cherry y Stacia no pudieron hablar porque Russ fue en el coche de ellas para enseñarles el camino. También iban otras amigas de Cherry porque era ella quien luego las llevaría a casa. Cuando se dirigían al coche, Russ gritó: «¡Me pido el asiento de delante!».

Vivía en un edificio de apartamentos, cerca de Creighton, que estaba en un barrio algo peligroso. Cherry se esperaba un apartamento asqueroso, porque en él vivían tres universitarios, y no resultó tan mal. Había pocos muebles, pero estaba limpio y tenía el suelo de madera y techos altos. Cuando llegaron Cherry y sus amigas, ya había demasiada gente hacinada en la sala. Se escuchaba rap y varios estaban bailando. Cherry reconoció a algunas personas porque las había visto en clase o en la residencia de estudiantes.

—Hay bebidas en la cocina —dijo Russ.

Stacia y las otras amigas, Grace y Elizabeth, se fueron para allá, pero él se quedó con Cherry.

—¿Te parece divertido? —preguntó Russ pasándose la mano por el pelo.

—¿El qué?

—Mantenerte sobria mientras todos a tu alrededor se van emborrachando cada vez más.

—Siempre varía —contestó Cherry, encogiéndose de hombros. Él tarareó un poco—. Es mejor que quedarme sola en mi habitación —agregó—. De lo que sí disfruto es de mostrarme condescendiente y engreída al día siguiente con todas los que bebieron.

—Debes de ser muy popular.

—Soy *tan* popular… —contestó Cherry.

Russ volvió a pasarse la mano por el pelo.

—¿Sabes lo que recuerdo de ti? ¿De cuando te veía en la clase de Ética?

—¿Mis jerséis?

Russ negó con la cabeza.

—Que el primer día, cuando nos presentamos, dijiste que te estabas especializando en Arte.

—Así es.

—Pero la gente de arte no está obligada a coger la clase de Ética.

—La ética es relevante a nivel universal —explicó Cherry.

—¿Ah, sí? —preguntó Russ con aire divertido.

—Me pareció que sonaba interesante.

—Entonces cogiste Ética como optativa…

Cherry asintió.

—Yo cogí Historia del rock —dijo él.

—También parece interesante.

—Lo era —dijo Russ, que notó que la música sonaba más fuerte que al principio—. ¡Lo era! —gritó, por si Cherry no lo había oído—. Cherry… —dijo acercándose un poco más, hasta que casi le rozó la oreja con los labios. Y luego, gritando aún, agregó—: Tú me pareces interesante.

Cherry se echó atrás para ver bien el rostro de Russ.

—¿Estás borracho?

Russ se rio.

—No, estoy completamente sobrio.

Ella no supo qué decir, ni siquiera sabía qué cara poner, así que se volvió hacia la gente que estaba bailando frente al sofá.

—¿Quieres bailar? —preguntó Russ.

Cherry lo miró.

—No lo sé, ¿puedes bailar *swing* con música de Lil Wayne? —preguntó.

—O sea…, claro que puedo —respondió él con una sonrisa.

Luego le tendió la mano. Cherry sonrió y negó con la cabeza, pero de todas formas la cogió. Russ le puso la otra mano sobre la cadera y lo que sucedió a continuación no fue *swing* de verdad, sino el típico baile de una fiesta en casa, con un poco más de manos entrelazadas que de costumbre y algunos giros innecesarios.

La siguiente canción, sin embargo, sí parecía conveniente para bailar *swing*: «Low» de Flo Rida. Russ acercó más a Cherry y trató de guiarla por pasos un poco más elaborados, pero ella no pudo seguirlo y los dos se rieron con ganas. Como en ese momento de la fiesta ya estaban bailando casi todos, no había prácticamente espacio para que él la impulsara en los giros con libertad, así que la

sujetó de la cadera y la hizo girar muy cerca. Tanto que, cada vez que ella giraba de vuelta hacia él, se miraban a solo unos centímetros.

Stacia, Grace y Elizabeth volvieron de la cocina. La primera, que sujetaba dos bebidas, bailó hasta donde estaba Russ y, moviéndose al ritmo de la música, le ofreció una. Russ cogió el vaso al mismo ritmo de Stacia, pero siguió sujetando a Cherry de la mano, que luego alzó sobre su cabeza para hacerla girar. La alejó un poco y, sin dejar de bailar un poco con ella y un poco con Stacia, la soltó para beber un sorbo. Entonces Grace tomó la mano de Cherry y le cantó gritando el estribillo de la canción, a lo que Cherry respondió asintiendo con la cabeza: «*Low, low, low, low, low, low, low, low*».

Cherry volvió hacia Russ y lo descubrió contoneándose hasta llegar al suelo. Stacia bailaba frente a él, levantando los brazos. Su blusa con cuello halter se alzaba tanto que se le veía la pequeña cruz que tenía tatuada justo debajo del pecho izquierdo. Cherry soltó la mano de Grace y se alejó de la pista de baile; se sentía un poco desorientada.

Había una chica bailando de pie encima del sofá, en un extremo. Cherry se sentó en el extremo opuesto, flexionando la pierna de manera que metió un pie por debajo de su corva.

Se quedó mirando a Russ bailar con Stacia y luego con otra chica. Después, con dos de sus amigos.

Cuando él se volvió para mirarla, acababa de empezar otra canción. Alzó los brazos como diciendo: «¿Qué pasa?».

Cherry le hizo un gesto con la mano.

Russ se quedó inmóvil unos segundos; era el único que no se movía en la improvisada pista de baile. Stacia estaba a su lado sacudiendo el pelo de un lado a otro, con los brazos doblados detrás de la espalda y empujando el pecho hacia fuera.

Cherry le sonrió.

Russ correspondió a su sonrisa y dio un paso hacia ella con la mano extendida.

Uno de sus amigos, un tipo corpulento que enarbolaba una botella de cerveza, se tropezó en medio de ellos. Russ lo atrapó para que no cayera y empezó a bailar con él. Bueno, en realidad no

bailaron, solo se quedaron uno cerca del otro, sostuvieron en alto sus bebidas y se cantaron gritando a la cara, pero Russ continuaba mirando más allá de su amigo, hacia Cherry.

Cherry se puso de pie para ir al baño y calmar los nervios, y, mientras caminaba hacia la puerta de la sala, habría podido jurar que sentía la mirada de Russ siguiéndola.

El baño estaba al fondo del pasillo, y también lo encontró mucho menos sucio de lo que habría esperado. Notó que las toallas eran todas distintas y que Russ y sus compañeros usaban un frasco viejo de salsa picante para dejar los cepillos de dientes, pero, fuera de eso, todo estaba muy pulcro.

Cherry se miró al espejo, vio que estaba sonrojada desde las mejillas hasta la línea del cuello y que le resplandecían los ojos. Sacudió la cabeza y volvió a sacudirla. Luego se aplicó de nuevo lápiz de labios rojo.

Y tomó una decisión.

Cuando saliera del baño, dejaría de evitar a Russ, de alejarse de él. Cuando él tratara de acercarse, ella se acercaría y le correspondería.

A pesar de todo lo que tenía en contra y de todas sus experiencias del pasado, aquel chico tan mono y encantador de verdad parecía estar interesado en ella. De hecho, lo había dicho literalmente.

Y ella estaba muy muy interesada en él.

Dejaría de apartar de él la mirada, incrédula, y comenzaría a acercarse.

Abrió la puerta del baño y caminó hacia la sala.

Russ se encontraba justo donde lo dejó…

Besándose con Stacia.

Al cabo de un par de horas, Cherry volvió conduciendo a la residencia, con Grace y Elizabeth en el coche.

5

Resultaba gracioso que aquel fuera un álbum que solía escuchar cuando se sentía triste, porque no había dejado de sonreír desde que Goldenrod había comenzado a tocarlo esa noche.

Recordó lo genial que era Russ Sutton en los conciertos. La mayoría de la gente no era genial. Se quejaban, se emborrachaban demasiado o querían irse antes del bis para evitar la aglomeración en el aparcamiento.

En los conciertos, Russ se mostraba presente y completamente entregado. Cantaba las canciones y bailaba en su sitio. Te miraba cada cierto tiempo como preguntando: «¿No es genial?». Se interesaba en tus opciones al llegar a la mesa de *merchandising* de los grupos. ¿A cuántos conciertos tuvieron que arrastrar a Stacia a lo largo del año que fueron novios? (El año en que Stacia y Russ fueron novios).

Stacia siempre estaba dispuesta a ir a un concierto. De hecho, siempre se apuntaba a cualquier cosa, pero no amaba la música. En los conciertos largos se aburría, sobre todo si nadie bebía, y, además, no se sentía cómoda en situaciones en las que la gente estuviera apretujada. No le gustaba que la empujaran desconocidos. (Quizá los empellones eran aún más desagradables para las chicas sexis como ella). A Cherry le gustaba perderse entre las multitudes, todos bailando juntos como si formaran un organismo. A veces, Stacia dejaba a Russ y a Cherry en el centro de la multitud y los esperaba en la parte de atrás de la sala o sentada en la barra.

A Cherry, estar hombro con hombro con Russ Sutton, como se encontraba en ese momento, en medio de la oscuridad, le resultaba familiar. Se sentía cómoda.

—Ojalá estuviéramos más cerca —dijo Cherry entre una y otra canción, refiriéndose al escenario.

—Podríamos estarlo —dijo Russ. Sabía a lo que se refería Cherry. Sacudió el respaldo de su silla y la meció un poco—. Acerquémonos.

Cherry frunció la nariz. No quería renunciar a su asiento, pero tampoco estropearle la diversión a Russ.

—Ve tú —dijo.

—Ah. ¿Su majestad no desea abandonar su trono?

Cherry hizo una mueca.

—No es por mí. Es por mis lumbares.

—Vamos, Cherry, todavía somos jóvenes. Somos *millennials*.

—Pero yo me estoy enranciando como la leche.

Entonces comenzó la siguiente canción: otra de las favoritas de Cherry, otra de las que ponía en bucle cuando se sentía triste.

—Puf… —Resopló—. Me encanta esta canción.

Russ pasó el brazo de la silla a los hombros de Cherry y le dio un apretón.

—Venga. Vámonos de aquí.

Cherry se mordió el labio un segundo, pero bajó de la silla de un salto.

—¡Así me gusta! —dijo Russ, y tiró de ella hacia delante.

Cherry dejó que él se abriera paso entre la multitud. Russ siempre se movía como si fuera a un lugar específico, con tanta seguridad que la gente se hacía a un lado.

Avanzó con el brazo alrededor de los hombros de Cherry y ella se mantuvo cerca de él hasta que llegaron casi delante de todo. Solo algunas personas los separaban del escenario; estaban tan cerca que pudieron leer la irónica leyenda de la camiseta del cantante: OMAHA ES PARA LOS AMANTES… DEL APARCAMIENTO GRATUITO.

Russ se volvió hacia Cherry y arqueó las cejas como diciendo: «¿Lo ves? Te dije que sería genial».

Cherry respondió a su gesto con una sonrisa.

Russ se volvió al escenario contoneándose y moviendo la cabeza al ritmo de la música… sin dejar de abrazar a Cherry.

Ella lo notó y no trató de separarse de él. Al contrario, se contoneó al mismo ritmo con el pecho pegado a su hombro,

moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás.

En la época de la universidad, nunca habrían estado *así* de cerca. Russ no la habría rodeado con el brazo, pero a veces bailaba con ella en los conciertos si la música era buena y había espacio. Para cuando Stacia y Russ rompieron, Cherry había aprendido los rudimentos del *swing* de la costa este y un poco de lindy hop.

Aquello, sin embargo, era distinto. Estaban más cerca. Él la sujetaba con firmeza. Su mentón le rozaba el pelo. La cadera de Cherry estaba apoyada con fuerza contra su cuerpo y a él no parecía molestarle. No parecía preocuparle que alguien los viera. Tal vez este era ahora el comportamiento habitual de Russ. Encontrarse con una amiga. Ponerse en plan íntimo. Pasar un buen rato.

Sin embargo, no era el comportamiento habitual de Cherry. Había pasado bastante tiempo desde la última vez que se había puesto en plan íntimo con alguien. Aquello era bastante peculiar para ella… Mucho más que peculiar: era irreal.

La canción sobre amor no correspondido que tocaban en ese momento, y que Cherry cantaba a la vez que el vocalista, había sido la banda sonora del segundo semestre de su último año en la universidad. ¿Y quién era el chico en el que pensaba en aquella época cuando la escuchaba? El mismo que ahora la rodeaba con el brazo y que también cantaba, sin tener idea alguna de los densos sentimientos de ella. Ni de los del pasado ni de los del presente.

La vida era absurda.

Si algo le había enseñado el año anterior era eso.

¿Le estaría hablando de verdad el universo esa noche? ¿Había enviado a Russ para que se cruzara en su camino de la forma más auspiciosa posible? («Deja de decir "el universo" cuando en realidad quieres decir "Dios"», solía decirle Honny, su hermana). ¿O sería lo de esa noche solo otra cosa más entre todo lo que estaba sucediendo? ¿Una coincidencia? ¿Más caos?

Cherry continuó cantando al llegar al estribillo de la canción y se le llenaron los ojos de lágrimas. Rio a todo pulmón.

Russ la miró sin dejar de mover la cabeza al ritmo de la música, le volvió a dar un apretón y se inclinó para que ella pudiera escucharlo.

—Había olvidado lo genial que eras en los conciertos. Te he echado de menos, Cherry.

—Yo también —dijo Cherry en voz baja.

En realidad, no lo había echado de menos de manera activa, llevaba diez años sin pensar en él. Pero ahora, al tenerlo a su lado, se daba cuenta de lo mucho que lo extrañaba. Cada uno de los recuerdos se arremolinaron y volvieron a ella con fuerza, los buenos y los malos. Conciertos. Almuerzos. Sesiones de estudio en la habitación de la residencia de ella. El viaje a Broken Bow para visitar a la familia de Stacia una Pascua. En aquel entonces, Cherry se había pasado todo un año mirando a Russ furtivamente y ocultando sus sentimientos en algún lugar donde ni Stacia ni el mismo Russ pudieran notarlos.

Y ahora Russ estaba aquí, sin Stacia. (¡Porque Stacia estaba casada! ¡Con un quiropráctico! ¡Y tenía tres niños!).

La canción terminó. La mano de Russ descendió por debajo de la tira del sujetador de Cherry.

—¿Cómo está tu espalda? —le preguntó como si la hubiera oído pensar en la palabra «quiropráctico».

—Bien, no me dolerá hasta mañana.

—Ah, vale —exclamó Russ—. Para entonces estaré muy lejos.

Cherry se rio y le dio un codazo en el vientre. Él la abrazó con fuerza por la cintura y ella se enderezó como por instinto, como si enderezándose pudiera volverse más delgada. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que un hombre la tocaba por primera vez… Para Tom no tenía que enderezarse, él sabía bien lo que ocultaba bajo la ropa.

Terminó la canción favorita de Cherry, que dio paso a otra canción favorita. Russ no dejaba de estrecharle la cintura, rodeándole con los dedos el costado, justo en el pliegue de la barriga. Ella se erguía tanto que ya no tenía los ojos a la altura de la barbilla de él, sino de las mejillas.

Russ la miró de reojo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —asintió ella.

Russ volvió a estrecharla.

—¿Te sientes cómoda con que te sujete así?

—Sí, sí.

Russ la atrajo aún más hacia él, hasta tenerla por completo contra su cuerpo. Si ella hubiera vuelto la cabeza, la cara le habría quedado en el hueco del cuello de él. Estaba lo bastante cerca para oírlo cantar las canciones. Y cantó con él.

Ahora, cada vez que Russ se balanceaba hacia atrás y hacia delante, ella se balanceaba al mismo tiempo. Estaban bailando juntos. Como tenía que ser.

Russ continuó mirándola, cantándole. Pero no resultaba incómodo porque él no lo hacía incómodo. (Con Russ nunca te avergonzabas porque él nunca se sentía avergonzado).

En el primer álbum de Goldenrod solo había un gran éxito, y había alcanzado ese estatus años después, cuando lo usaron en *Anatomía de Grey*. Era una canción prácticamente a capela, parecía más bien hablada. Todos los asistentes al concierto la conocían, Cherry también: era sobre estar enamorado de la persona incorrecta.

El cantante se quedó en silencio durante el estribillo de la canción y dirigió el micrófono hacia el público para que la gente recitara la letra.

Russ y Cherry se miraron directamente a los ojos y dijeron/cantaron la letra. Él la rodeó con el otro brazo a la altura de la barriga, y Cherry se estiró unos milímetros más. Luego se volvió hacia él, girando entre sus brazos, y le tocó los botones de su camisa de vestir; él era el único en el bar que llevaba una. Cuando notó que Cherry lo estaba tocando, la sonrisa se le hizo más profunda en una de las comisuras de los labios. Estaba feliz. Cherry puso los ojos en blanco, como si le pareciera que Russ se estaba comportando como un tonto, aunque no era lo que pensaba en absoluto. Lo encontraba atractivo hasta un punto insoportable. Siempre lo había pensado, de hecho, y nunca había podido soportarlo, y mucho menos cuando todo aquel encanto de ojos azules y pelo ondulante iba dirigido a ella.

Como en ese momento, en el que Cherry se sentía… el centro de la diana.

Descansó la palma de la mano contra el pecho de él. Desprendía calor, era firme. Russ todavía estaba delgado y conservaba una apariencia juvenil. ¿Qué edad tendría? ¿Treinta y siete años? ¿Treinta y ocho? Aún se le marcaba la mandíbula y tenía los hombros relajados; no se desenvolvía como alguien divorciado, su postura era ligera. Era muy difícil imaginarlo con un hijo.

Cherry acarició el pecho de Russ y él le acarició la cadera. Dejó de cantar. Cherry también. Era ya otra canción, la última del álbum, la que menos conocía. En general, antes de llegar a ella ya se había quedado dormida o se había bajado del coche.

Russ inclinó la cabeza hacia ella y bailaron lento, meciéndose.

Cuando acabó la canción, también acabó el álbum.

Cherry soltó a Russ y se volvió al escenario alzando los brazos, aplaudiendo por encima de la cabeza, pero él no la soltó; solo se movió un poco para quedarse detrás de ella. El público estaba como loco. A tope. Aunque los labios de Russ se encontraban muy cerca de la oreja de Cherry, ella apenas alcanzó a oírlo con todos aquellos aplausos y gritos.

—Deberíamos irnos.

Cherry se volvió hacia él; seguía aplaudiendo.

—¿Ya ha terminado el concierto? —preguntó.

Russ la miró directamente a los ojos, estaba muy cerca. Si ella hubiera dicho algo con suficiente énfasis, se habrían rozado la barbilla y la nariz.

—No —dijo él, negando con la cabeza—. Van a tocar canciones de los otros álbumes.

—Ah —dijo Cherry, confundida.

—Pero si nos fuéramos ahora, este álbum permanecería original y único para siempre. Sería una experiencia completa, con un final y un principio.

—Pero me parece que sería grosero para el grupo —dijo Cherry.

—Creo que lo superarán —dijo Russ, riendo de buena gana.

Cherry dejó de aplaudir.

—Si nos fuéramos ahora… —agregó él con cierto brillo en la mirada—… podríamos irnos ahora.

—Oh —exclamó Cherry. Finalmente comprendió.

Y de inmediato sintió una aguda y profunda punzada de culpa, justo antes de percibir su propia emoción. (La maldita gran *emoción*. Como si alguien le hubiera inyectado de golpe una carga de adrenalina en la médula ósea: Russell Sutton, en *carne* y hueso).

Pero el primer impacto fue el de la culpa… ¿Por qué?

¿Por Stacia?

¿Porque hacía una década se había pasado un año entero de su vida asaeteada por la culpa? ¿Sabiendo que deseaba al novio de su mejor amiga? ¿Sabiendo que había mirado demasiado y reído demasiado y dicho demasiadas bromas que iban dirigidas a él y a nadie más que a él?

Stacia nunca se había mostrado celosa, ni siquiera cuando Cherry bailaba con Russ o cuando entablaban coloquios divertidos como profesionales de vodevil delante de ella. No, a Stacia nunca parecía molestarle.

Seguro que sospechaba lo que Cherry sentía por su novio…

Y seguro que sabía que no importaba.

No importaba. Stacia y Russ rompieron un año después porque Stacia quería salir con otras personas, pero Russ no cayó directamente en los brazos de su mejor amiga para consolarse. Siguió con su vida, y Cherry no volvió a verlo después de la ruptura.

Y eso había sido hacía diez años, había pasado mucho tiempo. ¿Por qué tendría que sentirse culpable esa noche?

¿Por Tom?

Tom se había ido.

—Cherry… —musitó Russ. Seguía buscando algo en la mirada de ella.

—Vamos —dijo Cherry, asintiendo con la cabeza.

Russ cerró los ojos, presionó su frente contra la de ella y sonrió de oreja a oreja. Goldenrod empezó a tocar una canción de su segundo álbum, un tema más sofisticado pero menos icónico.

6

Decidieron que cada uno iría en su propio coche.

Parado en la acera, fuera del club, Russ parecía sentirse en conflicto.

—No recobres la sobriedad y cambies de parecer, por favor.

—Estoy completamente sobria —dijo Cherry.

—Esta es una idea muy buena de verdad —dijo Russ, convencido.

—¿Estás tratando de hipnotizarme? —preguntó ella.

Russ cogió a Cherry de la cadera con las dos manos y se inclinó hacia ella. No la había besado todavía, pero ella estaba segura de que era un «todavía» operativo, que ese beso estaba próximo.

—No cambies de parecer —insistió Russ.

—Cambiaré de parecer si quiero —dijo Cherry, alejándose un poco para poder mirarlo bien a los ojos—. Pero no querré hacerlo.

Russ chocó su frente con la de ella muy suavemente.

—Te veo allí.

Irían a casa de Cherry; lo decidieron rápido y de una forma nada sexy.

«Si no vuelvo esta noche a casa, mi perra empezará a comerse los pañuelos desechables», fue el argumento de ella.

No hablaron sobre lo que harían en su casa, no era necesario.

Cherry nunca se había acostado con alguien en una primera cita…, pero esa no era una primera cita. No era ni siquiera una cita y tampoco era la primera vez que se veían. Había pasado con Russ más tiempo del que había pasado con tipos con los que sí había salido. Además, le gustaba muchísimo más que cualquiera de ellos, lo deseaba con más desesperación.

Tal vez eso debía inquietarla, es decir, la desesperación con la que anhelaba aquello.

Pero ¿no se *suponía* que había que anhelar o desear? ¿No era el deseo algo *bueno*? Si se sentía tan atraída por Russell Sutton, ¿no se suponía que debía acostarse con él? ¿O es que solo debía acostarse con hombres a los que no deseara con tanta vehemencia para así mantener el control?

Con ese razonamiento, parecía que nunca había deseado a los otros hombres de su vida, lo cual no era ni justo ni cierto. Pero la verdad era que no los había deseado de esa manera. Nunca. (Excepto a Tom). («Deja de pensar en Tom»).

Russ llegó a casa de Cherry antes que ella; lo encontró esperándola en el porche.

Cherry lo hizo entrar sin desperdiciar un instante en hablar o en tocarse.

También Stevie la esperaba, justo detrás de la puerta. (Cada vez que Cherry la abría, la perra trataba de salir disparada. Adoraba correr y que la persiguieran).

—¡Dios! —exclamó Russ.

Stevie estaba prácticamente sobre él. Era lo bastante grande para estar sobre Russ y sobre Cherry al mismo tiempo. Saltando y ladrando (porque también adoraba conocer gente nueva).

—¡Lo siento! —dijo Cherry—. Descuida, es muy cariñosa.

—Es enorme —dijo Russ, al tiempo que retrocedía con los brazos extendidos. Stevie le había saltado hasta el pecho; era lo bastante alta para bailar en pareja con un hombre adulto.

—¡Bájate, Stevie! —ordenó Cherry—. Ya sabes que no le saltamos encima a la gente.

—Creo que no lo sabe —dijo Russ.

Cherry empujó a Stevie para alejarla de Russ y se interpuso entre ellos.

—¡Stevie! ¡Tranquila! —le dijo cuando ya estaba saltando sobre ella—. No —dijo Cherry en un tono estricto—. Bájate.

Stevie no obedeció.

—¡A tu casa! —ordenó Cherry señalando hacia dentro—. Lo siento —volvió a decirle a Russ.

La frase «a tu casa» intimidó a Stevie, la hizo arrastrarse hasta su pequeño hogar y dejar de mover la cola.

—Buenas noches —dijo Cherry al tiempo que le daba a Stevie un premio y cerraba la reja de metal. También extendió un cobertor sobre la caseta para que Stevie comprendiera que era hora de relajarse.

—Vaya… —exclamó Russ—. Cuando dijiste que tenías perro, no imaginé que se tratara del protagonista de *Beethoven*.

—Lo siento —dijo Cherry riendo.

Russ agachó la cabeza, se miró y empezó a sacudirse la camisa.

—¿En qué momento me ha transferido todo su pelaje?

—Lo sé, es terrible —dijo Cherry—. Yo nunca quise tener perro.

Russ alzó la cabeza y la miró.

—No me gustaría ver el perro que adoptarías si hubieras querido tener uno.

—Fue… —comenzó a decir Cherry, negando con un gesto—. Mi marido… —agregó encogiéndose de hombros y sin dejar de sacudir la cabeza.

—Cherry… —dijo Russ. Su sonrisa se suavizó.

—¿Sí?

Russ le tendió la mano.

Cherry la tomó.

—Estoy muy contento de estar aquí —susurró.

Cherry asintió y alzó la vista.

—No he cambiado de parecer —dijo mirándolo a los ojos.

Russ le apretó la mano.

—Me alegra. ¿Podemos…? —preguntó y miró alrededor. Estaban al pie de las escaleras—. ¿Por qué tienes una barrera de seguridad para bebés?

—Es para Stevie.

—Qué ingenioso —dijo Russ al tiempo que extendía la otra mano hacia atrás para abrir la barrera. Luego miró a Cherry—. ¿Sí?

—Sí —dijo ella, y respiró por fin.

Russ la condujo a través de la valla y por las escaleras de su propia casa. Tenía una forma especial de hacer las cosas; toda la ansiedad de Cherry desapareció.

Russ se detuvo en el rellano.

Cherry le indicó el camino hacia la puerta abierta de su habitación y Russ la llevó al interior.

Volvió a abrazarla e inclinó la cabeza hacia ella.

—Hola —dijo en voz baja, mirándola a la cara, pero no directamente a los ojos.

Cherry lo miró a la altura de las mejillas.

—Hola —musitó.

—No has cambiado en absoluto —dijo Russ tocándole un lado de la cabeza—. Verte esta noche ha sido como tener un *flashback*.

Cherry titubeó.

Russ le acarició el pelo.

—Qué guapa —dijo—. Es como un… *faro.* Solo… —murmuró mientras le besaba un lado de la cabeza—. Cherry, Cherry.

Cherry sintió un temblor en las rodillas y una vibración en los oídos. No se había esperado oír la palabra «guapa».

No porque nadie la hubiera llamado «guapa» antes ni porque no creyera serlo. Sino porque nunca había imaginado que Russ Sutton la viera de esa manera.

Todavía estaba sorprendida por lo que acababa de oír cuando la besó.

Russ la besó.

Del fondo de la garganta de Cherry surgió un leve gemido de alegría. Russ la estrechó con más fuerza y ella se meció sobre los pies.

Cuando Russ separó sus labios de los de ella, estaba sonriendo. Cherry sonrió también.

Y él volvió a besarla.

Ella se acercó aún más y se encontró con el pecho de él, con sus hombros; y se afianzó en ellos.

Russ la besaba de forma inestable, como para provocarla. La besaba con vehemencia, pero de repente se alejaba para sonreír y volver a empezar. Lo hizo tantas veces que Cherry se desconcertó. Sin aliento, se reía de nada en particular.

Russ la besó en la mejilla y el cuello, en la garganta. Deslizó la punta de la nariz a lo largo del escote del jersey color verde oliva.

—Tú y esos jerséis tuyos… He deseado quitarte el jersey desde la primera vez que te vi con uno.

Cherry negó con la cabeza, como si no lo creyera. (Porque *no* lo creía). Se le acentuaron los hoyuelos de las mejillas.

Russ alzó la cabeza y la sujetó por la cintura, insertó los pulgares en las presillas de los pantalones, tocando ligeramente el jersey, y la zarandeó un poco.

—Quítatelo —dijo con aire estricto, pero con una voz un poco tonta—. Ahora mismo.

La risa hizo vibrar el pecho de Cherry.

—¿Quieres que me quite el jersey?

—Ahora mismo —dijo Russ zarandeándola un poco más—. Me estás volviendo loco.

Cherry sujetó la parte baja del jersey; su ansiedad era tanta como su aturdimiento. (Había llegado el momento de la gran revelación. Se preguntó si Russ Sutton habría visto a una chica gorda desnuda alguna vez…). Y levantó el jersey.

Russ profirió un gemido largo y ronco. Empezó a zarandear a Cherry de la cadera de nuevo, incluso antes de que ella pudiera hacer pasar el jersey por la cabeza. Cuando logró quitárselo, rio de buena gana y lo dejó caer al suelo.

—Cherry —suspiró Russ mientras besaba con locura la parte superior de sus pechos.

Cherry llevaba un bonito sostén rosa con tiras adicionales que se entrecruzaban sobre el escote. Todos sus sostenes eran muy bonitos (lo cual la ponía en un verdadero aprieto cuando iba a acupuntura; tenía que elegir el más simple posible para que el acupunturista no pensara que estaba tratando de coquetear). También llevaba ropa interior bonita. Le gustaba sacar provecho de sus zonas buenas, incluso aunque nadie las viera.

—Dios mío, eres… —empezó a decir Russ antes de morderle un pecho.

Cherry aulló de placer y tocó la parte superior de la cabeza de Russ. Acarició su suave cabello castaño, tan distinto del de Tom… («¡Deja de pensar en Tom!»).

—Russ —musitó sin pensar mientras continuaba jugueteando con su pelo.

—Este sostén me resulta muy problemático… —dijo Russ. Aún tenía la cara hundida entre sus senos, y empezó a tirar de las cintas decorativas con los dientes.

—¿Por qué? —le preguntó ella con los dedos aferrados a su cabello.

—Porque te queda estupendamente, pero quiero quitártelo. Y si te lo quito, ya no estará y creo que lo echaré de menos.

Cherry volvió a reír de buena gana, y a gemir al mismo tiempo. Se estaba riendo muchísimo, tal vez estaba incluso llegando al punto del delirio. Se encontraba demasiado excitada, y ni siquiera por lo que Russ hacía, sino por el hecho de que se trataba de *él*. Todo lo que hacía Russ se sumaba al hecho de que fuera él quien lo hacía. (En resumen, todo lo que hacía era demasiado).

Russ le bajó un tirante del sostén y la besó en el hombro.

—¿Recuerdas esos vestidos que solías ponerte? ¿Con los estampados *rockabillys* y los lazos? ¿Con los pequeños botones en forma de herradura y…?

Cherry cerró los ojos.

—Ajá.

—Joder… —Russ bajó el tirante un poco más y dejó expuestos dos centímetros más del pecho, que luego besó—. ¿Llevabas sostenes como este debajo de esos vestidos?

—Cuando estaba en la universidad, no podía permitirme el lujo de comprar sostenes como este.

Russ gruñó.

—De todas formas voy a fingir que los usabas la próxima vez que piense en los vestidos.

Cherry le acarició el pelo.

—¿Cuándo piensas en mis vestidos?

Russ alzó la cabeza y la miró.

—Cada vez que veo a un vaquero. Maldita sea, Cherry, debes saber que me arruinaste las películas del Oeste. Me excité viendo *Pozos de ambición*.

—Mentiroso —dijo Cherry, riendo. Russ la besó en la mejilla.

—No soy ningún mentiroso —dijo, y la besó en la barbilla, luego en el cuello otra vez. Hundió la nariz entre sus pechos—. Pensaba en ti —dijo en voz baja—, pensaba en esto.

Cherry tragó saliva con dificultad.

Russ bajó la copa del sostén dejándole a la vista el pezón.

—Joder —susurró y la besó justo allí.

Cherry pasó las manos por el pelo de Russ hasta llegar al cuello y luego a los hombros. Era mucho más liviano que Tom. («Deja de pensar en Tom»).

—Russ —murmuró.

Russ mordió el pezón y succionó. Cherry volvió a tragar saliva y hundió la cara en su pelo. Russ olía bien, pero a un aroma desconocido. Seguía succionando con dulzura. Qué sorpresa, nunca habría imaginado que Russ pudiera ser dulce.

Todo era una sorpresa. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la habían tocado, y muchísimo más desde que la habían tocado unas manos nuevas, mordido unos dientes que no conocía.

Gimoteó un poco. Russ le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo más hacia él. La hebilla de su cinturón presionaba sobre la barriga desnuda de Cherry. Le pareció sentir también el pene.

Russ estaba tratando de bajar el otro lado del sostén, pero las tiras adicionales se lo impedían.

—Vale —dijo él como si estuviera harto—. Esto ya ha cumplido su propósito —agregó al tiempo que pasaba las manos por detrás de Cherry para desabrochar el sostén. Ella sonrió mirándolo y le dejó hacer lo que quería; él la apretó contra el pecho mientras lidiaba con el cierre.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Cherry, pero Russ negó con la cabeza.

Sus miradas se entrecruzaron.

—No, quiero superar este nivel sin ayuda —dijo él.

—Eres tan distinto a lo que esperaba… —dijo Cherry, riendo.

Cuando por fin se abrió el broche, Russ soltó:

—¡Ajá!

Los pechos de Cherry quedaron libres. (No le inquietaba esa revelación; sabía que sus pechos eran bonitos. Redondos, altos y firmes. Se había pasado toda su adolescencia preocupándose por las estrías, y luego su primer novio hizo un comentario grosero sobre sus pezones. Pero ahora que internet estaba repleto de pechos desnudos, había tenido la oportunidad de ver lo suficiente para apreciar lo que ella poseía). Se incorporó un poco para que Russ pudiera quitarle el sostén por completo.

—¿A qué te refieres con que soy distinto? —preguntó él mientras le besaba el hombro desnudo.

—Eres más dulce —contestó ella volviendo a acariciarle el pelo.

Russ se puso de pie y se alejó con el sostén colgándole de la mano.

—¿No esperabas que fuera dulce? —preguntó frunciendo el entrecejo—. ¿Es que no fui dulce contigo?

—Tú… —empezó a decir Cherry, mirándolo. Primero, su magnífico rostro; el espléndido pelo; los profundos ojos azules que, con esas pequeñas arrugas alrededor, se habían vuelto más interesantes—. No, es decir, sí que eras dulce.

Lo era. Siempre pensaba en Cherry, le preguntaba por su vida. Cada vez que le llevaba algo a Stacia, también le llevaba café o dulces a ella. Y siempre era muy dulce con Stacia.

—No sé qué esperaba —dijo Cherry—, pero supongo que no era esto en absoluto.

—Pero… —dijo Russ, dejando caer el sostén con aire muy serio —. ¿Lo deseabas?

Cherry entreabrió los labios sin darse cuenta, se quedó en blanco. Estaba segura de que tenía lágrimas en los ojos. ¿Que si lo deseaba?

Asintió con la cabeza.

Russ apretó los dientes y se le tensó un pequeño músculo debajo del ojo. Atrajo a Cherry hacia él con los brazos y la besó con fuerza, pero también con cierta dulzura. Con ternura. Tenía las manos en su espalda y la besaba como…, como…

La besaba como si la deseara. Y no solo eso, la besaba como si Cherry fuera una persona muy específica para él en ese momento en

que la tenía entre sus brazos.

Cherry correspondió a sus besos.

Cuando él por fin respiró hondo, los dos se pusieron un poco frenéticos. Él le mordió el cuello y oprimió sus pechos. Ella le comenzó a desabotonar la camisa y él se la quitó sacudiéndose con fuerza; luego se sacó la camiseta interior con una sola mano. Porque sí, era el tipo de persona que usaba camiseta interior debajo de la camisa.

Cherry sonrió al ver su pecho desnudo, al notar el vello oscuro sobre sus pectorales y debajo de su vientre. Russ tenía la piel pálida, de un tono distinto al de la piel de ella. Distinto al de la piel de Tom.

—Russ…

Russ tiró de ella hacia la cama y Cherry le desabrochó el cinturón.

Los dos cayeron sobre el colchón y luego se recostaron. Cherry estaba bocarriba. Russ se fue a por el cierre de sus vaqueros, pero la cintura de los pantalones le apretaba la barriga. Él se alejó un poco y se arrodilló, inclinándose sobre ella.

—Quítatelos, ¿sí?

—Sí —contestó Cherry.

Seguía bocarriba; tuvo que respirar hondo para meter la tripa hacia dentro y poder desabrochar los vaqueros. Odiaba lo que venía a continuación, pero no había manera de evitarlo. Esa era la gran revelación. No podría tener sexo con Russ sin que él viera con exactitud lo gorda que estaba. (Bueno, tal vez habría podido si hubiera sido una noche oscura sin luna o si estuvieran practicando sexo a través de un agujero en la pared). La vagina se ubicaba en un lugar demasiado inconveniente para cualquier subterfugio.

Empujó los vaqueros hacia abajo y decidió hacer lo mismo con las bragas. Russ la ayudó a deslizar todo por las piernas y luego lo arrojó al suelo. Entonces alzó la vista y la miró. Ella se había incorporado un poco; había un gran pliegue en su cintura.

Porque, al menos, todavía conservaba la cintura. Sus hermanas la habían perdido después de los partos. Ella, en cambio, tenía la silueta de un reloj de arena desparramado. Cadera amplia, muslos densos y barriga que colgaba un poco.

—No quiero escuchar tus quejas —solía decir su hermana Joy—. Tienes cuerpo de modelo de Lane Bryant.

—Espérate a que tenga hijos, Joy —decía siempre Honny.

Y lo único que Cherry pensaba era: «Tendrá que esperar bastante».

—Cherry —dijo Russ acercándose a ella. Tenía los ojos muy abiertos, las gafas manchadas—. Eres tan… —comenzó a decir tocándole la cadera—. Buen… Eeh, solo vamos a… —Empezó a besarla de una manera estúpida, con la boca suelta y muy abierta—. Ay, Dios, vale.

Cherry tragó saliva. Seguía nerviosa, pero continuaba correspondiendo a sus besos.

—Vale.

—No sabes… —dijo Russ. Tenía el pecho contra el de ella. Cherry le envolvió la cara con las manos.

—¿Qué es lo que no sé?

—Lo mucho que deseaba esto —dijo Russ con voz ronca—. No sabes cuánto… Eres tan…

Se alejó un momento y se quitó los pantalones. Volvió a besarla. Los dos estaban desnudos, con los brazos y las piernas entrelazados. Russ alzó la cabeza para quitarse las gafas, Cherry se las cogió de las manos y, cuando se estiró para colocarlas en la mesilla de noche, Russ le besó las costillas. Sin las gafas parecía más joven, más abierto. Cherry se rio.

—¿Qué? —preguntó Russ.

—Nunca te había visto sin gafas —susurró ella.

—No soy buen candidato para el láser.

Cherry colocó la palma de la mano sobre la mejilla de Russ.

—Eso es lo más extraño que me han dicho para tratar de seducirme —dijo.

Russ se rio y ella con él.

—Ríes mucho mientras tienes sexo —dijo Russ.

—No estamos teniendo sexo.

—De acuerdo. Ríes mucho durante los preliminares —dijo Russ; los dos susurraban.

Cherry se volvió a reír y frunció la nariz.

—Creo que es solo que me encanta que estés aquí.

Russ tenía medio cuerpo encima de ella. Cherry sentía su pene sobre la cadera. Erecto, un poco húmedo. Él volvió a besarla, también parecía feliz. Cherry notaba que sonreía. Russ cogió aire y susurró.

—¿Cuál es nuestro plan anticonceptivo?

—Oh —exclamó Cherry, dándose cuenta de que no había pensado en ello. ¿Cómo era posible que no hubiera pensado en ello? —. No estoy usando nada.

Russ deslizó la mano hacia la parte interior de los muslos de Cherry.

—Entonces podríamos solo…

Le puso los dedos en la vagina. (Por su edad, Cherry todavía llamaba «vagina» a toda el área; no se había puesto al día con los nombres precisos de cada punto). Se preparó de nuevo para el momento en que Russ descubriera lo gorda que era por todas partes. Incluso ahí. (Porque su vagina era *sustancial*, Cherry no era de esas mujeres que solo tenían una insinuación de labios. No era solo la *rajita* y poco más).

Russ curvó la mano abierta, con los ojos cerrados.

—Joder —dijo en plan exclamación, no propuesta—, Cherry. —Y añadió—: Podríamos solo…

Cherry se quedó pensando. Russ frotaba con la mano toda la zona, sintiendo lo húmeda que estaba, sintiendo la fisura. Deslizó los dedos hacia dentro, por el conducto, dentro de la vagina en sí. Cherry gimió.

—Joder —volvió a decir Russ.

Cherry abrió las piernas y Russ hundió aún más los dedos. Alzó la vista para mirar a Cherry, que aún le sujetaba las mejillas y lo besó en la nariz. Russ empezó a mover los dedos arriba y abajo, y ella emitió un ruido que fue mitad suspiro, mitad quejido.

—Podríamos solo… —volvió a decir Russ, tragando saliva.

—¡Oh! —exclamó Cherry al tiempo que se incorporaba de golpe. Tan rápido que golpeó a Russ en la frente con el hombro.

Russ se echó atrás sorprendido y sacó la mano de la vagina.

—Creo que tengo… —comenzó a decir Cherry mientras se inclinaba hacia la mesilla de noche de nuevo. Abrió un pequeño cajón y sacó un paquete de condones. Ella y Tom solían usar condones y hacer seguimiento de su periodo porque a ella no le sentaba muy bien la píldora. Pero de eso hacía mucho tiempo…

Miró el paquete entrecerrando los ojos mientras buscaba la fecha de caducidad.

—Ajá —exclamó—. Estamos listos.

Russ se rio y cogió el condón. La atrajo otra vez hacia él, la tumbó en la cama y volvió a introducir la mano en la vagina, pero esa vez con menos suavidad. Luego empezó a frotarle el clítoris con la palma.

—Oh —susurró Cherry.

—¿Estás bien? —le preguntó, y ella asintió.

Se sentía bien. Si las cosas seguían así, tal vez podría correrse. En algún momento. No era a lo que estaba acostumbrada, que eran los gruesos dedos de Tom o los suyos propios, no a esa palma plana y desconocida.

De pronto le preocupó no poder correrse. Al menos, no si tenía cumplir alguna expectativa, aunque lo cierto era que sí deseaba correrse. De verdad deseaba a Russ.

¿Se habría activado el temporizador? Porque ahora las cosas eran así, ¿no? La mujer se corre primero, ¿verdad? Cuando estaba en la universidad, le había llevado varios intentos tener un orgasmo con los chicos con quienes se había acostado. Y con Tom, al principio, correrse era un objetivo que iba y venía. Luego, la forma en que él abordaba su cuerpo fue cambiando con el tiempo, a medida que la fue conociendo mejor, a medida que ella se fue sintiendo más cómoda para dirigirlo, y él más cómodo para seguir sus instrucciones…

(Sabía que no debía estar pensando en Tom en ese momento, pero ¿cómo no hacerlo? Había sido su marido durante ocho años, era el único hombre que su cuerpo reconocía. Esa era su cama, ¡por Dios santo!).

—Cherry —susurró Russ mientras le besaba la mejilla. Introdujo los dedos aún más, lo que le dio un descanso al clítoris.

Cherry gimió. Ese era un sentimiento menos complicado, le gustaba follar, quería más. Trató de pensar en una manera de decirlo que no fuera: «Hazlo y ya está».

Atrajo a Russ hacia ella, aún más cerca, y abrió más las piernas. Él comprendió el mensaje.

—Ajá —dijo levantándose un poco para colocarse el condón.

Cherry tuvo otro momento incómodo cuando Russ se deslizó en su interior. Otro momento de… «¡Tom! ¡Tom! ¡Tom!».

¡No tendría por qué estar haciendo eso con otra persona! ¡Nadie tendría que estar así, dentro de su cuerpo! ¡Ella pertenecía *a alguien*!

Pero ese alguien se había ido.

Tom se había ido.

—Cherry —dijo Russ sosteniéndose sobre los brazos por encima del torso de ella. Entre sus piernas, con los ojos entrecerrados—. Eres tan…

—Russ —musitó ella, arqueándose hacia él.

Russ estaba guapísimo, sonrojado. Vivo. Comenzó a penetrarla con más firmeza. Era increíble.

Tal vez el universo sabía que Cherry necesitaba que el hombre más deseable de su historia personal la follara de esa manera para hacerla revivir.

«Deja de decir "el universo" cuando en realidad quieres decir "Dios"», volvió a oír decir a Honny, pero ¿habría Dios enviado a Russ Sutton a tener sexo con ella? Porque, en ese caso, desde luego que obraba de maneras misteriosas…

Russ, inclinado sobre ella, todavía se parecía a Bono. Le sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Los dos jadeaban.

Russ deslizó la mano entre su cuerpo y el de ella, pero no había espacio, así que se levantó un poco para que le pasara la mano. Encontró de nuevo el clítoris de Cherry y comenzó a frotarlo. Con el antebrazo le presionaba la barriga.

—¿Qué necesitas, *baby*? —preguntó. Y Cherry se quedó paralizada.

—¿Qué?

—¿Te hace daño esto? —preguntó Russ deteniendo la mano.

—No, no, está bien.

Volvió a frotarle el clítoris, pero con más suavidad.

—Me das tanto gusto… Quiero darte gusto.

—Lo que querría… —comenzó a decir Cherry—. ¿Te importa que me corra después de ti?

Russ sonrió.

—Puedes correrte cuando tú quieras —contestó, y sacó la mano. Se apoyó sobre los codos y meció la cadera hacia delante. Su vientre plano presionó la barriga de ella. Al sentir el contacto, Cherry se percibió más grande que él, pero continuó sintiéndose bien. Se movió al ritmo de Russ, lo estrechó.

Russ seguía siendo dulce, incluso en ese momento. La miró a los ojos y arqueó las cejas como diciendo: «¿No te parece genial esto?», y ella asintió.

En una ocasión, cuando estaban en la universidad, fueron todos juntos a una tienda. Stacia dejó a Russ y a Cherry en la sección de congelados para que eligieran el helado mientras ella iba a por tampones. «Quédate con Cherry, necesito comprar cosas de chicas», dijo. En ese momento, comenzó a oírse una canción de Billy Joel por los altavoces de la tienda, «Leave a Tender Moment Alone».

En cuanto Stacia se fue, Russ cogió a Cherry de la mano, la atrajo hacia él y le rodeó la cintura con el otro brazo. En ese momento se conocían ya tan bien que a ella no le hacía falta preguntarle qué estaba haciendo. Solo sonreía mientras él la mecía hacia atrás y hacia delante, al ritmo de la música. Le encantaba la forma en que él se movía y la forma en que la movía a ella. La fue llevando por todo el pasillo hasta llegar donde las verduras congeladas, y se sintió perfectamente cómoda cuando él la lanzó hacia atrás e hizo que se arqueara sobre su brazo.

—Deseaba tanto esto —le dijo ahora, en la cama, respirando con más fuerza.

Cherry asintió de nuevo.

—Te deseaba, Cherry —añadió Russ—. Desde el primer momento en que te vi.

Cherry le tocó la cara. Él le besó la muñeca y se alzó apoyándose en las manos.

—¿Tú también? Dime que lo deseabas también.

—Yo…

Russ estaba sonrojado, su cadera no dejaba de insistir.

—Dime que lo deseabas.

—Lo deseaba —dijo ella.

—Dímelo.

—Te deseaba.

Russ sacudió la cabeza como si tratara de contenerse.

—Desde el momento en que te conocí, Cherry.

—Russ.

—Con ese condenado jersey —dijo penetrándola con fuerza.

—Siempre te deseé —dijo Cherry sintiendo culpa, emoción—. Estaba loca por ti, Russ —añadió muy en serio.

Russ se mordió el labio inferior al correrse.

Luego su cuerpo se relajó. Comenzó a mostrarse afectuoso, como un cachorrito. Le besó el cuello y el pecho con la boca abierta. Cherry no se lo esperaba. No se esperaba esa dulzura incesante de Russ.

Él se salió de ella y se dejó caer sobre un costado. Le besó los hombros sonriendo, tratando de recuperar el aliento.

—¿Ya es «después»?

Cherry asintió con la cabeza. Seguía excitada.

Russ la tocó con los dedos y luego con la palma, y le susurró su nombre al oído mientras ella tenía un orgasmo. Luego la besó con tanta furia que ella pensó que quizá empezarían todo de nuevo, pero solo se besaron hasta casi quedarse dormidos.

Cherry durmió con la mejilla apoyada en el hombro de Russ.

Se despertó a las tres de la mañana.

Russ estaba vestido y de pie junto a la cama. Le dijo que necesitaba irse a casa porque tenía que recoger a su hijo muy pronto por la mañana. Le pidió su número de teléfono.

Cherry se lo dio, él la besó en la mejilla y le dijo que volviera a dormirse.

7

Ayer, 19.22

Joy
SE ACABA DE ESTRENAR EL TRÁILER DE *JUEVES*!
ESTO NO ES UN SIMULACRO!!!!

Honny
Ay, Cherry, por Dios. ¿Estás viendo esto??
Es incluso peor de lo que pensábamos.

Joy
Es tan, pero tan… peor, que es incluso MEJOR!!!
O sea… La actriz que interpreta a Baby, NO PUEDO DEJAR DE MIRARLA!

Honny
Esa chica ni siquiera es gorda, solo tiene la cabeza grande.

Joy
Es gorda para los estándares de Hollywood. Tal vez use la talla treinta y seis.

Honny
Yo creo que le han puesto rellenos…

Joy
NO!!!

Honny
Sí! Mira bien. Y fíjate en el trasero!

Joy
AAAHHH! Tienes razón!!
Cómo se les ocurre? Me siento ofendida!!!!

Faith
Tú eres mucho más guapa que esa actriz, Cherry.

Joy
Como mil veces más guapa!!!
Pero Jesse Plemons está MUUUCHO más bueno que Tom!

Honny
Estoy de acuerdo.

Faith
Ay, yo no…

Joy
POR SUPUESTO, Tom se aseguró de que lo interpretara un actor guapo…

Honny
Pero Jesse Plemons ES guapo? Cuando Cherry dijo que era el tipo de *Friday Night Lights*, pensé que se refería al otro. A Tim Riggins.

Joy
PERO POR QUÉ INTERPRETARÍA TIM RIGGINS A TOM??? ME MUERO!!!

Honny
Que la actriz use relleno debería halagarte, Cherry.
Tú tienes un trasero inigualable.
Han tenido que usar efectos especiales, y ni con eso han podido imitarlo.

Joy
Ay, yo quería que Melissa McCarthy interpretara a Cherry :(

Faith
Quieres decir a Baby.

Honny
Melissa McCarthy ya es muy mayor. Además, ahora está demasiado delgada.
Otro éxito del Ozempic.

Faith
No hay confirmación sobre eso. Igual ha adelgazado a la antigua.

Honny
¿Matándose de hambre?

Joy
Melisa McCarthy habría estado genial.
Incluso tiene hoyuelos en las mejillas como Cherry!

Honny
Melisa McCarthy tiene hoyuelos como tú, Joy.
Ubícate.

Joy
Es que Cherry y yo tenemos los MISMOS hoyuelos!!

Faith
No queda un poco raro ver a gente real interpretando a estos personajes?

Honny
Qué esperabas, Faith? Una caricatura?
Sabíamos que no sería una película animada.

Faith
No sé lo que esperaba… Estoy tan acostumbrada a los personajes del cómic que verlos de repente en la pantalla… Ver a gente real… Pero no la gente real real. O sea, me dio un poco de cosa.

Joy
CHERRY, DÓNDE ESTÁS??
HAS VISTO YA EL TRÁILER???

Honny
Envíale un mensaje directo, Joy.
Igual tiene el chat del grupo en silencio.

Faith
No deberíamos estar hablando de todo esto en el grupo de «HERMANAS»? Con Hope?

Honny
De ninguna manera, esta es una conversación solo de chicas gordas. Las delgadas no pueden participar.

Faith
Pero no puedes decir eso respecto a todo, Honny.
No me gusta tener un grupo llamado «SIN HOPE».
Me parece retorcido.

Honny
Le creé para no lastimar los sentimientos de Hope sin querer!

Joy
Qué talla crees que usa Hope a día de hoy, eh?

Puede que una cuarenta y dos o cuarenta y cuatro? Cuenta eso como «delgada»???

Honny
Lo bastante delgada para no estar en este grupo de chat!
La última vez que yo fui talla cuarenta y cuatro.
Estaba en sexto.

Faith
Igual que nosotras, Honny!

Honny
Bueno, a las pruebas me remito!

Joy
CHERRY! Dónde estás??? Nos MORIMOS por hablar contigo sobre el tráiler!!

Honny
No deberías poner nuestro chat en silencio, Cherry.
Y si le pasara algo a mamá?

Faith
Si alguna vez le pasa algo a mamá, más os vale usar el otro chat!

Hoy, 9.10

Cherry
Si alguna vez le pasa algo a mamá, espero que LLAMÉIS POR TELÉFONO.

Joy
CHERRY!!! HOLAAA!!

Honny
No puedo creer que nos hayas dejado colgadas catorce horas!!
Has visto ya el tráiler?

Cherry
No. Y no pienso verlo.

Joy
Qué?? TIENES que verlo!!

Cherry

No TENGO que hacer nada, excepto pagar mis facturas y alimentar a la perra de Tom.

Faith
Cherry! Dónde estuviste anoche? Estábamos preocupadas.

Cherry
Fui a un concierto y luego volví a casa y me acosté.
Sin que me preocupara en absoluto el tráiler de la película de Tom.

Honny
Lo de que no te preocupara, ya será menos…

Faith
Fuiste a un concierto?

Joy
La actriz que te interpreta fue muy mala elección, Cherry!!
Creemos que usó rellenos. Y tiene ojos inexpresivos :(

Faith
Se refiere a la actriz que interpreta a Baby.

Honny
Ah, sí, usa rellenos, de eso no cabe duda.
Peinaron todo Los Ángeles para encontrar a alguien que sobrepasara la talla treinta y dos y solo encontraron a una británica de mirada perdida y cabeza muy grande.

Cherry
No me sorprende. En Hollywood solo ha habido tres actrices gordas, y ahora las tres se hinchan a medicamentos daneses para perder peso.

Faith
Tú eres mucho más guapa que la actriz esa, Cherry.

Honny
Ni siquiera es necesario decirlo.

Joy
Pues para mí sí. Eres MUCHO MÁS guapa!!

Honny
Creo que deberías tener derecho a aprobar a la actriz que te vaya a interpretar.

Cherry
NO soy yo.
Yo nunca he sido Baby. Y si veo este tráiler, será una cosa más que no podré desver y respecto a la que no podré hacer nada.

Honny
Supongo que tienes derecho…

Cherry
Gracias por tu autorización, Honny.

Faith
Lo siento, Cherry. Dejaremos de hablar del asunto.

Honny
…contigo.
O sea, seguiremos hablando del asunto entre nosotras.
Vamos a burlarnos de esta película cada vez que se tercie.

Joy
Eso significa que habrá otro grupo????
Mi vida ya es demasiado complicada!!

8

Hoy, 9.35

Hope
Ay, por Dios, ¿habéis visto el tráiler de *Jueves*?
La actriz que hace de Baby lleva relleno.
Se nota a la legua.

Honny
Cherry no quiere verlo ni hablar de él.

Faith
No quiere verlo porque después no podrá desverlo.

Joy
BOICOTT A *JUEVES*!!!

Hope
Ay, lo siento, Cherry.

Cherry
No hay problema. Sé que no podré evitar esta película por completo… Pero al menos no quiero *invitarla* a formar parte de mi vida.

Hope
Me parece lógico. No volveré a mencionarla.
Solo déjame decir algo…
Tú eres mucho más guapa que la actriz. Ella tiene una mirada inexpresiva.

Cherry
Gracias, Hope <3

9

Cherry *no* era Baby.

Baby era un personaje secundario en un webcómic de culto que se convirtió en una serie de cómics con un éxito enorme que, a su vez, se convirtió en una película importante.

Baby era un dibujo.

Se parecía a Cherry. Hablaba como Cherry. A veces hacía cosas que Cherry hacía. A veces decía exactamente lo mismo que Cherry había dicho.

Pero Baby no era Cherry.

Baby seguía perteneciéndole a Tom.

10

Cuando Cherry se despertó, encontró más de cien mensajes de sus hermanas en los seis grupos de chat distintos que tenían. Si hubiera tratado de seguir ignorándolos, Honny habría llamado a la policía. (O, si no, lo habría hecho Joy). Cherry rara vez era el centro de atención de sus hermanas, a pesar de lo cual esperaban que ella participara en los chats aportando lo suyo.

Cherry era la hija sándwich, la tercera de cinco chicas. En *Orgullo y prejuicio*, habría sido Mary, la menos memorable de las hermanas Bennet.

Pero Cherry *sí* era memorable. Nadie la habría considerado nunca una persona dócil o retraída… A menos que conociese a sus hermanas.

Sus hermanas eran, simplemente, *demasiado*. Todas eran ruidosas y seguras de sí mismas. Todas eran mandonas y Honny lo era tanto que prácticamente había usurpado el lugar de Hope como hija mayor. A veces parecía que alguien hubiese enviado por error cinco hijas mayores a la misma familia.

Primero estaba Hope, que tenía cuarenta y dos, y era la más mordaz. También la más santurrona y sensata. (Era lógico que fuera la que había logrado adelgazar).

Le seguía Honny, que tenía treinta y nueve. En realidad se llamaba «Honor», pero todos le decían «Honny» porque sonaba a *honey*, «miel». (Hope, Honor, Cherish, Joy, Faith, los significados de sus nombres —esperanza, honor, aprecio, gozo, fe— eran toda una declaración).

Honny era la más insistente, pero también la más divertida. Y la más peligrosa de todas. De niña, convencía a las demás para hacer travesuras y luego era la que se chivaba.

Cherry llegó tres años después de Honny.

Luego vino Joy, un año después. Joy tenía ahora treinta y cinco y era la más guapa. Parecía una Sofía Loren gorda. También era la que se emocionaba con más facilidad y a la que también era más sencillo influir. Joy siempre apoyaba a Honny en todo.

Faith tenía treinta y dos años, pero seguía siendo la bebé. Era la más parecida a su madre, es decir, dulce y más bien sosita, pero aun así muy mandona. Se salía con la suya haciéndote sentir culpable por atreverte a cuestionarla.

Si Cherry hubiese nacido en otra familia, habría podido ser como la Lucy Van Pelt de la tira cómica de Charlie Brown. O una Beyoncé, o incluso una Meg March, la mayor de *Mujercitas*. En su familia, sin embargo, siempre la relegaban al asiento trasero, normalmente, a la tercera fila.

Eso se debía, por un lado, a que sus hermanas tenían vidas más complejas y ocupadas que la de ella. Todas estaban casadas y tenían hijos, además de participar de manera activa en sus respectivas iglesias evangélicas. (Cherry fue la única que se aventuró a desviarse del camino de la rectitud). Como las otras tenían hijos que dependían de ellas, y Dios las observaba, tenían mucho más que perder.

También se debía a que Cherry se cansó de gritarles, aprendió desde muy pequeña a cuidar su voz.

Dejó el móvil sobre la mesilla de noche y volvió a hundirse entre las sábanas, que se deslizaron sobre su piel desnuda. Dentro de poco tendría que levantarse para alimentar a Stevie.

Eso era lo mejor y lo peor de tener un perro… No podía quedarse en la cama todo el día. Durante meses, después de la partida de Tom (después de que Tom no volviera), se comportó como una zombi, dejándose llevar nada más que por la inercia de su trabajo y de Stevie. Hubo incluso meses en que alimentó a Stevie con más constancia de lo que se alimentó a sí misma.

Habían pasado ya treinta minutos desde la hora en que Stevie solía desayunar, pero de verdad de la buena que no quería levantarse. Ni vestirse. Porque su desnudez era la única prueba de

que algo casi inconcebible había ocurrido en esa habitación la noche anterior…

Cherry se había acostado con Russell Sutton.

Cherry. Y Russ.

Cada vez que pensaba en ello, negaba con la cabeza. (Llevaba sacudiendo la cabeza y cubriéndose los ojos desde que se había despertado). Quería llamar a alguien por teléfono y gritarle la noticia, porque tal vez así le parecería todo más real. Pero la única persona que podría comprender de verdad lo que entrañaba aquello era Stacia y, por supuesto, jamás se lo diría a ella. Tampoco podía decírselo a las mojigatas de sus hermanas, por más que le agradara la idea de revelarlo de golpe en el grupo de chat. Ellas no eran partidarias del sexo prematrimonial, y menos aún del extramarital si no se estaba divorciada del todo.

Cherry sabía que sus hermanas la culpaban del divorcio, que lo atribuían a su falta de religiosidad. Que pensaban que, si se hubiera casado con un buen hombre cristiano, aún estaría con ella y, además, tendría hijos. Sería tan gorda y feliz como ellas, en lugar de ser ligeramente menos gorda y de estar sola.

Se cubrió la cabeza con el edredón y la cama crujió.

En ese momento oyó a Stevie quejarse en el piso de abajo. La perra, que había pasado la noche en su caseta, seguramente llevaba un rato a la espera de oír señales de vida.

—Sí, sí —dijo Cherry comenzando a incorporarse.

Al caminar desnuda por la habitación, cobró conciencia de sí misma. Gracias a Dios que la noche anterior no había encendido ninguna luz y que Russ había tenido que escabullirse antes del amanecer, porque no había hecho nada por cambiar la habitación desde que Tom se había ido. (Cuando Tom se fue, los dos suponían que volvería a casa). Eso significaba que sobre la mesilla de noche del lado de Tom todavía había unas cuantas monedas que había dejado, su bálsamo labial, algunos recibos y un libro de acertijos que le gustaba resolver cuando no podía dormir.

Toda su ropa se encontraba aún en su cómoda; no le había pedido a Cherry que se la enviara a ningún lugar. Su gorra de los Royals de Kansas City seguía colgada de la lámpara junto a la cama.

Y abajo era aún peor. Los libros de Tom. Sus películas, su Nintendo Switch. Sus botas junto a la puerta. Fotos enmarcadas de él y su madre que Cherry había colgado en el comedor. (Tom en su fiesta de quinto cumpleaños; Tom montado en un elefante, en el zoológico Henry Doorly).

Cada vez que Cherry trataba de abordar esa situación, es decir, cuando se planteaba hacer un plan para empezar a quitar del medio algunas de sus cosas, sentía que aumentaba la gravedad a su alrededor. El mero hecho de pensar en el asunto la hacía sentir tan pesada y cansada que tenía que sentarse de inmediato, y a veces pasaban horas y no podía levantarse.

No pensar en el asunto era mucho mejor para su productividad y para su salud mental. Y era algo que lograba hacer: podía moverse por la casa sin hacer contacto visual con las pertenencias de Tom ni con las cosas que eran de los dos, de su relación… Recuerdos de Disney World. Una manta de ganchillo que ella le había tejido. Un jarrón Jonathan Adler que él le había regalado en un aniversario de boda. Lo único que tenía que hacer era impedir que sus ojos se enfocaran en ciertos lugares.

También le resultaba conveniente que nadie de su familia la visitara. Como sus hermanas tenían hijos, era ella quien las visitaba. Lo mismo sucedía con Stacia. Nadie venía a su casa, nadie sabía cómo vivía.

Se puso unas mallas y una camiseta que no era de Goldenrod porque la noche anterior no había tenido la oportunidad de comprar una, como había previsto. Luego bajó a dar de comer a Stevie.

Y a prepararse unas gachas de avena.

A poner una lavadora y pasar un poco la aspiradora.

No vio señal alguna de que la noche anterior hubiese ocurrido algo extraordinario. Russ no había dejado ninguna nota ni se había olvidado la chaqueta. Tampoco había dejado su tarjeta. No había rastro alguno.

Y Cherry no tenía su número de teléfono.

11

Por alguna razón, Cherry no había caído en la cuenta de que todo mundo podría ver el tráiler de la película de Tom, incluida la gente del trabajo.

Hubo de pronto muchos que se mostraron muy interesados en la película, a pesar de que nunca hubieran mencionado las tiras cómicas de *Jueves*, ni siquiera cuando los cómics entraron en las listas de los libros más vendidos o Tom apareció en *The Late Show*.

Cherry tenía reuniones todo el lunes, y la primera empezó con: «¡He visto el tráiler de la película de tu marido!». (En la oficina casi nadie sabía que Cherry y Tom se habían separado).

—Tiene muy buena pinta —dijo alguien.

—Sí, muy buena —respondió Cherry.

—Te interpreta esa actriz, ya sabes, la que sale en esa otra peli…

—Oh, pero no es a mí a quien interpreta.

—Me pareció que tiene acento británico, ¿no?

—Estará actuando, supongo.

—Imagino que podrás asistir al estreno.

—Ya veremos.

—¿Pudiste conocer a Kathy Bates?

—No. Ojalá.

—Su actuación en *The Office* fue magnífica.

—Estoy de acuerdo.

—Cuéntame: ¿no trataron de que Alexander Payne participara en la película?

—No estoy segura…

—Habría sido increíble.

—Sí, desde luego.

—Porque entonces habrían podido filmar en Omaha. Y todos habríamos conocido a Kathy Bates.

—Habría sido genial.

—Bueno, dile a tu marido que nos alegramos un montón por él.

—Lo haré.

—¡Y dile que queremos conocer a Kathy Bates!

La última reunión del día terminó poco después de las cinco de la tarde. Cherry se sentía exhausta y el sudor le traspasaba la blusa hasta la chaqueta de lana. De tanto frotarse los párpados todo el día, tenía las manos manchadas de sombra de ojos.

Se quedó un momento en la sala de conferencias para reunir sus documentos… y algo de fuerza.

Meg Jones, su jefa, se asomó en ese momento por la puerta de la sala. Vestía un abrigo de lana de cachemira y llevaba un bolso de cuero granulado. Iba camino de la salida.

—¿Te encuentras bien?

Meg también había estado presente en todas las reuniones y era la única otra persona del edificio que sabía que Tom se había ido.

—Ajá, estoy bien —contestó Cherry haciendo un gesto con la mano.

—¿Estás segura? Porque tienes la misma pinta que la mujer de la foto en aquel folleto sobre la depresión que hicimos para los empleados.

Meg Jones estaba a cargo de toda la comunicación del ferrocarril, tanto interna como externa, y Cherry era la segunda al mando.

—¿El folleto que se titulaba *Cuando las cosas te superan*? —dijo Cherry.

Al ver a su jefa asentir, empezó a llorar.

Meg suspiró, entró en la sala de juntas y cerró la puerta tras de sí.

—Ya veo.

—Lo siento, lo siento —dijo Cherry abanicándose las mejillas.

—No te disculpes. Yo misma estuve a punto de ponerme a llorar durante la reunión de planificación cuando vi que el idiota del Departamento Legal no iba a cerrar la boca ni un momento.

A Cherry le parecía increíble que Meg Jones hubiera estado a punto de llorar alguna vez en su vida; era la mujer con más control que había conocido. (Para llegar a ser vicepresidenta de un ferrocarril, tenías que lograr que la gente se olvidara por completo de que eras mujer).

Sacó un pañuelo desechable del bolso.

—¿Te refieres a cuando preguntó si la chica de *Los Bridgerton* había engordado para interpretarme? —preguntó Cherry al tiempo que se sonaba la nariz—. La actriz del tráiler ni siquiera sale en *Los Bridgerton*.

Meg frunció el entrecejo, pero Cherry sabía que ese gesto en particular era de empatía. Llevaban trabajando tanto tiempo juntas que conocía bien todas sus microexpresiones.

—Sabes… —dijo Meg—. Podrías decirle a la gente que te estás divorciando. No hay por qué avergonzarse de ello. Tres cuartos del equipo ejecutivo son divorciados —agregó. Y sabía bien de qué hablaba: ella misma se había divorciado dos veces.

Cherry negó con la cabeza y se presionó los ojos con los dedos para tratar de detener las lágrimas.

—No, no quiero que la gente hable de mí. No quiero que eso sea lo que la gente relacione con mi nombre: «Cherry, la señora gorda del Departamento de Marketing que estuvo casada con un dibujante famoso».

—Hum… —dijo Meg—, más bien: «La tía genial del Departamento de Marketing que estuvo casada con un bicho raro».

Cherry puso los ojos en blanco y continuó:

—«Al parecer, el marido la dejó en cuanto se hizo famoso».

Meg frunció aún más el entrecejo, pero el resto de los músculos faciales no se le movieron ni un poco.

—Cherry, tienes que dejar de pensar de esa manera, mantener la frente alta y establecer tú la narrativa.

Cherry miró a su jefa a los ojos; no sabía si le estaba dando un consejo personal o una orden como supervisora. Con Meg Jones, la diferencia no era mucha.

—Lo siento, ya lo haré mejor —dijo Cherry asintiendo.

Meg volvió a suspirar y rebuscó en su bolso. Sacó un pañuelo de seda.

—Deja de disculparte, esta es la primera vez que te veo llorar por Tom.

—En general lo hago en mi despacho y con la puerta cerrada.

—Para eso son los despachos —dijo Meg mientras se abotonaba el abrigo—. Pero ¿has visto el tráiler?

—No —contestó Cherry—, no pienso hacerlo.

—Muy buena higiene mental, Cherry, no hay nada que tú tengas que ver ahí. Ni tú ni nadie. La actriz esa tiene ojos de muñeca y la cara repleta de rellenos dérmicos. Apenas parpadea.

Cherry sonrió. Viniendo de Meg Jones, ese comentario resultaba casi maternal. (Nunca le había sido posible determinar qué edad tenía, pero *quizá* la suficiente para ser su madre).

Meg se envolvió el cuello con el pañuelo y ocultó los extremos detrás de las solapas del abrigo.

—Deberías acostarte con otra persona, ¿sabes? Porque, hasta que no lo hagas, no podrás avanzar.

Ese segundo comentario cogió a Cherry por sorpresa. ¿Sería otro consejo profesional? Nunca habían hablado de sexo, pero… ¿quizá sí que podían? ¿De forma estratégica? Meg Jones no era ninguna mojigata y Cherry se moría por decirlo en voz alta…

—Pues… —comenzó a decir enderezándose un poco—, ya lo he hecho.

Meg dejó de colocarse el pañuelo.

—¿En serio?

Cherry asintió y, de pronto, se descubrió sonriendo.

Meg también sonrió, como un tiburón.

—¿Con quién?

—Con un conocido. Alguien a quien vi en un concierto.

—¿Ligaste con un hombre en un concierto? Cherry, no me cuadra nada contigo.

Cherry se sonrojó.

—Bueno, estuve casada casi diez años, así que no podía ligar con nadie, en realidad.

—No te lo decía como crítica.

—Ah, de acuerdo…

Meg entornó los ojos.

—¿Y lo volverás a ver?

—Ah… —exclamó Cherry mirando hacia abajo—. No lo sé. Tal vez no. Me pidió mi número, pero… eso fue el viernes por la noche y no me ha llamado aún. No creo que sea el tipo de persona que sale con alguien —explicó. Cuando alzó la vista, se encontró con la mirada aún más aguda de Meg—. Ni siquiera sé si le va esa historia —dijo Cherry—. Tiene un hijo. Todo fue… muy espontáneo. Fue como… solo un momento, ¿sabes? Una noche.

Meg asintió lentamente.

—Muy bien —dijo al tiempo que se pasaba el asa del bolso por el hombro—. Actúa como si estuvieras viva, Cherry. Porque lo estás.

Y después de decir eso, abrió la puerta y salió. (Meg Jones no era el tipo de persona que dijera mucho «hola» o «hasta luego». Las reuniones las comenzaba con un «bueno, a trabajar»).

Cherry volvió a bajar la vista, cogió su libreta y sus papeles y se los guardó en el bolso. Todavía tenía el pañuelo desechable en la mano, pero se dio cuenta de que ya no estaba llorando.

Sacó el móvil del bolso; siempre lo dejaba en silencio durante las reuniones. Vio que había recibido la típica avalancha de mensajes de texto de su madre y sus hermanas, más otros dos de un número desconocido.

Tres emojis de cereza.

Y luego: «Deberíamos tener una cita».

12

El siguiente fin de semana, Cherry tuvo una cita con Russ Sutton.

Una especie de cita: la invitó a cenar a su casa.

Cuando abrió la puerta, Russ vestía un jersey azul y pantalones tipo chino de color ocre. Cherry se rio cuando le vio la cara porque todavía no podía creerse que hubiera reaparecido en su vida y que, en esa ocasión, hubiese ido directo a sus brazos.

Russ también se rio y la cogió de la muñeca para hacerla entrar.

—Ven aquí.

Su casa era pequeña y estaba en un vecindario emergente. Era de estilo Craftsman y tenía dos dormitorios. Uno era para Liam, su hijo, quien vivía con él casi la mitad del tiempo. La ex de Russ tenía una casa más grande en un vecindario mejor.

—El divorcio —dijo Russ en voz baja mientras lidiaba con un trozo de pan de ajo, antes de volverlo a meter en el horno. También había preparado pasta y la salsa boloñesa de Alison Roman, por quien sentía fascinación.

La cena contenía más carbohidratos de los que Cherry habría consumido normalmente en una sola comida. O en un día entero. (Como todos en su familia, tenían la glucosa en sangre elevada, trataba de no comer nada de color blanco).

Comieron en la pequeña mesa de la cocina porque Russ usaba el comedor a modo de oficina. Liam también tenía un escritorio allí «para hacer los deberes y jugar al *Minecraft*». La casa estaba decorada de forma muy austera. En la sala había algunos pósters de conciertos enmarcados y muchas fotografías de Liam. (De pelo castaño claro, tenía los ojos profundos de Russ. Al parecer, le gustaba mucho el fútbol). La mente de Cherry pasó patinando junto

a la posibilidad de convertirse en madrastra y luego se alejó de esa idea a toda velocidad.

Habló con Russ como hablaban los viejos amigos porque eran viejos amigos. Ahora se movían en círculos diferentes pero adyacentes. Tenían tantos conocidos en común que era asombroso que no se hubieran encontrado antes. La vida social de Cherry, con cenas y reuniones familiares, era mucho más discreta que la de Russ. A él le gustaba salir. Iba a eventos de recaudación de fondos y participaba en caminatas para apoyar obras benéficas. Formaba parte de comités como voluntario. Parecía un adolescente que acumulara actividades para el currículum que enviaría junto con sus solicitudes de ingreso en la universidad.

—¿Estás pensando en presentarte a algún cargo? —le preguntó Cherry.

—No —contestó, descartando la idea como si Cherry solo bromeara, pero luego agregó—: Al menos no por ahora. Estoy esperando a que mi senador en Nebraska se presente para el Congreso.

—Yo votaría por ti —dijo Cherry con una sonrisa.

—Pero no vives en mi distrito.

—Vaya. No me puedo creer que te hayas acostado conmigo a cambio de nada.

Russ estalló en carcajadas. Tenía una risa muy agradable; realmente debería presentarse para algún cargo. Tenía esa extraña cualidad de ser encantador sin parecer superficial o falso.

Cuando acabaron de cenar, Cherry estaba sentada frente a él, retorciendo la servilleta de tela entre los dedos.

—Estás muy guapa esta noche —dijo Russ.

—Oh —exclamó Cherry—, gracias.

Llevaba un vestido de punto morado, entallado en el busto pero con la falda holgada y unas mangas amplias como de blusa. De todos los vestidos que tenía, aquel era el que más se asemejaba a un jersey. (No se había puesto ninguno de sus antiguos vestidos tipo *rockabilly* porque ya no le valían, aunque quizá debía probárselos de nuevo. Había adelgazado desde que Tom se había ido y en aquella época usaba la talla cuarenta y ocho clavada). También llevaba unos

leotardos grises y botas de media caña, pero, como había tenido que quitárselas al entrar en la casa, se sentía como una niña en calcetines.

—Tú también estás guapo —dijo ella—. Me gusta tu jersey.

—Gracias —dijo Russ, complacido.

—Siempre vas muy bien —agregó Cherry—. Es decir…, basándome en mi experiencia del pasado. Siempre me gustó cómo vestías.

—¿Ah, sí?

—No te hagas el tonto —dijo ella entornando los ojos—. Sabes bien que vistes con buen gusto.

Russ volvió a reír de buena gana.

—Con buen gusto.

—Siempre me gustaron tus gafas —continuó Cherry, sin poder evitarlo. Necesitaba hablar de Russ con *alguien*—. Me alegro de que no las hayas cambiado.

—Esto está yendo muy bien —dijo Russ.

—¿Qué está yendo muy bien?

—Nuestra cita.

Esa vez fue Cherry quien se rio.

—No va mal…

Russ negó con la cabeza, pero sin dejar de mirarla.

—No, no, creo que está yendo muy muy bien.

—¿Estás tratando de hipnotizarme otra vez? —preguntó Cherry en voz baja.

Russ negó lentamente con la cabeza.

—Tengo que decirte una cosa —dijo ella, aún en voz baja—: nunca me quedo a dormir en una primera cita.

Russ arqueó una ceja.

—Sé lo que estás pensando —agregó Cherry—, pero aquello *no fue* una primera cita.

—Oh… —exclamó Russ al tiempo que se dejaba caer del asiento de rodillas.

—¿Qué estás haciendo?

Se acercó hasta ella arrodillado.

—Bueno… —dijo mientras la cogía de la cadera y presionaba entre sus rodillas. (Cherry las abrió)—. Si no te vas a quedar a dormir, quizá sea mejor que comencemos pronto.

Cherry negó con la cabeza, riendo de buena gana.

—Estoy bromeando —dijo Russ, rodeándole la cintura con los brazos. Luego estiró el cuello y alzó la barbilla hacia ella.

Cherry se inclinó para besarlo.

Los besos de Russ eran como todo lo demás en él: inteligentes, confiados, sorpresivamente dulces. Colocó la mano sobre la pierna de Cherry. Luego la deslizó hacia arriba, por la falda, y empezó a acariciarle los muslos con el pulgar…

Después de varios minutos besándose, Russ se incorporó y se puso de pie de un salto. Cherry tuvo que echarse atrás para que sus cabezas no chocaran.

—Ven aquí —dijo Russ—. Quiero enseñarte algo.

Cherry se puso de pie.

—¿Quieres que retire mi plato de la mesa y lo ponga en algún sitio?

Russ ya iba camino de la sala.

—No, no, déjalo ahí.

Cherry lo siguió.

Russ se acercó a una estantería llena de libros. Cualquiera que necesitara la biografía de algún demócrata, podría habérsela pedido prestada a Russ.

—Siéntate —le dijo señalando el sofá, y ella se sentó—. Ayer me puse a buscar esto —dijo—, sabía que lo tenía. Guardo de todo —confesó mientras cogía lo que parecía un trozo de papel. Era una fotografía de veinte por veinticinco centímetros. Se sentó en el sofá junto a Cherry y se la pasó.

En la instantánea en blanco y negro, aparecían los dos bailando en el Galway la noche en que se conocieron. Russ estaba abrazando a Cherry, la tenía muy cerca, tal vez acababa de hacerla volver a sus brazos después de un giro. Los dos sonreían, pero también parecían sorprendidos, como si estuvieran viviendo el momento plenamente, deleitándose, sin certeza sobre lo que sucedería después.

A Russ se le veía joven y guapo. Ese pelo. Esos labios oscuros. Le brillaban los ojos.

Y Cherry…

En cuanto vio lo bien que estaba en la fotografía, sintió como si le dieran una bofetada. Era igual que si estuviera mirando a otra persona, una mujer que era objetivamente guapa. Tenía el cabello oscuro y le relucían los ojos. Los pechos casi le tocaban la barbilla. Era un bombón de chica.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó.

Russ le rodeó los hombros con el brazo.

—Un amigo mío era fotógrafo del *Creightonian* y llevaba la cámara a todos lados.

Cherry se quedó contemplando la imagen.

—No me puedo creer que esto exista.

—Es como… mágico, ¿no? —dijo Russ apretándole los hombros —. ¿Con qué frecuencia tiene uno una fotografía del momento en que conoció a otra persona?

—Pero este no es el momento en el que nos conocimos…

—Casi.

A lo que ella se refería era a que no era *solo* el momento en el que ellos se habían conocido, también fue el momento en que Russ conoció a Stacia. La cámara de su amigo apuntó en la dirección equivocada. Lo mismo que Russ.

—Recuerdo ese baile punto por punto —dijo Russ.

Cherry negó con la cabeza, todavía le costaba trabajo creer que la fotografía fuera real.

—Estamos tan jóvenes…

—Tú estás exactamente igual —dijo Russ antes de besarle el cuello.

Ella volvió a negar con la cabeza.

13

El hijo de Stacia iba a cumplir tres años y Cherry recibió una invitación para asistir a la fiesta. Esos eran los momentos en los que veía a los adultos que formaban parte de su vida, cuando sus hijos cumplían años. Entre las fiestas de sus sobrinas y sobrinos, más las de los hijos de todos sus amigos, podría haber comido tarta casi cada fin de semana si hubiera querido.

La fiesta de un niño de tres años seguía siendo casi por completo una fiesta para los padres, es decir, siempre había más adultos que niños. Stacia y Jim, su marido, incluso servían vino blanco con soda.

En esa ocasión, alquilaron una piscina de bolas con un tobogán y la instalaron en su salón. (Que, por cierto, era *enorme*. La planta baja de la casa era toda diáfana). Jim y otros padres se quedaron de pie alrededor de la piscina, en plan salvavidas.

Cherry se sentó en la barra de la cocina y comió dip de espinacas y chips sin harina de cereal. (Stacia y Jim no comían gluten). La gente llevaba un par de horas bebiendo vino con soda cuando Stacia entró en la cocina, se apoyó en el otro lado de la barra y suspiró. Vestía pantalones blancos y una camiseta blanca corta. Todas sus joyas eran de oro.

—Lo siento, ni siquiera te había saludado.

—Sí que me has saludado —dijo Cherry.

Stacia miró alrededor.

—No esperaba a toda esta gente. No sé por qué Jim ha invitado a su equipo de vóley-playa.

Cherry sonrió. Jim le caía bien.

—Parece la cantidad perfecta de gente, todos se lo están pasando bien.

Stacia seguía mirando alrededor.

—¿Sabes qué? Debería presentarte a los jugadores de voleibol… Algunos son solteros.

Hacía unos dos meses que Stacia había comenzado con aquello; y también lo hacía antes de Tom. Armaba revuelo diciendo que iba a encontrarle pareja a Cherry, como si alguien de su círculo social estuviera dispuesto a salir con una persona gorda.

Stacia había crecido siendo guapa y teniendo dinero, y luego se había casado con un hombre guapo que tenía dinero. Sus hijos iban a colegios caros y ella iba a un gimnasio caro. Todas las prendas que usaba parecían algo que se pondría Meghan Markle un viernes informal, y la mayoría de sus amigas eran similares.

Cherry siempre fue un caso aparte. Estudió en Creighton gracias a una beca. Era pobre y gorda y tenía intereses artísticos. Stacia y ella jamás habrían sido amigas de no ser porque terminaron siendo compañeras de cuarto en su primer año en la universidad. De hecho, vivieron juntas a lo largo de todos sus estudios.

Cuando, después de graduarse, Cherry entró a trabajar en una gran empresa y ascendió varias veces, su mundo se acercó un poco al de Stacia porque trabajaba casi de forma exclusiva con gente como ella, en el piso más alto del edificio de la Western Alliance. No obstante, nunca había sentido que encajaba del todo.

Las otras amigas de Stacia permanecieron delgadas a pesar del paso de los años y de tener hijos. De hecho, ninguna parecía estar envejeciendo. Según Stacia, todas consumían semaglutida y testosterona, y por eso estaban más delgadas y cachondas que nunca.

Tenía sentido. Cherry era la única de la fiesta que comía el dip de espinacas.

Stacia era esbelta por naturaleza y se esforzaba mucho por permanecer así. Como a su marido no le gustaban los medicamentos, las inyecciones de Mounjaro estaban descartadas. (Ni siquiera se vacunó contra el covid).

Cherry lograba sobrevivir a las fiestas de Stacia de la misma forma en que sobrevivió a la universidad rodeada de gente delgada de clase media alta: manteniendo la cabeza alta y siendo agradable. En general, gustaba a los demás.

Pero no había tanto buen humor o vino con soda como para que alguien de esa fiesta se interesara de forma romántica en ella.

—Hablo en serio —dijo Stacia—. Deberías pensarlo.

—¿Pensar qué? ¿En salir con un jugador de vóley-playa?

—En salir con alguien. Ha pasado casi un año.

—Bueno —dijo Cherry, inclinando la cabeza mientras hundía un chip en el dip de espinaca—, más o menos.

Tom se había ido hacía un año, pero solo llevaban separados seis meses.

—Sé que no estás lista aún —dijo Stacia, que cogió un puñado de chips—, y es probable que nunca lo estés. Pero seguro que no querrás que se te vaya la juventud regodeándote en la tristeza.

Desde la perspectiva de Stacia, lo peor que Tom le había hecho a Cherry había sido desperdiciar sus años fértiles. (Sus hermanas habrían estado de acuerdo).

—No me estoy regodeando en la tristeza —exclamó Cherry.

—La última vez que te pregunté a qué habías dedicado el fin de semana, me dijiste que habías estado haciendo cortinas.

—Siempre he hecho cortinas. Se me dan bien las manualidades.

—Ajá, pero las cosas eran distintas cuando estabas casada. Las solteras no deberían estar haciendo cortinas el fin de semana. Eso no te llevará a ningún lado.

—¿Y a dónde se supone que tengo que ir?

—Hacia delante —dijo Stacia—. Hacia el futuro.

—No hago cortinas para desafiar las reglas del tiempo y del espacio, Stacia. El futuro llegará de todas formas.

Stacia frunció el ceño y hundió un chip en la salsa de espinaca.

—Sabes a qué me refiero, Cherry. Solo te estás manteniendo a flote.

—Se supone que deberías alegrarte de que no me haya ahogado.

—Me alegro —exclamó Stacia con un suspiro y, mirando a Cherry directamente a los ojos, repitió—: Me alegro. Pero no quiero que termines como… Elaine —dijo en voz baja.

La madre de Jim nunca había superado que su marido, también quiropráctico, la hubiera engañado con la recepcionista. Nunca volvió a casarse y ni siquiera volvió a salir con nadie, y formaba

parte, en demasiada medida, de la vida de su hijo y su nuera. Elaine nunca estaba feliz. En ese momento seguramente se encontraba suspirando en la sala.

—Tienes que volver a salir, incluso antes de estar lista para hacerlo —dijo Stacia.

Cherry ya había decidido que no le diría a Stacia nada sobre Russ. Aún no.

Tal vez nunca.

Lo que fuera que estuviese sucediendo con Russ Sutton podría no transformarse en algo real siquiera. Lo había visto cuatro veces hasta ese momento, incluida la noche en que se encontraron en el concierto, y no habían vuelto a tener sexo. No estaba segura de cuál sería la razón, tal vez Russ la había tomado en serio cuando ella dijo que no solía apresurarse para pasar al sexo. O quizá él sentía que se habían apresurado.

Tal vez Russ estaba tratando de averiguar si de verdad la deseaba de una manera regular y constante. Y a la luz del día.

No podía culparlo, así eran las citas, ¿no?

—Es solo que no quiero que desperdicies más años de juventud con Tom, más años en los que todavía estás espléndida —dijo Stacia —. Ya le has dado suficientes.

—Mira, Stacia —dijo Cherry—, no me estoy regodeando en la tristeza, te lo prometo.

—Cherry…

—Estoy saliendo con alguien —dijo sin poder contenerse—. Es decir, he salido con alguien. Varias veces.

Stacia abrió tanto los ojos y la boca que Cherry alcanzó a ver el dip de espinaca.

—¿Qué? —exclamó al tiempo que se inclinaba sobre la barra y estiraba su largo torso para coger a Cherry del brazo—. ¡¿Quién es?!

—Es algo muy reciente —dijo Cherry—. Todavía no hay nada que contar.

Stacia le pellizcó el brazo.

—¡Dime quién es!

—Ay. ¡Stacia!

Stacia la soltó.

—Cherry, no puedes no contarme esto. Soy tu amiga más antigua.

Cherry frunció la nariz.

—¿Sí? A Jena la conozco desde primaria…

—Con Jena ni siquiera te hablas. Se comportó como una perra contigo en tu boda.

Cherry respiró hondo.

—Yo…, eeh… Vale…

—Espera —dijo Stacia como si se le acabara de ocurrir algo—. ¿Es un hombre?

—Claro —dijo Cherry poniendo los ojos en blanco—. ¿Por qué preguntas eso siquiera?

—No lo sé —contestó Stacia, encogiéndose de hombros—. Tienes muchísimas amigas y amigos LGTBIQA.

—¿Sabes siquiera qué significan todas esas letras?

—Sí, fui a un seminario en la clínica, así que no me molestes con eso. Ahora dime dónde conociste a este hombre. ¿Te metiste en un sitio de citas? ¿Tienes una app? —Stacia hizo un puchero—. Me dijiste que me dejarías sacarte fotos para el perfil cuando te hicieras una cuenta.

—No me metí en ningún sitio ni tengo ninguna app. Es alguien a quien ya conocía…

—¡Ay, por Dios! ¡Es ese tipo casado que siempre coquetea contigo en las reuniones de trabajo! Es muy mala idea, Cherry.

—Stacia, no. Por favor, deja de tratar de adivinar. Es… —Por la cara que puso Cherry, parecía que estaba a punto de dejar caer el vaso sobre las baldosas del suelo—. Es Russ.

Stacia no reaccionó.

—¿Russ quién?

Cherry suspiró.

—*Russ*. Russ Sutton.

Stacia abrió tanto la boca que la barbilla casi le tocó el cuello.

—¿*Mi* Russ?

Cherry asintió.

—Ay, por Dios —dijo volviendo a abrir los ojos como platos—. ¿En serio? Ahora trabaja en la oficina del alcalde.

—Lo sé.

—Pero ¿cómo? ¿Lo llamaste por teléfono? —preguntó como conmocionada.

—No. Nos encontramos por casualidad hace… unas dos semanas.

—Cherry, ¿te estás acostando con Russ Sutton?

—No —exclamó Cherry haciendo una mueca—. Es decir, sí, pero no mucho.

—Ay, por Dios —repitió Stacia, mirando más allá de Cherry—. Vaya. Vaya. Madre mía, madre mía…

—Stacia, lo siento.

Stacia volvió hacia ella de inmediato.

—No tienes por qué sentirlo, Cherry. Han pasado quince años.

—Sí, pero hay un código… Creo. Para estas situaciones. Las amigas antes que…, no sé. Antes que los hombres.

—Vaya —dijo Stacia cogiendo un chip, con el que señaló a Cherry —. ¿Sabes qué? No me sorprende.

—¿No?

—No —repitió Stacia mientras mojaba el chip en el dip y se lo metía a la boca—. Es decir… —Mientras masticaba, parecía estar reflexionando—. O sea, me sorprende, pero solo un poco. Vosotros siempre os llevasteis bien. Me daba cuenta de que tú le gustabas.

—¿Te dabas cuenta de que yo le gustaba a Russ?

—Bueno… —dijo Stacia, meciendo la cabeza adelante y atrás—. No de que le gustabas de esa manera, pero sabía que erais amigos. Y sabía que él te gustaba a ti.

Cherry hizo una mueca.

—¿Lo sabías?

Stacia volvió a encogerse de hombros.

—Ajá. Bueno, más o menos. Es decir… —Finalmente asintió—. Sí.

Cherry se sintió demasiado culpable. Demasiado avergonzada. Ni siquiera podía negarlo. Russ le había gustado desde el principio.

—Y eso… ¿no te molestaba?

—No —dijo Stacia, estirándose sobre la barra de nuevo para sujetar a Cherry del hombro en un gesto tranquilizador—. No, no. Russ era guapo. Y yo sabía que no te pondrías a coquetear con él. Tampoco creí que él fuera capaz de engañarme.

—No lo hizo. O sea…, no conmigo. Nunca hubo nada.

Stacia arqueó las cejas y le sonrió a Cherry.

—O tal vez sí…

—No, Stacia. Tú realmente le gustabas. Cuando lo dejaste, ni siquiera volvió a hablarme.

—Sí, sé que yo le gustaba… —dijo con un suspiro, como si hubiera recordado algo agradable—. Fue un buen año aquel. Pensaba que iba a casarme con él.

—Dios mío, Stacia. Lo siento tanto…

—No, Cherry, no pasa nada. Fui yo quien lo dejé; conocí a otra persona.

Cherry seguía con la misma mueca en la cara.

—Lo sé, aunque…

—Pero dime, ¿cómo ocurrió? ¿Dónde os encontrasteis?

—En un concierto.

—¿Y?

—Pues… nos entendimos de inmediato. Me encantó verlo. Está divorciado. Nos pusimos al día.

—¿Y te pidió salir? ¿Se lo pediste *tú*?

—No. Solo… nos fuimos juntos.

Stacia sofocó un grito. (Más que nada, para crear efecto).

—¡Cherry! ¡Pero tú no eres así para nada!

—En ese momento me pareció buena idea.

—¿Y lo fue? ¿Lo has vuelto a ver desde entonces?

—Ajá. Varias veces —asintió Cherry—. Funciona —agregó sacudiendo la cabeza—. Creo que funciona.

Stacia sonrió. De manera genuina.

Cherry sintió el alivio recorrer todo su cuerpo.

—Me gusta mucho, Stace.

Stacia se rio y le palmeó el brazo.

—¡Vaya! ¡Russ Sutton! O sea, ¿por qué no? —dijo antes de quedarse pensativa de nuevo—. No creo que Russ tenga nada de malo… Al menos, no lo tenía cuando estábamos en la universidad. Nunca me pidió que hiciera nada raro y, en realidad, era muy dulce. Sus padres eran unos estirados, pero creo que les gustarás… Porque eres una intelectual.

—No lo soy.

—Cherry, tú lees…

—Tiene un hijo —interrumpió Cherry.

—¿Y ya lo conoces?

—No, es muy pronto para eso.

Stacia se quedó mirando a lo lejos por un instante.

—Era tan guapo… ¿Sigue siendo guapo?

Cherry asintió sintiéndose culpable.

—Cherry —exclamó Stacia—. No hay problema, no has roto ningún código.

—Puede que sí…

—Mira, si Jim y yo nos divorciáramos, *él* sí estaría prohibido.

Cherry hizo un ademán con las manos.

—¡Nunca me *acercaría* a Jim!

Stacia pareció herida.

—¡Pero no lo digas así! Además, sé que Jim te gusta…

—Me gusta lo normal.

—Os encantan las cartas. Siempre estáis jugando a las picas.

—Jim me gusta como solo puede gustarle a una el marido de su amiga más antigua. Y, para tu información, él tampoco se me *acercaría* jamás.

Stacia tomó otro dip y lo mordió mirando a Cherry con el entrecejo fruncido.

—Mmmmm.

Cherry permaneció en la fiesta hasta después de que todas las mujeres delgadas, los jugadores de vóley-playa y los niños pequeños se fueron a casa, hasta que solo quedaron Stacia, Jim, la madre de Jim y ella. Los cuatro jugaron a las picas y terminaron con toda la comida sin gluten de la fiesta mientras los niños veían *Bluey*.

Cuando Cherry ya no pudo dejar de bostezar, Stacia la acompañó a la puerta.

—Ay, Dios mío —dijo Cherry mientras se ponía el abrigo—. Me he olvidado de decírtelo: ya ha salido el tráiler de la película de Tom.

Stacia puso cara triste.

—Lo sé, Cherry, lo siento mucho.

—¿Lo has visto?

—Ajá —contestó Stacia con la misma cara de tristeza.

—No me puedo creer que no me lo hayas mencionado. Nadie me lo ha mencionado en todo el día.

—Les pedí que no lo hicieran; supuse que no querrías hablar de ello.

Cherry se llevó la mano al corazón. Estaba conmovida.

—No quería hablar de ello.

Stacia asintió con empatía.

—De verdad eres una buena amiga —dijo Cherry.

—Trato de serlo.

Cherry la abrazó para despedirse y empezó a caminar por la acera.

—¡Dile hola a Russ de mi parte! —gritó Stacia.

Cherry se volvió haciendo una mueca.

—O mejor no —dijo Stacia.

—Mejor no —concedió Cherry.

A Stacia se la veía encantada.

—Esto va a ser tan raro…

—¡Buenas noches!

14

Confesarse con Stacia hizo que Cherry se sintiera cincuenta kilos más ligera, lo que, si hubiese sucedido en realidad, le habría permitido llegar a su peso recomendado. Tal vez los principios del catolicismo tenían una razón de ser después de todo.

Al día siguiente, prácticamente se sintió libre de conflictos internos sobre estar viéndose con Russ. Saldrían a cenar por primera vez, a un restaurante tailandés cerca de casa de Cherry. Después ella lo invitaría a su casa.

Le llevó casi toda la tarde del sábado liberar la planta baja de la presencia de Stevie. (Sacó la aspiradora de calibre industrial). Luego, armada de una fortaleza sobrenatural, decidió liberarla también de la presencia de Tom.

Guardó sus botas en el armario del pasillo y reunió todas sus libretas de dibujo para dejarlas en un cajón. También colocó en el mueble del televisor la mitad de su colección de juguetes de *El fantasma del espacio* y, cuando se quedó sin espacio, ocultó la otra mitad en la cocina, entre las latas de alimentos.

No podía esconder todos sus objetos…

A Tom le encantaban los objetos. Adoraba las estatuillas, las figuras de acción y los frascos antiguos de gel de baño de burbujas. Adoraba los juguetes mecánicos que no funcionaban y los personajes de cómic que nadie reconocía. Le encantaban las cosas bonitas e ingeniosas y los artilugios.

Cherry nunca quiso que Tom ocultara en cajas las cosas que amaba, pero tampoco le apetecía que la casa pareciera una tienda de cachivaches. Trató de integrar las colecciones de Tom en su propio estilo de decoración porque quería que su hogar los reflejara a los dos.

Cuando renunció al diseño gráfico, y mientras ella y Tom esperaban a tener hijos, la casa se convirtió en la principal salida para la energía creativa de Cherry. Pasaba todo su tiempo libre confeccionando cortinas. (En la casa había veinte ventanas). También pintó motivos en el suelo de madera y veía en YouTube vídeos para aprender a retocar los muebles viejos que traían de las subastas y los mercadillos de vaciado de casas a los que asistían.

Si te hacías una fotografía para Instagram en casa de Cherry, no tenías que preocuparte por los ángulos: el fondo siempre era encantador.

Y las cosas de Tom formaban parte de él, eran intrínsecas. Esa era una de las razones por las que Cherry no las había eliminado en una suerte de operación quirúrgica. Quitar las cosas de Tom habría hecho que quedaran grandes huecos que no habría podido llenar de la noche a la mañana. Habría tenido que volver a decorar cada habitación para que la casa estuviera completa de nuevo…

Esa tarde quitó de la vista las pertenencias más obvias de Tom. Se movió con agilidad, como alguien a quien le pagaban por limpiar, sin permitir que ni sus manos ni su mirada se posaran demasiado tiempo en los objetos.

Una hora antes de cuando se suponía que la recogería Russ, se cambió de ropa, se puso delineador de ojos y caminó por la casa de nuevo, en busca de cualquier cosa sobre la que no quisiera dar explicaciones.

Terminó en el comedor, mirando las fotografías de Tom con su madre.

Las descolgó con cuidado de la pared y las enterró en un cajón, debajo de unos manteles.

Luego se sentó en el sofá. Y lloró.

Stevie saltó al cojín junto a Cherry y le colocó la enorme cabeza sobre el pecho. Cherry le acarició el pelaje en un acto reflejo.

Por las mejillas le rodaban gruesas lágrimas.

En aquellos meses, después de que Tom se fuera y quedara claro que no iba a volver, las lágrimas de Cherry habían cambiado. Había días en que sentía los ojos tan repletos que le corrían como riachuelos. Habría jurado que su manera de llorar no había sido

nunca así, que había pasado de llorar gotas a llorar ríos. Seguramente existía un fundamento científico que explicara que se lloraba distinto por penas pasajeras que por un dolor incapacitante.

Cuando Russ tocó el timbre, Cherry estaba cubierta de pelo de perro y, de tanto llorar, se moría de sed.

—¿Te encuentras bien? —fue lo primero que le preguntó Russ cuando ella le abrió la puerta.

—Sí —mintió ella—, estoy bien. Pasa.

Estando él allí, era menos mentira.

Russ permitió que Stevie saltara sobre él y le rascó el cuello diciendo cosas como:

—Eres un monstruo, ¿verdad? Eres un *kaiju*. Tú has luchado con Godzilla y has ganado, ¿verdad?

Era encantador, atractivo. Estaba relajado. Se le veía cómodo.

Alzó la vista y miró a Cherry sin dejar de acariciar el pelaje de Stevie.

—¿No crees que Stevie está… aceitosa?

Cherry se rio.

—Al parecer es normal. Yo tengo que lavarme las manos todo el tiempo.

Russ miró a Stevie a los ojos.

—Es como salir con una mujer que se echa demasiada laca en el pelo.

Stevie se puso bocarriba para que Russ pudiera rascarle la panza.

—Esto podría durar toda la noche si lo permites —dijo Cherry—. Seguirá moviéndose para que la acaricies desde ángulos distintos.

—Tiene *tantos* ángulos…

Cherry se acercó a la caseta de Stevie y cogió un juguete dental en forma de hueso del montón de bolsas de premios que había encima. (Stevie alcanzaba de sobra a esas bolsas, pero nunca cogía ninguna; o era una perra muy tonta, o se portaba demasiado bien).

—Ven, Stevie —dijo Cherry y, cuando se acercó, le dio el hueso. Stevie lo cogió y se fue de inmediato trotando para roerlo en paz.

Russ estaba tratando de sacudirse todo el pelo de Stevie.

—Toma —dijo Cherry, dándole un rodillo quitapelusas. Tenía rodillos guardados por toda la casa.

Russ le sonrió y empezó a pasárselo por las mangas. Llevaba una chaqueta deportiva de lana y pantalones de vestir de algodón. Venía de un evento del trabajo.

Se le daba muy mal usar el rodillo. Cherry se lo quitó de las manos y empezó a pasárselo por la chaqueta.

—Hola —dijo Russ.

—Hola —dijo Cherry con una sonrisa.

Russ la besó en la mejilla.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, solo estoy un poco cansada, lo siento. Debería revisarme el maquillaje en el espejo.

—Estás increíble. Pero… —comenzó a decir Russ mientras relajaba las cejas.

—He tenido uno de esos momentos, pero ya está.

Russ miró alrededor.

—Tu casa es increíble —dijo.

Estaba mirando los lazos azules pintados alrededor de la puerta delantera. Debajo de los listones de madera del suelo, se escondían los ratones de Cenicienta. Cherry era una fan de Disney que no había salido del armario.

—¿Tu ex pintó todo esto?

—No, lo pinté yo —aclaró Cherry.

—¿En serio? —dijo volviéndose a mirarla. Ella seguía pasando el rodillo quitapelusas por las mangas de Russ—. Es fantástico. Me perdí todo esto cuando estuve aquí la otra vez.

—Sí, bueno… —dijo Cherry, sintiendo cómo se sonrojaba.

Russ sonrió y la abrazó.

Ella trató de retirarse.

—Estoy llena de pelo, tendré que volver a pasarte el rodillo.

Pero Russ la atrajo más hacia él.

—No me amenaces con un masaje y un buen momento.

Cherry se carcajeó y posó los brazos sobre los hombros de Russ, manteniendo el rodillo de pelusa alejado de su cabeza.

La cena fue genial, incluso a pesar de que el dueño del restaurante la reconociese porque había estado allí con Tom y le preguntara por la película. Cherry pidió un plato de curri verde y trató de no comer mucho arroz, y Russ habló con el camarero sobre el plan que tenía el alcalde para el transporte público.

Después de cenar, caminaron de vuelta a casa de Cherry, se sentaron en el sofá y se besaron. Cuando Russ comenzó a desabotonarle el vestido, ella lo condujo al piso de arriba, a su habitación, que también había desTomificado a toda velocidad. (Básicamente había arrasado con todo y lo había ocultado debajo de la cama o en un cajón; haber limpiado de manera más meticulosa la habría dejado incapacitada durante días). Hicieron de nuevo el amor en su cama y usaron los condones que aún no habían caducado, y esa vez fue aún mejor. Cherry no se preocupó por ninguna de las «revelaciones». Y, como sabía que se podía correr con Russ, se dejó ir. Todavía estaban conociéndose el uno al otro, todavía sonreían mucho.

Cherry le pidió que pasara la noche con ella y él aceptó, pero a la mañana siguiente se fue antes de que sonara su alarma.

15

Cuando Tom la llamó, todavía apareció en la pantalla del móvil como «Contacto de emergencia».

Se debatió entre responder o no. Como estaba en la oficina, podría enviarle un mensaje de texto para preguntarle qué quería. No habían hablado por teléfono desde que dejaron de pelear.

Se levantó para cerrar la puerta del despacho.

—¿Hola?

—Hey, soy yo… Tom.

—Ajá —dijo Cherry—. Hola.

—¿Cómo estás? —Su voz sonaba tensa.

—Estoy bien, Tom. ¿Cómo estás tú? —La de ella sonaba aún más tensa.

—Ah, bien, supongo. Eeh…

Cherry esperó un instante.

—Tom, ¿por qué me estás llamando? —preguntó.

—Eh… Ah, sí —dijo y exhaló—. Quería avisarte. O, eh, prevenirte… La próxima semana volveré a casa. A Omaha.

—Oh —exclamó Cherry. No habría debido sorprenderle, algún día tenía que volver—. De acuerdo.

—Estaba pensando en ir a recoger mis cosas… cuando te venga bien.

—Claro. —Claro, eso tendría que suceder también—. Vale, pues… —dijo Cherry—. Bueno, dime cuándo te quieres pasar. Tal vez podrías hacerlo mientras yo esté en la oficina, ¿no?

—No sé… —dijo Tom con aire inseguro—. Tal vez haga falta que hablemos al respecto, ¿no crees?

—No —contestó tajante; no quería hablar con él de nada—. Solo pasa y recoge tus cosas.

—Bueno… Es que son nuestras cosas. La mayor parte.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que te quieres llevar?

—No lo sé —dijo—. ¿Y si quisiera algo de la cocina?

¿La cocina?

—¿Qué quieres de la cocina?

—No lo sé, Cherry, llevo casi un año sin ir por la casa.

—Y hasta el momento has podido sobrevivir sin nada de la cocina.

—Bueno, es que he estado en un Airbnb completamente amueblado.

—¿Te vas a mudar?

—Sí —dijo—, tendré mi propio apartamento.

—¡Ah! —exclamó Cherry, aunque nada de eso habría debido sorprenderla. Tom tenía que vivir en algún lugar. Se estaban divorciando—. De acuerdo —repitió, tratando de centrarse—. Bueno, pues tendrás que comprar cosas nuevas. No puedes coger y llevarte nuestras cosas, las estoy usando —dijo, sonando a la defensiva.

—¿Estás usando el exprimidor? —preguntó él. Sonaba exasperado.

—¿Cuándo he utilizado el exprimidor, Tom?

Tom se quedó en silencio.

Cherry lo oyó respirar hondo.

—Ese es el tipo de cosa de la que podemos hablar cuando vaya a la casa —dijo—. No quiero coger y llevarme las cosas, ni dejarte sin algo que necesites.

—Ajá —dijo Cherry frotándose la frente—. Vale.

—Entonces… ¿te viene bien algún día de la semana próxima? Bueno, no tiene que ser la semana próxima, estaré ahí un tiempo.

—¿Dónde te quedarás?

—Con mi padre.

El padre de Tom era una persona difícil, por decirlo amablemente.

—¿Seguro que es buena idea?

—Sí, es algo temporal.

—Podrías acercarte el sábado —dijo Cherry—. Después de comer.

—Genial —exclamó Tom—. Gracias. Te veré entonces.

—Hasta el sábado —dijo Cherry antes de colgar.
Después cerró los ojos y se dijo que no lloraría.
Y luego lloró.
Y luego volvió al trabajo.

16

Cherry no sabía cómo prepararse para ver al que aún no era su exmarido (pero tampoco era su marido del todo) por primera vez en casi un año.

¿Se suponía que debía limpiar la casa? ¿Se suponía que debía ponerse guapa? Pensó en lo que le gustaba decirle a su equipo en el trabajo: «¿Cuál es nuestro mensaje central aquí? ¿Qué queremos dar a entender?».

No tenía un mensaje central para Tom. ¿Quería recordarle que antes la amaba? ¿O reforzar la decisión que tomó de irse?

Sus hermanas querrían que le provocara un miedo profundo. De hecho, querían que luchara con ahínco por el nuevo dinero de Tom. Y por sus ganancias futuras.

Pero a ella eso le parecía innecesario. Había hablado con un abogado y era casi seguro que obtendría la mitad del dinero de los derechos de autor. (Toda la serie de *Jueves* había estado en la lista de los más vendidos durante dos años). Asimismo, obtendría la mitad del dinero de la película, al menos del de la primera. Al abogado le sorprendía muchísimo que Tom no estuviera siendo más ágil en los trámites del divorcio para impedirle a Cherry reclamar sus ingresos.

Cuando se lo dijo, Cherry se rio. Tom nunca había sido ágil para tomar decisiones en su vida.

Fue Cherry quien decidió que debían casarse, quien lo instó a dar el sí a la editorial de cómics a la que le interesaba publicar *Jueves*, y quien le dijo a Tom que fuera a Hollywood para ver qué podía lograr.

Y quien le dijo que no volviera a casa.

Tom llegaría en cualquier momento…

¿Qué quería Cherry que sintiera Tom cuando la viera?

Culpa.

No era un objetivo muy noble, pero era lo que de verdad quería.

Terminó poniéndose unos vaqueros, una camiseta y una chaqueta de punto extragrande de color pera que le quedaba suelta alrededor de la cadera.

Por la mañana había llevado a Stevie a que la bañaran y la arreglaran. (Realmente quería que Tom pensara que Stevie estaba de maravilla). Pasó la aspiradora mientras lo esperaba, con el pulso acelerado. En algún momento incluso pensó en llamarlo para decirle que, al final, no le iba bien que fuera ese día. Que no le iba bien ningún día. Que empaquetaría sus cosas y se las enviaría a California, que empaquetaría la *casa entera* y se la enviaría. Como su terapeuta le dijo, el dinero ya no era un factor limitante.

Cherry misma era el factor limitante; no tenía el valor necesario para hacer aquello.

Tom tocó el timbre al llegar. («Porque no vive aquí», pensó Cherry sintiendo ganas de vomitar).

Stevie ya estaba ladrando en la puerta; tuvo que sujetarla del collar para evitar que se escapara al abrir. Cuando Stevie vio a Tom, ni siquiera esperó a que entrara; le saltó encima.

Cherry dio un paso atrás y dejó que hicieran lo que fuera que tuvieran que hacer.

Stevie se volvió loca. ¿Estaría reconociéndolo? Tom se puso en cuclillas para saludarla y ella no se le quitaba de encima. Tom sonrió y la acarició con ganas.

—Stevie Nicks, buena chica. ¿Me has echado de menos? Yo también. Qué buena chica eres.

Tom llevaba unos pantalones de pana verdes, viejos y raídos, y una sudadera negra con capucha. (Iba a terminar cubierto de pelo blanco). Cherry nunca le había visto el cabello tan largo.

Lo tenía rubio y rizado, rubio de verdad, incluso siendo adulto. Era tan claro que, estando corto, ni siquiera se podía apreciar de qué color era, y siempre lo llevaba corto porque no le gustaba tener que lidiar con los rizos.

Pero se lo había dejado crecer y casi le llegaba a las orejas. Y sus rizos rubio ceniza eran tan gruesos como los pulgares de Cherry.

Seguro que se estaba dando alguna crema para domarlos.

Que hubiese esperado a separarse de ella para dejarse crecer el pelo fue como una puñalada en el corazón de Cherry. (Tal vez la primera de las muchas de esa tarde. Tendría que hacer espacio en su pecho para recibirlas).

Tom se puso de pie y continuó acariciando a Stevie. Miró a Cherry. Menos emocionado, menos cómodo.

—Hola.

—Hola —contestó ella.

Tom no llegaba al metro ochenta, pero era corpulento, así que parecía más alto. En el instituto había jugado al fútbol americano, pero nunca había sido bueno; se limitaba a quedarse plantado y dejar que los jugadores se estrellaran contra él. O, al menos, eso fue lo que le contó a Cherry.

Siempre había pesado más de lo que le habría gustado, pero parecía haber adelgazado. California, supuso Cherry. Y el hecho de no trabajar ya pegado al escritorio. Más el dinero que estaba ganando, con el que podía comprar cajas de proteínas y batidos de musgo marino. (Ella también había adelgazado en el último año, pero, en su caso, se debía exclusivamente a la tristeza y a no haberse ocupado bien de sí misma).

El rostro de Tom había cambiado… Seguía siendo guapo, con las facciones marcadas y duras. Todavía era un poco peculiar debido al amplio puente de la nariz, los ojos achinados y los pómulos altos y anchos que se le extendían hasta las sienes. Pero era lógico, Cherry se había perdido todo un año de desgaste.

—Está enorme —dijo Tom acariciando el flanco de Stevie.

—La última vez que fuimos al veterinario pesó sesenta y dos kilos. El doctor Lewis piensa que por fin ha terminado de crecer.

Tom le rascó a Stevie las orejas con las dos manos.

—Qué hermosura, qué buena chica eres.

—¿Acabas de llegar? —preguntó Cherry.

—Hace un par de días —respondió Tom sin dejar de rascar a Stevie.

—Bueno. —Cherry miró alrededor—. No sé por dónde querrías comenzar…

—Oh —dijo Tom y alzó la vista; tenía el entrecejo fruncido—. ¿Por dónde quieres que empiece?

—¿Has traído cajas?

—Están en el coche.

—Supongo que puedes empezar por sacar las cajas —dijo Cherry.

—De acuerdo —asintió él.

Cherry volvió a sujetar a Stevie del collar para que Tom pudiera salir de la casa. Mientras estaba fuera, metió a Stevie en su caseta. Obviamente para que no estorbara, pero sobre todo porque ver a Tom tratarla con tanto afecto la hacía querer aullar como un alma en pena.

Tom volvió a subir por los escalones del porche y abrió la puerta lentamente. Traía consigo un paquete cerrado de cajas de cartón nuevas.

Permanecieron en el vestíbulo sin mirarse.

—Podría empezar por mi ropa… —dijo él, pero Cherry lo interrumpió enseguida.

—No —exclamó. No lo quería en el dormitorio.

Tal vez él lo adivinó.

—Entonces podría dejarte algunas cajas para mi ropa.

—No voy a empaquetar tu ropa, Tom.

Él se quedó mirando al suelo.

—Mira… Empieza por la planta baja —añadió Cherry.

—Vale.

Cherry alzó la vista y lo miró; comenzaba a desmoronarse.

—Sé que dijiste que deberíamos estar aquí los dos, pero creo que… te dejaré la vía libre un rato… —Pasó caminando junto a él para recoger su bolso—. Así encontrarás la mejor manera de hacer esto.

—Vale —repitió él.

—Tú empieza a empaquetar —dijo Cherry—. Y, si es necesario que hablemos de algo, regresaré —agregó y contuvo las lágrimas hasta que salió de casa, por poco.

Se fue al supermercado. Durante una hora caminó arriba y abajo por los pasillos empujando un carrito vacío. Pensó en Tom, que estaba en la casa por primera vez después de un año. Tom estaba

en la casa *de los dos*. Abriendo armarios y sentándose en el sofá de los dos. Acariciando la perra de los dos.

Podía decirse a sí misma que nada de lo que había en esa casa le pertenecía ya a Tom, pero tampoco le pertenecía a ella.

Todo era de los dos. Cuando Tom se fue a California, se llevó consigo todo el sentido de la existencia de la casa: que era algo que compartían. Cherry vivía allí como una ocupante ilegal, como una más de las cosas que él no necesitaba y que había dejado atrás.

Recordó el día en que hicieron una oferta por la casa, lo felices que se pusieron cuando recibieron la llamada del agente inmobiliario. Podían pagar el lugar por los pelos y no estaba en el mejor vecindario, aunque sí cerca de uno bueno. Además, tenía tres dormitorios. Querían tres, para los niños de los que todavía no estaban listos para hablar en serio.

El apartamento en el que habían vivido hasta entonces siempre les había parecido algo temporal. Primero había sido de ella, y no tenían autorización para pintar ni plantar nada. Ni siquiera tenían derecho a quitar las persianas.

Esa casa, en cambio, sería *de ellos*.

Esa primavera plantaron árboles frutales, arbustos de lilas y especies perennes, plantas que no florecerían en años. Que podrían ver crecer.

Cuando Tom se fue a California, Cherry se convirtió en el ama de llaves de la casa y la cuidadora oficial de Stevie. Fue ella quien tuvo que recoger la fruta, desbrozar el jardín y cambiar los filtros de la caldera nueva. Quien abría todos los sobres en los que llegaban las facturas.

Tom no solo la dejó a ella, la dejó acompañada de la vida rota de ambos, de todos sus proyectos abandonados, muertos. La dejó *en* la vida rota de los dos. La convirtió en la última residente de un pueblo fantasma.

Cherry dio otra vuelta más al supermercado y, al final, compró comida para perros. (Siempre necesitaba comida para perros). También nata para poder ofrecerle un café a Tom. Y ensalada envasada y pollo asado para poder comer algo después de que él se fuera.

Cuando volvió a la casa, Tom estaba sentado a la mesa del comedor. Al entrar Cherry, se puso de pie de forma abrupta. Stevie, que estaba tumbada a sus pies, también se levantó de un salto.

Tom no tenía buen aspecto, estaba pálido y se le veían los ojos tan hundidos como los había tenido buena parte del año antes de que se fuera.

Cuando lo veía así, Cherry solía acercarse a él, cogerle la mano y acariciarle la mejilla. «¿Estás bien?», le preguntaba siempre.

Esa vez no se acercó, pero sintió lástima. Encontró espacio en su endurecido corazón para estimar que esa era la primera vez que él estaba de nuevo en casa.

—¿Necesitas ayuda con las bolsas? —preguntó Tom.

—No, solo traigo esto —dijo Cherry mientras dejaba en el suelo la comida para perros—. ¿Quieres un café?

—Eeh… —dijo Tom, frunciendo la frente—. ¿Te molestaría si volviera mañana?

Cherry apretó la mandíbula.

—Tengo planes para mañana.

—Comprendo —dijo él—. Entonces ¿tal vez el lunes por la noche?

No quería a Tom en la casa por la noche; habría sido un escenario demasiado sombrío. Cherry necesitaba la luz del sol para mantener la cabeza alta.

—Da igual —dijo ella—. Puedes volver mañana.

—Pero si tienes planes…

—Puedo cambiarlos.

—Gracias, Cherry. Lo siento.

Cherry negó con la cabeza como haciéndole ver que no tenía por qué disculparse. Tom rascó un poco más a Stevie y ella lo siguió hasta la puerta.

Cherry se metió en la cocina, no quería verlo salir.

—Te enviaré un mensaje de texto antes de venir —gritó Tom.

—Vale —dijo ella—. Gracias.

Puso los víveres en la isla de la cocina y, cuando oyó la puerta delantera cerrarse, se apoyó en la barra, inclinando la cabeza. Respiró hondo varias veces, con intención, permitiendo que la cubriera una enorme ola de… *algo*.

¿Qué era? ¿Tristeza? ¿Pérdida?

Dolía, fuera lo que fuera.

Se fue resbalando hasta llegar al suelo, se apoyó en el armario de debajo del fregadero y se quedó allí mirando los rodapiés.

Stevie fue a investigar y empujó el cuello y el rostro de Cherry con la nariz húmeda.

No le gustaba verla en el suelo ni agachada, ni siquiera tumbada en el sofá. (No le dejaba hacer nada que se pareciera al yoga). Sus instintos de protección se activaban enseguida, ladraba agudo y le olfateaba la cara. A veces le mordía con suavidad la muñeca.

—Estoy bien —dijo acariciando el hocico de Stevie.

La perra, satisfecha de constatar que así era, se acomodó pesadamente en el suelo junto a Cherry y le puso una pata sobre la pierna. Era uno de sus hábitos más encantadores, la forma en que ponía la pata sobre ti, como alguien que colocara su mano en tu regazo para reconfortarte. Cherry le pasó los dedos por el pelaje del cuello mecánicamente.

Siempre había sido una de esas personas que no podían dejar de pensar, de las que nunca lograban apagar el cerebro. Pero era increíble la manera en que el dolor le vaciaba la cabeza, la forma en la que Tom hacía que se quedara inmóvil por completo en el interior. Ninguno de sus mecanismos giraba, ninguna de sus neuronas hacía sinapsis. Era increíble la forma en que la tristeza se instalaba dentro de ella como cemento.

No les había dicho a sus hermanas que Tom iría ese día porque sabía que se enojarían demasiado y que la abrumarían ofreciéndole su apoyo. Alguna de ellas incluso habría aparecido por la casa solo para hacerle algún gesto de desprecio a Tom.

A Stacia tampoco se lo había dicho por la misma razón.

Al único al que se lo dijo fue a Russ, porque le pareció que era el tipo de cosa que uno debía decirle a la persona con la que salía y porque él le había preguntado si quería que se vieran ese día.

Cuando ella le explicó por qué no podía verlo, él fue muy cauteloso. Se encontraban en la cama, desnudos tras haber tenido sexo. Cherry estaba abrazada a Russ y él jugaba con su pelo.

—No puedo el sábado —le dijo—. Tengo planes.

—¿Qué tipo de planes? —preguntó Russ, jugueteando con su flequillo.

—Tom vendrá a llevarse sus cosas.

—Oooh —exclamó Russ. (Así, con tres oes). Se le bajaron las cejas en un gesto de preocupación—. Qué mal suena eso. ¿Quieres hablarlo?

—¿Contigo? —Cherry trataba de sonreír—. ¿Ahora? No, para nada.

Russ rio sutilmente y le tiró un poco del pelo.

—De acuerdo.

Russ nunca le había preguntado por los detalles de su divorcio. (Tal vez porque no quería hablar del suyo). Cherry solo le contó los puntos esenciales: discusiones, discusiones a distancia, *Rachel*.

Y lo único que Russ le contó a ella sobre su exesposa fue: «Creo que siempre, no sé, como que me odió. Y yo confundí las cosas, pensé que era una forma "interesante" de ser».

—¿Esta es la primera vez que vuelve a casa? —le preguntó Russ.

Cherry asintió con la cabeza.

—Joder —dijo Russ—. Lo siento mucho.

Cherry cerró los ojos, sentía que le ardían.

—Las cosas se volverán más fáciles —dijo Russ pasándole los dedos por pelo—. Aunque no será de inmediato. Será horrible de inmediato, pero se irá volviendo menos horrible y, en algún momento, las cosas mejorarán bastante.

—Mmm —dijo Cherry, dubitativa.

—Yo nunca me distancié de mi ex —dijo Russ—. Por Liam. Fue implacable. La veía cada dos días y nos enviábamos mensajes de texto todo el tiempo… Me pregunto si eso mejoró o empeoró las cosas.

—Suena a que las empeoró.

—Ajá, pero también me hice un poco inmune. Y también pude procesar mi enfado y mi culpa. Tú no has tenido tiempo de procesar nada.

Cherry alzó la cabeza y lo miró.

—Sí, lo he procesado.

Ahora era Russ quien parecía dubitativo.

—¿Por qué estamos hablando de esto? —preguntó Cherry. Se sentía irritada. Y desnuda, pero de forma negativa.

Russ había negado con la cabeza y sonreído mientras le acariciaba el hombro y la espalda para consolarla.

—No, ya no estamos hablando de esto.

Sentada en el suelo de la cocina, sin procesar, sin pensar y sintiéndose adormecida, oyó que le sonaba el móvil. Tenía en silencio todas las notificaciones, excepto las de las llamadas del trabajo y las de Russ. Y tal vez todavía las de Tom. Sacó el teléfono del bolsillo con la esperanza de que no fuera este último diciendo que estaba volviendo.

Era Russ.

«Me sentía indeciso sobre si debía enviarte o no un mensaje para ver si todo estaba en orden. Al final decidí cerciorarme. Espero que te encuentres bien».

Cherry se enderezó y comenzó a escribir:

«Estoy bien. Ya se fue».

«Qué rápido».

«Ni siquiera comenzamos. Creo que le dio miedo».

Russ envió un emoji medio triste.

«Qué mal. Lo siento —escribió. Y luego—: Pero ¿cómo estás realmente?».

«Tirada en el suelo, casi inmóvil».

«Ahí está la verdad. Sabía que la encontraría».

«Me has pillado —escribió ella—. Solo puedo mentir una vez».

«¿Quieres compañía? ¿O prefieres quedarte todo el día en el suelo?».

Cherry sonrió. Se dio cuenta de que llevaba tanto tiempo acariciando a Stevie que había marcado surcos sobre su blanco pelaje.

Había pasado muchos días así, tirada en el suelo. O en el sofá. Y, algunas noches, sentada en los escalones del porche después de trabajar, cuando no podía soportar siquiera la idea de entrar en la casa.

«Acepto la compañía —escribió—. Pero no aquí».

«Liam está en una fiesta de cumpleaños y yo estoy libre hasta las ocho. Ven a verme».

17

Cherry no durmió bien esa noche. (Tuvo sexo con Russ en la penumbra que creaban las persianas en la habitación de él y luego se quedó dormida, una siesta nada recomendable a las seis de la tarde).

El domingo, sin embargo, amaneció en su propia cama, decidida a afrontar la situación de mejor manera que el día anterior.

Necesitaba ayudar a Tom a terminar con aquello, a salir de su vida, de la misma forma en que siempre lo había ayudado.

Tom se empantanaba, las decisiones lo abrumaban. Cherry, en cambio, pensaba demasiado y se movía muy rápido. Tom pensaba demasiado, pero no movía un dedo. Toda decisión importante la desglosaba en mil decisiones ínfimas hasta que lo único que lograba era rendirse, desalentado por completo.

Y así se comportaba frente a situaciones cotidianas, como decidir qué móvil comprar, no frente a las que *de verdad* eran desalentadoras. Como aquella.

Además, a diferencia de Cherry, Tom no llevaba todo un año viviendo en la realidad del fracaso de su matrimonio. Para él, entrar de nuevo en la casa y enfrentarse al triste final que tuvieron debió de ser estremecedor. Debió de ser una conmoción.

Ella podía ayudarlo porque era veloz. Era rapidez más dirección. Además, ayudar a Tom significaría ayudarse a sí misma, incluso aunque a corto plazo fuera doloroso. Incluso aunque fuera insoportable.

El domingo por la mañana, antes de que él llegara, Cherry sacó a Stevie a dar un largo paseo para que no tuviera tanta energía ni se emocionara tanto. Luego volvió a la casa, corrió todas las cortinas y

puso en Spotify una lista de música genérica: «Ambiente *vintage* para domingo por la mañana». Preparó café.

Tom había dejado el paquete de cajas nuevas en el vestíbulo. Lo abrió, sacó una, la desplegó y le colocó cinta adhesiva en la parte inferior.

Cuando Tom tocó el timbre, Cherry ya había empaquetado casi todos los DVD de ambos y todos los cartuchos de videojuegos.

Stevie enloqueció cuando Cherry abrió la puerta; la prolongada caminata no había servido de nada. Tom se puso de rodillas de inmediato para hacer todo su ritual con la perra. Llevaba ropa deportiva que Cherry no le había visto nunca. Unos pantalones que parecían muy costosos y unas zapatillas Air Jordan de un blanco deslumbrante. El pelo se le veía tan angelical como el día anterior, y ella continuaba muy molesta al respecto.

—He hecho café —dijo—. Te traigo una taza, ¿vale?

Tom alzó la vista. La miró mientras le rascaba las orejas a Stevie.

—Ah, sí, claro. Gracias.

Cherry volvió con el café. Con nata y sin azúcar. Lo traía en una taza promocional de *Jueves* que ella misma había diseñado. (Formaba parte de la primera serie de *merchandising* de Tom. El contrato, sin embargo, también lo había preparado ella).

Tom se puso de pie para coger la taza.

—He empezado por la sala de estar —dijo Cherry, dirigiéndose hacia allá. La planta baja de la casa estaba construida de tal forma que todas las habitaciones se conectaban de manera circular: vestíbulo, comedor, sala, cocina, vestíbulo.

Tom la siguió.

Cherry señaló la caja de DVD.

—Me quedo con algunos de los que venían en estuche, pero todos estos son tuyos.

Tom miró la caja y frunció el ceño.

—Me parece que están todos aquí.

—No. Me quedo con *Criando malvas* y con *Buffy*. Pero puedes quedarte con *Buffy* si quieres…

Tom cogió un DVD.

—¿No quieres las películas de Disney?

—Están todas en servicios de *streaming*.

—Todas no.

—Bueno, es que… —dijo Cherry apoyando las manos en la cadera—. Creo que es más probable que tú veas *Herbie, torero* que que la vea yo.

Tom parecía confundido.

—¿Por qué querría ver *Herbie, torero* sin ti?

—¡Es lo mismo que yo siento respecto a todos los DVD de esa caja!

Tom apretó la mandíbula.

Cherry cerró los ojos y empezaron a caerle algunas lágrimas. No estaba yendo nada bien la cosa.

Se enjugó las lágrimas y respiró hondo.

—Si no quieres alguna cosa de la caja, ponla aparte. La conservaré yo o la donaré.

Tom no dejaba de mirar los DVD.

—De acuerdo.

—Voy a empaquetar los libros en el vestíbulo —dijo Cherry.

—Sí, vale.

Cherry se fue, pero Stevie se quedó junto a Tom, mirándolo como hacía cuando era una cachorra. Como esperando instrucciones.

Cherry se sirvió otra taza de café y armó otra caja. Separar los libros fue más sencillo que las películas porque había pocos que hubieran leído los dos. Le llevó solo unos minutos llenar dos cajas. Luego volvió a la sala.

—¿Tienes más cajas? —preguntó.

—Sí, en el coche —dijo Tom entrando en vestíbulo—. Voy a por ellas.

Volvió con dos paquetes más de cajas nuevas. Abrió uno y empezó a armarlas. Cherry sintió que la observaba. Cuando se asomó, lo vio frunciendo el entrecejo y mirando una de las cajas de libros que ella había empaquetado.

—Estos libros ¿son tuyos o míos? —preguntó.

—Tuyos —contestó Cherry.

—No me des los de libros de Tolkien. Son ediciones especiales.

—Pero a ti te gustan más que a mí.

Tom se enderezó, pero dejó los brazos colgando.

—¿Estás diciendo que *El señor de los anillos* me gusta más a mí que a ti?

—Los volvías a leer cada dos años.

—Cherry, en su día dijiste que si alguna vez te hacías un tatuaje, sería aquella cita de Frodo Bolsón.

«Yo llevaré el anillo, aunque no sé cómo», pensó Cherry.

—Sí, pero nunca me he hecho ninguno —aclaró.

Tom sacó *El hobbit* de la caja y volvió a colocarlo en la repisa negando con la cabeza. Se le sacudieron rizos.

—De acuerdo —dijo Cherry, molesta—, pero piensa que la próxima vez que quieras leerlos tendrás que comprar toda la serie de nuevo.

—Ajá. ¿Y dónde voy a encontrar *El señor de los anillos*? —dijo al tiempo que devolvía *La comunidad del anillo* también. Se quedó con la mano en la repisa y rio con voz ronca—. Pensé que pelearíamos por las cosas que no querrías que me llevara.

Cherry se frotó la frente; tenía las manos llenas de polvo.

—No se me ocurre nada de esta casa por lo que pelearía —musitó—. ¿Y a ti?

Tom la miró con la mandíbula hacia fuera.

—El letrero que encontré en eBay, el de la salida del antiguo *Country Bear Jamboree* de Disneylandia.

Cherry enderezó la cabeza, alarmada.

—¿Quieres el letrero?

—No —contestó Tom—, pero creo que pelearías conmigo por él.

Cinco minutos antes, lo habría hecho, pero en ese momento…

—No, llévatelo.

—No lo quiero, Cherry.

—Pero fuiste tú quien lo encontró.

—Era un regalo —dijo Tom.

De hecho, había sido un regalo de cumpleaños. Tom pagó quinientos dólares por el letrero cuando quinientos dólares era una cantidad tremenda de dinero para ellos. A Cherry la enloquecían los Country Bears, y el letrero había estado colgado en la puerta

delantera de su antiguo apartamento. En ese momento estaba en la cocina, junto a la puerta de atrás. Decía: ESPERAMOS QUE VUELVAN PRONTO. Cherry sintió ganas de ir a la cocina a quitarlo.

—Déjame terminar con los libros —dijo—. No quiero pelear.

—Vale, de acuerdo —dijo Tom, y volvió a la sala.

Cherry se quedó mirando los estantes de libros unos minutos y luego salió a sentarse en los escalones de la parte delantera de la casa. Hacía demasiado frío para estar allí sin sudadera, pero necesitaba alejarse un poco.

Poco después salió Tom.

Se quedó de pie detrás, pero ella no alzó la vista para mirarlo.

—Creo que tu idea es buena —dijo Tom.

Cherry continuó sin darse la vuelta.

—Puedes separar todo lo que quieras que me lleve —continuó él —. Lo revisaré y dejaré lo que no quiera. O lo donaré a la beneficencia.

—Puf… Entonces ¿ahora tengo que empaquetar tus cosas?

—Podría hacerlo yo, ¿no? O sea, puedo empaquetar lo que quiera y luego tú puedes revisar las cajas. Lo que he querido decir es que tenías razón: no tenemos por qué hacer esto juntos.

Cherry no estaba segura de por qué la enfurecía tanto la propuesta. Tom tenía razón; ella tenía razón. En ese momento pasó un vecino paseando a su perro. Los saludó y ellos le devolvieron el saludo.

—¿Cherry? —dijo Tom.

—Ajá —dijo ella—. Vale. Puedes volver a la casa cuando yo esté en la oficina.

—¿Y revisarás las cajas antes de que me las lleve?

Cherry negó con la cabeza.

—No hace falta que revise nada. Confío en ti.

—¡Ja! —exclamó Tom mientras se sacaba las llaves del bolsillo. Sonaba de verdad como si aquello lo divirtiera.

—¿Ya te vas? —preguntó Cherry.

—Sí. El lunes por la mañana será otro día. ¿Quieres que te envíe un mensaje antes de venir?

—No. Ya conoces mis horarios. Sigo trabajando casi todos los viernes desde casa. Estoy segura de que a Stevie le encantará verte más.

—Sí, claro… —dijo Tom, y bajó las escaleras. El coche de su padre estaba aparcado en la calle. Cherry lo vio alejarse en él.

Al día siguiente, cuando volvió del trabajo, los libros que quedaban en la planta baja ya estaban separados. Tom había etiquetado las cajas con su nombre y, en las repisas, donde estaban los libros restantes, había dejado un pósit amarillo que decía CHERRY.

Cherry le echó un vistazo a lo que Tom había apartado para él. Había dejado la mayoría de los libros de arte de los dos, pero se llevaba todas las colecciones de cómics. A ella le pareció que era lo correcto.

También los DVD estaban separados. Tom había desempaquetado algunas de las películas favoritas de Disney de ella y las había vuelto a colocar en la repisa. *La bella durmiente, Tiana y el sapo*. También tenían pósits: TOM. CHERRY.

Cherry terminó cogiendo algunas películas más de las cajas. Tendría que escribirle una nota para preguntarle si podía conservarlas. (El día anterior había actuado de forma muy apresurada).

Tom se quedaba todo el equipo de videojuegos y, en algunos de los cuadros que estaban colgados, había dejado notas pegadas preguntando si podía llevárselos. De todas formas, eran cosas que ella había dado por sentado que se llevaría.

Cherry sacó su propio fajo de pósits. Eran de color distinto, azul. Respondió a las notas de Tom y en algunos objetos dejó notas pidiéndole que se los llevara.

Al día siguiente, todas las cajas aprobadas que decían TOM estaban en un rincón del comedor. Había varios cuadros apoyados en ellas: pósters, litografías de *Jueves*, la primera portada del libro de Tom. (Cherry había elegido todos los marcos e incluso había cortado los paspartús porque disfrutaba haciéndolo).

Había grandes espacios vacíos en las paredes y clavos que sobresalían. Tendría que rellenar los agujeros y volver a pintar. De verdad tendría que empezar de nuevo.

Tom había dejado notas para responder a las de Cherry, y otras nuevas con preguntas.

Todo era muy cortés y civilizado porque Tom siempre había sido cortés y civilizado.

Había dejado también una nota diciendo que había sacado a pasear a Stevie.

18

La hermana de Cherry se encontraba en la puerta y Stevie estaba enloquecida.

—¡Solo un segundo! —gritó Cherry—. A tu casa, Stevie. ¡A tu casa!

—¡Contén a tu jauría! —gritó Honny. A ninguna de las hermanas de Cherry le gustaban los perros, a todas les parecía que Stevie era irritante o aterradora.

Stevie entró de mala gana en su caseta, Cherry le dio un premio y la encerró. Cuando abrió la puerta delantera, Honny entró sin siquiera volverse a mirarla.

Honny era tres años mayor, tenía casi cuarenta años. Se parecía mucho a Cherry, aunque era un poco más gorda. Y un poco más «étnica». Eran en parte sicilianas, y Honny realmente lo parecía. Llevaba un abrigo rosa de tela esponjosa (no una tela esponjosa y un rosa que Cherry aprobaría). Se la veía sofocada.

—Mamá dice que tú tienes la tarjeta de su seguro médico.

Cherry frunció el ceño.

—¿Ah, sí?

Su madre solo tenía sesenta y tantos años, pero, como nunca se le habían dado bien el papeleo ni las facturas, Cherry y sus hermanas se habían encargado de todos sus asuntos desde que eran adolescentes.

—Dice que la llevaste al oftalmólogo —explicó Honny.

—Ah, es verdad —recordó Cherry—. A lo mejor la tengo en mi bolso. ¿Viene mamá contigo?

—Está en el coche, tiene cita a la una para hacerse una mamografía.

El bolso de Cherry estaba en su habitación.

—Déjame ir a ver, solo un segundo —dijo al tiempo que corría hacia las escaleras.

La tarjeta, en efecto, estaba en su bolso.

—¡La he encontrado! —gritó Cherry mientras bajaba por las escaleras—. Tienes suerte de que me haya tocado trabajar en casa —dijo, pero Honny no estaba en el vestíbulo—. ¿Honny?

—¿Qué está pasando aquí, Cherry?

Su hermana estaba en la sala con las manos apoyadas en la cadera y una expresión de horror en el rostro.

La sala de estar de Cherry se encontraba un poco… deconstruida.

Toda la planta baja, de hecho.

Un rincón entero del comedor estaba ocupado por cajas apiladas, y ese era el único indicio de orden. Los armarios estaban abiertos, los cajones también. Había objetos esparcidos por toda la mesa del comedor. Notas de pósit en todos lados. Largas conversaciones en notas de pósit.

—Tom ha venido a casa a llevarse sus cosas —explicó Cherry.

—¿Que Tom ha venido a casa? —preguntó Honny, conmocionada.

—Ha venido a Omaha.

—¿Por qué no nos lo has dicho? —exclamó entornando los ojos —. ¿O se lo has dicho a todo el mundo menos a mí?

—No, claro que no. Es que no hay nada que contar.

—Tu marido viene a casa por primera vez en un año, ¿y no hay nada que contar?

—En realidad no es que haya venido *a casa* —aclaró Cherry—. Solo ha venido a llevarse sus cosas.

—¿Honny?

Se abrió la puerta delantera.

—Ya voy, mamá —dijo Honny.

—¿Has encontrado la tarjeta?

La madre de Cherry entró en la sala. Se parecía mucho a sus hijas, pero no tenía nada de italiana. Su cabello, ahora canoso, era más oscuro que el de Cherry, pero su piel era más rosada y sus ojos eran color azul claro.

—Sí, la tenía yo —dijo Cherry levantando la tarjeta.

Su madre miró alrededor.

—¿Te vas a mudar, Cherry?

—Tom ha venido a casa —intervino Honny.

A la madre de Cherry se le iluminó el rostro.

—¿Tom está aquí? —dijo, y luego miró al techo y gritó—: ¿Tom?

La madre de Cherry adoraba a Tom, adoraba a todos sus yernos. Pensaba que sufrían demasiado por tener que soportar a sus hijas.

—No está aquí —dijo Cherry.

—¿Pero ha vuelto? ¿Ha vuelto a casa? —preguntó su madre, a punto de llorar.

—No, mamá. Solo ha venido a llevarse sus cosas.

—Ay, Cherry —dijo acariciándole la mejilla—. Eso es bueno, tienes que hablar con él.

—Mamá, no, las cosas no son así. Ni siquiera nos estamos viendo. Él viene a empaquetar cuando yo estoy en la oficina. No vamos a hablar.

—Yo veo muchísimas notas escritas… —dijo Honny al tiempo que cogía un DVD con un pósit.

Cherry se lo quitó de las manos.

—Estamos tratando de organizarlo todo porque es complicado.

Su madre no dejaba de acariciarle la mejilla.

—Pero es tu marido.

Cherry se echó hacia atrás de golpe.

—Exmarido.

—Todavía no —la contradijo su madre, aún con la mano en su mejilla—. Y menos ante los ojos de Dios. Aprovecha esta oportunidad para hablar con él. Todavía puedes sanar, Cherry. El perdón es muy poderoso. Y es permanente.

—El cimiento de los matrimonios no es el perdón —musitó Honny, muy irritada.

—¡A veces sí! —exclamó su madre, como retándolas a debatir. Sentía que su matrimonio le otorgaba mucha autoridad moral. Era la reina del perdón: el padre de Cherry le había dado muchas oportunidades de demostrarlo—. Estoy segura de que, a veces, Carl te perdona, Honny.

Carl era el marido de Honny.

—No metas a Carl en esto —dijo.

—A mí tampoco me metáis en esto —exclamó Cherry.

—Cherry —intervino Honny, señalando alrededor—, esto es muy inquietante. Da la impresión de que ha estado aquí un equipo forense.

—Sí, ya os he dicho que las cosas son complicadas —explicó Cherry—. Desenredar dos vidas es complicado.

—Más bien veo que tú permites que sea complicado. Estás dejando que Tom se comporte como Tom.

—Porque *es* Tom.

—¡Sí, pero ya no es problema tuyo, Cherry! ¿Por qué dejas que lo siga siendo?

—Es su marido —dijo su madre—. Siempre será su problema.

Honny negó con la cabeza.

—Ay, por san Pedro, mamá, ¡eres más insoportable que Cherry!

Cherry dejó el DVD. (Era *El ascenso de Skywalker*; había doce pósits en él, doce razones por las que el otro tendría que quedárselo).

—No estoy dejando que Tom sea mi problema y tampoco pienso volver con él.

Honny no parecía convencida y a su madre se la veía devastada.

—De hecho, estoy saliendo con otra persona —dijo Cherry, alzando la barbilla.

Honny y su madre se quedaron boquiabiertas al unísono, como en los dibujos animados.

—¿Que estás qué? —dijo Honny—. ¿Cómo has podido mantener eso en secreto? ¿O se lo has dicho a todo mundo menos a mí?

—¡No! ¡Te lo estoy diciendo a ti ahora! ¡Os lo estoy diciendo a las dos! Estoy saliendo con otra persona y no voy a volver con Tom, quien, por cierto, tampoco quiere volver. Se va a ir a vivir a Los Ángeles.

—Ay, Cherry… —dijo su madre con los ojos llenos de lágrimas—, pero si eres una mujer casada…

Honny frunció el entrecejo.

—Sí, eres una mujer casada —dijo Honny. (Las hermanas de Cherry estaban en contra de Tom, pero también eran muy

tradicionales respecto a los votos conyugales). (Precisamente por eso estaban en contra de Tom).

—Me alegro de que hayáis encontrado algo en lo que estar de acuerdo —dijo Cherry—. Soy una adúltera.

Su madre cerró los ojos.

—No digas eso, Cherry.

—¿Te estás acostando con alguien? —preguntó Honny, volviendo a apoyar las manos en la cadera—. ¿Tienes idea de las enfermedades que hay por ahí? Si no has pillado el VPH todavía, olvídalo. Deberías pedir que te pongan la vacuna que les prescriben a las adolescentes.

—Tal vez lo haga —dijo Cherry al tiempo que le entregaba a Honny la tarjeta del seguro de su madre—. Id a que mamá se haga esa mamografía.

Su madre tenía los ojos muy abiertos. De pronto, cogió a Cherry de las manos.

—Cherry, sabes que te quiero mucho.

—Yo también te quiero.

—Y Jesús te quiere.

—Claro.

—Jesús te quiere —dijo Honny—. Ama a los pecadores.

—Genial, muchas gracias.

—Vamos, mamá —dijo Honny tirando de su madre, que no quería soltar las manos de Cherry.

En cuanto sacó a su madre de la casa, Honny se volvió hacia Cherry.

—¿En serio estás saliendo con alguien?

—Sí.

Honny frunció el entrecejo.

—Estábamos esperando a que se concretara tu divorcio para presentarte a un hombre de la iglesia.

—Ay, por Dios, Honny… No.

—Es arquitecto, Cherry. Y es viudo. ¿Tienes idea de cuánta demanda hay por los viudos? A tu edad, todos los hombres están, o divorciados, o locos de atar.

—Gracias por pensar en mí, pero, en serio, ya estoy saliendo con alguien.

—¿Y es agradable?

—Por supuesto que es agradable.

—Porque una nunca sabe.

Cherry cerró la puerta detrás de Honny y abrió la reja de la caseta de Stevie. En cuanto la perra salió, corrió a la entrada a ladrar. «Volved, volved —probablemente decía—. ¡Ni siquiera os he podido saludar!».

Cherry le dio unos juguetes para consolarla. Tenía el pelaje limpio y suave. Seguramente Tom la había cepillado después de los paseos que habían dado.

Cherry miró alrededor…

Honny tenía razón, daba la impresión de que había un equipo forense trabajando en el lugar.

Y también tenía razón respecto a lo otro: había permitido que Tom complicara las cosas.

En algún momento había tenido la esperanza de que se moviera por la casa de manera sensata, que entrara primero en una habitación y luego en otra, pero Tom nunca se conducía de esa forma. Parecía que había estado errando por la casa, tomando cosas de aquí y de allá, dejándolas en cualquier lugar y redactando largas y amables notas de pósit para ella.

En los pósit estaban teniendo conversaciones completas sobre cosas que ni siquiera importaban, como la grapadora, un árbol de jade o una tetera eléctrica que, al parecer, ya no se fabricaba. Para colmo, Tom había empezado a bajar cosas del ático.

Cherry no sabía cómo desalentar el proceso, en especial porque ella no estaba presente cuando él empaquetaba y porque no le parecía que interrumpirlo drásticamente fuera a ayudar en algo.

Si se le ocurría meter todo en una caja con una nota que dijera: LLÉVATE TODO ESTO O TÍRALO, Tom sacaría las cosas y las esparciría sobre la mesa del comedor con una decena de notas nuevas.

Y si le dijera que se estaba comportando de forma ridícula, se cerraría por completo.

Stacia pensaba que Cherry debía ponerle una fecha límite, pero ella se rio con ganas en cuanto le hizo la sugerencia. Sabía que si Tom llegara a sentirse demasiado frustrado, se iría y dejaría la casa tal como estaba, patas arriba.

—¿Y a quién le importa? —preguntó Stacia. A veces almorzaban juntas entre semana, por videoconferencia—. En ese caso, tú ganas, porque puedes empaquetarle sus movidas y deshacerte de ellas.

—No quiero *ganar*, Stacia —había respondido Cherry.

—Lo que quiero decir es que recuperarías tu casa.

—Creo que no quiero recuperar la casa —dijo Cherry mientras picoteaba en su ensalada de pollo—. Creo que quiero empezar de nuevo.

—Oh —exclamó Stacia. Se quedó triste por un instante, pero luego dijo—: Claro, ¿por qué no? ¡Empezar de nuevo!

—En cierta forma —dijo Cherry, sintiéndose alentada—, Tom me está haciendo un favor. Me está ayudando a hacer esta gran limpieza: si no quiere un objeto y el objeto me entristece, entonces lo tiraré.

—Huh… —dijo Stacia, pensativa—. Es como Marie Kondo, pero al revés.

—Exacto. Es como si estuviera tocándolo todo en la casa para ver si me produce infelicidad.

—No lo sé… —dijo Stacia frunciendo de nuevo el entrecejo—. Creo que podrías terminar tirando cosas que tal vez querrías tener más adelante. Porque, en este momento, todo en esa casa te traerá recuerdos tristes.

—En ese caso, compraré cosas nuevas con el dinero de Tom.

—No sé por qué suena tan deprimente que digas eso…

Cherry dejó a un lado el tenedor.

—Pensé que querías que dejara a Tom en el pasado y que permitiera la entrada de energía nueva.

—Sí, eso quiero, pero tu casa es muy bonita.

Cherry se rio y arqueó las cejas.

—Mmm… Bueno, ya no.

Su casa era un desastre.

Reflejaba su vida con gran precisión.

Cherry podía influir en Tom, pero no podía hacerlo cambiar. Su matrimonio iba a terminar de la misma manera que había comenzado: se prolongaría y se complicaría demasiado, con exceso de reflexión y carencia de comunicación. Y con Tom obsesionado por insignificancias.

Con el tiempo, Cherry diría: «Basta», y entonces avanzarían.

Con el tiempo, Cherry diría: «Basta», y entonces Tom se iría de verdad.

19

Hoy, 15.45

Mamá
Chicas, solo quiero que sepáis que ha vuelto el marido de vuestra hermana y que están hablando. Este sería un buen momento para que todas recemos por Cherry y por Tom. Sé que no tengo que deciros lo importantes que son los votos conyugales, ¡tanto en el cielo como en la tierra! Lo dice el Génesis: «¡No es bueno que el hombre esté solo!». ¡¡Ni la mujer!! Sé que, con el amor y la luz de Jesús, ¡Cherry podrá ver el poder del perdón! De la misma forma en que Dios le da a nuestro cuerpo las herramientas para curarse, ¡a nuestro corazón le da las herramientas para sanar!

Así que, por favor, rezad por Cherry y por Tom. ¡¡¡Recordad que Tom sigue siendo hermano vuestro!!!

Y rezad también por mí. Hoy me han hecho una mamografía. Y, como sabéis, mi tía Lou murió de cáncer de mama.

Joy
Mamá, Cherry está en este chat.

Honny
Además, tiene un novio sobre el que no le ha hablado a ninguna. Así que, por favor, mejor recemos por que Cherry sea más abierta con sus hermanas.

Joy
CHERRY TIENE NOVIO?

Hope
Mamá, Lou no era tía política?

Faith
Ha vuelto Tom???

Honny

Volvió para recoger sus cosas. Deberíais ver su CASA. En lugar de empaquetar, ha dejado notitas en todas las cosas. No se irá hasta que no hayan tenido una conversación completa sobre cada objeto y clip de papel que hay ahí. Tom nunca había Tomeado tanto.

Joy
CHERRY TIENE NOVIO???

Cherry
Sí, estoy en este chat y Tom *está* recogiendo sus cosas. No tengo novio, solo estoy saliendo con alguien.

Joy
CON QUIÉN???

Faith
Ay, no, Cherry! Te íbamos a presentar a un tipo estupendo de la iglesia! Es arquitecto!

Honny
Y es viudo. Viudo y sin hijos. Es como encontrar un unicornio doble!

Hope
Os referís a Brian Nillson?

Faith
Sí.

Hope
Ha fallecido Kendra?

Honny
Sí, de cáncer de piel.

Faith
Sí. El año pasado. Fue muy triste.

Mamá
Era una maravillosa hermana en nuestra fe.

Honny
Decidle a Cherry lo guapo que es Brian.

Hope
Ay, yo estuve en un campamento de la iglesia con Kendra. Era tan joven…

Joy
No quiero ser grosera, pero…
CHERRY TIENE NOVIO???

Cherry
Estoy saliendo con alguien que fue a la universidad conmigo. Es agradable. Tiene empleo. No es viudo, pero una no puede tener todo lo que quiere en la vida.

Faith
Cómo está Tom?

Cherry
Bien, supongo. Consiguió un apartamento en Los Ángeles. Ahora tiene el pelo largo.

Joy
Se ha dejado crecer los rizos??? Tienes una foto?

Honny
Se ha dejado crecer los rizos? Parecerá Shirley Temple.

Hope
Se parece a Shirley Temple?

Honny
Chispas! Me debes una Coca-Cola!

Hope
Te voy a invitar a un *shirley temple*.

Cherry
Le quedan bien. También ha adelgazado.

Honny
OZEMPIC

Joy
¡OOOZEMPIC!

Faith
Igual está tomando Ozempic.

Honny
Todas me debéis una Coca-Cola.

Mamá
No sabía que Cherry estaba en este chat, pero ¡la mano de Dios está en todas partes! Cherry, deberías saber que todas te queremos y que estamos rezando por ti. ¡Y que también queremos a Tom! ¡¡Siempre formará parte de nuestra familia!!

Honny
No me puedo creer que te hayas echado novio y que no le hayas contado nada a nadie.

Hope
Yo sí puedo creerlo.

20

Cherry se pasó casi todo el fin de semana con Russ.

El sábado por la noche durmió en la casa de él por primera vez. Luego fue a la suya para quedarse un rato con Stevie y regresó a la de Russ para volver a pasar la noche juntos. Cherry se alegró de alejarse de su casa; el desorden era ya demasiado.

El lunes por la noche, cuando volvió a casa del trabajo, Stevie no corrió a saludarla. Seguramente Tom la había agotado. Era un alivio que la sacara a pasear entre semana, porque ella odiaba tener que hacerlo en la oscuridad, cuando volvía por las noches.

Se quitó los zapatos y llevó a la cocina la comida que había comprado. Sopa de pollo de un restaurante casero del centro. Había pedido más de la cuenta, con idea de que le sobrara para la noche siguiente. En su caso, aquello contaba como planificación de comidas, ya que casi nunca tenía alimentos en el frigorífico.

Cuando estaba con Tom, siempre cocinaba, pero, siendo solo ella, no le parecía que valiera la pena cocinar ni comprar víveres. Se sentía afortunada de que en el edificio donde trabajaba hubiera una buena cafetería.

Decidió quitarse la ropa del trabajo antes de comer, subió al piso de arriba y, cuando dio la vuelta a la esquina, se topó con Tom, que venía del otro lado.

Cherry dio un salto y gritó.

—¡Lo siento! —exclamó Tom, alzando las manos—. Lo siento mucho, no me he dado cuenta de que ya era tan tarde —Stevie estaba detrás de él, en las escaleras. Empezó a ladrar y a emocionarse. Chocó con Tom y lo lanzó hacia delante, hacia Cherry.

Cherry se echó hacia atrás.

—No pasa nada, solo me has asustado.

Stevie pasó apretujada por entre las piernas de Tom y trató de hacer lo mismo con Cherry, pero ella se tambaleó y empujó a la perra hacia un lado.

—No me puedo creer que hayas logrado hacerla subir por las escaleras hasta aquí…

Normalmente, Stevie sí subía por las escaleras, pero luego le daba demasiado miedo bajar. Incluso los dos escalones del porche delantero le causaban problemas.

—Hemos estado practicando en las escaleras del sótano —dijo Tom—. Cada vez que yo bajaba, ella se quedaba en la parte de arriba y gimoteaba.

Cherry dejó que Stevie la guiara escaleras abajo, hacia el vestíbulo.

—Qué bien, Stevie. Estoy impresionada.

—No te impresiones demasiado —dijo Tom—, todavía le tiene miedo al agua.

Era una broma recurrente entre ellos decir que los genes de terranova y gran pirineo se anulaban entre sí, por lo que Stevie no se desenvolvería bien ni en la montaña ni en un entorno acuático.

Stevie saltó hacia Cherry y ella le acarició el cuello.

—Ay… ¿Para qué sirves tú, Stevie? Nunca salvarás a un niño que se esté ahogando en el Sena.

Stevie continuó empujando y Cherry dio un traspié hacia atrás.

—Vale, ya vale —dijo—. Bájate.

Empujó las patas de Stevie para quitársela de encima.

—¡Déjame, Stevie!

—Abajo —dijo Tom con tono de mando.

Stevie obedeció de inmediato.

—Vaya —dijo Cherry, mirándolo sorprendida—. Te hace caso de verdad.

Tom no le dio mucha importancia al comentario.

—El problema es que no conoce otras palabras, solo le enseñé «abajo».

—¿Cuándo? ¿Esta semana?

—No, cuando era una cachorra.

—Entonces ¿lo único que necesito decir es «abajo»?

—Sí, pero funcionará mejor si haces este gesto —explicó Tom llevando las palmas hacia delante.

—No sabía eso —dijo Cherry—. ¿Qué otras palabras secretas le enseñaste?

Tom sonrió o, más bien, los ojos se le iluminaron. Sus ojos siempre eran más claros de lo que ella recordaba, incluso aunque lo acabara de ver. Solía tener la esperanza de que sus hijos tuvieran los mismos ojos azul claro que él, pero era probable que los suyos, de color avellana, se impusieran a los de Tom.

—No son palabras secretas —dijo él—. Son órdenes elementales para entrenar perros que leí en un libro.

—Dime otras.

—Eeh… —dijo cerrando el puño—. Sentada.

Y Stevie se sentó.

—Vale —dijo Cherry—, esa sí la conocía…

Tom señaló el suelo.

—Acostada.

Y Stevie se acostó.

—Bien —dijo Cherry—, eso parece lógico.

Luego Tom giró la mano.

—Rueda.

Y Stevie rodó en el suelo.

Cherry ahogó un grito.

—¡No sabía que podía rodar!

—Es muy inteligente —dijo Tom—. Le iba a enseñar a tirar de un carrito.

—¿Por qué? ¿Necesitas transportar algo?

—Nah —dijo rascando entre las orejas a Stevie, que ya se había incorporado—. Solo quería enseñarle algo que la mantuviera ocupada —dijo con aire triste—. Creo que sería más feliz si tuviera algo que hacer…

Cherry sabía a qué se refería.

—Sí, pienso en eso todo el tiempo. Cuando estoy en la cocina, me sigue por todos lados mirándome como si quisiera ayudar…, y también salta para llamar mi atención cuando entro en la habitación…

Tom asintió.

—Son instintos de su raza. Quiere trabajar.

—Ummm —murmuró Cherry, acariciando el flanco de Stevie. Comprendía lo que decía Tom—. Pobre Stevie, es como un ama de casa cuyo marido no la deja trabajar fuera. Encerrada en casa todo el día, aburrida…

Tom rascó a Stevie debajo del collar.

—Tomando ansiolíticos y teniendo una aventura con el chico que limpia la piscina.

Cherry se rio.

Tom le sonreía.

—Podrías llevarla a la guardería canina, Cherry.

—A veces lo hago, pero es caro.

Tom se encogió de hombros.

Aún estaban al pie de las escaleras. Los dos acariciaban a Stevie en distintas partes.

—Tengo que irme —dijo Tom.

—Sí —asintió Cherry—. Más vale que salgas de aquí antes de que empiece a leer todas tus notas pasivoagresivas.

Tom negó un poco con la cabeza.

—Mis notas no son pasivoagresivas, solo son pasivas.

Cherry volvió a reír.

—Un punto para ti.

Tom rascó a Stevie un poco más y después se enderezó. Se acercó a la caseta porque había dejado su sudadera encima. La cogió y comenzó a ponérsela.

—Tom —dijo Cherry, de forma impulsiva.

—¿Ajá? —respondió él sacando la cabeza por el cuello de la sudadera.

—He pasado por Aunt Ida y he comprado cena. ¿Quieres quedarte y comer algo? Pedí más de la cuenta.

Tom la miró unos segundos, como si estuviera tratando de leer entre líneas.

—No tienes por qué hacer esto, Cherry —dijo negando con la cabeza.

—No —dijo ella—, lo sé. Es solo que… ¿Por qué no te quedas a cenar para que podamos aclarar algunas de estas cosas cara a cara? —dijo señalando el comedor—. Me he quedado ya sin pósits azules.

Tom continuaba tratando de analizar su expresión.

—Vale —dijo al fin—. De acuerdo, si eso es lo que quieres…

Cherry arqueó las cejas.

—No sé si es lo que quiero, pero estoy segura de que puedo con ello.

—Eso fue lo que ella dijo —murmuró Tom.

Cherry se rio por la nariz; era otra broma entre ellos. Se habían pasado un mes con lo de «Eso fue lo que ella dijo» para burlarse de un tipo que trabajaba en la oficina de Tom y siempre tenía esa frase en la boca. Lo dijeron tanto durante todo un año que después ya no podían dejar de decirlo. Luego pasaron seis meses más diciendo: «Vale, esta ha sido la última vez, lo juro".

—Vamos —dijo Cherry, que se dirigía a la cocina—. Es solo sopa, no pedí ni pan ni nada sofisticado.

Tom caminó detrás de ella.

—¿Te parece que el pan es sofisticado?

Cherry sacó dos cuencos. Sobre la isla de la cocina había una nueva miscelánea de objetos, acompañados de sus respectivos pósits, pero los ignoró por completo.

—Siento mucho el desorden que he dejado aquí —dijo Tom—. He estado bajando cosas del ático y subiendo otras del sótano. Allá abajo todavía hay muchos objetos de los antiguos dueños. Estaba pensando en conseguir un contenedor de basura… A menos que quieras que los deje ahí.

—Lo del contenedor está bien —dijo Cherry mientras le servía a Tom la sopa—. Con que no se quede ahí fuera para siempre…

—No se quedará ahí para siempre.

—Entonces vale. Tal vez podría preparar una ensalada… —dijo, y abrió el frigorífico. Había una bolsa de lechuga, pero parecía pasada —. No, olvídalo.

—Estaba pensando en limpiar también el garaje mientras estoy aquí.

Cherry le pasó el cuenco.

—No te preocupes, llevo siglos sin entrar en el garaje —dijo Cherry. Siempre aparcaba en el acceso para coches.

—¿Quién corta el césped?

—Últimamente nadie, pero contraté a alguien.

—Buena idea.

—Mi terapeuta me dijo que debía resolver ciertos problemas haciendo uso de tu dinero —explicó Cherry mientras se servía sopa también.

Tom se molestó de inmediato.

—No es mi dinero.

Cherry arqueó las cejas, pero decidió no discutir. Sacó dos cucharas.

—También deberías contratar a alguien para que aventase la tierra —dijo. Sonaba agresivo, como si le estuviera dando una orden.

—Sí, lo hice.

—Bien. Y, no sé, Cherry, o sea…, podrías cambiar el lavabo del baño. Sé que querías hacerlo. Hazlo sin preocuparte de nada.

—Vale —dijo ella—, tal vez lo haga —agregó señalando la sala de estar.

Tom caminó delante de ella. Había nuevas pilas de objetos extendidas sobre la mesa de centro y sobre los brazos de los sillones. Cherry se sentó en el sofá y Tom se quedó un instante en la entrada de la estancia.

—Vaya —dijo él—, esto es insostenible.

—¿El qué? —preguntó Cherry. Ya estaba comiendo.

Tom señaló alrededor con la cuchara.

—Esto. No hay lugar para comer.

Cherry se encogió de hombros.

—Es soportable. Lo estoy soportando.

Tom parecía avergonzado.

—Creo que yo… lo estoy viendo por primera vez…

—Ajá —dijo ella.

—Lo siento. Mañana limpiaré y quitaré todo.

—No tienes que hacerlo.

Tom se quedó de pie, mirando alrededor con el ceño fruncido.

—Tom, siéntate.

Tom la miró y luego se sentó en el otro extremo del sofá.

La sopa estaba algo insípida. Cherry deseó haber tenido algo mejor que ofrecerle para que pensara que ella estaba mejor de lo que en realidad estaba. Para que pensara que le estaba yendo muy bien.

Tom comió la sopa con ganas, pero sin dejar de mirar alrededor, avergonzado.

—No he visto el tráiler de *Jueves* —dijo Cherry—, pero todos dicen que está genial.

Tom la miró, pero luego bajó la vista al plato de sopa, encogiéndose de hombros.

—¿Ya has terminado con tu parte? —preguntó Cherry. Sabía que lo habían contratado para escribir el guion de la película y que era el productor ejecutivo. Lo último que había oído sobre el asunto era que pasaba mucho tiempo en el set.

—Casi —contestó Tom—, todavía me falta la promoción. Quieren que haga todos estos viajes pagados que durarán días enteros en los que me tendré que sentar con los actores y repetir las mismas cosas una y otra vez. Ya me han entrenado en tratar con los medios.

—¿Por eso te vas a ir a vivir a Los Ángeles?

Tom todavía tenía tensa la frente.

—No precisamente. Supongo que la ciudad es tan buena como cualquier otro sitio. Pero tal vez allí me sentiré inspirado para hacer algo nuevo.

—¿*Jueves* en Los Ángeles?

—Oh —exclamó Tom mientras removía la sopa con la cuchara—. No, no habrá más *Jueves* después de este año.

Cherry frunció el ceño.

—¿No más *Jueves*?

—No. —Daba más vueltas a la sopa.

—No hablarás en serio.

Tom alzó la vista.

—Hablo en serio.

—Pero no puedes terminar con *Jueves*.

—¿No?

—Es decir, ¿por qué querrías hacerlo? —exclamó Cherry, irritada. ¿Por qué estaba irritada?—. Siempre ha sido…, ya sabes…

—Lo sé, pero… —dijo Tom, encogiéndose de hombros—. Creo que ya llegó a su fin.

—Oh —exclamó Cherry. Los ojos comenzaron a llenársele de lágrimas. ¿Por qué estaba a punto de llorar? Ni siquiera leía *Jueves*. De hecho, más bien odiaba *Jueves*—. Entonces vas a terminarla y ya.

Tom parecía confundido.

—No creí que tuvieras una opinión tan fuerte respecto al tema.

—No la tengo, es solo que esperaba que… Bueno, ¿escribirás un final o simplemente dejarás de publicarla?

—Voy a escribir un final. Ya tengo todo el plan.

—Ah —dijo Cherry, llorando sin freno. Dejó el cuenco sobre la mesa y se cubrió la cara.

—Cherry… —dijo Tom y ella sintió que se le acercaba—. Oye, ¿qué sucede?

—Nada.

—Cherry —insistió, tocándole en el hombro.

—Es solo que… —Lloró con más intensidad—. Que…

Tom le acarició el hombro.

—¿Qué sucede, *baby*…

—No quiero que…

—¿No quieres que acabe con *Jueves*?

—No, es decir… No. Es que… —Las lágrimas le caían a mares—. Tom, ¿vas a hacer que se divorcien?

—¿Que si voy a hacer que…?

—En el cómic. Baby y El Tipo, ¿vas a…?

—¡Oh! —exclamó Tom. Por fin lo comprendía—. No. No, nunca haría eso.

—¿Van a romper?

—No, no van a romper.

—Porque sé que es tu cómic y que necesitas expresarte…

—No, Cherry, descuida, Baby y El Tipo se quedarán juntos. Te lo prometo.

—Es solo que… Creo que no podría…

—A ellos no les pasará nada. Ven aquí —dijo atrayéndola hacia su pecho.

Ella se dejó llevar.

—La mera *idea* de que Baby y El Tipo…

—Siguen enamorados.

—Por favor, no…

La cabeza de Cherry reposaba en el cuello de Tom.

—A ellos no les pasará nada. Yo no haría algo así.

—Puedes hacerlo si quieres.

—No quiero, Cherry. No te preocupes —dijo frotándole la espalda —. No te preocupes por eso. Solo se acabará el cómic y yo seguiré adelante. Pero Baby y El Tipo se quedan juntos.

Cherry asintió.

—De acuerdo —dijo con dificultad—. Gracias.

—Por favor, no te preocupes.

—Vale —dijo ella, pegada a su pecho. Tom era amplio y tibio, su aroma le resultaba tan familiar que la hacía desfallecer. Tom era la única persona de menos de sesenta años que usaba desodorante Irish Spring.

A Cherry le llevó varios minutos recuperar el aliento, recobrar la compostura. Tenía el cuello rígido. Se sentó y se alejó de él.

—De acuerdo —volvió a decir—. Gracias. Jo, lo siento.

—No te disculpes —dijo Tom, que dejó caer las manos a los lados.

Cherry se enjugó las lágrimas con la manga.

—Me alegro por ti, Tom. Me refiero a que empieces algo nuevo. Es…, es genial. ¿Tienes alguna idea de lo que harás?

—No… —dijo sin dejar de mirarla, preparado para volver a abrazarla si comenzaba a llorar de nuevo—. Pero, bueno, cuando empecé *Jueves* tampoco tenía ideas. Literalmente, la titulé así porque quería comprometerme a publicar una vez a la semana.

—Sí, oí eso en *The Late Show*.

—Oh —dijo. Parecía avergonzado—. Lo siento, soy como un muñeco parlante al que dan cuerda. Solo tengo cinco anécdotas que contar.

—No, no pasa nada. Solo quería decir… que no sabía eso antes de oírtelo contar en televisión.

—¿No lo sabías?

Cherry negó con la cabeza.

—Eeh, pues… —Tom cogió la sopa que había dejado sobre la mesa—. Pues ahí está. Ni siquiera sé lo que es tener una idea.

—Tal vez podrías hacer algo como *Jueves*, pero en un nuevo entorno.

La miró sin alzar la cabeza.

—No sé por qué me estás alentando, Cherry.

—¿Crees que debería desalentarte?

—Tal vez —dijo encogiéndose de hombros.

A Cherry volvieron a llenársele los ojos de lágrimas. Se mordió la comisura del labio y esperó hasta que sintió que podría hablar sin volver a llorar.

—Sé que no estamos pasando por un buen momento —dijo—, pero, aun así, deseo que seas feliz.

Tom cerró los ojos. Asintió sin alzar la cabeza.

—De acuerdo, pues… gracias.

Terminaron de comer la sopa en relativo silencio.

Cuando Cherry acabó, hizo espacio en la mesa de centro para poner el cuenco vacío entre todas las cosas que Tom había dejado allí. Era una mezcla descabellada de objetos. Un pelador de manzanas de acero inoxidable. Sujetalibros *vintage* en forma de osos de caricatura, un tarro para galletas que se parecía al globo aerostático de *El mago de Oz*, que también estaba repleto de cosas variadas.

—Entonces… —dijo Cherry mientras se volvía a enjugar las lágrimas. Estaba tratando de ser racionales o, al menos, de parecerlo—. Hablemos de esto.

—Bueno… Ya has leído mis notas —dijo Tom con un suspiro.

—Sí —dijo ella—, y tú las mías.

—Y no parece que avancen las cosas.

Cherry apoyó el codo en el brazo del sofá y la barbilla en la palma de la mano.

—Creo que lo que sucede es que… estamos discutiendo sobre quién debería conservar cosas que ninguno de los dos quiere.

—Sí, de acuerdo —dijo Tom—, pero también sucede… que tú no te quieres deshacer de nada.

Cherry se enderezó de inmediato.

—Eso no es cierto, no hago más que decirte que te quedes con todo.

—Sí, pero luego, si no quiero algo y lo pongo en la caja para donaciones a beneficencia, tú lo sacas de ahí.

—Bueno, ¡pero eso es porque estás poniendo cosas muy valiosas en la caja de donaciones!

Tom se rio de ella.

—Cherry, todas son cosas muy valiosas. Todas nuestras pertenencias son valiosas.

Cherry se entristeció. Se entristeció aún más.

—Ajá… Supongo.

—Y eso se debe a ti —dijo Tom—. A tu regla sobre que todo debe ser útil o hermoso.

—En realidad, esa regla es de William Morris…

—No era William Morris quien me decía eso cada vez que íbamos a SuperTarget.

Cherry se frotó la cara; se sentía triste y cansada. Sobre todo se sentía más vieja que nunca en su vida.

—Para ser sincera —dijo en voz baja—, no sé qué quiero. No quiero que te lo lleves todo, pero tampoco quiero que me lo dejes aquí para que yo me haga cargo. Luego, cuando pienso en regalarlo… —dijo negando con la cabeza—. Sé que nadie más apreciará nuestras cosas como nosotros.

Los dos se quedaron mirando la mesa de centro.

Hasta ese momento, Stevie había estado durmiendo al otro lado de la sala, pero se movió pesadamente hacia ellos, se restregó en las piernas de Tom y se impulsó para saltar al sofá, entre los dos. No fue un salto grácil; si el mueble hubiera sido cinco centímetros más alto, no lo habría logrado. Aterrizó en medio, principalmente sobre el regazo de Cherry, pero también golpeó a Tom en la cara con la cola, y él la apartó.

—Pensé que no la dejabas subir al sofá.

—La he ascendido: ha pasado de animal de compañía a compañera de piso —explicó Cherry mientras ayudaba a Stevie a acomodarse.

Tom miró con los ojos entrecerrados la sala y luego el comedor.

—Podríamos simplemente meter todo en cajas, todo lo que no quieras ver. Y ya nos haremos cargo después.

—No —dijo Cherry mientras le acariciaba a Stevie el cuello—. No, no quiero. Eso sería como ocultar un cadáver bajo las tablas del suelo y dejarlo ahí.

Tom profirió un suspiro breve, exasperado.

—Sé que quieres que haga mi parte, pero no siento que tenga…, no sé, ¿la autoridad suficiente? Y tampoco puedo leerte la mente, Cherry, en especial si tú no sabes lo que quieres.

—En eso tienes razón —musitó ella.

—Si me llevara todo lo que me has dicho que cogiera, terminarías viviendo en una casa vacía. ¿De verdad quieres eso?

Cherry respiró muy hondo y decidió decirle la verdad a Tom.

—No creo… que… vaya a quedarme a vivir aquí.

Tom se volvió de golpe a mirarla.

—¿A qué te refieres?

—No quiero vivir aquí, en esta casa.

Tom parecía confundido, incluso molesto.

—Pero adoras esta casa, tú misma la elegiste.

—No para mí sola.

—¿Dónde quieres vivir?

—No lo sé, pero aquí no. Tal vez trate de conseguir un apartamento en el centro, cerca de la oficina.

—¿Un apartamento?

—No lo sé, Tom. No creí que tuvieras una opinión tan fuerte respecto al tema.

Tom puso los ojos en blanco.

—Vale, de acuerdo, no la tengo. Es solo que me sorprende. O sea… —dijo mirando alrededor—. Pusiste todo tu corazón en esta casa. Hay muchísimas cosas que no podrías llevarte, como las pinturas, las flores…, tus arbustos de lilas.

—No puse todo mi corazón en la casa, Tom —susurró Cherry.

Tom comprendió la intención del comentario y miró en otra dirección.

Cherry volvió a respirar hondo. Bajó la vista, se miró la mano y continuó acariciando de forma metódica el pelaje de Stevie.

—Si tú quieres empezar de nuevo… —dijo—, ¿por qué yo no?

Tom se quedó inmóvil, pero un instante después empujó el trasero de Stevie para quitársela de las piernas y se puso de pie. Tomó su cuenco de sopa y el de Cherry y los llevó a la cocina. Luego, ella lo oyó caminar hasta el vestíbulo y lo vio reaparecer en el comedor con la sudadera.

—Creo que mañana limpiaré el garaje —dijo—. Me parece que ahí no hay nada de lo que necesitemos hablar.

—De acuerdo —dijo Cherry.

—Y traeré el contenedor de basura.

Ella asintió.

—Gracias por la cena.

—Claro —dijo Cherry, y volvió a acariciar a Stevie.

Tom se aclaró la garganta.

Cherry alzó la vista.

—Quiero que seas feliz, Cherry.

Ella no creyó poder responder a eso sin gritar o romper en llanto, así que no hizo nada. Al cabo de unos segundos, Tom salió de la casa.

21

Cherry tenía veinticinco años y esa era la primera vez que trabajaba en un lugar donde organizaban una gran fiesta de Navidad…

Una fiesta de Navidad enorme y *obligatoria*.

Llevaba cerca de diez meses trabajando en el ferrocarril. Era diseñadora de nivel básico en el Departamento de Marketing, lo que significaba que se pasaba el día redimensionando anuncios de empleo para los periódicos locales y maquetando una cantidad infinita de folletos relativos a la salud de los empleados, del tipo *La siesta: una de tus herramientas de seguridad* y *Deja de fumar: no más propósitos de humo*.

Eran tareas que aletargaban bastante a Cherry, pero al menos trabajaba en un edificio increíble: la torre de cristal de diecisiete pisos donde se encontraban las oficinas centrales de la Western Alliance, en el centro de Omaha. Además, como el ferrocarril era interesante en sí mismo, sentía que estaba haciendo algo real. Todos en la Western Alliance actuaban como si formaran parte de un grupo con la patriótica misión de proveer al país de productos y materias primas. Había banderas estadounidenses en todos lados y la empresa tenía un famoso anuncio de televisión de treinta segundos durante los que solo se veían trenes pasando a toda velocidad junto a la cámara, con banderas pintadas en los vagones. En el vestíbulo y en la cafetería del edificio reproducían el anuncio todo el tiempo; también en algunos ascensores. Cherry se sabía de memoria lo que decía la voz en *off*.

Claro, esa no era la manera en que había creído que daría uso a sus estudios superiores, pero se preguntaba qué era lo que alguna vez había planeado hacer con un grado en arte realizado, para colmo, en una universidad de jesuitas. Después de terminar el

instituto, todos sus compañeros de clase se habían matriculado en la facultad de Derecho o la de Medicina, o habían estudiado terapia física. Stacia iba a ser quiropráctica.

Los objetivos de Cherry después de la universidad eran modestos: dibujar y conseguir un seguro médico.

El ferrocarril cumplía con uno y medio de ellos.

En realidad no era tan malo… Le estaba yendo bien en la Western Alliance. Doug, su jefe, confiaba en ella y la enviaba a todas las reuniones a las que él no quería ir. El problema era que a ella le costaba bastante trabajo adaptarse a la cultura corporativa.

Y, por esa razón, la fiesta de Navidad la ponía muy nerviosa.

Cada año, la vicepresidenta de relaciones públicas del ferrocarril (la jefa del jefe de Doug) invitaba a su casa a la gente de todos los departamentos de la empresa. Cherry fue a una licorería elegante para comprarle un regalo a la anfitriona porque sus compañeros de trabajo le dijeron que era fundamental llevar algo. Era ridículo: en una sola botella de vino para la adinerada vicepresidenta gastó más dinero del que jamás había usado para comprarle algo a su propia madre. Solo le quedaba encontrar lo que vestiría para la fiesta…

En el ferrocarril todos eran muy conservadores, al contrario que Cherry. Era lo único que Doug le criticaba. Decía que vestía como la presentadora de un programa de televisión infantil. La primera vez que se lo dijo, Cherry llevaba un vestido rojo con lunares blancos adorable y un pañuelo amarillo atado al cuello.

—Me encanta esta ropa —dijo ella sin siquiera alzar la vista del ordenador.

—Es un buen atuendo para *La gran aventura de Pee-Wee* —dijo Doug—, o quizá… ¿cómo se llama?

—Para el espectáculo de marionetas de Howdy Doody —intervino Wallace. Era un diseñador con más experiencia que se sentaba frente a Cherry. Un dinosaurio.

—Exacto —dijo Doug—. Iba a decir *El circo de Bozo*.

Cherry lo miró de reojo.

—¿Se supone que debería vestirme como vosotros? —dijo Cherry. (A Doug no le molestaba que fuera un poco insolente).

Ella era la única mujer del equipo; todos los demás vestían pantalones tipo chino con polos de la Western Alliance de color rojo, azul o negro.

Doug se encogió de hombros.

—No, como las chicas de los otros departamentos.

—Como las otras mujeres —lo corrigió Wallace.

—Eso —dijo Doug—, como las mujeres.

—Pero yo soy artista —dijo Cherry—, este es el Departamento de Arte.

Doug puso los ojos en blanco.

—Esta es la división de diseño del Departamento de Marketing y tú te dedicas al marketing, o sea, a comercializar.

Cherry apartó por fin la vista del ordenador y lo miró con toda la fuerza que le infundía el desagrado.

—¿De verdad me voy a meter en problemas por tener algo de estilo?

—No. Pero así no te van a ascender.

Cherry se cruzó de brazos.

—Si mi estilo hace que me encasillen, entonces estaré bien sin el ascenso, amigo.

Doug sonrió entre dientes, Wallace se rio a carcajadas. (Era un blanco fácil; Cherry sabía que podía hacerlo caer al suelo de risa cuando ella quisiera).

Doug se inclinó sobre el borde superior del cubículo de Cherry. Aunque Wallace aún podía oírlo, bajó la voz.

—Cherry, deberías hacerme caso. Le caes bien a todo el mundo, pero nadie te toma en serio.

—Porque soy una mujer joven —dijo.

—Sí, tal vez —dijo. Al menos estaba siendo franco—. Pero también porque te vistes como un personaje de cómic. Esto es un ferrocarril, nadie valora la creatividad. De hecho, solo pones nerviosa a la gente. Si quieres una carrera aquí, vístete a la altura.

Cherry no estaba segura de querer una carrera en el ferrocarril, pero sin duda quería un aumento de sueldo, así que prestó atención…

O más o menos. Estaba sin blanca, no podía comprarse un guardarropa nuevo. Ya tenía deudas en la tarjeta de crédito y, además, al conseguir el empleo, le hizo falta comprarse un coche. Llegaba justa a fin de mes, hasta el punto de que casi todas las noches seguía yendo a cenar a casa de sus padres.

Lo máximo que podía hacer con las prendas que tenía era moderarse, por lo que empezó a usar su propia ropa de la forma más aburrida posible. A veces, cuando estaba en el ascensor y se dirigía a su mesa, miraba su reflejo en las puertas de metal y se quitaba el accesorio que más le gustaba.

Su objetivo para esa fiesta de Navidad era ir discreta. La invitación decía: «Vestimenta de Navidad», así que le preguntó a Doug qué significaba aquello.

—Por Dios santo, no uses nada que brille ni nada demasiado llamativo. Nada de sombreros de Papa Noel ni de… cuernos de reno. En la casa de Meg Jones todo es de colores neutros, así que ponte algo negro. ¿Tienes algo negro?

—Tengo algunas prendas negras —contestó Cherry. Bueno, eso creía.

Wallace se inclinó en su silla para unirse a la conversación.

—Es una fiesta cañera, algunas chicas de la oficina se ponen ropa un poco… provocativa.

—Algunas *mujeres* —lo corrigió Doug.

—Eso, algunas mujeres —dijo Wallace. Parecía avergonzado.

Doug señaló a Cherry.

—No te atrevas a usar nada provocativo y, por el amor de Dios, tampoco te vayas a emborrachar. Tú tampoco, Wallace.

La noche de la fiesta, Cherry se puso unos vaqueros negros sumamente aburridos y sin gracia con un jersey negro liso de cuello de pico. En su vida diaria jamás habría usado esas dos prendas juntas, se sentía como la acomodadora de un teatro. En cuanto a la joyería, solo llevó el relicario de oro en forma de corazón. (Siempre que necesitaba un poco de suerte, lo usaba. Era un regalo que le había hecho su madre; en el interior llevaba fotografías de sus hermanas de bebés y se abría en forma de trébol de cuatro hojas).

Lo único interesante del atuendo de Cherry eran las botas de piel negras de media caña, que tenían los tacones perfectos: medían nueve centímetros, no eran del todo de aguja, pero definitivamente tampoco gruesos, y tenían una sutil curva muy sexy. Esas botas hacían que Cherry se sintiera como un personaje de dibujos animados, pero de forma positiva. De los tobillos para abajo era Jessica Rabbit. (Esa forma de pensar era justo lo que la había llevado a endeudarse con la tarjeta de crédito).

Meg Jones, la vicepresidenta de relaciones públicas, vivía en una de las zonas más exclusivas de la ciudad, en un barrio de las afueras en el que las casas parecían construidas de verdad, no como si fueran maquetas impresas en 3D. La de Meg tenía un acceso circular de dos carriles para coches, en plan hotel elegante. Cherry aparcó su Hyundai de segunda mano al final de una larga fila de SUV, todos negros. (Los ejecutivos del ferrocarril conducían el mismo tipo de vehículo que los raperos).

Llegaba tarde, no quería ser de los primeros en la fiesta. Meg Jones era amable, pero muy intimidante. A Cherry le era imposible calcular qué edad tendría. Usaba trajes Michael Kors y llevaba siempre el cabello impecable, como si le hubieran hecho las mechas pelo por pelo. Para colmo, no tenía una sola arruga en el rostro.

Cherry caminó hasta la puerta delantera, vio que era del doble del tamaño de una normal y no supo qué hacer a continuación. Cuando uno asiste a una gran fiesta, ¿tiene que tocar a la puerta al llegar? No estaba segura de si debía entrar sin más. En el interior se oía música navideña. Decidió tocar el timbre y, al cabo de un instante, la vicepresidenta en persona le abrió la puerta.

En ese momento, Cherry comprendió el error que había cometido.

Meg Jones llevaba un vestido largo de color rojo vivo, como los de los bailes de graduación. O más elegante, como de gala.

A Cherry prácticamente se le cayó la mandíbula y no pudo volver a cerrar la boca.

—¡Cherish! —exclamó Meg Jones. (En todos sus documentos del trabajo aparecía su nombre oficial: Cherish)—. Gracias por venir.

Meg abrió más la puerta y Cherry entró en la casa. Justo detrás de la entrada, había un enorme salón con un techo como de catedral. El lugar estaba decorado con follaje de verdad y luces blancas diminutas, y estaba abarrotado de gente rica vestida con ropa elegante. Hombres de traje, mujeres con vestidos como para desfilar por una alfombra roja.

—Gracias por invitarme —dijo Cherry y, mecánicamente, le tendió a la botella de vino.

—Oh, no tenías por qué molestarte —dijo Meg mientras cogía el vino—. Gracias. ¿Traes abrigo?

Cherry negó con la cabeza.

—Te voy a presentar a mi marido, lo acabo de ver por aquí…

—¿Le molestaría si pasara primero al baño?

—Oh, por supuesto que no, adelante —dijo la vicepresidenta señalando hacia un arco al otro lado del gran salón—. Hay uno al final del pasillo y otro frente a la cocina. Si los dos estuviesen ocupados, también hay uno cerca de la piscina, saliendo por la puerta que da al patio.

—Gracias —dijo Cherry, obligándose a sonreír. No necesitaba usar el baño, solo necesitaba escapar lo antes posible. Pensó en volver al coche, pero Meg Jones estaba bloqueándole la puerta.

Cherry caminó rápido hacia el baño del pasillo, pegada a la pared. Sentía que la gente la miraba, veía que la gente la miraba. De pronto pasó a su lado un camarero completamente vestido de negro y ella deseó que todos creyeran que formaba parte del personal de catering.

Se deslizó por el arco y se paró en un amplio pasillo de color blanco crudo, tratando de recuperar el aliento.

¿Por qué nadie le había dicho que era una fiesta formal? ¡Había preguntado! Y ahora ¿cómo salía de aquella?

Por una parte, tenía que asegurarse de que Doug supiera que estaba allí. (La asistencia era obligatoria). Y, por otra, no quería que la viera vestida así. ¡Pero tampoco soportaba la idea de volver a pasar por aquel salón! Tal vez en el baño hubiera una ventana lo bastante grande para escapar por allí…

O quizá estaba exagerando.

¿Estaría exagerando? ¿De verdad todas las personas de la fiesta iban vestidas tan de punta en blanco?

Volvió a pasar por debajo del arco y se asomó. *Mierda*. ¡Algunos no es que fueran vestidos de punta en blanco, sino lo siguiente! Ni siquiera sabía dónde podían comprarse vestidos y trajes así.

Por suerte, nadie estaba prestándole atención por el momento; todos bebían y reían. Buscó rostros familiares entre la multitud…

Ay, mierda. Alguien la estaba mirando. Un tipo que se encontraba junto a otro gran arco, bajo una guirnalda de follaje resplandeciente.

Se quedó paralizada.

El tipo levantó la mano y la saludó de manera muy sutil.

¿Acaso lo conocía? ¿Trabajaba con él? Levantó la mano y le devolvió el saludo.

El tipo se quedó mirándola un segundo. Tal vez sonreía, pero era difícil saberlo. Cherry bajó la mano.

Y eso pareció definir algo, porque empezó a andar hacia ella.

Era alto y corpulento, como un jugador de fútbol americano. Desde el otro lado, Cherry se dio cuenta de que vestía un traje que no le sentaba muy bien. No, ni siquiera era un traje, eran unos pantalones oscuros y la chaqueta de un traje. Tendría veintitantos años y era, digamos, guapo. No, no lo conocía.

El chico caminó hasta ella mirándola de la manera en que alguien te mira cuando cree que estás perdido, frunciendo el ceño, pero de una forma agradable. Tenía los ojos azules, algo achinados, y el pelo, castaño claro, lo llevaba muy corto.

Se paró entre ella y el salón.

—Hola —dijo. Su voz era suave.

—Hola —respondió Cherry.

Él hizo otra mueca.

—Nadie te avisó de que esta fiesta sería como un baile de puesta de largo para gente rica, ¿verdad?

—No, nadie me avisó —dijo Cherry negando con la cabeza.

Él sonrió, pero solo con la mirada, y se inclinó un poco hacia ella.

—¿Quieres que te ayude a escapar? ¿O quieres que te ayude a quedarte?

—No estoy segura —dijo Cherry—. Siento que… si no me muevo, nadie me verá.

—Te has quedado paralizada como un conejo asustado de *La colina de Watership*. ¿Has leído *La colina de Watership*?

Cherry volvió a negar con la cabeza.

—Bueno… —dijo él, suspirando antes de mirar tras de sí como si estuviera ponderando la situación. Por un instante, incluso pareció más preocupado—. Creo que deberías quedarte porque la comida es genial y, dentro de una o dos horas, todos estarán tan borrachos que nadie te recordará.

Cherry se lo quedó mirando, cada vez lo veía más guapo. Tenía las cejas rubias y erizadas, y los labios rosados, carnosos. Le gustó que sus labios nunca sonrieran del todo, le gustó también su corbata de rombos.

—¿Sigues paralizada como un conejo? —le preguntó con cautela —. Porque tengo que decirte que… no eres invisible.

—Me voy a quedar —dijo Cherry.

Él chico sonrió. O más o menos… Se reprimió a medio camino.

—¿Ah, sí?

—Sí —repitió ella.

—De acuerdo —dijo él asintiendo—. Muy bien.

—Pero necesito salir de este salón.

—Puedo ayudarte —dijo enderezándose. Señaló con la cabeza hacia el arco donde Cherry lo había visto por primera vez—. Allí hay una pequeña sala donde estamos todos los libertinos.

—Suena perfecto.

—Camina a mi lado, yo te cubro.

Cherry lo dejó andar a su lado, interponiéndose entre ella y la fiesta. Se le daba muy bien manejar su diferencia de altura sin abrumarla.

—Tengo que decir que… no pareces un libertino —dijo.

—No, soy algo peor —dijo—. Soy artista.

Cherry se rio.

—Yo soy artista también.

—¿Ah, sí? —exclamó él al tiempo que la miraba sonriendo.

—Ajá. Bueno, trabajo en el Departamento de Marketing.

Dieron la vuelta a una esquina y entraron en una estancia más pequeña, del mismo color blanco crudo que el gran salón e igual de abarrotada. Allí, sin embargo, los rostros eran más jóvenes y los trajes mucho más económicos. Algunas personas se volvieron a mirarla cuando entró, pero no le pareció que la juzgasen tanto. Además, se sentía protegida por el tipo alto. Por el *artista*.

—Aquí —dijo él—. Ponte detrás de este sofá. De la cintura para arriba estás presentable.

—El sueño de toda chica.

Él se ruborizó de manera muy evidente.

—No me refería a eso.

—Lo sé —dijo Cherry con una sonrisa.

—Bueno, te voy a traer algo de beber y de picar. Es lo que estaba buscando cuando te encontré. ¿Qué opinas de los canapés en general?

—Tengo una opinión excelente sobre los canapés —dijo Cherry, pero tuvo que resistirse para no decir lo que de verdad estaba pensando: «¿Tú qué crees? ¿No me has visto bien?».

—Vale, te traeré una bandeja entera.

—Y una Coca-Cola —dijo ella.

El chico asintió.

—Muy bien —dijo. La estaba mirando intensamente—. No vayas a ningún sitio; no quiero volver a encontrarte en el pasillo con los ojos vidriosos.

—Sé que los personajes son lapinos, o sea, conejos… —dijo Cherry—. Me refiero al libro que has mencionado.

—Es un libro maravilloso, deberías leerlo.

—Tal vez lo haga.

—Coca-Cola —dijo el chico, señalándola.

—Y los canapés.

—Vuelvo enseguida.

—Espera —dijo ella cogiéndolo de la muñeca. Él se detuvo.

—Me llamo Cherry —dijo.

—¿Cherry? —preguntó él haciendo énfasis en la che.

Ella asintió.

—Hola, Cherry. Yo me llamo Tom.

Esa primera noche con Tom…

Todo en él la deslumbró.

Sus ojos azules como achinados y el puente ancho de la nariz. Parecía un león, en especial cuando reía. Reía con el entrecejo fruncido, como si sintiera pena por algo.

Tom era diseñador, igual que ella.

Pero no como ella. Él había estudiado un programa real de artes gráficas, y su puesto era mucho más interesante porque él diseñaba cosas de verdad.

Todos los que estaban en aquella sala trabajaban para Coates & Branch, la agencia externa que hacía toda la publicidad y el *branding* del ferrocarril. C&B era conocida como la mejor agencia de Nebraska, de lo que se enorgullecían. A Cherry jamás la habrían contratado allí, no tenía el currículum adecuado.

En esa pequeña sala parecía estar desarrollándose una fiesta por completo distinta, más desenfadada, con creativos de pelo enmarañado y larguiruchos gestores de cuentas. Era como si todos creyeran ser un personaje salido de *Mad Men* y, al mismo tiempo, lo fueran de verdad. La gente estaba acomodada en costosos sofás de ante y todos sostenían dos bebidas «porque los condenados camareros tardan una eternidad en rellenarte la copa». Tom no era el único que cargaba con una pila de canapés en una servilleta.

—¿Tienes muchos clientes? —le preguntó Cherry—. ¿O solo el ferrocarril?

—¿Te refieres a mí personalmente? —preguntó sin dejar de comer una diminuta tarta de chocolate y naranja. A Cherry le había llevado dos—. Mi cliente principal es el ferrocarril, solo llevo un año en C&B.

—A lo mejor reconozco tu trabajo…

—No creo que sea tan reconocible…

—Ponme a prueba.

Tom frunció el ceño.

—De acuerdo. Yo diseñé los letreros de la nueva cafetería. No sabes lo emocionante que fue: COLOQUE LOS PLATOS EN LA CINTA. TIRE AQUÍ LOS DESECHOS DE PAPEL.

Cherry sonrió.

—No te subestimes. Son bonitos, de muy buen gusto.

—En las instrucciones pedían que dieran «sensación de calma».

—Misión cumplida —dijo ella asintiendo—. Me encanta la campaña «Estás hecho de lo que comes» que hicisteis para el comedor, en especial los anuncios que reproducen en los ascensores. ¿Sabes cuáles? Los que tienen cubiertos animados. Me encantaría conocer a la persona que escribió esos guiones. ¿Está aquí?

Tom volvió a sonreír con la mirada; sus ojos eran del color del hielo en los cómics.

—Eso igual te decepciona…

—¡No! —exclamó emocionada Cherry, al tiempo que le daba un codazo con las manos llenas de canapés—. ¿Fuiste tú quien escribió esos anuncios? Dios, si supieras bailar *tap*, ya sería la guinda del pastel.

—¿Y qué te hace pensar que no sé bailar *tap*? —preguntó Tom sin reír del todo.

Cherry alzó la vista y sonrió. Lo miró con admiración. Quizá no se sorprendería si lo viera empezar a bailar.

—No, no sé bailar *tap* —dijo él, negando con la cabeza.

—Pero vaya si sabes escribir —dijo Cherry mientras le daba otro codazo.

—Eso no es escribir; no sé ni si llega a ser pensar.

—Oye… —exclamó ella gesticulando mucho—. Adoro esos anuncios. Adoro el tenedor que habla y cruza dos de sus dientes, emocionado con el deseo de que hoy sea día de pizza.

—Siempre es día de pizza —dijo Tom—. En el comedor de la Western Alliance hay un área de pizzería con productos orgánicos.

—Y el anuncio lo comunica con mucha eficacia.

Tom frunció los labios, parecía un poco avergonzado.

—Te impresionas con facilidad.

—No, qué va —dijo Cherry casi murmurando.

Tom no se separó de ella en toda la noche. (Excepto cuando fue a buscarle otra bebida y más canapés). Casi no apartó la vista de ella. Mantuvo la cabeza inclinada hacia abajo tres horas y Cherry,

hacia arriba. Cherry se rio de todo lo que le dijo y él sonrió a todo lo que dijo ella.

Al principio Tom estaba bebiendo cerveza, pero después se pasó a la Coca-Cola.

Era de Omaha y tenía un año menos que Cherry. Había estudiado en la escuela de arte porque adoraba los cómics del Pato Donald. Había leído gran cantidad de libros de los que ella nunca había oído hablar y le gustaba mucho el «arte secuencial».

La música no le interesaba. No reconoció ninguno de los temas pop que sonaron por los altavoces. (Meg Jones tenía en su casa un sistema de sonido integrado). Tom ni siquiera había oído las canciones de Adele, ninguna. Tampoco había oído hablar de ella, pero continuó instando a Cherry a cantarlas de principio a fin.

—Solo un poco más, creo que esa igual la conozco… No, va a ser que no. A ver, canta otra…

Tom era divertido.

Divertido de una manera a la que Cherry no estaba acostumbrada. Cada vez que hacía una broma, bajaba la voz como si se la estuviera haciendo a sí mismo. Los otros chicos que conocía siempre se aseguraban de que oyeras bien el final del chiste y, a veces, incluso lo repetían. Cherry tenía que acercarse mucho para escucharlo, así que se pasó todo el rato pegada a él.

De hecho, todos pensaron que habían llegado juntos a la fiesta.

«¿Quién es tu amiga, Tom?».

«Tom no nos dijo que traería a una chica».

«Pero, joder, Tom, ¿por qué no le dijiste a esta pobre chica cómo tenía que vestirse?».

—Descuida —decía él todo el tiempo en voz baja—, a nadie le importa realmente lo que llevas puesto.

—Espero que no me despidan —dijo Cherry.

—¿De verdad crees que te despedirían por usar vaqueros?

Cherry rechinó los dientes y emitió un ruido de consternación con la garganta.

—No, pero es un patrón de comportamiento típico en mí. O sea, nunca me pongo la ropa correcta y mi jefe quiere que vaya en plan

más corporativo. Dice que me visto como Theresa, la que salía en el programa infantil de Canal 42.

Tom hizo una mueca. Se rio. Le brillaban los ojos.

—¿Y es así?

—¡Claro que no! —exclamó Cherry, sintiéndose ofendida.

—Mmm… Igual debería juzgar por mí mismo.

Cherry sonrió y él miró en otra dirección; también sonreía y era muy obvio que estaba sonrojado. Comenzó a rascarse la nuca; tenía un ojo cerrado, pero con el otro la miraba de reojo.

Las manos de Tom eran anchas y coloradas. Tenía también la cara ancha y la mandíbula cuadrada. Se movía como alguien que no quería chocar con nadie ni tirar nada. De cerca, bajo las mil luces blancas navideñas, el cabello se le veía de color rubio ceniza, no castaño, y también se notaba que no se había afeitado. Cherry no dejaba de descubrir cosas nuevas de él que le gustaban.

Por suerte, su jefe no la vio hasta que no estuvo bastante bebido. Fue cuando entró en la pequeña sala para hablar con la gente de la agencia y la descubrió en un rincón.

—Cherry, por Dios santo, pero ¿por qué vas vestida así? ¿Te has puesto vaqueros?

—¡Esto es culpa tuya! —gritó ella por encima de la música—. No me dijiste que era una fiesta formal, ¡me dijiste que vistiera de negro!

Doug comenzó a reírse. A carcajearse.

—Wallace tiene que ver esto… —dijo, y se fue a buscarlo.

Cherry se presentó a la esposa de Doug, que llevaba un vestido *muy* provocativo.

Comió sabrosos profiteroles y fruta caramelizada. También quiches y tartas en miniatura. Cada vez que los camareros pasaban por la sala de atrás, la gente de la agencia se lanzaba al ataque.

Doug llevó a Wallace para que se riera de Cherry, pero él se sintió culpable cuando la vio.

—Debí decirte que te pusieras un vestido, Cherry. Di por hecho que lo harías, tienes muchos.

Era obvio que a Wallace no le gustaba la gente de la agencia, porque volvió al salón principal de inmediato. Doug se quedó y bebió

con las personas de mayor edad de la sala, es decir, con *baby boomers* más jóvenes.

Toda la gente de la agencia decidió irse de la fiesta al mismo tiempo, como una bandada de aves que cambiase de dirección. Arrastraron a Cherry hacia la salida y de pronto se vio en la parte de atrás del grupo mientras todos daban las gracias a la anfitriona y se despedían.

La gente se dispersó en la acera de enfrente, pero Tom y Cherry se rezagaron. Él bajó la vista y la miró. (En realidad, no había dejado de mirarla en toda la noche).

—¿Quieres que te acompañe a tu coche? —preguntó él.

—Vale, gracias —dijo ella.

La mitad de los SUV ya no estaban. Sobre el empedrado del acceso para coches, se oía el claqueteo de los tacones de Cherry.

Como no se había sentado ni un momento, los pies la estaban matando.

—Aquí está —dijo cuando llegaron al Hyundai.

Tom se detuvo y miró más allá de Cherry. Se pasó la mano por el pelo, pero los rizos siguieron igual.

—Gracias una vez más por rescatarme —dijo ella, y él hizo el gesto de mirar hacia atrás.

—Cuando quieras. Si te encuentras en una situación incómoda, llámame e iré en helicóptero.

—Igual nos vemos en la oficina, ¿no?

Tom frunció el entrecejo y miró a la calle con los ojos entornados.

—Igual no. A nuestro director ejecutivo no le da confianza que vayamos a vuestro edificio.

—Qué mal, tenemos una cafetería que está muy bien.

—Eso me han dicho.

—Tal vez podría meterte.

Tom asintió, pero enseguida miró en otra dirección. De hecho, casi todo su cuerpo apuntó hacia otro lugar.

Cherry no estaba segura de qué sucedía. ¿Acaso se había roto el hechizo al alejarse de la casa? Hasta ese momento, le había parecido que él estaba igual de encandilado que ella. (E incluso si

solo hubiera estado la mitad de encandilado que ella, no estaría haciendo esos gestos como de querer alejarse).

—Bueno…, pues buenas noches —dijo Tom.

—Igualmente —dijo Cherry, inclinándose hacia donde él se había vuelto—. Ha sido un placer conocerte.

—Ha sido un placer conocerte, Cherry —dijo, y dio un paso atrás. Luego se volvió por completo, separándose de ella, y empezó a caminar.

Cherry lo vio alejarse.

—¿Tom? —dijo de pronto y él se volvió.

—¿Sí?

Estaba ya a unos cinco metros de distancia.

—¿Te puedo dar mi número de teléfono?

Tom hizo una mueca que le arrugó toda la frente.

—Eh, ¿quieres dármelo?

—¿Que si quiero…? —repitió Cherry, confundida—. Ajá. O sea, sí, pero si tú no quieres, no.

—No. Es decir, sí, sí quiero. O sea, quiero que me des tu número.

—Vale.

Tom permaneció donde se encontraba.

Cherry tuvo que caminar hasta él. Con la cabeza inclinada, no dejó de mirarla mientras ella se acercaba. Le llevó un momento sacar el móvil del bolsillo.

Cherry le dijo su número en voz alta mientras él lo grababa. Fue vergonzoso, nunca había forzado a un hombre a apuntar su número. Nunca lo había ofrecido siquiera, pero, por otra parte, nunca había vivido una noche como *aquella*. Una noche que hubiese sido tan *perfecta*. A Cherry nunca le había gustado alguien de manera tan inmediata y total. Sentía que su atención se había quedado prendada de Tom, que si él empezara a caminar, la arrastraría tras de sí.

Tom volvió a meter el móvil en el bolsillo.

—No hace falta que me llames —dijo Cherry, tratando de ser valiente—, pero… ha sido una noche genial y… me gustaría volver a verte.

—¿En serio?

Cherry se rio, aún avergonzada.

—Sí, en serio. ¿Por qué actúas como si me estuviera comportando de una manera extraña?

¿Sería por su peso? Él también era corpulento, aunque no tanto como ella, proporcionalmente. Cuando estaban en casa de Meg, le había dado la impresión de que su peso no le importaba, ni siquiera con sus compañeros de trabajo delante. A veces, los chicos corpulentos solo salían con mujeres esqueléticas. Claro, una cosa era conversar en una fiesta con una chica gorda y otra muy distinta, llamarla por teléfono.

—¿Tú tienes noches como la de hoy todo el tiempo? —preguntó Cherry. No quería darse por vencida—. Es decir, ¿haces clic de esta forma con todo el mundo?

Tom negó con la cabeza.

—No —susurró. Su mirada vagó de los ojos de Cherry a sus labios y… quizá a sus pechos. Y de vuelta a sus labios.

Ella alzó la barbilla, solo por si acaso.

Estaban uno al lado del otro, en paralelo, uno mirando hacia abajo y la otra mirando hacia arriba. Si Cherry se hubiera dibujado con él, lo habría hecho con sus cuerpos formando un arco.

Sintió que la atención de Tom sobre ella era como una luz vibrante.

—Entonces llámame —dijo Cherry al cabo de unos segundos.

—Lo haré —dijo Tom, asintiendo.

Y lo hizo.

22

En su primera cita, Tom llevó a Cherry a una pequeñísima pizzería cerca de su casa llamada Abbie's Road.

—La pizza es normalita —dijo—, pero la temática es extraordinaria.

La pizzería estaba encajada en un ángulo agudo formado por dos calles convergentes. Solo había siete u ocho mesas, y toda la decoración tenía que ver con los Beatles. Por alguna razón, también tenían una temática marina.

—Creo que hace referencia a «Octopus's Garden» —explicó Tom, sentado debajo de una red llena de peces de plástico.

Tom y Cherry compartieron uno de los combos de la casa, el *Lucy in the Pie with Onions*, pero también historias de vida, aunque bastante resumidas.

Tom se había criado en la parte norte de la ciudad y ella en la zona sur; ninguno de los dos había tenido una infancia acomodada.

El padre de Tom trabajaba en el mantenimiento del edificio del centro médico estatal, por lo que pudo asistir becado a la universidad sin pagar los gastos de matrícula. El padre de Cherry tenía dificultades para encontrar trabajo. Ella había estudiado con una beca y, hasta ese momento, era la única de su familia que había ido a la universidad.

Tom tenía una hermana mayor. Cherry le contó sobre sus cuatro hermanas. Él no se rio de sus nombres, pero era evidente que quería hacerlo: se le arrugó la frente y sacudió la cabeza como si no pudiera con toda aquella información.

—¿Quién te empezó a llamar Cherry?

—No lo sé, pero me han llamado así toda la vida. Ni siquiera mi madre me llama Cherish.

La madre de Tom había fallecido cuando él tenía ocho años, pero se lo comentó a Cherry como de pasada.

—Nos vinimos a vivir aquí cuando yo tenía ocho, después de que mi madre muriera. Creo que esto era entonces una tienda de dónuts, no una pizzería.

Cherry tuvo que hacer retroceder la conversación.

—Espera, ¿tu madre falleció cuando tenías ocho años?

—Sí. Tuvo cáncer de mama. Luego de pulmón.

—Ay, Dios mío —exclamó Cherry, echándose un poco hacia atrás en la silla—. Lo siento mucho, Tom.

Él sonrió con suavidad.

—Gracias. No pasa nada.

—Pero seguramente que sí pasó…

Tom se encogió de hombros y arqueó las cejas como diciendo: «Bueno, ya sabes».

De pronto Cherry se sintió los ojos empañados. Sacudió la cabeza y miró hacia abajo, a la pizza. La barbilla le temblaba. «Ocho años», pensó.

Tom se estiró y cubrió la mano de Cherry con la suya; ¿sería esa la primera vez que la tocó?

—Oye —susurró—. No pasa nada, no hay problema.

—Es solo que… —Empezaron a rodarle unas lágrimas por las mejillas—. A los ocho años uno es muy pequeño.

—Ya —dijo Tom.

Cherry se enjugó las lágrimas con la otra mano y alzó la vista hacia él.

—Lo siento, no debería hacer… lo que estoy haciendo.

Tom tenía los ojos vidriosos. Apretó la mano de Cherry.

—Tranquila.

Ella se rio, avergonzada. Tom retiró la mano, pero aún sonreía.

Su segunda cita fue en el Museo del Ferrocarril de la Western Alliance. A Cherry se le ocurrió sugerirlo porque ninguno de los dos lo había visitado. (Daba la impresión de que nadie lo había visitado

desde principios de los setenta. Incluso el voluntario que los guio necesitaba desempolvarse un poco).

Después tomaron un café y hablaron sobre lo que cambiarían del museo, si hubieran podido. Tom dijo que cambiaría todo; incluso diseñó un nuevo logotipo en una servilleta. Era tan increíble que Cherry se quedó cautivada. Tom actuó como si no tuviera importancia y desechó la servilleta en su taza de café cuando terminaron. Cherry tuvo que rescatarla.

El día de su tercera cita, Cherry se preguntó si de verdad habían tenido alguna cita hasta entonces.

Tom no la había besado y, si lo pensaba bien, ni siquiera la había invitado a salir, solo la había llamado cuando ella le dijo que lo hiciera.

Era muy amable, muy atento, su mirada la seguía a todos lados, y todo lo que ella decía parecía divertirle…

Tom se reía de las bromas de Cherry con la mirada y con las comisuras de los labios. (¿Equivalía aquello a una risa auténtica? ¿O era incluso mejor?).

Había algo distante en él; era como si la observara desde lejos, como si la examinara detenidamente. Hubo momentos en que ella imaginó que tendría algo en los dientes o en los labios. (En cada ocasión, se volvió discretamente para limpiarse la boca). Y hubo otros momentos en que se sintió magnética, cautivadora. El hecho de que le prestaran atención de esa manera le daba vértigo. La excitaba.

Hope dijo que Tom solo estaba interesado en ella como amigo, que hasta un monaguillo trataría de avanzar más rápido. (De las hermanas de Cherry, Hope era la que menos juzgaba y la única con la que podía hablar de chicos). (A pesar de lo cual Hope juzgaba con mucha vehemencia).

—No puedes hacer que se dé una relación solo a fuerza de voluntad, Cherry.

—Igual sí puedo —dijo—. Soy muy obstinada.

Cherry invitó a Tom a su apartamento para la víspera de Navidad porque él no tenía planes. Ella canceló los suyos. Preparó lo único sofisticado que sabía cocinar, lasaña, y, como no tenía sillas, se sentaron en el suelo de su sala de estar, a ambos lados de la mesa de centro.

Ella se sentó sobre las rodillas casi todo el tiempo, inclinándose sobre la mesa hacia él.

—¿Esto es requesón? —preguntó Tom al meterse un trozo de lasaña a la boca.

—Sí —contestó Cherry—. Mi abuela italiana la hacía con requesón. Seguramente no podía permitirse el queso *ricotta*.

Tom inclinó la cabeza y se cubrió la boca.

—¿Tienes raíces italianas?

—Un poco —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Soy de toda Europa occidental, pura Ellis Island.

Tom sonrió.

—Y eres católica, ¿verdad?

—No, estudié en una universidad católica porque me dieron una beca. De niña, mi iglesia era como, no sé, luterana independiente.

—¿Qué significa eso?

—Que no estaba afiliada a la iglesia mayor y, por lo tanto, podía ser tan conservadora como quisiera. Mis hermanas siguen yendo. Mi madre también.

—¿Tú no?

Cherry negó con la cabeza.

—Creo que de niña asistí ya a la iglesia lo suficiente como para tener el cupo cubierto el resto de mi vida. ¿Qué hay de ti? ¿Practicas alguna religión?

—En realidad no —dijo Tom—. No me criaron en una fe en particular, pero cerca de mi casa hay una catedral católica y a veces voy.

—¿Estás mirando a ver si te encaja?

Tom volvió a sonreír sutilmente.

—Quizá. Es solo que me gusta la atmósfera, es un lugar tranquilo. Además, me encantan las vidrieras.

—Mmm. A lo mejor a mí me habría gustado más la iglesia si hubiera habido algo que contemplar. La nuestra parece el centro de conferencias de un hotel.

Cherry rebotaba sobre las rodillas mientras hablaba, haciendo muchos gestos. Estaba muy emocionada de que Tom estuviera allí, demasiado. Estaba demasiado emocionada respecto a él en general y habría deseado planear las cosas de tal forma que él se hubiera sentado del mismo lado de la mesa que ella.

La verdad era que Cherry estaba lista para hacer cualquier cosa que Tom quisiera esa noche. Le parecía más atractivo cada minuto que pasaba con él. Si se hubiera hecho una gráfica de la atracción que Tom había ido ejerciendo sobre ella esas primeras semanas, la línea habría sido como la de una inflación desbocada.

Le gustaban los amplios planos de su rostro, la forma en que sus mejillas le aupaban los ojos y los entrecerraban. Le gustaba lo rosado que era: mejillas rosadas, labios rosados. La forma en que se le sonrojaba la parte trasera del cuello… En fin, le gustaban todos los colores de Tom, todos los tonos que adquiría su cabello casi al rape. Bajo la intensa luz de su cocina, se le veía tan rubio como un bebé que apenas gateara, y bajo la tenue iluminación de la sala, del color de la arena de la playa.

Le gustaba su ropa, a pesar de que a él parecía no importarle lo que se ponía. A casi todas las citas había acudido prácticamente con lo mismo: botas marrones tipo seguridad laboral con cordones ocres, pantalones cargo con agujeros en los bolsillos por el sobreuso y camisa a cuadros sobre una camiseta. Cherry se preguntaba si Tom vería siquiera la diferencia entre sus propias prendas.

Ella, en cambio, cada vez que quedaban elegía su ropa con esmero, intentando estar sexy; se ponía jerséis de escote pronunciado y vaqueros con tres por ciento de elastano.

«¿Cuándo podré ver tu ropa tipo programa infantil de Canal 42?», le preguntó él en una ocasión.

«Cuando no esté tratando de seducirte», pensó ella.

Para esa noche, Cherry compró medio litro de helado de postre y, como no tenía cuencos, sino solo cucharas, se lo pasaron de ida y vuelta para comerlo. Tom parecía incómodo sentado en el suelo;

tenía las piernas rígidas y hacia un lado. A Cherry le hizo pensar en un Ken con articulaciones limitadas.

—Ojalá pudiera ofrecerte una silla —dijo Cherry como por sexta o séptima vez—. O incluso una caja para sentarte.

—No pasa nada —dijo Tom, igual que había repetido toda la noche. Luego miró alrededor y se fijó en las amplias ventanas y los techos altos—. El apartamento está muy bien. ¿Vives con alguien?

—No. Si tuviera compañero de piso, tal vez podría permitirme el lujo de tener un sofá.

—Yo podría ayudarte a conseguir un sofá —dijo. Y parecía hablar en serio.

Cherry sonrió.

—¿Tienes un vendedor de sofás de confianza?

—No —contestó él negando con la cabeza—. Pero… voy mucho a mercadillos de vaciado de casas —dijo haciendo una mueca, como si supiera que era algo muy raro.

—Entonces tu apartamento debe de estar muy bien amueblado —dijo Cherry.

—En realidad…, todavía vivo en casa de mi padre —confesó con la cabeza gacha.

—O sea… ¿En tu cuarto de la infancia?

Tom se encogió de hombros y alzó la vista para mirarla.

—Si aún vivo ahí, no es mi «cuarto de la infancia».

—Supongo que no… —dijo Cherry. Su intención no era ofenderlo, ya parecía bastante avergonzado. Sin embargo, ella no podía ni siquiera imaginar la posibilidad de haber vuelto a casa tras terminar la universidad. Había conseguido un lugar para vivir incluso antes de poder pagar el alquiler—. ¿Y no quieres mudarte?

—No lo sé… —dijo volviendo a agachar la cabeza—. Creo que, aunque me fuera, de todas formas tendría que cuidar de mi padre, así que quizá es mejor que me quede y ahorre lo del alquiler.

—¿Tu padre está enfermo?

Tom no contestó de inmediato. Hizo chocar varias veces su cuchara contra la mesa y luego la dejó en el recipiente vacío de helado. Cuando volvió a alzar la vista, tenía los labios fruncidos, como si estuviera pensando.

—Bebe mucho.

—Mi padre también —dijo Cherry rápido, sin siquiera pensarlo.

Tom la miró como si ella le hubiera dicho algo mucho más triste de lo que él le acababa de confesar.

—¿Tu padre?

Cherry asintió.

—¿Es por eso por lo que tú no bebes?

Ella volvió a asentir.

—¿Para qué arriesgarme?

La boca de Tom se veía tan dulce…, sobre todo con aquella media sonrisa que le colgaba de los labios… De pronto bajó la vista y miró el papel de cocina que sostenía en la mano a modo de servilleta. (Cherry no tenía servilletas de papel).

—Te he traído un regalo.

Ella chasqueó la lengua, sorprendida.

—No tenías por qué traerme un regalo. Esto es solo… Bueno, apenas nos conocemos.

Tom rio con ganas.

—¡Pero es la víspera de Navidad! Era imposible que no te trajera un regalo —dijo al tiempo que sacaba algo del bolsillo del pantalón. Era un paquete pequeño, envuelto con un papel a rayas.

—Yo no te he comprado nada —murmuró ella.

—Has preparado la lasaña —dijo entregándole el regalo—, y yo nunca había comido lasaña casera.

Cherry le sonrió y cogió el regalo. Todavía estaba de rodillas cuando lo desenvolvió. Era un bolígrafo muy antiguo con una cabeza articulada de plástico en forma de pájaro en la parte superior. Ella rio con ganas.

—Es adorable. ¿Dónde lo conseguiste?

—Hace tiempo que lo tengo —dijo Tom golpeando con suavidad la cabeza del pájaro para que Cherry viera que se bamboleaba—. Cuando escribes, el pico se mueve como si estuviera cantando.

Cherry lo observó.

—Espera, ¿me estás dando *tu* bolígrafo?

—Ahora es tuyo. Quería darte algo que me constara que era bueno.

Los dos estaban inclinados sobre la mesa, sonriendo. En esa ocasión, si Cherry hubiera tenido que dibujarse a sí misma y a Tom, podría haberlo hecho con una sola línea.

Tom la miraba como prestándole toda su atención; nadie la había mirado de esa manera antes, como si no se cansara de contemplarla.

Cherry se inclinó un poco más hacia delante y le ofreció la barbilla, por si Tom quería…

Luego se acercó tanto que fue inevitable.

Lo besó en aquellos labios carnosos y rosados.

Tom se echó hacia atrás, se alejó, y ella cayó hacia delante sobre la mesa.

Una chica gorda no puede quedarse esperando a que los chicos la elijan como quien arranca una flor del camino o recoge una concha en la playa.

Cherry nunca había sido Cenicienta, siempre había sido el príncipe, siempre había ido tras lo que deseaba. (También había sido bruja y había hechizado manzanas). Siempre había tenido que ir a por las cosas. A por el amor. A por la atención.

Tuvo que ir a por Tom…

Pero fue demasiado lejos.

Y, al caer sobre el recipiente vacío de Ben & Jerry's, se manchó todo el pecho de helado de chocolate.

Tom se disculpó.

Cherry se disculpó.

Los dos se pusieron de pie y comenzaron a caminar hacia la puerta, como si fuera evidente que la situación se había vuelto insostenible. Él ni siquiera la miraba. (Gracias a Dios).

Tom cogió el abrigo y se fue sin ponérselo.

Cherry se quedó junto a la puerta, llorando.

Ella era la causante de todo aquello, de todo lo que le sucedía, era la campeona de esas cosas. Y, sin embargo, solía ser más estratégica de lo que lo había sido en esa ocasión; por lo general, intuía lo que pasaba a su alrededor.

Se preguntó si, desde el día en que se conocieron, había habido siquiera un momento en el que Tom habría correspondido a su beso…

En ese momento llamaron a la puerta y ella se sobresaltó.

Vio a Tom a través de la mirilla y se planteó ignorarlo. No necesitaba oír «lo siento» una sola vez más.

Cuando abrió la puerta, sin embargo, Tom entró y la cogió de inmediato de la barbilla. Le rodeó la cara con la mano y la besó con tanta vehemencia que la obligó a echarse hacia atrás sobre los talones.

Ella cerró los ojos y relajó el cuello. Tom le dio un beso prolongado, ininterrumpido.

Cherry no podía entender lo que sucedía, le era imposible leer las señales de Tom, aunque, por lo general, podía *leer* las de cualquiera.

Se sintió como suspendida por el beso, como si colgara de la mano de Tom, que aún le asía el mentón. Si la hubiera soltado, habría caído de una gran altura, sin fuerza ninguna.

Pero él no la soltó, solo retiró su boca unos centímetros para respirar.

—Lo siento —dijo, apremiante—, solo necesitaba un momento para aclarar mis ideas.

—Necesitabas un momento… —repitió Cherry.

—Ajá —dijo él—. Lo siento —repitió al tiempo que volvía a alzarle la barbilla y contemplaba con avidez sus mejillas y sus labios—. ¿Puedo volverte a besar?

—¿Deseas hacerlo? —preguntó ella, susurrando.

—Sí —susurró él—, la verdad es que sí.

Cherry asintió y permitió que la besara una y otra vez. A veces eran besos prolongados y otras, breves estallidos.

—Realmente quiero hacerlo —decía Tom entre los besos—. Realmente te deseo, Cherry.

23

Cherry no estaba segura de poder con aquello… Ya le dolía la espalda y los zapatos de tacón de charol le apretaban el empeine. Sujetándose al pasamanos, subió vacilante los escalones de la entrada principal de la casa de Russ Sutton.

El plan era reunirse allí con él para ir juntos en el coche de él a cenar y luego regresar.

Russ se había comportado muy bien y había puesto mucho de su parte al ofrecerle volver a su casa. Cherry no podía permitir que viera el estado en que se encontraba la suya en ese momento, y tampoco quería verlo allí, rodeado del caos y las notas manuscritas de Tom.

Cada vez que regresaba del trabajo, se encontraba a Tom en la casa y, antes de que él se fuera, hablaban unos minutos, a veces un poco más. En ese momento estaba limpiando el garaje y, como en el acceso para coches había un contenedor de basura, ella tenía que aparcar en la calle.

Tom parecía haber olvidado el desastre «insostenible» de la sala de estar, algo típico de él, pero Cherry no tenía la fortaleza de tocar el tema. Lo cual también era típico. La casa, el desastre, Tom… Todo le resultaba demasiado conocido. Conocido, pantanoso y triste.

De hecho, se sentía menos soltera que un mes atrás. Cuando tuvo aquel reencuentro con Russ, se sentía totalmente disponible. *Totalmente* soltera. Sola.

En ese momento, en cambio, Tom estaba presente en su vida cotidiana. No de una manera que le proveyera compañía o consuelo, sino de una que le recordaba lo *involucrada* que aún estaba con él. En el aspecto legal. En el práctico. (En el emocional). Dicho de otra forma, ella y Tom continuaban tan enmarañados como siempre.

Russ sabía que Cherry estaba enmarañada aún, pero se mostraba respetuoso y no trataba de averiguar nada.

Continuaban viéndose y durmiendo juntos. Ya se seguían mutuamente en redes sociales y habían salido alguna vez a comer. A Cherry le volvían loca su hermoso rostro y sus sugerentes mensajes de texto. En fin, todos los aspectos de su vida con Russ estaban siendo fantásticos.

Era viernes y el hijo de Russ estaba con su exmujer. (Cherry aún no lo conocía). Y como Tom le había preguntado si podía sacar a pasear a Stevie el sábado por la mañana, no tenía ninguna razón para despertarse temprano y volver corriendo a casa. En las siguientes dieciocho horas no tendría que pensar en nada de lo que sucediera allí. Quería sentirse libre, quería sentir que era alguien con un futuro y no solo con un pasado.

Tocó el timbre de Russ y esperó. Aunque el aire era fresco, para el frío solo llevaba una chaqueta de angora de color azul claro. Había decidido no usar abrigo para no estropear su *look*.

Cuando Russ abrió la puerta, estaba ya poniéndose su chaqueta de tela de algodón. En cuanto la vio, abrió los ojos como platos y dejó caer los brazos.

—Cherry.

—Hola —susurró ella.

Russ dejó caer la chaqueta al suelo y puso cara de circunstancias.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

Cherry sintió que le ardía el rostro.

—Tener una cita. Salir contigo.

Cuando Russ la abrazó de la cintura y tiró de ella hacia el interior de la casa, Cherry se tropezó con él.

—No vas a ir a ningún lado —dijo Russ—. ¿Estás bromeando?

Cherry se rio.

Russ acercó la mano al escote de Cherry. Pasó los dedos por el lazo bordado, por las herraduras.

—No me puedo creer que aún tengas este vestido…

—Ya casi no me vale —dijo Cherry. Había tenido que pasárselo por la cabeza, y luego un pecho detrás del otro, sin abrir la

cremallera, porque, si la hubiera abierto, no habría podido cerrarla teniendo el vestido puesto. Le apretujaba los pechos, que parecían como globos desde arriba, y la cintura prácticamente la estaba seccionando en dos.

—Te queda muy bien —dijo Russ en voz baja, al tiempo que dejaba de estrujarla. Luego la condujo por la sala de estar y el pasillo.

—Pensé que saldríamos a cenar… —dijo ella.

—Puf… —exclamó Russ, que dio una patada a la puerta del dormitorio para abrirla—. Tendrás suerte si te toca desayuno.

Cherry se rio. Russ la cogió de la mano para entrar en el dormitorio y, cuando la hizo girar, la falda y la enagua volaron alrededor de ella.

—No me lo puedo creer —insistió Russ—. Es como si hubiera ido atrás en el tiempo. —Colocó la otra mano en la cintura de Cherry y se acercó a ella—. Necesitamos ir a bailar.

—De acuerdo —dijo ella, todavía susurrando.

—Y puedes llevar este vestido.

—Me pondré un vestido que me permita respirar.

Russ ya estaba bailando lento, guiando la cadera de Cherry con suavidad. Se acercó la mano de ella a los labios y la besó; luego meneó la cabeza, como si estuviera pensando en algo.

—¿Qué? —musitó Cherry.

Los ojos de Russ brillaban cuando alzó la vista.

—Tú —dijo con voz ronca—. Finalmente.

Cherry no estaba preparada para oír aquello.

No se había planteado que Russ reaccionaría de esa manera; pensó que el vestido tendría el encanto de la lencería, no el de una flor conservada entre las hojas de un libro. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Cuando se ponía tacones, Russ era solo un poco más alto que ella. Él siempre decía que medía un metro ochenta, lo que tal vez significaba que medía uno setenta y siete. Se inclinó y la besó con dulzura.

Ella correspondió a su beso.

Luego él se alejó, pero mantuvo el rostro pegado al de Cherry y le rozó la nariz con la suya. Seguían balanceándose y ella respiraba de forma superficial.

Cherry no había imaginado que ese momento tendría que ver con los sentimientos, pero no se inquietó, porque sentimientos no le faltaban. Y desde mucho antes de la aparición de Tom. Los sentimientos de Cherry por Russ estaban implantados en una zona inmaculada de su corazón, eran casi como un antídoto para las manchas de dolor que llevaba adheridas.

Él era buena persona y ella quería apoyarse en él, quería cualquier parte de él que estuviera disponible.

Russ había deslizado los labios hacia su mejilla, lo que le causó una agradable sensación; luego fue hacia el cuello y la sensación fue aún mejor. Cherry mantuvo los ojos cerrados y respiró hondo…

No. En realidad, no podía respirar hondo con aquel vestido. De hecho, solo lograba inhalar aire suficiente para la parte superior de los pulmones, incluso antes de que Russ la hiciera entrar en calor. Ahora jadeaba y sentía que el pecho se le movía con dificultad. Se sintió un poco mareada, así que lo abrazó del cuello para recuperar el equilibrio.

Russ la tocaba por todas las partes que podía, exploraba su vestido tanto como su cuerpo. Deslizó la punta de los dedos a lo largo de las costuras. Cherry se enderezó para sentirse más delgada, pero también para sentir mejor sus manos sobre ella. Era como cuando Stevie giraba para dejar a la vista el vientre. Alzó un pie del suelo y arqueó la espalda.

Russ la cogió de la cintura y la abrazó; luego apoyó la cara sobre el escote de Cherry al tiempo que gemía, y ella le besó la cabeza.

—Muy bien, fantasía mía —dijo él, enderezándose—. Vamos a la cama.

Cherry se sintió inestable. Esperó a que Russ la acercara al borde de la cama y la empujara hacia atrás y, cuando lo hizo, ella aterrizó sobre las palmas y los codos. Al mismo tiempo, sus pies se levantaron del suelo.

Russ permaneció entre sus piernas. Por lo general no los usaba, pero ese día llevaba vaqueros, con una camisa blanca de vestir

suelta por fuera. Comenzó a desabrocharse el cinturón. Cherry sintió que se le abrían los ojos en exceso y perdía el enfoque.

Él meneó la cabeza de la misma forma que lo había hecho antes.

—¿Te das cuenta siquiera de lo que me estás regalando con este vestido?

Cherry tenía los labios entreabiertos y descansaba la lengua sobre los dientes delanteros.

—Puedo volver al pasado y tener lo que deseaba entonces —dijo mientras cogía un tobillo de Cherry y lo alzaba lo suficiente para poder besarlo. Cherry llevaba unos panties con costura trasera. (No había reparado en medios). Russ frotó el rostro por la pantorrilla y deslizó una mano hacia arriba, por el muslo.

Ella volvió a cerrar los ojos. Trató de respirar y de que el aire llegara más allá de la cuarta costilla. Estando recostada, sentía el vestido aún más apretado, sentía que podría romper una costura por el simple hecho de inhalar.

La mano de Russ se movió entre sus piernas. No llevaba ropa interior. Estaba húmeda. (Lo de no reparar en medios se extendía incluso a los involuntarios). Russ volvió a gemir y, cuando le frotó la vulva con los nudillos, Cherry se unió a su gemido.

De pronto, la cabeza de él ya estaba debajo de la falda, entre sus muslos. Cherry aulló. Russ comenzó a succionar y a morder a través de los panties. Ella abrió las piernas y alzó los pies sin dejar de jadear.

De pronto, él sacó la cabeza de la falda.

—¿Cómo va a funcionar esto?

—¿Cómo dices? —preguntó Cherry, mirándolo a los ojos.

—¿Cómo voy a follarte sin quitarte la ropa? —respondió él.

A Cherry le cedieron los codos y cayó por completo en la cama, carcajeándose.

Russ le quitó un zapato y lo sostuvo entre el cuello y la barbilla; luego le quitó el otro y se lo colocó bajo el brazo. Después metió la mano por debajo del vestido de Cherry y comenzó a buscar la cintura de los panties. Ella le ayudó a deslizarlos hacia abajo. Cuando él logró quitárselos por completo, los arrojó hacia atrás y trató de volver a ponerle uno de los zapatos. Como le quedaban

demasiado justos, ella tuvo que incorporarse y ayudarlo, pero no dejaba de reír. Al final, Russ pudo volver a ponerle los zapatos de tacón rojos y le besó de nuevo el tobillo.

—Con estos zapatos, los pies se te ven diminutos.

—¿Y eso te pone? —preguntó ella, que sonreía y fruncía la nariz.

—Todo en ti me pone —contestó, y le besó el otro tobillo. Luego se incorporó y se fue hasta el otro lado de la cama. Sacó los condones del cajón, arrancó uno y dejó caer sobre el edredón la tira de aluminio con el resto.

Cherry lo observó ponerse el preservativo, pero a él no le incomodó que lo hiciera. A ella le gustaba el olor del látex; era como oír el tañido de una campana. Russ desenrolló el condón hacia arriba y se tocó una vez mientras la observaba. De pronto, ambos dejaron de sonreír.

Russ se acercó y se quedó de pie entre sus piernas.

—La primera vez, así —dijo en voz baja—. ¿Estás de acuerdo?

Cherry asintió.

Russ le separó las rodillas y recorrió el camino con sus dedos antes de penetrarla. Cherry arqueó el cuello y miró hacia abajo, por encima de sus mejillas, a donde estaba él.

Russ seguía vestido y de pie. Aún tenía las gafas puestas. Aún se le veía joven, muy joven a pesar de tener treinta y ocho. Russ Sutton siempre sería joven, tenía ese tipo de rostro.

—No has cambiado —dijo él, que parecía estarle leyéndole la mente. Tenía las manos sobre su vestido, la sujetaba de la cadera—. Nunca olvidaré lo hermosa que estabas la noche que nos conocimos —dijo antes de cerrar los ojos—. Tan sexy… que no podía quitarte las manos de encima.

Comenzó a moverse. Ella ajustó la cadera para que le frotara el clítoris con el movimiento. Respiró con fuerza por la nariz.

—Dios mío, Cherry.

—Russ —dijo ella jadeando.

Russ empujó con más fuerza y se inclinó sobre ella al tiempo que le alzaba las piernas cogiéndoselas por los tobillos. Luego la sujetó por las corvas y las dobló para poder penetrarla más hondo. La falda y la enagua eran lo único que los separaba. Los bordes de encaje

comenzaron a hacerle cosquillas en la nariz a Cherry. En esa posición, no podía respirar ni un poco.

Russ la miraba a los ojos.

—¿Te gusta?

—Ajá —gimió ella.

—¿Estás a punto de correrte?

—No puedo…

—Cherry, voy a…

—Bájame la cremallera —dijo Cherry casi asfixiándose.

—¿Qué has dicho?

Cherry trató de incorporarse apoyándose en los hombros. «La cremallera…».

Russ parecía alarmado. Llevó las manos a la espalda de Cherry, por debajo de la chaqueta de punto. No le costó trabajo encontrar la cremallera y, al bajarla, solo se atoró dos veces. La abrió por completo, hasta más allá de la cintura de Cherry, y ella cayó con fuerza sobre la espalda. El vestido se extendió y se abrió de inmediato alrededor de sus hombros y sus pechos. Respiró hondo, con bocanadas intensas. Llevaba puesto un sostén rojo de efecto *push-up*.

—Joder —exclamó Russ, aún dentro de ella.

Revisó el condón y empezó a empujar de nuevo. Ella inhaló hasta el ombligo. Russ estaba corriéndose y ella estaba a punto de hacerlo también. De pronto, el oxígeno le llegó a Cherry a la cabeza.

Cherry miró a Russ mientras tenía el orgasmo, vio cómo le caía el cabello sobre los ojos, cómo se mordía el labio, y le fascinó. Quería comérselo entero.

Cuando el rostro se le relajó, Russ le sonrió. Sujetó el condón con la mano izquierda mientras salía de ella y, en cuanto estuvo fuera, introdujo la mano. Le frotó el clítoris con la palma y luego pasó dos dedos alrededor. A Cherry le daba la impresión de que tenía un repertorio, unos cuantos movimientos que siempre probaba hasta que algo funcionaba. Y a ella le encantaba.

«Así», solía decir en cada ocasión.

—Así —dijo también mientras cerraba los ojos.

Russ comenzó a reír, sonaba feliz.

—Así, así —insistió ella.

—Ajá —dijo Russ—. Así, Cherry, vamos.

Cherry apretó los párpados y hundió los tacones en la cama; había olvidado que tenía los zapatos puestos.

—Así, así, Cherry —dijo Russ cuando ella se corrió.

Estaban recostados en la cama de Russ. Cherry tenía la parte superior del vestido sobre el regazo, pero aún llevaba puestos el sostén, la chaqueta de punto y uno de los zapatos de tacón.

Volvieron a hacer el amor. Era demasiado pronto para que Russ pudiera tener otro orgasmo, pero frotó contra Cherry hasta que ella sintió el clítoris suave e hinchado, hasta que comenzó a apretar los muslos alrededor del antebrazo de él. Hasta que sus orgasmos empezaron a doler.

Russ tenía todavía los dedos en el interior de la vagina de Cherry y continuaba acariciándola suave y perezosamente. Apoyaba la cabeza sobre su hombro y ella jugaba con su pelo. Llevaban un rato callados y Cherry se preguntaba si se habría quedado dormido. Ella, en cambio, tenía demasiada hambre para adormilarse.

Russ suspiró.

—No me puedo creer que, teniendo puesto tu vestido de vaquera, no me hayas montado…

Cherry se rio.

Russ sacó la mano de su vagina y alzó la cabeza para besarla, luego deslizó los labios hasta su hombro y la abrazó de la cintura.

Cherry le acarició el pelo. Se sentía bien. Cansada, hambrienta. Feliz. Muy lejos de sus peores problemas.

Había solo una cuestión… Una pregunta que le raspaba la garganta…

Trató de hacerla pasar, de tragarla.

Porque no era ni productiva ni útil.

Le había incomodado en el fondo de la garganta durante varias semanas, pero hasta ese momento había logrado mantenerla allí. No era una pregunta que tuviera como objetivo «progresar», como decía Meg Jones. (A Meg le gustaba la gente que aceleraba las cosas

y detestaba a la que empantanaba las situaciones. De hecho, todos los ascensos de Cherry hasta entonces habían tenido como origen su habilidad para hacer avanzar las situaciones).

Russ la besó en el hombro.

Ella se aclaró la garganta.

Pero la pregunta empezó a salirle por la boca como animada por ella misma.

—¿Russ?

—¿Mmm?

—Hace tiempo, cuando dijiste… —empezó a decir Cherry enrollando un rizo de él alrededor de su dedo índice—. Me refiero a cuando dijiste…

Russ le besó la parte superior de los senos.

—… que te enamoraste de mi la noche que nos conocimos…

Russ frotó su rostro contra el de ella.

—Es solo que yo… —continuó. El mentón le temblaba, trató de detenerlo—. Bueno, no sé, me hace preguntarme por qué…, por qué no intentaste conquistarme entonces…

Russ tardó en alzar la cabeza y, cuando lo hizo, parecía muy serio.

Cherry apretó los labios. Inclinó la cabeza hacia un lado e hizo una mueca, como si le estuviera pidiendo que no lastimara sus sentimientos. (Aunque, si de verdad hubiera querido protegerlos, no habría mencionado el asunto).

Russ negó con la cabeza.

—Porque era inmaduro —dijo al cabo de unos instantes.

—¿Inmaduro en qué sentido? —preguntó Cherry, tratando todavía de apaciguar el temblor de su mentón.

Russ parecía estar sufriendo.

—Fue hace mucho tiempo, no quisiera hablar al respecto.

—Pero *sí* quieres hablar al respecto —dijo Cherry—. No dejas de hacerlo. En varias ocasiones me has dicho cuánto te gustaba entonces.

—Claro, me gustabas.

—Pero no lo hiciste, Russ —dijo ella con la voz quebrada—, no me pediste que saliera contigo. No me pediste que tuviéramos una

cita. Por el contrario, empezaste a salir con mi mejor amiga.

—Cherry…

—¿Por qué*?* —Por fin había salido. Ahí estaba la pregunta.

—Porque tenía veintitrés años y estaba medio borracho —explicó —, y porque tomé el camino que oponía menos resistencia.

—Yo no me resistí.

—No, lo sé. Yo…

Cherry le sonrió.

—Dilo. Di que no quisiste tratar de ligarte a una chica gorda.

Russ frunció el ceño.

—Eso no es cierto.

Cherry rio con ganas. También estaba llorando.

—Es cierto. Por favor, no me mientas encima de todo lo demás.

—Cherry, ni siquiera estabas gorda.

Cherry alzó las manos a la altura de la cabeza, con las palmas extendidas.

—Vale, deja que me levante.

—Cherry…

Pero ella ya se estaba incorporando. Russ se quitó de encima mientras ella sujetaba el delantero del vestido y se sacaba el zapato de una patada.

—Cherry, por favor —dijo Russ—. No te vayas.

No tenía a dónde ir, no estaba en condiciones de caminar, así que solo se dirigió al baño.

Cerró la puerta y puso el seguro. Abrió el grifo. Se levantó la falda y la enagua, se sentó en el sanitario y orinó.

Dejó caer la cabeza hacia delante y empezaron a temblarle los hombros.

De pronto afloraron todos los sentimientos que había ocultado cada vez que Russ hablaba del pasado. Porque sí, Cherry *tenía* sentimientos, y los escondía cada vez que él recordaba lo hermosa que era y cuánto había deseado tocarla entonces.

No eran halagos, eran heridas. «¿Por qué no me tocaste, Russ? ¿Por qué no me elegiste a mí?», se preguntaba.

¡Pero lo sabía bien! ¡Porque estaba demasiado gorda!

Estaba demasiado gorda para todos los chicos con el físico de Russ Sutton y que se comportaban como él.

La única diferencia fue que Russ, al menos, la *consideró*. Que jugó con la idea en su mente durante algunos minutos. Que jugó con ella.

Cherry se limpió y tiró de la cadena, se lavó las manos y dejó el grifo abierto. Se sentó en el borde de la bañera. Vio un cesto y un montículo de ropa en el suelo. Vio prendas infantiles, un uniforme de fútbol sucio. Comenzó a sollozar.

Se quitó la chaqueta, metió los brazos por los tirantes del vestido y se colocó la parte superior, pero no se molestó en subir la cremallera.

—¿Cherry? —preguntó Russ. Parecía estar justo al otro lado de la puerta—. ¿Te encuentras bien?

Cherry se limpió la nariz con el dorso de la mano y, al ver que la tenía cubierta de mocos, cogió papel higiénico y se sonó.

—Cherry, la noche que nos conocimos…

Ella volvió a sonarse la nariz.

—… me pareció que eras guapísima.

Cherry puso los ojos en blanco y lo ignoró.

—No, espera, vale… —dijo Russ; su voz se oyó más cerca, daba la impresión de que se sentía muy mal—. ¿Sabes qué? No, no fue eso lo que pensé.

Cherry alzó la vista y miró la puerta.

—Porque era joven y estúpido, y pensaba que «guapa» significaba algo muy específico.

La puerta crujió como si se hubiera apoyado en ella.

—En aquel entonces pensaba que tenía que estar con cierto tipo de chica —explicó—, el tipo de chica que todo el mundo aprobaría, una chica que mi hermano mayor y mis amigos considerarían que estaba muy buena…

»Una chica que fuera para mí como un éxito.

»Que sería como una medalla que podría llevar todo el tiempo.

Cherry sintió el calor de las nuevas lágrimas que le corrieron por las mejillas.

Russ resolló.

—Cuando estaba en el instituto, mi hermano me dijo que, si de todas formas me iba a enamorar, lo mejor sería que fuera de una chica que estuviera buena. Y yo creía que eso era *sabiduría*. Para colmo, les dije a mis amigos lo mismo, ¡como si fuera una idea original mía!

Tal vez Cherry no habría querido que Russ fuera tan franco; le estaban entrando ganas de vomitar.

Pero él continuó.

—Todas las chicas con las que salí en el instituto y en la universidad se parecían entre sí. No eran como tú y, por lo tanto, no supe qué hacer cuando te vi. Me gustabas. Me gustaba verte. Solía observarte en clase y, un día, apareciste en el Galway y yo estaba medio borracho y…

»No lo sé, Cherry, me gustabas mucho. Luego empezamos a hablar y las cosas empeoraron. Lo único que importaba en ese momento era acercarnos, hubo una chispa entre nosotros, ¿sabes?

Cherry se apretó los párpados con la palma de las manos.

—Pero entonces, no lo sé, apareció Stacia y empezó a coquetear conmigo. Y, al mismo tiempo, tú… te estabas haciendo la difícil. Estoy recordándolo bien, ¿no? Además, todos mis amigos estaban allí, babeando por ella. Creo que ni llevaba sostén, nunca lo usaba…

»Y yo no estaba decidiendo nada en realidad, Cherry. Solo estaba bebiendo y ella estaba allí. Y tú desapareciste, ¿no? Creo. Y…

Algo duro chocó contra la puerta del baño y Cherry se sobresaltó.

—Y estabas llenita —dijo Russ, sonando abatido.

Algo volvió a chocar contra la puerta.

—Sabía que mis amigos se burlarían de mí si trababa de conquistarte.

Cherry sollozó en silencio, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Y todo, a pesar de que las novias de ellos ni siquiera estaban tan buenas! La de Corey empezó a hincharse en cuanto se casaron.

»Pero bueno, ese no es el asunto. Yo solo, eh…

»Cometí un error, Cherry, y ese error me hizo sentir mal todo el tiempo que estuve con Stacia…, cada vez que salíamos los tres juntos. No fui un buen novio. Si me hubieras dado el menor indicio de posibilidad, si me hubieras alentado un poco, me habría lanzado

de lleno contigo. Estaba loco por ti… —dijo, y su voz empezó a apagarse.

Algo golpeó con suavidad la puerta.

Cherry esperó.

—Cometí un error —confesó Russ—. Y seguí cometiéndolos. Me casé con la persona equivocada y, en parte, en muy buena parte, lo hice porque me parecía que nos veíamos bien juntos. Es decir, yo lo veía así… Veía imágenes perfectas de nosotros en mi mente… —Su voz sonaba tensa—. Hago cosas porque se supone que debo hacerlas, pero no me enorgullezco de ello. No es algo que me haya hecho feliz. Ya no quiero ser esa persona. Tampoco quiero que mi hijo sea ese tipo de persona.

Cherry se sonó la nariz con fuerza.

—¿Cherry?

Ella no respondió.

Russ permaneció en silencio un momento.

—Cuando te vi en el concierto de Goldenrod, sentí lo mismo que siempre, que necesitaba estar cerca de ti. Cherry, eres tan hermosa, ¡y ahora lo comprendo! Ahora sé cómo llamarlo.

»No eres para nada como las otras chicas con las que he salido, pero, al mismo tiempo, ninguna de ellas era adecuada para mí. Ninguna de ellas me ha hecho sentir como me siento contigo.

»¿Me perdonas, por favor?

»Por favor, dame otra oportunidad.

»Funcionamos muy bien como pareja. Tú eres increíble.

Russ volvió a golpear la puerta del baño con la cabeza.

—Además, eres la mujer más sexy sobre la tierra —dijo en voz aún más baja.

Cherry se limpió la nariz.

Se puso de pie, cerró el grifo del lavabo y tiró el papel higiénico arrugado en el cesto.

Abrió la puerta del baño.

Russ dio un salto hacia atrás, estaba apoyándose en ella. Parecía que hubiera estado llorando.

—Todo parece indicar que tu hermano es un imbécil —dijo Cherry.

—Es un imbécil —dijo Russ—. Pero también es mi mejor amigo.

Cherry alzó la vista y lo miró a los ojos.

—Lo sabía —dijo ella, comenzando a llorar de nuevo—. Esa noche, en el Galway… Lo sabía.

Russ hizo un gesto de dolor, pero le sostuvo la mirada.

—Lo siento mucho.

—No voy a bajar de peso nunca, Russ.

—Eso no es un problema.

—Es más, es probable que suba de peso porque el último año he estado demasiado deprimida para comer, pero ahora ya no lo estoy. Porque tú me haces sentir viva de nuevo y la gente viva come.

—¿Eso quiere decir que te hago feliz? —preguntó Russ, que sonreía con timidez.

—Esta noche no.

Su sonrisa desapareció. Asintió con la cabeza.

Cherry se cruzó de brazos.

—Solo necesito que sepas que siempre estaré gorda.

—Cherry, no estás…

—Ni siquiera lo digas, porque te juro por Dios que…

—De acuerdo, lo siento.

—Cuando dices que no estoy gorda, lo que quieres decir es que no soy fea, pero eso ya lo sé.

Russ se mantuvo en silencio, solo asintió.

—Además, tal vez quiera tener un hijo —dijo—. Algún día. Y es necesario que lo sepas, debes tenerlo en cuenta. Porque eso me hará engordar aún más.

Russ asintió. Le brillaban los ojos.

—Es solo que tengo demasiados problemas con mi peso y no quiero empeorar las cosas —explicó Cherry—. Estoy yendo a terapia. Para tu información.

—Yo también estoy en terapia —dijo Russ—. Para tu información.

Cherry asintió.

Russ carraspeó.

—Yo… creo que debería decirte que Liam tiene TDAH y algunas… dificultades para aprender. Desde que me divorcié de su madre las cosas han sido muy difíciles para él.

Cherry inclinó la cabeza con empatía. Hacia Liam.

—Y no quiero irme nunca de Nebraska —agregó Russ—. Algún día… me gustaría ser gobernador.

Cherry se rio.

—De acuerdo.

—Estás advertida.

—Me doy por enterada.

—Y también tengo entradas en el pelo.

—No, no es cierto —dijo Cherry en voz baja.

—Sí, las tengo —dijo Russ al tiempo que se quitaba el cabello de la frente—. Se me están formando entradas en las esquinas.

Cherry se acercó a mirar.

—A mí me parece que estás igual que siempre.

Russ dejó caer el pelo.

—Es algo gradual.

Cherry le sacudió el cabello de la frente.

—Eres muy vanidoso.

—Lo sé —dijo él asintiendo.

Cherry le acarició el pelo.

—¿Y qué hay de esa chica perfecta para las imágenes perfectas que tenías en mente? La que aparecerá en tus anuncios de campaña…

—¿Bromeas? —dijo, y le acarició la mejilla—. Tú y yo nos vemos fantásticos juntos.

24

El lunes por la noche, cuando Cherry empezaba a subir las escaleras del porche delantero, Tom salía por la puerta con Stevie.

—Ah —dijo Cherry y les sonrió—. Hola, no he visto el coche de tu padre.

—He venido en bici —dijo Tom, mirando hacia el garaje—. La encontré la semana pasada mientras limpiaba.

—Ah, claro —dijo Cherry—. Qué bien.

—Solo vamos a dar un paseo.

—Hace muy buena noche —dijo Cherry mirando alrededor.

—¿Quieres venir con nosotros?

—Eh… —dijo, y miró hacia abajo. Vio sus pantalones holgados y las bailarinas que se había puesto ese día—. Claro, llevo sentada todo el día en mi escritorio. —Stevie la olfateaba y trataba de atraer su atención. Cherry la acarició y agregó—: Me has despojado de mi única fuente de ejercicio.

Tom chasqueó la lengua mirando a Stevie, que caminó detrás de él por la acera.

—¿No vas a las clases de yoga del centro de salud?

—Nah —exclamó Cherry. Andaba junto a Tom, al lado contrario de Stevie—. La nueva profesora me pone de nervios. En cuanto nos sentamos, nos hace ponernos de pie y, además, usa esa ropa deportiva tipo Kim Kardashian que no es más que ropa interior de colores neutros.

—También encontré tu bicicleta en el garaje, por si la quieres. La saqué y le inflé las ruedas.

—Gracias —dijo Cherry—. La voy a usar.

La última vez que habían salido a pasear juntos en bicicleta, Cherry había acabado tirada en la hierba, diciendo que se sentía

como si le hubieran «golpeado la entrepierna con un martillo neumático», y Tom tuvo que llevar caminando las dos bicicletas de vuelta al coche.

—¿Y cómo va el garaje? —preguntó ella.

—Bien. La semana pasada llevé un montón de cosas a beneficencia y separé unos altavoces para Henry. Les puse un pósit —dijo. Henry era sobrino de Cherry.

—Avisaré a Hope —dijo, y se detuvieron para dejar que Stevie olfateara unos arbustos—. Hoy habéis salido a pasear bastante tarde.

Tom tiró de la correa de Stevie para alejarla de un charco de barro.

—Este es nuestro segundo paseo —confesó Tom.

—Qué afortunada, Stevie.

—Los paseos son más para mí que para ella. Me aclaran la mente.

Cherry alzó la vista hacia él y se dio cuenta de que en *ese* momento, es decir, en ese preciso momento, en ese segundo, no se sentía enfadada con él. Era la primera vez en, quizá, dos años. Se sentía ligera. Esperanzada. Definitivamente ya no se veía perdida.

—¿Y cómo está tu mente?

Tom arqueó una ceja, como si la pregunta lo sorprendiera. Era normal. Había pasado por lo menos un año desde la última vez que Cherry le había preguntado cómo se sentía, en lugar de cualquier variante de: «¿En qué demonios estás pensando?».

—Mi mente está bien —contestó.

Cherry sonrió un poco. Con sinceridad.

—Bien.

El martes, Cherry fue a casa de Russ después del trabajo y prepararon la cena juntos. Ensalada Cobb. Luego hicieron el amor. Dos veces.

El miércoles, cuando llegó a casa, encontró abierta la puerta del garaje, por lo que caminó por el acceso de coches para asomarse.

Tom había despejado la mitad del lugar y estaba trabajando en un rincón. Había repisas nuevas y Stevie dormía a sus pies.

—¡Hola! —dijo ella.

Stevie alzó la cabeza. Tom también, lo había asustado un poco.

—Hola.

—El garaje tiene una pinta estupenda —dijo. Llevaba años repleto de cachivaches. Con tantas cosas nunca había quedado espacio para los coches.

—Gracias.

Stevie corrió hasta Cherry y comenzó a frotarle el hocico en los pantalones de vestir. Tom chasqueó la lengua.

—Oye, Stevie, abajo. Estás estropeándole a Cherry esos pantalones tan elegantes.

—Estoy acostumbrada —dijo mientras le daba palmadas en el costado a Stevie, que ya se había vuelto hacia Tom.

—Llevas tacones —dijo Tom con cara de curiosidad.

—Sí, hoy tenía ganas de sentirme alta.

—Pero ¿no te duele la espalda con tacones?

—Si estoy sentada, no. ¿Son esas las nuevas repisas?

Tom las miró.

—Ajá. He organizado los útiles de jardinería. Así te será más fácil encontrar las cosas.

—Oh, me había olvidado de esto… —dijo Cherry, señalando un enorme jarrón de cerámica azul y blanco que habían comprado en un mercadillo de garaje.

—Nunca se nos ocurrió dónde ponerlo —dijo Tom.

—Bueno, es que es muy grande…

—Pero es muy bonito… —agregó Tom.

—Sí.

Tom la miró.

—Estás de buen humor esta semana —dijo.

Cherry se rio y negó con la cabeza.

—¿Lo estoy?

—Sí.

—Pues… supongo que las cosas van como quiero.
—Me alegro —dijo Tom.
—Gracias.

Dado que ese fin de semana a Liam le tocaría pasar tiempo con su padre, Cherry y Russ estuvieron una noche extra juntos el jueves, a pesar de que él tenía que resolver un problema complicado para el alcalde. Estuvo horas al teléfono mientras Cherry esperaba en el sofá, tratando de leer un libro en el móvil, pero terminó escribiendo correos electrónicos del trabajo y deslizando la pantalla en Instagram y Pinterest.

Cuando Russ por fin terminó, se acercó a Cherry arrodillado para ofrecerle disculpas y ella se rio. Le dijo que no quería ofenderlo, pero que la siguiente vez llevaría consigo su labor de bordado.

Entonces Russ se arrastró entre sus rodillas y por debajo de su falda.

El viernes, cuando Cherry volvió a casa por la noche, no estaban ni Tom ni Stevie. Supuso que habrían ido a pasear.

Se quitó los zapatos y notó que el jarrón de cerámica blanca y azul estaba en un rincón del vestíbulo. Tenía dentro un enorme arreglo de flores y hierba secas, provenientes tal vez del jardín. Cortadera, hortensias, una rama con frutos rojos… A Tom siempre se le habían dado bien los arreglos de flores. (Tom era capaz de hacer que cualquier cosa tuviera buen aspecto). Era un arreglo asombroso.

Cherry se daba cuenta de que se suponía que la misión de Tom era sacar cosas de la casa, no meter cosas en ella. Sin embargo, dio por sentado que el arreglo de flores era lo que suponía, una ofrenda de paz.

Le envió un mensaje de texto: «Muy bonitas las flores».

Él contestó con un emoji de sonrisa.

«¿Acabáis de salir a pasear o ya venís de vuelta?».

«Estamos en el parque».

«Si pido comida india —preguntó—, ¿podrías pasar a recogerla?».

«Claro».

«¿Quieres que te pida algo? ¿Cordero vindaloo?».

Tom no contestó de inmediato, pero Cherry de todas formas hizo el pedido: naan, samosas y una sopa mulligatawny. Tenía hambre. Dejó el móvil por ahí y se fue al comedor para hacer espacio… Pensó que tal vez el fin de semana podría avanzar con la casa mientras Russ estaba con su hijo. Quizá no hacía falta que fuera tan *rigurosa* respecto a todo. Tal vez Stacia tenía razón; podría empezar a meter todo en cajas y encargarse de ellas más adelante, cuando encontrara un apartamento, cuando los recuerdos no hicieran tanto daño.

Ya no sentía tan punzantes las piezas en movimiento de su vida, y sabía que todo se debía a Russ. El hecho de no poder superar a un hombre hasta no conseguir otro la hacía sentir bastante primitiva como persona. Se daba cuenta de que, tras la separación, no había surgido una versión confiada y entera de ella misma que luego hubiera entablado una relación con Russ. De hecho, no había florecido hasta que Russ le prestó atención. Le parecía patético…

…pero, al menos, estaba funcionando.

Cherry se centró en algunos recuerdos de vacaciones, como bolas de nieve, salpimenteros y figuritas, que habían permanecido sobre la mesa varias semanas porque ni ella ni Tom podían decidir qué hacer con ellos. Quitó todas las notas de pósit y guardó aquellas fruslerías en una caja. Más adelante las envolvería en plástico de burbujas.

Revisó el móvil y vio la hora. Tom ya le había respondido. «No, gracias». Se encogió de hombros y pensó que igual podría llevarse el cordero vindaloo a su casa.

Como estaba avanzando bastante con la mesa del comedor, no se detuvo. Había una vajilla completa que habían comprado en un mercadillo de vaciado de casas y que tenía alrededor del borde un diseño verde lima con capullos de rosas rojas. Eran unos platos muy bonitos. Decidió conservarlos y usarlos. Los llevó a la cocina y los guardó en un armario que Tom había vaciado.

Cuando salió de la cocina con un trapo húmedo en las manos, vio a Stevie. Tom había entrado sin tocar el timbre ni la puerta.

—Hola —dijo Cherry—. No recibí tu mensaje a tiempo, pero puedes llevarte la comida si quieres.

—Vaya —dijo Tom—. Gracias —agregó mientras le quitaba el collar a Stevie con una mano.

Cherry empezó a limpiar la mesa.

Tom entró en el comedor con la bolsa de comida.

—¿Has decidido hacer limpieza a fondo y regalarlo todo?

—No, al contrario, lo conservaré todo —dijo, y se volvió hacia él —. A menos que… quieras quedarte con algo.

Tom parecía sorprendido.

—No —dijo apoyando la bolsa de comida sobre la mesa sin soltarla—. ¿Vas a conservar las bolas de nieve?

—Por el momento, sí. Ya veré cómo me siento cuando las desempaquete.

—Después de mudarte.

—Sí, supongo —dijo, y se sintió bien al volver a ver la superficie de la mesa. Se sentía *bien* en general. Se volvió hacia Tom—. ¿Estás seguro de que no quieres comer antes de irte? La comida todavía está caliente.

Tom pareció evaluar la situación, lo cual hizo reír a Cherry. Siempre estaba evaluando, procesando. Cuando se acabaran de divorciar, seguro que seguiría tratando de encontrarle sentido a su boda.

—¿Sí? —preguntó Cherry, al tiempo que le quitaba la bolsa de las manos.

Tom asintió.

—Sí, vale.

—Trae los platos y los tenedores.

Cherry abrió los contenedores de plástico con la carne y el arroz. Dispuso el naan y quitó la tapa a las salsas raita y de mango con menta. Oyó a Tom lavarse las manos.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó él desde la cocina.

—Una Coca-Cola Zero.

—Pero ya es un poco tarde… —Sabía que a Cherry la cafeína le quitaba el sueño.

—Es viernes por la noche.

—El momento perfecto para volverse locos —dijo Tom al entrar en el comedor con los platos y una lata de soda. Se detuvo en cuanto vio la comida—. Qué buena pinta. Llevo siglos sin probar la comida india.

Tal vez desde la última vez que la habían pedido a domicilio estando juntos.

—Siéntate —dijo Cherry.

Tom le pasó un plato vacío y se sentaron en dos lugares de la mesa contiguos, del lado opuesto a donde solían sentarse.

—Hablando del fin de semana… —dijo Tom—. Mañana me voy a Los Ángeles.

—¿Ah, sí? —dijo Cherry mientras se servía una porción de pollo saag.

Tom puso un poco de su cordero en el plato de Cherry.

—Sí, voy solo unos días.

—¿Algo relacionado con la película?

—Ajá —dijo con aire adusto y se sirvió arroz.

—No suenas emocionado.

Tom arqueó las cejas como si el comentario de Cherry se quedara corto.

—Los medios —dijo.

—¿Cómo? ¿Te refieres a entrevistas?

Tom asintió, no parecía querer hablar del tema. Cherry arrancó un trozo de naan y le dio el resto. (Tom no tenía exceso de glucosa en sangre). Tom cogió una samosa y le puso la otra a ella en el plato.

—¿No hay problema si el contenedor de basura se queda aquí mientras yo no esté?

—No, no hay problema.

—Vendrán a vaciarlo, pero pagué todo el mes.

—Vale —dijo Cherry mientras comía.

Tom comió un poco y se cubrió la boca.

—Esto está delicioso.

—Estoy segura de que en Los Ángeles tienen restaurantes de comida india excelentes —dijo Cherry.

Tom arqueó las cejas de nuevo, como si, otra vez, hubiera más que decir. Sin embargo, no quiso ser él quien lo hiciera.

—Cuéntame qué está pasando en el trabajo —dijo.

—¿A qué te refieres?

—La otra noche dijiste que las cosas iban como querías.

—Oh… —Cuando dijo aquello, no estaba refiriéndose al trabajo —. Ah, sí, las cosas van bien. Estamos, eeh…, preparándonos para la gran reapertura del Museo del Ferrocarril. Por fin —explicó. Era un proyecto monumental. Tom había trabajado en él en las primeras etapas, antes de dejar el puesto. Había diseñado todos los letreros y, claro, eran fantásticos.

—Ay, vaya, por fin.

—Ya conoces a Meg. Todo tenía que ser perfecto.

—No echo de menos a Meg Jones —dijo Tom.

Cherry se rio.

—Eso no significa gran cosa. No echas de menos a nadie de la empresa.

Tom nunca había encajado realmente en la agencia de publicidad. Era demasiado independiente, demasiado introvertido, demasiado talentoso. Cuando dejó el puesto, odiaba tanto su empleo que hasta en sus mejores relaciones de trabajo había tensiones. *Jueves* se convirtió en un éxito justo a tiempo. A Cherry le había preocupado que un día simplemente se marchara de la oficina para no volver. O que lo despidieran.

—Eso no es verdad. —Miraba su comida sonriendo.

—Ahora Matt presume de ti con los nuevos clientes —dijo Cherry. Matt era el antiguo jefe de Tom.

—¿Que *presume* de mí?

—Oh, sí: «Este logo lo diseñó el creador de *Jueves*. ¿Conoces *Jueves*? Están filmando la película».

—Matt sí que es un personaje de *Jueves* —dijo con aire incrédulo —. Es Jake Mierdapájaro.

—Yo lo sé —dijo Cherry, riendo de nuevo—. Pero no creo que él lo sepa.

—Te lo juro, la gente no se reconoce a sí misma en el cómic porque en realidad no se ve. Podría clavar una caricatura de Matt que le citase textualmente y, aun así, él seguiría creyendo que el personaje está inspirado en otro imbécil.

—Dudo que Matt haya leído *Jueves*…

—Yo me atrevería a decir que no sabe leer —dijo Tom—, de no ser porque, en varias ocasiones, lo he visto leerles en voz alta a varias personas el perfil que publicaron de él en la revista *Communication Arts*.

Cherry se rio tanto que estuvo a punto de salírsele la comida por la nariz, tenía la boca llena de saag. Ella se llevaba bien con Matt y, desde que Tom no trabajaba en la agencia, la relación era incluso mejor. Tras su último ascenso, Cherry había comenzado a gestionar la relación entre el ferrocarril y la agencia de publicidad. En ambos lados, la gente era muy consciente de que su marido era la persona más valiosa y la más difícil del equipo. El trabajo de ella se había simplificado muchísimo desde que él se había ido, aunque, por otra parte, las tareas se habían visto afectadas.

—Tengo fotografías del museo —dijo ella—. ¿Quieres verlas?

—Ajá —respondió Tom, interesado en la proposición de Cherry y limpiándose la boca con una servilleta de tela que había sacado del fondo de algún cajón, como era su costumbre.

Cherry sacó el móvil y buscó las fotos. Cuando las encontró, le pasó el aparato.

—Desliza hacia la derecha.

Tom miró unas cuantas fotografías.

—Tiene buena pinta —dijo.

—Gracias.

—¿Quién hizo la impresión?

—Garza.

—Está genial —dijo y se detuvo en una imagen, que agrandó con la punta de los dedos—. Creo que este rojo no es el correcto.

—¿Dónde?

Tom le devolvió el teléfono. Había agrandado la imagen del logotipo de la Western Alliance en uno de los letreros. La compañía tenía su propio tono de rojo, incluso estaba registrado como parte

de la marca. Siempre que necesitaban imprimir algo a cuatro tintas, la impresora tenía que mezclar un rojo adicional solo para crear el tono exacto.

Cherry pasó de una fotografía a otra.

—Mierda, tienes razón. No puedo creer que no me haya dado cuenta.

—Revisa la orden de compra —dijo—. Estoy seguro de que ha sido un error de impresión. Pídeles que te impriman el letrero de nuevo.

—De verdad, no me puedo creer que no me haya dado cuenta.

—Nadie lo notará.

—*Tú* lo has notado —dijo Cherry.

—La única persona que lo iba a notar lo notó, pero no le importa.

Cherry suspiró.

—No te lo tendría que haber dicho —dijo Tom—. La exposición es genial.

—Gracias —dijo Cherry—. ¡Qué vista tan aguda tienes, maldita sea!

—Si me hubieras enviado las pruebas, les habría echado un vistazo.

Cherry arqueó las cejas como si tuviera algo que decir, pero no pensaba hacerlo.

—Vale —dijo Tom—, pero de verdad que habrías podido enviarme cosas si hubieras querido. Recuerda que estoy desempleado, no tengo nada que hacer realmente.

Cherry volvió a arquear las cejas y rio con ganas.

—Sí, pero estás igual de desempleado que Barack Obama, ¡más bien no tienes que trabajar!

—Tú tampoco —dijo Tom en voz baja.

Cherry también suavizó su tono.

—Me gusta trabajar.

—Lo sé.

Ella dejó el móvil sobre la mesa y utilizó un trozo de naan para coger un poco de pollo.

—Has dicho que te vuelves a Los Ángeles para hacer entrevistas. ¿Será pronto el estreno de la película?

—Faltan un par de meses… Creo que lo que quieren es que esté allí todo el tiempo atendiendo a la prensa. Para que a la gente no se le olvide el proyecto.

—Quieren que lo hagas porque se te da bien —dijo Cherry, y Tom hizo una mueca.

—No se me da bien. Soy torpe y malhumorado.

—Y resulta encantador. Tienes el potencial de convertirte en meme.

—Siempre me resulta muy estresante —confesó Tom, sonrojado —. No tengo nada nuevo que decir del cómic y tampoco hay nada que quiera decir de la película.

—¿Ya la has visto?

—Solo algunas partes.

—¿Y es tan mala?

Tom se encogió de hombros, parecía muy infeliz.

—No lo sé, no sabría decirte. Cuando la veo, solo puedo pensar en lo infernal que fue el proceso… En cuántas veces tuve que reescribir una escena, en todas las reuniones en las que tuve que participar a pesar de que no quería hacer nada de eso. Lo que yo quería era cero reuniones, cero videoconferencias por Zoom, cero llamadas para hablar con los productores mientras pasaban por el control de seguridad en el aeropuerto de Salt Lake City.

—Eso es muy específico —señaló Cherry.

Tom volvió a reír haciendo una mueca. Clavó el tenedor en el arroz y las puntas chocaron con el plato.

—Las conversaciones que he tenido… —dijo meneando la cabeza —. Tal vez algún día sean graciosas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cherry, y él alzó la vista.

—Querían ponerle un nombre a El Tipo porque dijeron que, de lo contrario, el público se confundiría.

—El público ya conoce a El Tipo. Es el personaje principal de una serie de cómics increíblemente popular.

—Supongo que una serie de cómics popular no es nada en comparación con el público de una película. Nadie lee.

—¿Y qué hiciste? ¿Le pusiste nombre?

Tom echó la cabeza hacia atrás.

—Maldita sea, claro que no. Ah, y además querían que quitara todas las partes del texto en que hubiera tacos.

—Pero hay muchísimos tacos.

—Lo sé. Incluso querían que Jack Mierdapájaro se llamara Jack Mendrugo.

Cherry se rio.

—Y también querían añadir un montón de personajes…

—Pero si ya hay demasiados personajes.

—Según ellos, a nadie le gustan.

—La gente adora los cómics.

—Aquí también se aplica el comentario anterior —dijo Tom—. Ah, y, por Dios, lo peor fue con Baby.

—¿Baby? —preguntó Cherry con la sonrisa congelada.

—Lo sé, Cherry, lo siento… —contestó Tom haciendo una mueca. Parecía devastado.

Cherry no quería oír nada de lo que estaba a punto de decir Tom.

—Oí que… —dijo Cherry con voz trémula—, oí que despidieron a la primera actriz por usar semaglutida para bajar de peso.

—Las reuniones… —continuó Tom—. Las conversaciones tortuosas… —agregó al tiempo que inclinaba la cabeza y fingía ajustarse un par de gafas inexistentes—: «¿La seguirán viendo… pechugona? Es decir, ¿según la idea estadounidense de pechugona? ¿Podríamos lograr el efecto necesario con los ángulos de la cámara, como en *El señor de los anillos*? Sus… atributos… ¿son esenciales para que comprendamos al personaje? O sea, ¿de verdad son fundamentales?».

Cherry comenzó a reír de nuevo y Tom dejó de imitar a los productores.

—Uno dijo que no podíamos contratar a una actriz blanca porque, de hacerlo, el trasero del personaje sería considerado apropiación cultural.

—¡Claro que es apropiación! ¡Te lo apropiaste de *mí*! Debería cobrarte derechos.

—La última vez que revisé las cifras, ya estabas recibiendo el cincuenta por ciento.

Cherry rio con ganas y, de pronto, recordó algo.

—Ay, por Dios, ¡Tom! —exclamó al tiempo que dejaba el tenedor sobre la mesa—. ¿Sabes quién está tomando Ozempic?

—¿Toda la gente que gana más de cien mil dólares al año?

—Hope.

—¿Hope? ¿Tu hermana?

—¡Sí! Ha sido todo un drama. Honny y Joy la han estado excluyendo y rechazando como si fuera una traidora a la causa.

—¿Y cómo se lo está tomando ella?

—No lo sé —respondió Cherry—. Ahora está delgada, por lo que supongo que las cosas le están funcionando, ¿no? Parece otra persona.

—Su seguro médico debe de tener una cobertura excelente.

—Es probable que Dan tenga una buena póliza.

Tom asintió.

—Gracias al sindicato de bomberos.

—Creo que, en el fondo, Joy está celosa. Honny, por su parte, se siente juzgada.

—Comprendo —dijo Tom.

—¡Yo también! Si a Hope no le gusta su aspecto, significa que no le gusta el de las demás. Pero ¡siempre parecía tan segura de sí misma! Era nuestra inspiración y modelo de lo que significaba ser gordas, guapas y felices.

La sonrisa de Tom se suavizó. De pronto bajó la vista y miró su comida.

Cherry también agachó la cabeza.

—En fin —suspiró—. Al menos estarás emocionado por el estreno. Será todo un acontecimiento.

—No asistiré.

—¡Cómo! —dijo Cherry, alzando la cabeza de golpe—. ¡Tienes que ir!

Tom agachó la cabeza y la miró de reojo.

—El contrato no me obliga a asistir al estreno. Ya lo he revisado.

—Tom…

—Solo quiero que esto termine para poder recuperar mi vida. O recuperar una vida. Sea la que vaya a ser mi vida ahora, no quiero que forme parte de toda esta mierda hollywoodiense.

—Entonces tal vez no deberías irte a vivir a Los Ángeles —señaló Cherry.

Tom se rio, derrotado.

—Quizá no debería. No lo sé… —dijo encogiéndose de hombros —. Pero me gusta el clima y el mar. También hay buenas tiendas de cómics. Además, está muy muy lejos de mi padre.

En algún momento, Tom y Cherry habían hablado sobre la posibilidad de irse a vivir a la costa oeste, antes de que a ella la ascendieran en el trabajo.

Cherry comió un poco más de saag. Comenzaba a enfriarse, pero aún sabía bien.

—Creo que deberías asistir al estreno, Tom —dijo—. Es el tipo de cosa que solo sucede una vez en la vida. Incluso aunque todo parezca una pesadilla.

—Puf… —resopló Tom. Se había puesto a comer otra vez—. Ni siquiera sé con quién podría ir. —A Cherry se le atascó el saag en la garganta—. Eeh… Mejor no, gracias —dijo negando con la cabeza.

Cherry se limpió las manos con una servilleta y empezó a guardar los restos de comida. Tom pareció comprender el mensaje, por lo que se puso de pie y juntó los platos sucios. Llevaron todo a la cocina. El lavavajillas estaba lleno de platos y cubiertos limpios. Tom comenzó a sacarlos y Cherry le ayudó.

Tom abrió un armario y vio la vajilla.

—Oh —exclamó—, me alegro de que vayas a conservarla.

—Los platos son muy bonitos —dijo ella—. Los conseguimos en un mercadillo en una casa, ¿verdad?

—Claro, ¿no la recuerdas? ¡La del tipo de las pecas y los hoyuelos!

Cherry se rio.

—¿Ahí fue donde compramos esta vajilla? —Un señor mayor dirigía la venta y les hizo un descuento del setenta y cinco por ciento solo porque le gustó la cara de Cherry.

—«¿Pecas y hoyuelos? —citó Tom al viejo, mientras sonreía a Cherry—. ¡Eso ni siquiera debería ser legal!».

Era una frase que Tom estuvo repitiéndole a Cherry durante años después de la venta, pero ella casi había olvidado dónde se había

originado la broma. Recordarlo la hizo sonreír de oreja a oreja.

Tom la miró a los ojos y de pronto inclinó la cabeza…

Para besarla.

Y Cherry, tan acostumbrada a su boca, a su mano en su mentón, correspondió al beso.

Por un segundo.

Quizá por un minuto.

¿O tal vez más?

Luego se alejó cubriéndose la boca.

—Tom, yo… —dijo negando con la cabeza, una disculpa congelada en el rostro—. Estoy saliendo con alguien.

Tom se puso de pie y se alejó.

—Oh —exclamó. Dio un paso atrás y estuvo a punto de caer sobre el lavavajillas—. Lo siento. Lo siento mucho. No tenía que haber…

—Tom…

Tom alzó la mano y cerró los ojos.

—Por favor, Cherry… Me voy a ir —dijo, y pasó con dificultad entre ella y el lavavajillas para salir de la cocina. Cherry no intentó detenerlo.

25

Tom le mencionó a Cherry *Jueves* la misma noche en que se conocieron.

Estaban hablando sobre lo que les gustaba hacer cuando no trabajaban y Tom dijo que él tenía un webcómic, pero Cherry no sabía con exactitud qué era eso.

Al cabo de un tiempo, cuando empezaron a salir, Tom volvió a mencionar el webcómic, pero le dio más detalles.

—Es una tontería de tira cómica que escribo y luego publico online.

Cherry le preguntó si podría leerla y, por la cara que puso él, se dio cuenta de que había sido como si le hubiera pedido permiso para leer su diario.

—Nadie la lee —argumentó Tom.

—Y, si alguien quisiera leerla, ¿cómo podría buscarla?

—No, nadie la buscaría. Nadie lee webcómics, excepto otras personas que escriben webcómics. E incluso esas personas…

—Yo quiero leerla.

—Créeme, no te va a gustar.

La respuesta de Tom le hizo pensar que, en realidad, lo que le estaba diciendo era que él no quería que la leyera.

Por eso no buscó *Jueves* en internet, solo supuso que algún día la vería… Mientras tanto, estaban enamorándose.

Tom pasaba casi todas las noches en el apartamento de Cherry. Iba a verla después de haberle preparado la cena a su padre y, a veces, le llevaba cena a ella también.

Salían a pasear, veían la televisión. Los fines de semana se despertaban temprano e iban a mercadillos de vaciado de casas. En

una encontraron un sofá viejo por seiscientos cincuenta dólares y Tom pagó la mitad.

Hablaban mucho sobre el trabajo porque, aunque no trabajaban juntos, sí lo hacían con muchas personas en común. Cherry hacía imitaciones divertidas de todos los jefes. Era lo único que hacía reír a Tom a carcajadas.

Dormían en la habitación de Cherry, en el colchón que tenía en el suelo, y pronto empezaron a tener un sexo ansioso y torpe. Ella estaba casi segura de que Tom nunca se había acostado con nadie, pero no se sentía con confianza suficiente para preguntárselo de forma directa. No quería avergonzarlo o asustarlo y que volviera a replegarse en su caparazón. Le gustaba mucho. Demasiado, quizá.

Tom era muy inteligente.

Muy divertido.

Era un artista nato, un buen pensador. Ella se dio cuenta de inmediato de que había participado en las mejores creaciones publicitarias recientes del ferrocarril.

A Tom le gustaba resolver problemas y reparar cosas. Cuando el radiador del automóvil de Cherry empezó a gotear, compró un manual de reparación en eBay y, después de algunos intentos, logró hacerle un apaño.

Era *tan* guapo…

Aunque no estaba segura de que otras personas opinaran lo mismo. Tom era corpulento y tenía el cabello demasiado corto, su cabeza era como un gran ladrillo.

Cherry tenía la esperanza de que nadie pudiera verlo de la forma que ella lo hacía porque, si otras mujeres se dieran cuenta de lo sexy que era, no podría retenerlo. Tom era todo hombros, todo muslos: un minotauro. A ella le gustaba comparar su mano con la de él para ver lo pequeña que era. Siempre estaba restregando su cuerpo contra el de él como hacen los gatos, solo para ver lo sólido era. Solo para captar su atención.

Y cuando la captaba, él la empezaba a besar sin importar dónde se encontraran ni qué estuvieran haciendo. Era como si tratara de compensar aquel primer beso fallido. Y cuanto más la besaba, más insaciable se volvía ella.

La hacía actuar con imprudencia. Un día, después de solo un par de semanas juntos, le dijo que lo quería. Cherry era como un vaso debajo de un grifo, decía «Te amo» en cuanto se sentía llena y continuaba diciéndolo mientras sus sentimientos se derramaban por todos lados.

La primera vez, Tom pareció asustarse, y la segunda, preocuparse. Pero luego empezó a besarla con ternura cada vez que se lo decía, lo cual era un fuerte incentivo para que ella continuara haciéndolo.

Las hermanas de Cherry sabían que estaba saliendo con alguien, pero a ella la idea de llevar a Tom a un evento familiar la ponía nerviosa. Sus hermanas eran demasiado, su madre también. Le daba miedo que, si Tom la veía en ese contexto, se diera cuenta de que ella también… era demasiado.

En la cena de Pascua, cuando sus hermanas se pusieron a fastidiarla con que querían conocer a su novio, buscó a Tom en Google en el ordenador de Honny y trató de encontrar una fotografía para enseñarles cómo era. (Ella no tenía ninguna porque, cada vez que trataba de sacarle una, él se cubría el rostro). Tom no estaba en Facebook, pero tenía un apellido peculiar: Valentine.

Encontró una fotografía en el sitio de internet de la agencia de publicidad.

—Parece joven —exclamó Honny.

—Tiene veinticuatro —aclaró Cherry.

—Aaaay —dijo Joy—, eres una asaltacunas.

Pero Cherry solo tenía veinticinco.

—Coates & Branch casi nunca contrata a gente que acaba de salir de la universidad, pero con él hicieron una excepción porque es muy talentoso.

Cherry regresó a la página anterior de Google para ver otros resultados. Había una página de MySpace en la que hizo clic porque pensó que allí encontraría fotografías de cuando Tom estaba en el instituto. (Cómo le habría gustado ver esas).

No había fotografías, pero sí una sección con su tira cómica, *Jueves.*

—Vuelve a la fotografía —dijo Joy—. Agrándala.

Cherry regresó rápido a la imagen e hizo clic en ella sintiendo culpa.

Tom no sonreía en su fotografía del trabajo. Su rostro parecía plano. Cuando estaba con ella, nunca era así. Cuando estaba con ella, siempre había una sonrisa oculta en las comisuras de sus ojos y de sus labios.

—Supongo que es guapo… —dijo Joy.

—Tiene el pelo demasiado corto —se quejó Honny.

—Ay, Dios mío —dijo Cherry al tiempo que cerraba la ventana del buscador—. Nunca os lo voy a presentar.

Tom se había quedado en la casa de su padre esa noche porque ella no estaba segura de lo tarde que terminaría, pero al final volvió a casa poco después de la medianoche. Se acostó y lo echó de menos de inmediato. Permaneció despierta un rato oyendo cómo se encendía y apagaba el radiador…

Pensando en Tom.

Y en lo diligente que era con su webcómic.

Tom publicaba *Jueves* una vez por semana y, los miércoles por la noche, no llegaba a casa de ella hasta que acababa de escribirla.

Cherry se quedó contemplando el techo de gotelé.

Se mordió el labio.

Salió de la cama y fue a buscar el portátil. Se sentó en el colchón con las piernas cruzadas. Todo indicaba que Tom había estrenado *Jueves* en MySpace cuando estaba en la universidad y luego la había pasado a un sitio de webcómics, donde era posible leer la serie completa, desde la primera publicación.

Por lo general, *Jueves* tenía cinco viñetas. Al principio iba de cualquier cosa. La vida en el campus, situaciones absurdas, política. No tenía personajes recurrentes.

Unas diez o doce tiras después, surgió el personaje principal, que obviamente era el mismo Tom. Se dibujó a sí mismo cuadrado y descomunal, siempre con la misma sudadera con capucha y en completo silencio. El personaje no tenía nombre.

Las tiras cómicas adoptaron un ritmo con el tiempo. El tipo que obviamente era Tom se pasaba la vida observando y experimentando cosas en silencio. Conociendo a otras personas, encontrándose en situaciones complicadas e incómodas. Ninguna de las tiras cómicas era divertida por sí sola, solo lo eran en conjunto; se complementaban. A veces sorprendían y hacían reír a carcajadas. En una ocasión, Cherry se encontró a sí misma llorando de repente.

Sería difícil explicarle a otra persona por qué *Jueves* era tan buena…

No tenía trama, no contenía las típicas bromas ni los chistes visuales de otras tiras cómicas. La forma de dibujar de Tom era engañosa: parecía muy simple. Cherry sabía que podía dibujar de forma realista, pero sus líneas cómicas eran sueltas y caricaturescas. Tenían algo similar a las de *Bloom County*, e incluso una atmósfera parecida a los primeros dibujos de Disney. (O sea, ¿cuál habría sido el resultado si Berkeley Breathed hubiera abordado *Blancanieves*?).

Jueves era dulce y divertida, era aguda. Sin lugar a duda era genial. Inefable. Cherry se estaba enamorando aún más de Tom, viñeta tras viñeta. Por las noches se quedaba despierta durante horas leyendo las tiras cómicas más antiguas… El personaje principal de Tom se había graduado en la universidad, había conseguido un empleo y había empezado a trabajar para un ferrocarril.

A medida que Cherry se acercaba al tiempo presente, su estómago se iba tensando. «¿Cómo de autobiográfico *será* entonces el cómic?», se preguntaba.

Llegó a diciembre.

Justo antes de Navidad, Tom publicó una tira de una sola viñeta extragrande. En el lado izquierdo había dibujado a una mujer.

Una mujer muy gorda.

Una mujer que vestía vaqueros negros, un jersey con mucho escote, unas botas negras de tacón alto. Y un colgante en forma de corazón en el cuello.

Tenía los pechos enormes.

Su cadera y sus muslos eran cómicos.

Había una línea curva que formaba su papada y otra que le marcaba la barriga. Tenía el pelo oscuro y largo, con flequillo. En las

mejillas, dos líneas en diagonal hacían las veces de hoyuelos, y tenía tres pecas de cada lado de la nariz.

Sonreía solo con un lado de la boca.

No decía nada.

Como el personaje de Tom estaba de espaldas, mirando a la mujer, el lector no podía ver su rostro. Sobre su cabeza había un extraño globo de diálogo.

«Acabo de conocer a la chica más guapa del mundo».

26

«Acabo de conocer a la chica más guapa del mundo».

Cherry cerró el portátil.

Se reclinó en la cama.

Solo se dio cuenta de que estaba llorando cuando las lágrimas le entraron por las orejas y le produjeron cosquillas.

¿Era una broma?

Las tiras cómicas de Tom solían conducir a una broma, pero a veces se necesitaba algún tiempo para pillarlas. Cuando aparecían globos de diálogo para el personaje principal, siempre eran sardónicos.

¿Así la vería Tom? ¿Como si alguien le hubiera aplicado lápiz de labios al muñeco Michelin?

¿Así la habría visto la noche que se conocieron? ¿Como si alguien hubiera cogido a una chica normal y la hubiera inflado casi hasta el punto de hacerla estallar?

Cuando la miró, ¿habría visto a alguien que ya era una caricatura? ¿Al final de un chiste fácil?

(Los amigos de Tom ¿leerían su cómic? ¿Se reirían?).

A lo largo de los años, en el cómic habían aparecido algunas chicas, todas pechugonas. Todas eran estilo Tex Avery, pero no de esa manera, no como Cherry.

Porque la chica de la caricatura…

Era Cherry.

Un hombre la había dibujado como una broma y había publicado la imagen en internet. Ella lo había perseguido, lo había *cazado*. La tira de la siguiente semana, ¿iría sobre eso? ¿La chica gorda que parecía loca seguiría por todos lados al personaje que en realidad era Tom?

«Acabo de conocer a la chica más guapa del mundo».

Cherry conocía su apariencia, sabía que nadie la describiría jamás de esa forma, ni siquiera siendo generoso.

Pero ella no era un chiste. No era patética.

No merecía aquello.

27

Se quedó dormida justo antes del amanecer, con el portátil junto al cuerpo, debajo de las sábanas. Despertó a las pocas horas, cuando Tom se metió en la cama y comenzó a mover sus brazos desnudos alrededor de su cintura. Le deslizó las manos frías por debajo de la camisa del pijama y empezó a subirlas por delante. Luego encajó las rodillas detrás de los muslos de Cherry, se acurrucó por completo en su cuerpo y suspiró.

Cherry no respondió, ni siquiera abrió los ojos.

Tom le apartó el pelo del cuello y lo besó. Le desabrochó el pijama para dejarle el hombro al descubierto y también poder besarlo.

—Estás tan calentita —susurró. Cherry le permitió besarla. Tom estaba mucho menos tenso que cuando empezaron a verse. Le era mucho más sencillo mostrar su afecto—. Chica dormilona —musitó.

Cherry no respondió.

Al cabo de un minuto, Tom intentó hacerla girar para que lo mirara. Ella se dejó sin oponer resistencia.

—Oye —dijo Tom cuando vio su rostro. Le levantó el mentón—. ¿Qué sucede?

—Nada —contestó Cherry negando con la cabeza.

Tom le deslizó el pulgar a lo largo del cuello.

—Tienes los ojos hinchados.

Ella volvió a negar con la cabeza, sentía que empezaban a empañársele los ojos.

—No pasa nada.

Tom la miraba muy serio.

—¿Ha ocurrido algo?

—No —murmuró. Le rodaban ya lágrimas por la nariz y por el pelo—. No ha pasado nada.

Tom cubrió su mejilla con la mano.

—¿Me prometes que no ha pasado nada?

Ella asintió llorando con un poco más de vigor.

—*Baby, baby*… —dijo él al tiempo que deslizaba su brazo por debajo de ella para estrecharla contra su pecho—. ¿Qué pasa?

—Solo estoy… triste por algo. No quiero hablar de ello.

—De acuerdo —dijo Tom, abrazándola.

Y ella lloró con más fuerza aún.

Tom le acarició la mejilla, le alisó el cabello hacia atrás y la besó en la frente.

—*Baby*… —susurró.

Cherry gimió suavemente.

—¿No puedo hacer nada? —preguntó Tom.

Ella siguió negando con la cabeza.

Tom la tenía por completo contra él y la consolaba con las dos manos, besándole el pelo una y otra vez.

—Cherry, *baby*…

Alzó la cabeza para besar sus mejillas húmedas y trató de mirarla a los ojos.

—Si necesitas llorar, no pasa nada… ¿Quieres llorar acompañada de un bagel?

Cherry sonrió un poco y negó con la cabeza.

—Si no quieres, no pasa nada —dijo Tom—, pero te advierto que son de Bagel Bin y que todavía están templados.

Cherry resopló.

—¿Has ido hasta Bagel Bin?

Tom asintió.

—Y te he traído dos bagels de sésamo…

Cherry trató de ocultar su rostro en el cuello de él.

—… uno con salmón ahumado y queso crema —continuó— y el otro con aceitunas verdes. Para que no tengas que elegir.

Cherry se rio y la risa desencadenó más llanto.

—¿Por qué no te comes un bagel? Luego podrás llorar sobre mi hombro toda la mañana.

Ella no respondió.

—También tengo café —susurró Tom.

Cherry alzó la cabeza y vio su entrecejo fruncido. Sus ojos color azul cielo estaban muy abiertos, parecían buscar algo. Tal vez esa era la expresión de Tom cuando de verdad estaba preocupado por ella y no solo preocupado de manera general por todo.

—De acuerdo —cedió Cherry y él sonrió.

—Muy bien —dijo al tiempo que se alejaba de ella—. Ven, que te ayudo a sentarte.

Cherry se impulsó para incorporarse. Llevaba un pijama de franela gris con motivos de elefantes rosados y ebrios, vestidos con traje de noche y bebiendo champán. A Tom le gustaba ese pijama, le gustaba cualquier cosa que fuera extravagante. En una ocasión, Cherry le había mostrado todo su guardarropa y a él le había fascinado.

Se sentó al lado de ella. Solo vestía calzoncillos y una camiseta. Primero le dio el vaso desechable de café y luego metió la mano en la bolsa de papel de Bagel Bin, sacó los dos bagels y los colocó en su regazo antes de acomodarle el cabello detrás de la oreja.

—Oye —dijo al tiempo que le daba una servilleta de la bolsa—, ¿quieres sonarte la nariz?

Cherry se sonó la nariz y bebió un sorbo de café.

—Gracias.

Dejó el café en el suelo, junto al colchón, y desenvolvió su bagel. Todavía estaba templado, como había dicho él. Le dio el primer mordisco mientras Tom la miraba. Él tenía su propio bagel. Se inclinó y la besó en la mejilla.

Cherry se sintió mejor después de algunos bocados más porque la comida siempre la hacía sentir mejor, porque era una chica gorda por dentro y por fuera. Tom la había representado muy bien en la tira cómica. Era una caricatura.

Tom volvió a besarla en la mejilla y luego deslizó los labios hacia su oreja.

—Sé que he dicho que podrías llorar en mi hombro todo el día… —dijo en un tono suave pero apremiante—, y puedes hacerlo, pero

movería cielo y tierra con tal de no volver a verte llorar, Cherry. Te quiero mucho, ¿sabes?

La cogió por sorpresa.

No, no lo sabía.

Alzó la vista y lo miró con los ojos abiertos como platos e inundados de lágrimas.

Él la besó rápido en la boca, dos veces.

—Dime que lo sabes.

—Yo… —comenzó a decir, pero la voz se le quebró.

—Ay, *baby*, no —exclamó él resoplando, como si se sintiera impotente—. No lo he dicho para hacerte llorar. ¿Qué he hecho mal?

Cherry dejó su bagel en la cama y se inclinó sobre el pecho de Tom.

Él le acarició el pelo y la dejó seguir llorando, no podía hacer nada para detenerla.

—Si esto es lo que sucede cuando pasamos una sola noche separados —dijo Tom—, no volverá a ocurrir.

Cherry se rio. Se sentía ridícula, perdida. Como si no supiera qué debería desear ni sentir. Sabía lo que sí quería: a Tom. Con más desesperación que nunca.

—¿Me lo prometes? —preguntó ella.

Tom la estrujó entre sus brazos. Tal vez solo estaba agradecido de que diera señales de vida.

—Te lo prometo. De cualquier forma, no he podido dormir.

—Te he echado de menos —dijo Cherry. Si hubiera pasado la noche con ella, su mente no habría divagado.

—He echado de menos tu pijamita —dijo Tom.

—Te quiero, Tom —dijo ella, y la voz se le quebró en ese instante.

—Yo también te quiero, ¿sabes? —respondió él en voz muy baja y apretándola más.

Cherry asintió.

28

Cherry no era del todo artista.

Pero lo era lo suficiente para saber, incluso teniendo solo veinticinco años, que uno no podía limitar la expresión creativa de otra persona. El arte fluía de la gente y lo hacía de forma desordenada, como en los sueños.

Ella podía separar el arte del artista. (O eso le parecía). Creía que podía diferenciar entre Tom y la figura corpulenta de pensamientos despectivos que había visto en las tiras cómicas.

Sabía que, en realidad, era como si hubiera leído su diario personal.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos a escondidas.

Tom no dibujaba la tira cómica *Jueves* para que otras personas la vieran, eso sí que lo creía. No la promocionaba. Ni siquiera estaba segura de por qué la publicaba… Pero ¿por qué alguien subía algo a internet? ¿Fuera lo que fuera? ¿Por qué ella misma se quejaba de su trabajo en Twitter?

Tom no quería que la gente leyera *Jueves*, y nadie la leía. Las hermanas de Cherry, por ejemplo, no la leerían nunca.

¿Qué se suponía que debía decirle? ¿«No puedes incluirme en tus tiras cómicas»?

Después de leer las de dos años, sabía que sería como pedirle que no pensara en ella en absoluto.

Era obvio que Tom usaba *Jueves* para procesar sus pensamientos. Era su RAM. También su REM. Ella no podía entrar de golpe en su vida y decirle que dejara de hacerlo, y tampoco podía contenerse y prescindir de su arte sin contenerse y prescindir de él…

¿O sí?

Porque eso significaría hablar con él sobre *Jueves*…

Significaría reconocer que la había leído. (A sus espaldas y en contra de sus deseos). Significaría reconocer que se había visto a sí misma a través de la mirada de él…

Significaría hacer desfilar a esa parodia de chica gorda frente a ellos y entre ellos. Significaría reconocer que existía.

¿Cómo podría volver a mirarlo a la cara si él llegara a enterarse de que ella estaba al tanto de la existencia del personaje?

29

Uno pensaría que, con el paso del tiempo, a Cherry le habría ido resultando más difícil estar en paz con las tiras cómicas de Tom…

A partir de que la gente las empezó a leer.

A partir de que aquel personaje gordo tuvo un nombre y los desconocidos comenzaron a usarlo para referirse a ella.

Pero, literalmente, todo se vuelve más sencillo con el paso del tiempo.

Y ella se acostumbró a *Jueves*.

Sabía que Tom siempre estaba trabajando en el cómic porque él mismo se lo había dicho. A veces incluso le pedía que lo ayudara con algún chiste.

Y también le contó que había empezado a tener más lectores cuando el sitio de webcómics en el que publicaba la tira semanal fue adquirido por un sitio de blogs más grande que integraba *Jueves* en la página de inicio.

A Tom le incomodaba la atención. Tal vez también se sentía halagado, pero cualquier tipo de atención sobre él lo incomodaba, fueran cuales fuesen las circunstancias.

Cuando una editorial de cómics lo contactó por correo electrónico, la ignoró.

Fue Cherry quien lo presionó para que respondiera.

Pero tal vez era una locura… ¿Por qué querría Cherry que más gente viera la versión que Tom había concebido de ella?

Para entonces ya estaban casados. Para entonces, Cherry conocía toda la historia de Tom. Sabía lo mucho que odiaba su trabajo, lo abatido que se sentía en general. Sabía lo difícil que le resultaba sentirse bien respecto al mundo y a su lugar en él.

Además, lo quería muchísimo y estaba muy apegada a él. Vivía con Tom bajo la piel.

Tom era su marido. Baby era solo un dibujo.

Lo importante no era lo que sucedía en la tira cómica, sino lo que la tira hacía por Tom. Era la piedra angular de su vida, donde lograba tomar todas sus decisiones, donde más libre se sentía.

Por si fuera poco, Cherry sabía que *Jueves* era excelente. No tenía que continuar leyéndola para saberlo. (De hecho, no lo hizo).

—Mereces todo lo bueno que llegue a tu vida —le dijo a Tom una noche antes de que él respondiera a la editorial con una llamada telefónica. Estaban sentados en el sofá y ella tenía el rostro de él entre las manos.

—*Jueves* lo merece.

Baby solo se interpuso entre ellos en una ocasión de forma explícita, cuando Tom ya había hecho el trato con la editorial.

El primer anticipo que le dieron fue modesto, pero lo sintió como si fuera dinero a cambio de nada, porque el trabajo ya estaba hecho.

—Ophelia quiere que el libro comience un par de años después del inicio del webcómic —le explicó Tom a Cherry. Ophelia era su editora en Nueva York—. Dice que ahí fue cuando *Jueves* encontró su ritmo.

Estaban fuera, en el acceso para coches de la entrada a la casa. Cherry estaba restaurando un armario de roble enorme que habían comprado en una subasta. Tom la estaba ayudando a pintar una cenefa *art déco* en los lados; él si podía dibujar ángulos rectos a mano alzada.

—Suena lógico —reconoció Cherry.

Estaba en cuclillas, pintando una escena en las puertas del armario: dos sombreros parlanchines sacados de una historieta poco conocida de Disney. Había tratado de convencer a Tom de que dibujara los personajes, pero él le dijo que serían más monos si lo hacía ella, aunque llevara mucho tiempo sin practicar. En aquel momento, Cherry ya se dedicaba a tareas de gestión. No artísticas.

—Pues… —dijo Tom—, ese es más o menos el momento en que… El Tipo conoce a… Baby.

Cherry tenía la lengua fuera, estaba pintando una parte muy complicada.

—A-já…

—Y, bueno… No sé si tú… —La voz de Tom se perdió.

Cherry alzó la cabeza. Él dejó de pintar y la miró desde arriba con el ceño fruncido y aire impotente.

—No hay problema —dijo Cherry.

Tom la miró directamente a los ojos.

—Es solo que, eh…

—No hay problema —repitió ella.

Llevaban juntos casi siete años y de verdad no había ningún problema con nada de todo aquello. Solo que a Cherry no le gustaba hablar de los detalles. Si iba a mantener el arte de Tom separado de su vida como pareja, necesitaba que permaneciera así, separado. De hecho, ni siquiera le gustaba oír a Tom mencionar el nombre de Baby.

Pero allí estaba Baby. Parada al lado de los dos, frente a la puerta de entrada. Con su enorme trasero, su barriga desbordada y la papada colgante.

Cherry la ignoró.

—Nunca habrá ningún problema —le dijo a Tom—. Es tu cómic.

Tom dejó la pintura a un lado y levantó a Cherry para que lo abrazara. Ella aún tenía el pincel en la mano y dejó un rastro de pintura de color azul claro en el cabello de él.

30

A pesar de no haberse presentado aún para ningún puesto, Russ Sutton siempre estaba en campaña.

No podía solo salir a cenar, siempre tenía que ir en algún lugar en el que habría un contacto o donde quería conocer a alguien que podría serlo. Siempre tenía que hacer algo para la oficina del alcalde o para alguno de los comités a los que pertenecía. Russ conocía a todas las personas en todos los lugares y, además, necesitaba gustar a todo el mundo.

A Cherry le sorprendía lo poco que aquello la molestaba.

Russ poseía… cierta sinceridad. Cuando estaban juntos, ella sentía que él de verdad quería estar ahí con ella, y cuando se detenía a hablar con alguien o a dar continuidad a alguna tarea de su plan, también parecía hacerlo de forma sincera.

Una noche llevó a Cherry a una cena benéfica en un centro recreativo católico del otro lado de la ciudad y la presentó a todo el vecindario. Ella se sentó frente a él en una larga mesa de cafetería y comió albóndigas y pan de ajo hecho con bollos para perritos calientes, y, a pesar de que él anduvo por todo el lugar haciendo relaciones públicas, ella no se sintió olvidada en ningún momento.

Salir con Russ implicaba conocer a decenas de personas nuevas y entablar demasiada charla trivial, pero no había problema porque a ella se le daba bien.

Salir con Russ también significaba encontrarse con mujeres solteras que, evidentemente, le habían echado el ojo y se mostraban asombradas sin reservas al verlo con alguien como Cherry. Y tampoco había problema con eso porque Russ hacía muy evidente que estaba *con* ella.

Se colocaba a su lado y le rodeaba la cintura con el brazo. La cogía de la mano, la presentaba como «mi amiga Cherry», pero dejaba claro que tenían una relación.

Todo ello hacía que Cherry se sintiera vista y… *valorada*. Como si Russ la hubiera elegido y como si después hubiese decidido presentársela a toda la ciudad. Sabía que se estaba adelantando porque todavía no conocía ni a su hijo ni a la exmujer, ni a sus padres ni a ninguno de sus hermanos, pero, de todas formas, se sentía bien.

Solo una persona en la cena benéfica la relacionó con *Jueves*.

—Cherry… —dijo el hombre—. ¿Eres la Cherry de Omaha que está casada con el artista que hace *Jueves*?

—Sí —dijo ella. Y luego agregó—: Estaba casada.

—Ay, lo siento. Soy seguidor del cómic —dijo el hombre, avergonzado.

—No hay problema —dijo Cherry—. Yo también.

Allí iban dos mentiras.

Para empezar, legalmente todavía estaba casada con Tom. En segundo lugar, había estado años evitando de forma deliberada leer *Jueves*.

No obstante, esa era la primera vez que le decía a alguien que no formaba parte de su círculo cercano que ya no estaba con Tom. (Bueno, técnicamente, la primera persona había sido Russ). Se preguntó si aquel hombre sería el tipo de admirador que le contaría a todo internet que ella y Tom habían terminado. Quizá no. La mayoría de las personas de la comunidad de Reddit r/tomvalentine eran mujeres.

Pero, tarde o temprano, *alguien* se lo contaría a internet.

La posibilidad en sí misma le proporcionaba algo de alivio, porque estaba ansiosa por que todo pasara de una vez.

Cuando Russ y Cherry se fueron de la cena benéfica, él le explicó que habían ido porque estaba tratando de presionar a un concejal para que votara de cierta manera y, según él, las cosas funcionaron sobre todo gracias a Cherry, porque a la mujer del concejal le había caído muy bien.

—¿Quién era la mujer del concejal? —le preguntó a Russ.

—La señora polaca bajita que llevaba muchas joyas.

—¡Llevaba encima sesenta y cuatro *charms* en tres pulseras Pandora! —exclamó Cherry—. Se ve que vive bien.

—Le caíste fenomenal —dijo Russ—. Dijo que eras muchísimo más guapa que mi antigua novia y que tenías mucha mejor energía.

—¿Quién es tu «antigua novia»?

—Una chica vulgar con mala energía, por lo que parece.

A Russ se le daban tan bien las relaciones públicas y aprovechar al máximo cada interacción que Cherry le preguntó si no estaba saliendo con ella porque necesitaba algo de la Western Alliance.

—Estoy saliendo contigo porque eres sexy—dijo él—, pero claro que no me molesta tener una amiga en el ferrocarril más importante de Norteamérica.

«Mi *antigua* novia», había dicho Russ, como si Cherry fuera la nueva.

Russ y Cherry irían a ver una película, lo que en realidad significaba que irían a una sala de cine de arte y ensayo sin ánimo de lucro donde estaría un director ejecutivo a quien él conocía. En el vestíbulo había un café pretencioso y placas artísticas con los nombres de los adinerados donantes. Mientras esperaban en la fila para las entradas, Cherry empezó a tomarle el pelo a Russ. Iban cogidos de la mano. (Tom llevaba dos semanas en Los Ángeles. Aquel beso perdido parecía ya insignificante y lejano).

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste a un multicine, señor Kilómetro Cero?

Russ le sonrió.

—Cherry, ya sabes que soy un tipo de a pie.

—¿Has visto siquiera alguna película de Marvel?

—Tengo un hijo de ocho años.

Cherry se rio y se inclinó hacia él.

—Vaya, eres muy bueno en esto. ¡No has contestado ni una sola de mis preguntas! «Señor presidente, ¿tuvo relaciones sexuales con

esa mujer?».

—La noche es joven.

Russ reconoció a la mujer tatuada que vendía las entradas en la taquilla. Cuando se la presentó a Cherry, la miró de forma peculiar, pero Cherry lo ignoró.

En el cine había dos salas de proyección. Cherry y Russ terminaron en una que era diminuta, de quizá veinticinco asientos. La película era finlandesa, un «oscuro romance cómico». Russ también conocía a la gente que estaba sentada detrás de ellos, así que empezó a conversar.

—Voy a por palomitas —dijo Cherry. (Los carbohidratos no contaban en las salas de cine).

—Yo voy —dijo Russ, pero ella ya estaba de pie.

—No, quédate a hablar. Aprovecharé para ir al baño.

Se dirigió a los servicios y luego a la cola para comprar las palomitas. Le llevó algún tiempo. La mujer de la taquilla se había pasado a atender el área de bar y se movía a un ritmo bastante «sin ánimo de lucro».

Cuando Cherry volvió a entrar a la sala, ya habían comenzado los tráilers de las próximas películas.

En la pantalla se veía a Jesse Plemons con una sudadera azul oscuro y muy ansioso. Estaba frente a una actriz con vaqueros negros entallados y un jersey negro liso de cuello de pico que sin duda llevaba relleno para parecer gorda.

Cherry jamás había girado en redondo con tanta rapidez en su vida. Volvió al vestíbulo casi volando, como un personaje de dibujos animados que deja un rastro de palomitas suspendido en el aire detrás de él. Zas.

El corazón le latía con fuerza, a toda velocidad. La mujer que atendía en la barra la estaba mirando. Cherry se metió de nuevo en los baños (a pesar de tener las palomitas en las manos, lo cual le pareció algo asqueroso).

Se miró en el espejo.

Llevaba un vestido camisero rojo de cuadros muy bonito, de falda acampanada, y una chaqueta de punto de color amarillo tulipán. (Russ le había hecho retomar la costumbre de ponerse prendas de

punto). También llevaba unas mallas verde oscuro y sus botas negras tipo Mary Poppins. El labial de color mora estaba impecable; el lápiz de ojos verde esmeralda, también, y el corte de pelo enmarcaba con naturalidad su cara redonda, pero tenía las mejillas sonrojadas y las manos temblorosas. Quería huir. Pensó en pedir un Uber, pero se había dejado el móvil en el bolso, en su butaca.

Si entraba de nuevo en la sala, Baby estaría ahí con ella. ¡Porque Baby *estaba* allí! Con Russ, interrumpiendo su cita. Porque le interrumpía la vida entera cada vez que doblaba una esquina. No había dónde esconderse de ella.

Notó que estaba respirando con dificultad, tal vez hiperventilando. Pensó en rociarse la cara con agua, como hacen en televisión, pero no quería estropearse el maquillaje, así que decidió comerse unas palomitas. Se miró mientras las comía y bebía la Coca-Cola Zero.

Tenía que volver.

No había forma de escapar de aquello, solo tenía que seguir avanzando y superarlo.

Caminó de vuelta a la sala, respirando vigorosamente todavía. La película finlandesa ya había comenzado. (Era en blanco y negro. Toda una decisión para 2024). Se sentó junto a Russ, pero no lo miró.

Él le rodeó los hombros de inmediato. Ella se volvió para echarle una mirada rápida con una sonrisa rígida en la cara.

Russ le sonrió de forma genuina. ¿Estaría tratando de comunicarle algo? «Mira cómo te sonrío en medio de esta situación tan extraña». Sí, tal vez.

—¿Me das palomitas? —preguntó Russ.

Ella le tendió la bolsa y él cogió unas pocas y volvió a sonreírle. Le apretó un poco más fuerte los hombros.

Cherry se volvió para mirar la pantalla y se concentró en actuar de forma normal. No podía centrarse en nada más; desde luego, no en los subtítulos. No tenía idea de qué trataba la película. La gente bebía mucho y nadie parecía feliz.

Después de un rato, Russ se movió un poco. Dejó de rodearla con el brazo, pero le puso la mano sobre la pierna y le acarició el

muslo distraídamente, subiéndole un poco la falda para acariciarle también la rodilla.

Cuando ella por fin se volvió a mirarlo, él sonrió de nuevo, pero solo por un segundo. Parecía muy concentrado en la película.

Pues quizá podía estar tranquila porque no pasaba nada.

Cuando se encendieron las luces, Cherry no quiso hacer contacto visual con nadie de la sala. ¿Y si la reconocían? Llevaba más de diez años sin vestirse de negro, e incluso había destruido el jersey de ese color, pero a veces, de buenas a primeras, la gente la reconocía. Tom era un genio de la caricatura.

Ella y Russ habían planeado cenar en el pequeño café del vestíbulo. Tenía su propia panadería y horneaban pan y pastelillos todas las mañanas. Russ no había dejado de hablar de ella.

Sin embargo, cuando llegaron al mostrador de la entrada, se detuvo.

—¿Por qué no vamos a otro sitio?

—Pensé que querías cenar aquí.

—No tengo ganas de esperar —dijo encogiéndose de hombros.

Pero solo había una pareja antes que ellos.

—Nos llevará el mismo tiempo que si vamos en coche a otro sitio —dijo Cherry.

Hacía varios minutos que Russ no establecía contacto visual con ella; entrecerraba los ojos mirando hacia las ventanas.

—¿Qué sucede? —preguntó Cherry en voz muy baja—. ¿Hay alguien a quien no quieres ver? —dijo, y miró alrededor sin estar segura de a quién o qué buscaba.

Entonces vio el póster.

A lo largo de toda aquella pared había pósters de los próximos estrenos, y ella se encontraba justo frente al de *Jueves*. Una vez más, allí estaba Jesse Plemons en sudadera, pero todos los demás personajes alrededor de él estaban dibujados. Es decir, Plemons no estaba mirando a la actriz británica, sino a Baby. El *dibujo*.

Cherry sintió que la partían por la mitad, como cuando, en las películas animadas, le dan un tajo con una espada a un personaje y

este sonríe a la cámara antes de que caiga al suelo la mitad superior de su cuerpo.

—Supongo que… No me había percatado de que… —dijo Russ.

Cherry vio que tenía la vista fija en el póster. Joder, parecía consternado.

Si Baby hubiese sido una persona real y Cherry hubiese tenido una pistola en la mano, la habría asesinado allí mismo. A sangre fría. Le habría disparado justo en medio de los ojos.

Y si Tom hubiese estado allí, le habría disparado a continuación.

—… eras un *personaje* —terminó de decir Russ.

—No soy un personaje —dijo Cherry, con los dientes apretados y la barbilla levantada.

Russ la miró, confundido. Como si ella estuviera negando lo que tenían frente a ellos.

Pero no lo estaba negando.

Lo estaba reprobando.

Estaba denunciando toda la obra.

—Yo… —dijo Russ.

—No era ningún secreto —dijo Cherry entre dientes.

—No, sé que no lo era —dijo Russ, que estaba mirando el póster de nuevo.

Cherry lo vio reflejado en la mirada de él.

Si salías con una mujer gorda, y la situación ya era de por sí difícil para ti… Es decir, ya te estaba costando un poco enfrentarte a cómo lo podrían percibir los demás y lo que podía decir de ti…

«¿Pensarían que eras incapaz de conseguir una chica que estuviera buena? ¿Supondrían que te estabas conformando? ¿Que eras gay? ¿Ahora te considerarían menos atractivo, menos viril? ¿Menos valioso en el mercado?».

Si eras el tipo de hombre que siempre había salido con mujeres que eran objetivamente atractivas de manera convencional, y te ponías a salir con una mujer objetivamente gorda que, además, te *gustaba* —te gustaba hablar con ella y follar con ella—, pero aun así te costaba ignorar su peso o pasarlo por alto…

Si de verdad fuera importante para ti poder pasarlo por alto…

¿Qué sentirías al recibir una confirmación, ni más ni menos que de Hollywood, de que tu chica es supergorda? ¿De que todos la ven de esa manera? ¿De que incluso una actriz gorda de Hollywood tuvo que ponerse un trasero falso para interpretarla? ¿De que, si redujeras a esa chica a sus líneas esenciales, verías que no es más que michelines y protuberancias? ¿Y que todos los demás pueden verlo, literalmente?

El titular que definiría a esa chica, a esa mujer con la que estás, es que es gorda, y que nunca podrás engañar al mundo ni lograr que la vean de otra manera.

—Creo que deberías llevarme a casa —dijo Cherry, y comenzó a caminar hacia la salida.

La chica tatuada del bar se quedó mirándola de nuevo.

—¿Qué? —dijo Russ yendo detrás de ella—. No, Cherry, espera.

Pero ella no se detuvo.

La siguió y, cuando salieron del cine, Russ la sujetó del brazo.

—Espera.

Cherry se volvió hacia él. Tenía la boca abierta y el rostro desencajado. Estaba lista para pelear.

Russ se pasó la otra mano por el pelo.

—Dame un segundo, ¿quieres? Solo estoy sorprendido.

—¿Cómo que estás sorprendido? ¡Lo sabías todo sobre la película!

—No sabía que tú salías en ella.

—¡*No* salgo en ella!

—De acuerdo —dijo Russ al tiempo que la cogía del otro brazo también—. ¡Lo siento! No lo sabía. Creo que… no sabía de qué trataba *Jueves*.

—Es un fenómeno global —dijo Cherry.

—Es un cómic —dijo Russ—. Y yo no leo cómics.

Cherry puso en blanco los ojos y cara de dolor.

—En realidad, es una serie de tiras cómicas semanales que se publicó en varias series de cómics —explicó.

Russ parecía abrumado.

—Vale, pues no lo sabía. ¿Querías que lo supiera? ¿Querías que las leyera?

—¡No!

—Entonces, ¿qué quieres de mí, Cherry?

—¡Quiero que no te agobies!

—No me estoy agobiando —dijo Russ.

Cherry frunció el ceño aún más.

Russ cerró los ojos.

—Vale, digamos que estoy un poco agobiado —dijo antes de abrir los ojos—. Dame solo un segundo.

Cherry respiraba con dificultad a pesar de que el vestido no le apretaba.

Russ dejó de sujetarle los brazos y empezó a acariciarlos.

—Dame un momento, ¿vale?

Cherry agachó la cabeza.

Russ le pasó los dedos por el flequillo.

—Con que… es un fenómeno global, ¿eh?

La furia de Cherry disminuyó por fin y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Oye, oye, oye —dijo Russ, inclinándose hacia ella—. Mírame. No me estoy agobiando. Solo estoy sorprendido.

Cherry lo miró sin alzar la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—Solo me estoy aclimatando —explicó—. Me siento idiota porque, al parecer, soy la única persona en toda Omaha que no había visto ese tráiler. Mi madre mencionó algo al respecto, pero yo no comprendí a qué se refería. Ahora ya lo entiendo.

—¿Tu madre es admiradora de *Jueves*?

—No, solo sabe que estoy saliendo contigo.

—¿Lo sabe?

—Ajá —dijo Russ, sonriendo un poco al tocarle el rostro—. Todos lo saben.

Cherry soltó aire. Se tranquilizó e inclinó la cabeza hacia la mano de Russ, que comenzó a acariciarle la mejilla.

—No me había dado cuenta de que… —susurró Russ—. Esto debe de ser horrible para ti.

Cherry alzó la vista y parpadeó varias veces al sentir de nuevo las lágrimas en los ojos.

—Es odioso —susurró.

—Lo siento —dijo Russ, susurrando también—. Que se joda ese tipo. Que se joda Jesse Plemons.

Cherry se rio y derramó varias lágrimas.

—¡Pero a mí me encanta Jesse Plemons!

—Pues es cierto que actuó muy bien en *El poder del perro* —dijo Russ.

—¿Solo ves películas en blanco y negro?

—Esa es en color.

—Pero era como si fuera en blanco y negro.

Russ la besó.

—Vamos a mi casa.

—¿Y qué hay de la cena?

—Me he comido todas las palomitas de maíz.

—No, yo me las he comido —exclamó Cherry—, pero todavía tengo hambre.

—¿Quieres comer aquí?

—¿Bajo la sombra de mi ex? Para nada.

—Entonces te llevaré adonde quieras ir, adonde sea —dijo él.

Cherry hizo que Russ la llevara al Cheesecake Factory porque allí no conocía a nadie.

31

Jueves se transformó en algo más antes de que se publicara siquiera el primer libro.

El webcómic arrasó en ciertos rincones de internet. Aparecieron blogs de fans en Tumblr y memes en Twitter. Y una referencia en la letra de una canción de Kanye.

Tom se mantuvo al margen de todo aquello, ni siquiera estaba en redes sociales.

Cherry lo observaba con distancia. Programó una alerta en Google.

Aquellos de sus amigos que andaban más inmersos en los circuitos culturales fueron los primeros en enterarse de la publicación del cómic de Tom. Otro diseñador del trabajo lo mencionó y luego también algunos conocidos de la universidad publicaron comentarios en Facebook…

Sin embargo, lo que fuera que estuviese sucediendo aún no estaba sucediendo en el mundo real. Tom nunca había monetizado *Jueves.* Nada en su vida cambió. *The New York Times* escribió un breve artículo sobre el cómic, pero ninguno de los conocidos de Tom y Cherry leía *The New York Times*.

El primer volumen de *Jueves*, que en ese momento era el único que planeaban hacer, entró en tres listas de los libros más vendidos en cuanto se publicó. Ophelia, la editora de Tom, señaló que era algo inusitado para un cómic de adultos.

Todo lo que tenía que ver con la edición de libros era desconocido para Tom y para Cherry, así que el impacto realmente no les caló.

Aún vivían en la misma casa y conducían los mismos coches, aún iban a trabajar todos los días para el ferrocarril y Tom seguía

odiándolo.

A Cherry la ascendieron de nuevo. Empezaron a hablar de tener un bebé. Empezaron a hablar de adoptar un perro.

A Tom le habían dado veinte mil dólares por el primer cómic de *Jueves* y usaron el dinero para pagar la deuda que tenían acumulada en las tarjetas de crédito. Más adelante habría royalties, al cabo de seis meses, aunque los primeros los retendría la editorial para cubrir las devoluciones. Pero Tom no sabía lo que significaba aquello, no sabía cuántos libros había vendido con exactitud ni cuánto obtenía por cada venta.

Las hermanas de Cherry compraron el cómic o, al menos, dijeron que lo habían comprado. Cherry les dijo que no quería hablar de él, pero estaba segura de que habían abierto un nuevo grupo de chat en el que no la habían incluido.

Algunos de sus compañeros de trabajo de la Western Alliance también compraron el libro, pero nada parecía indicar que lo hubieran leído.

La biblioteca local quería que Tom diera una charla, pero él se negó.

Su editorial quería que hiciera una gira promocional, pero él se negó.

Entonces Charlie, su agente, porque sí, tenía un agente, dijo que estaba obligado por contrato a promocionar *Jueves* dentro de lo razonable. No obstante, nadie podía especificar lo que significaba «dentro de lo razonable».

Tom *de verdad* odiaba su empleo en la agencia de publicidad, así que Cherry lo animó a que se tomara un mes de vacaciones e hiciera la gira.

Pero él no quería.

—¿Y de qué voy a hablar?

—De tu cómic. De los personajes.

—No hay nada que decir, todo lo que tenía que contar ya está en el cómic.

—Entonces habla de tu proceso creativo.

—Lo único que hago es sentarme al ordenador.

—Pues sé guapo y divertido y firma libros.

—Entonces me vas a pedir que me convierta en una persona distinta…

—No, Tom, ya eres muy guapo y muy divertido.

—En tu opinión. Quizá.

—En mi opinión, sin lugar a dudas.

—No quiero hacer esto, Cherry.

—¿Y cómo sabes que no quieres? Nunca has hecho nada parecido. Deja que te paguen por salir y ver el país. Alójate en hoteles bonitos. Prueba las distintas versiones de huevos escalfados que haya en cada lugar. Visita las tiendas de novelas gráficas.

—Estás haciéndolo sonar como si fueran unas vacaciones.

—Porque lo son.

—Si fueran vacaciones, vendrías conmigo.

Como los eventos de Tom en las librerías empezaron a tener llenos completos, los organizadores se vieron obligados a hacer los siguientes en lugares más grandes. En teatros y centros culturales. Tom hacía lecturas de *Jueves* y, al parecer, eran graciosísimas. El sitio web *Vox* publicó un artículo sobre él, pero Tom no aportó ninguna declaración. Luego lo llamaron de *The Atlantic* y Charlie su agente y Ophelia la editora y Rachel la publicista —que era nueva— lo obligaron a participar.

Una productora se interesó por los derechos de adaptación de los primeros tres volúmenes de *Jueves* para llevarlos al cine.

(La editorial de Tom había decidido publicar seis volúmenes, uno cada seis meses. Ya estaban reeditando el primer cómic en tapa dura. Tom estaba haciendo el diseño para un estuche).

Según Andrea, la nueva agente cinematográfica de Tom, la productora era de primerísima fila. Era el tipo de empresa que creaba en serie películas candidatas a ganar premios Oscar. No obstante, Tom también tenía la opción de llegar a un acuerdo directamente con Amazon o Netflix…

Cada vez que llamaba Andrea, Tom dejaba el móvil en casa e iba a dar un paseo en bicicleta, o salía al jardín, o sacaba a pasear a la nueva cachorra.

Un día, por fin, Cherry contestó la llamada de Andrea.

Andrea le conseguiría todo a Tom: créditos como productor ejecutivo, una parte de los beneficios y el derecho a ser el primero en trabajar en el guion.

Tom renunció a su empleo, lo cual fue la primera cosa *real* que le debió a su éxito, la primera buena cosa, buena de verdad. Podía marcharse. (Y Cherry no tendría que participar en su despido).

Fueron a cenar para celebrarlo. Dijeron que también sería la celebración de su sexto aniversario porque Tom no estaría con ella en esa fecha. La editorial iba a enviarlo a una convención de bibliotecarios en Cincinnati. Rachel, la publicista, dijo que los bibliotecarios lo adoraban.

Hubo muchísimas charlas. Y ceremonias de premios. Y ferias del libro.

La gente de la productora cinematográfica quería que Tom fuera a Los Ángeles para que colaborara con un guionista experimentado en la redacción del guion. Y también quería que volviera más adelante para reunirse con el director.

Cuando Tom estaba en casa, su maleta permanecía todo el tiempo en el vestíbulo. Nunca la deshacía porque, como hacía la colada durante los viajes, no era necesario.

—Los hoteles te lavan los pantalones por veinticinco dólares —le dijo a Cherry—. Y la ropa interior por doce.

El primer gran cheque de derechos de autor cayó en su cuenta bancaria como un trueno. Tom ni siquiera estaba en casa el tiempo suficiente para que hablaran sobre cómo lo gastarían. Cuando sí estaba, tenía la cabeza en otro lado, siempre acosado por plazos y entregas. Le estaba costando trabajo mantenerse al día con la publicación de las nuevas tiras cómicas. De hecho, por primera vez no publicó dos *Jueves* de forma consecutiva. El *Washington Post* publicó un artículo al respecto.

Rachel programó su primera presentación en televisión.

En una columna de *The Cut* dijeron que era «el nuevo chico malhumorado del Medio Oeste del que todos se enamorarían».

El segundo cheque de royalties cayó en la cuenta como una explosión sónica. Tom era un fenómeno en Francia y en Filipinas. Asistió a una feria del libro en Brasil.

Cherry, por su parte, tenía que volver a almorzar a casa todos los días para sacar a pasear a Stevie Nicks.

Tom le envió imágenes tomadas en trenes de alta velocidad y de tablas de quesos que le llevaban a la habitación. Su publicista le sacaba fotografías para la cuenta de Instagram de *Jueves*. Cherry empezó a seguir la cuenta porque él nunca le enviaba selfis.

Muy al principio, lo acompañó en un viaje promocional a Japón. Iban a ir a Disney en Tokio cuando Tom acabara con los eventos relacionados con el cómic. Volarían en primera clase y un sobrino de Cherry se quedaría esos días en su casa para cuidar a Stevie.

El vuelo fue largo y Rachel no dejaba de pasar de su asiento de turista a la zona *business* para revisar cosas con Tom. Tenía veintitantos años y una cabellera roja desordenada, y era muy muy inteligente. A Cherry le recordaba a Natasha Lyonne.

Cuando llegaron a Tokio, Cherry estaba exhausta y sentía todo el tiempo que estorbaba. En una firma de libros en una librería monumental, la primera vez que asistió a uno de los eventos de Tom, uno de los lectores la llamó «Baby» y le pidió hacerse una fotografía con ella.

Después de eso, no volvió a ir a las presentaciones de Tom en Japón. Tenía demasiado trabajo y estaba catorce horas por delante del equipo de la Western Alliance en Omaha. (O diez horas por detrás).

Disney en Tokio fue maravilloso. Pasó allí un día encantador y peculiar con Tom, y, después, una noche encantadora y peculiar en sus brazos. Los dos estaban aún acostumbrándose al cambio de huso horario. Cherry estaba segura, casi por completo, de que no estaba ovulando.

Después, Tom iría a Sídney.

Trató de convencerla de que lo acompañara, pero ella tenía que volver al trabajo y a cuidar a la perra. Además, ¿qué haría en Sídney? ¿Quedarse sentada en la costosa habitación de hotel de Tom sintiéndose innecesaria?

Se sintió melancólica y confundida y lloró en el vuelo de vuelta a casa. Solo quería regresar a Nebraska.

32

Hoy, 20.10

Faith
Cherry, mamá dice que vas a traer a tu nuevo novio a la cena de Acción de Gracias.

Cherry
No sé de qué habla.

Joy
Por qué no lo vas a traer??? Pensé que te gustaba de verdad!!

Honny
Sí, rechazaste a un arquitecto por él.

Cherry
Solo llevamos unos meses juntos.

Joy
Yo me comprometí con Jeff a los tres meses de empezar a salir.

Cherry
Tú tenías dieciocho años y estabas ansiosa por tener sexo posmatrimonial.

Joy
Estábamos enamorados!!

Faith
La cena de Acción de Gracias va a parecer muy rara sin Tom.

Joy
Es verdad!! La última vez que vi a Tom fue en la cena de Acción de Gracias DEL AÑO PASADO.

Honny

La última vez que yo vi a Tom fue en las noticias.

Joy
Quién se comerá mi ensalada de brócoli en las reuniones familiares si Tom no va?

Cherry
Literalmente nadie, Joy.

Honny
No creo que Cherry deba traer a un nuevo hombre a la cena hasta que no se haya divorciado.

Cuándo te vas a divorciar, Cherry?
Has empezado ya siquiera?

Joy
Los divorcios son eternos. Yo quiero conocer al nuevo novio YA!

33

Cherry no planeaba invitar a Russ a la Cena de Acción de Gracias.

Estaban paseando a Stevie por la noche. Habían ido a un evento de recaudación de fondos después del trabajo, y Cherry presionó a Russ para que se fueran temprano. No dejaba de pensar en Stevie sola en casa, caminando por el vestíbulo y mirando la puerta. Quizá masticando cualquier cosa de papel que encontrara.

Stevie echaba de menos a Tom.

—Tener un perro es peor que tener un hijo —afirmó Russ—. Porque, al menos, tarde o temprano el hijo se sacará a pasear a sí mismo —agregó. Iba tiritando. Llevaba una gabardina fina sobre un traje de lana. Estaba vestido para el trabajo.

Cherry sabía que tenía frío, ella también lo tenía, pero no quería apresurar a Stevie. El hecho de que en los últimos tiempos se hubiera quedado sola en casa con tanta frecuencia la hacía sentir mal. Se pararon frente a una casa mientras Stevie olfateaba un arbusto de hojas perennes.

—¿Tu ex no quiso tener hijos? —preguntó Russ.

A Cherry le sorprendió la pregunta.

Russ no solía mencionar a Tom así sin más, pero tal vez sentía que necesitaba saber un poco más de él tras la revelación de *Jueves*.

O quizá había estado pensando en lo que Cherry había dicho respecto a tener un bebé…

—Creo que sí quería —contestó.

Russ tenía la cabeza agachada, estaba muy concentrado en el suelo.

—¿Hubo algún problema?

—Varios —dijo Cherry—, pero sobre todo no pudimos ponernos de acuerdo en cuándo intentarlo.

—¿Lo intentasteis alguna vez? —preguntó Russ, alzando la vista.

Ella negó con la cabeza.

Russ se quedó pensando un momento, como si estuviera haciendo cálculos. Cherry tenía treinta y seis años y había estado con Tom más de diez. Era obvio que el momento ideal para tratar de tener un bebé había ya pasado.

Al principio fue Cherry quien quiso esperar porque ni ella ni Tom ganaban mucho dinero cuando se conocieron. Pagar por que alguien cuidara a un bebé los habría arruinado. Por otro lado, tenerlo habría desacelerado a Cherry, porque tal vez nunca la habrían ascendido. Además, sentía que debían esperar y pasar algún tiempo juntos, ellos solos.

Una vez que ascendieron a Cherry, fue incluso más difícil pensar en desacelerar. Tenía nuevas responsabilidades y ambiciones, y, en aquel momento, parecía claro que era ella la que necesitaba tener un salario estable. Tom estaba siempre a punto de renunciar a su empleo en la agencia de publicidad. Cherry quería llegar a una situación en la que, aunque él renunciara o aceptara un recorte salarial, la familia no sufriera las consecuencias.

Cuando llegaron a ese punto y Cherry le dijo a Tom que estaba lista para tener un bebé, o al menos para intentarlo, él ya no estaba listo.

Tal vez Tom nunca habría estado listo, y en algún momento Cherry habría descubierto que solo había sido un farol.

Decía que quería hablarlo un poco más, pero, al mismo tiempo, nunca quería hablar sobre nada.

Tom también dijo que podían ver cómo les iba si adoptaban un perro, pero, cuando tuvieron el perro, dijo que no se imaginaba cuidando a una persona además de a Stevie. Para entonces, ya había empezado a viajar para promocionar *Jueves*. Era el principio del fin.

Cherry debió haberse quedado embarazada en cuanto se conocieron, tendrían que haber dejado de usar condones. Nunca debió empezar a tomarse la temperatura y a registrar meticulosamente su ciclo menstrual.

Ahora, lo único que tenía era estabilidad financiera. Literalmente, lo único.

Stevie le tiró de la correa.

—No quería sacar a colación un tema tan delicado —dijo Russ.

Cherry ahogó una risa triste y dejó que Stevie tirase de ella.

—¿No?

—Bueno, supongo que sí…

Cherry se volvió hacia Russ. Vio su cara afable. La impresión que daba era que ella le gustaba y solo quería saber más de su vida, comprenderla.

Se obligó a sacudirse un poco su amargura porque nada de aquello tenía que ver con él.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo—. Creo que esta es una de esas conversaciones que más vale tener antes que después. ¿Qué me dices de ti? ¿Solo queríais tener un hijo?

Russ negó con la cabeza.

—No, pero… Cuando Liam tuvo edad suficiente para que lo intentáramos de nuevo, era obvio que nuestro matrimonio ya estaba en la cuerda floja.

—Lo siento —dijo Cherry.

—Uy —dijo Russ señalando a Stevie—. Ahí va.

Cherry miró a Stevie y suspiró. Sacó una bolsa de plástico del bolsillo.

—No me puedo creer que este sea mi trabajo.

Russ se rio.

—Para alguien cuya vida gira en torno a un perro, eres la dueña más reticente que conozco.

Cherry estaba agachada.

—¡Mi vida no gira en torno a un perro!

—Entonces ¿por qué ya no siento la nariz? ¿Por qué estoy aquí afuera en lugar de en una cama calentita con mi novia calentita?

Cherry no pudo por menos que reírse.

—¡Porque mi marido quiso un perro en lugar de un bebé!

Russ se rio a carcajadas.

—¡Lo siento! —dijo—. ¡Qué triste!

—Lo sé —dijo Cherry. Ya se había puesto de pie.

Russ la besó en la mejilla.

—Cherry, incluso en los momentos más pésimos estás guapísima.

—Entonces debo de ser adorable de forma permanente.

Russ inclinó la cabeza.

—En realidad, la mayor parte del tiempo muestras tanta confianza en ti misma que resulta desconcertante. Este es un momento poco común. —Cherry entornó los ojos—. Y, por suerte, cuando estás llena de confianza eres muy sexy —agregó Russ—, así que siempre salgo ganando.

—Ah, de acuerdo —dijo ella riendo y deseando no tener en la mano una bolsa de plástico con excremento tibio. Chasqueó la lengua y tiró de la correa de Stevie para indicarle que volvían a casa.

Russ las siguió. Chocó su hombro con el de Cherry.

—Solo para tu información… —dijo en voz baja—, yo estaría dispuesto a tener otro hijo.

Una vez más, Cherry se sorprendió. Se volvió hacia él.

Él la miró de reojo, pero continuó caminando.

—Cuando lo mencionaste la primera vez, no dije nada porque necesitaba pensar las cosas. Liam es una gran responsabilidad y creo que siempre lo será. Pero… también me gusta ser padre. Así que sí, tendría otro hijo. Sobre todo si estuviera en una relación en la que creyera.

De pronto, Cherry sintió ganas de llorar.

—¿Con alguien a quien le gustaras, no como la vez anterior?

Russ le sonrió.

—Esa es la apuesta mínima.

Cherry observó los pasos de los dos en el pavimento y le dio un golpecito a Russ en el brazo con el hombro.

Al cabo de una o dos horas, después de que se ducharan, primero Cherry y luego Russ, de que se metieran en la cama y de que Russ le tomara el pelo porque llevaba puesto un sostén atrevido, a pesar de que él estaba endiabladamente cansado, y después de que Cherry se arrastrara debajo del edredón para succionarlo y besarlo y sentirse feliz de tenerlo, y de que Russ la atrajera hacia arriba para lamerle los labios y decirle que era una

fiera, y de que la mirara de la manera en que los hombres miran a una mujer antes de decirle «te quiero», Cherry le preguntó:

—¿Quieres pasar el día de Acción de Gracias con mi familia?

34

La cocina parecía muy vacía sin Tom.

La noche anterior al día de Acción de Gracias, Cherry se había quedado despierta hasta tarde para cocinar ella sola todas las recetas que solían preparar juntos.

Esa sería su primera cena de Acción de Gracias sin él.

Incluso el año anterior, cuando el vínculo entre ellos era tenso y raro y parecía a punto de romperse, Tom voló a casa para el día de Acción de Gracias y, luego, también para Navidad.

Siempre había pasado las fiestas con la familia de Cherry porque su familia no las celebraba.

La de ella, en cambio, festejaba al máximo y se tomaba las fiestas muy en serio. Tiraban la casa por la ventana. Y Cherry, sobre todo, era la que más celebraba. Con la ayuda de Tom, siempre llevaba las cosas muy muy lejos.

Para su primera cena de Acción de Gracias juntos, Tom la ayudó a preparar palitos de queso, pasteles sicilianos de carne, estofado de calabaza y *cupcakes* en forma de pavo.

A los dos les gustaba cocinar, no tenían niños y, ese primer año en particular, estaban muy emocionados por lo que podrían lograr juntos, dos artistas con presupuesto limitado pero un montón de tiempo libre.

En aquella época, toda su vida era un proyecto. Habían llenado el apartamento de Cherry con muebles de segunda mano. Tom había construido unas librerías y una mesa para la televisión, cocinaban la cena juntos casi todas las noches y, al día siguiente, llevaban lo que sobraba al trabajo para almorzar. Todo lo que tocaban era hermoso, vivían noches encantadoras y despertaban como en «Chelsea Morning», la canción de Joni Mitchell.

Con el paso del tiempo, cocinar juntos para las fiestas se volvió un proceso más elaborado. Toda la familia de Cherry se burlaba de ellos por eso, pero, al mismo tiempo, también esperaba con ansia los resultados. Tom y Cherry llevaban varios platos todos los años…

Sin la ayuda de Tom, todo le estaba llevando el doble de tiempo. Cherry no tenía suficientes manos y la agobiaba una sensación de *déjà vu*. La primera serie de palitos de queso le salieron quebradizos y muy salados.

Russ había sido franco con ella respecto a la cena de Acción de Gracias. No estaba listo para que ella conociera a Liam. No lo estaría hasta que ambos «hubieran dejado atrás todas las posibles excusas para salirse de la relación».

El día de Acción de Gracias, Russ comería con sus padres y sus hermanos —«a quienes puedes conocer en cuanto te apetezca; mañana mismo, si quieres»— y con Liam. Más tarde iría a casa de Honny para conocer a la entrometida familia de Cherry.

El jueves por la tarde, Cherry llenó la parte trasera de su Subaru Forester con ollas y fuentes. Colocó en el asiento del pasajero, donde podría protegerla, la delicada gelatina en forma de rosca que simulaba tener insertados vidrios de colores. Era una especialidad de Tom y no quería que nadie de su familia perdiera la oportunidad de volver a comerla, aunque le llevó horas preparar las gelatinas de distintos colores que simulaban los «trozos de vidrio» y luego colocarlos para que quedaran suspendidos sobre la cremosa base blanca. El resultado fue perfecto.

La casa de Honny, de alturas escalonadas, estaba en las afueras y era solo un poco más grande que la de Cherry. La de Hope era más grande. Honny podía ser la anfitriona de la cena de Acción de Gracias porque era la más mandona, pero también porque era la que tenía más mesas y sillas plegables. Cuando Cherry entró, todos la llamaron desde la sala de estar, incluidos los hijos y los maridos de sus hermanas.

—¿Es Cherry? —preguntó Joy, que venía de la cocina y entró apresurada en la sala de estar. En cuanto vio a su hermana, se le borró la emoción de la cara—. Pero ¿y dónde está él?

—Vendrá más tarde —dijo Cherry—. Toma, sostén esta fuente.

—Tía Cherry —dijo una sobrina mientras cogía la bandeja de galletas—. Si no has traído la gelatina con joyas de colores, no te preocupes, lo entendemos.

—Ay, Mallory, cariño, sí que la he traído; está en el coche.

Mallory tenía once años; era la hija mayor de Faith y la más dulce.

—¿Ah, sí? ¿Has traído también los *pastieri*?

—Sí, también están en el coche. Ponte los zapatos y ven conmigo para que me ayudes a traerlos.

Joy tenía las manos apoyadas en la cadera. De todas las hermanas de Cherry, era la que más se parecía a su padre: piel aceitunada, hoyuelos en las mejillas, cejas que le daban un aire dramático.

—¿Cómo has logrado hacer todo eso? ¿Te pasaste la noche cocinando?

—Solo es gelatina —dijo Cherry, a pesar de que, en efecto, solo había dormido desde las cuatro hasta las ocho de la mañana. Se había aplicado bastante corrector y se había puesto pestañas postizas.

—¿Y dónde está él? —preguntó Honny, saliendo de la cocina con cara de sospecha.

Faith, la más baja de estatura y llenita de todas, iba detrás de Honny.

—Ay —exclamó—. ¿Se ha echado para atrás?

—Vendrá más tarde —aclaró Cherry.

Su madre salió de la cocina con aire exultante y sosteniendo un cucharón.

—¿Viene Tom?

—No —dijo Joy—. Nos referíamos a su nuevo novio.

—Oh —exclamó su madre, alicaída.

—Oye… —dijo Honny al acercarse a Cherry—. Por favor, ten cuidado con la forma en que hablas de este hombre enfrente de los niños. No quiero que sepan que estás teniendo una aventura extraconyugal.

—No estoy teniendo una aventura extraconyugal.

Honny hizo un ademán, ignorándola.

—No empieces una discusión que no puedes ganar. Tú di que es tu amigo, ¿vale?

—Mamá, no puedo machacar las patatas *y* seguir bañando el pavo con su jugo al mismo tiempo —exclamó Hope desde la puerta de la cocina. Fue estremecedor verla.

Era la *mitad* de la Hope que solía ser. Su rostro parecía distinto, también su postura. Llevaba una blusa entallada muy bonita, metida por dentro de unos pantalones de cintura alta. Estaba increíble, delgada. Parecía diez años mayor.

No se parecía a Hope en absoluto.

—Ay, hola, Cherry —dijo—. Pensaba que traías a tu nuevo novio, ¿no?

—¡Solo son amigos! —Honny frunció el ceño.

—Vendrá más tarde —repitió Cherry y se volvió hacia su sobrina —. ¿Estás lista para ayudar?

Tuvieron que hacer dos viajes más para vaciar la parte de atrás del coche de Cherry.

—Tía Cherry, sé que a lo mejor necesitarás ayuda para poner la mesa… —dijo Mallory. Sabía que Tom y Cherry eran quienes siempre decoraban las mesas y colocaban todo. Tom ponía especial atención en la mesa de los niños—. Puedo ayudarte.

Era obvio que habían puesto al tanto a Mallory de la situación con Tom. Era posible que hubieran puesto al tanto a todos. Cherry era la única de la familia con un matrimonio roto, con lo que su historia se habría convertido en una parábola.

—Me encantará que me ayudes, Mallory —dijo.

La familia de Cherry era tan numerosa que no era posible que todos se sentaran en una sola mesa en las cenas de Acción de Gracias y de Navidad. Las sobrinas y los sobrinos, algunos de los cuales ya medían un metro ochenta, ocuparon mesas plegables en la sala de estar. Los adultos se sentaron apretujados, codo con codo, en la mesa del comedor, que Honny ampliaba añadiendo mesas plegables cuadradas de las que se usan para jugar a las cartas.

A Cherry y a Tom siempre les correspondía la tarea de hacer que el lugar tuviera un aspecto festivo. Llevaban una gran caja llena de manteles, servilletas de tela y servilleteros *vintage* de madera. Tom

cubría la mesa de los niños con papel de estraza y dibujaba toda una escena festiva en la que incluía a sus sobrinos como personajes.

Y a los niños les encantaba.

Honny siempre trataba de conservar los dibujos que hacía Tom para las cenas, a pesar de que, cuando los niños acababan de comer, estaban rasgados y manchados de salsa.

Cherry estaba exhausta.

Le costaba trabajo mantenerse en el presente.

Por suerte, sobraban tareas para mantenerla ocupada: el trabajo se había duplicado. Y, por suerte también, había demasiada gente enfrascada en lo suyo en la casa como para que alguien se le acercara demasiado.

Su familia era ruidosa; bueno, sus hermanas lo eran. Y sus hijos. Los maridos tendían a ser más tranquilos, hombres más bien callados que no armaban alboroto por cualquier cosa. Se limitaban a sentarse en la sala de estar, sin hablar mucho entre ellos. O salían corriendo al coche (o al sótano o al garaje) a buscar cosas que se necesitaban.

El hecho de que las hermanas de Cherry se hubieran casado más o menos con el mismo tipo de hombre se convirtió en algún momento en una broma privada entre ella y Tom. De hecho, sus hermanas eran, en sí mismas, un tipo de persona. Variaciones del mismo tema.

Cherry era la más apacible, pero no era callada en absoluto. Era la más ambiciosa, aunque todas lo eran a su manera. Todas se parecían lo suficiente entre sí para que las maestras y maestros de Cherry exclamaran «otra Bonacci» en cuanto las veían el primer día de clase.

Cuando eran niñas, parecían muñecas rusas, matrioskas. Una chica oronda tras otra, con una linda melena larga y mejillas sonrosadas. Todo en ellas se superponía.

La mesa estaba puesta. Cherry se había acordado de la caja con los adornos del día de Acción de Gracias y estaba colocando un cuerno de la abundancia *vintage*. (Tom los adoraba…).

Faith llevó entonces una jarra de agua a la mesa.

—¿Esperamos a tu amigo para empezar a cenar? —preguntó.

—No —dijo Cherry—. No sé a qué hora llegará; iba a comer tarde.

—Entonces ¿no cenará con nosotros? —exclamó Joy con la salsera en las manos. Parecía devastada—. ¡Hice un pastel de calabaza adicional!

Cherry cogió la salsera.

—¿Has hecho un pastel entero extra para una sola persona?

—Quería que hubiera suficiente.

Honny colocó unos bollos en la mesa.

—Joy, es la misma cantidad de gente, menos Tom, más este hombre. Ni se gana ni se pierde.

—Pero a Tom no le gusta mi pastel.

—Es más bien que no le gusta la calabaza —aclaró Cherry—. No es nada personal.

—¿A quién no le gusta la calabaza? —preguntó Honny, haciendo una mueca—. Pues hala, ¡hasta nunca!

—No hables así de Tom —intervino Faith.

Comenzaron a cenar sin Russ… y sin Tom, aunque todos se aseguraron de dejar un asiento vacío junto a Cherry.

La comida fue abundante y toda estaba deliciosa. Cada comida o cena de festejo con la familia de Cherry era un prolongado lamento sobre lo triste que era solo poder comer un poco de cada cosa antes de sentirse demasiado llenos.

Hope se sentó frente al asiento vacío y Cherry no pudo evitar fijarse en lo que se había servido en el plato y lo poco que comió.

Aunque tal vez era mejor que se ocupase de sus propios asuntos porque, de todas formas, sus hermanas analizarían en el grupo de chat correspondiente cada bocado que Hope comiera. Por otra parte, recordó, el objetivo de las fiestas, o de la familia en general, era ocuparse de los asuntos de los demás.

A medida que avanzaba la cena, la conversación de la mesa se fue haciendo cada vez más sonora. Todos hablaban por encima de los demás, competían por decir la broma más graciosa y rompían en sonoras carcajadas.

Cuando llegó la hora del postre, Cherry se reía tanto que le pareció que en cualquier momento las lágrimas le despegarían las

pestañas postizas.

Tenía la boca llena de pastel de calabaza cuando vio a Russ de pie en un extremo de la mesa.

Estaba boquiabierto y parecía deslumbrado. «Paralizado como un conejo».

Bueno… Allí estaba al fin, la gran revelación.

Ver a Cherry sola, es decir, ver a una sola chica gorda era *una cosa*…

Pero ver una mesa desbordante de gente gorda, en una casa repleta de gente gorda en la que todos comían pastel y parecían estar pasándoselo genial… era algo muy distinto.

La madre de Cherry sería para Russ la prefiguración de lo que sería Cherry al cabo de treinta años, y sus hermanas, de cómo sería después de tener hijos.

Cherry no solo era gorda, era originaria de una *tierra* de gordos en el *reino* de los gordos. Sus antepasados habían sido gordos incluso antes de los videojuegos, el jarabe de maíz alto en fructosa y el estilo de vida sedentario. En la foto en blanco y negro tomada en la década de los cincuenta en la que aparecía la abuela de Cherry con sus propias hermanas en una fiesta navideña, todas eran pura cadera y pechos prominentes. A Cherry le habrían quedado bien sus vestidos.

—Tú debes de ser el amigo de Cherry —dijo Honny.

El comentario hizo a Russ despertar de su trance.

—Sí —dijo con una sonrisa.

Cherry ya se había puesto de pie y pasado con dificultad entre sus cuñados.

—Este es Russ. Russ, esta es… Bueno, creo que cada uno se puede presentar. ¿Tienes hambre?

—Por supuesto —contestó, como si su trabajo consistiera en ganarse el corazón y el agrado de todos.

La madre de Cherry también se había levantado ya de su silla.

—Te prepararé un plato, cielo, siéntate.

—Te presento a mi madre —dijo Cherry—. Nancy.

—Encantado de conocerla —dijo Russ, tendiéndole la mano.

Cherry cogió el abrigo de Russ. Estaba tan nerviosa que sentía que el corazón se le salía por la boca.

—¿Quieres una Coca-Cola? —le preguntó—. Hay Coca-Cola, sidra y agua.

—Una Coca-Cola está bien.

—Yo la traigo —dijo Faith—. Tú siéntate.

Russ y ella se sentaron. Todos en la mesa parecían deslumbrados. Russ era deslumbrante. Era distinto. Estaba, quizá, un poco demasiado bien vestido, siempre lo estaba. Llevaba el cabello bien peinado; parecía que se había esforzado bastante. Era uno de los pocos hombres que Cherry conocía que siempre iba afeitado a la perfección. Y era esbelto. A ella todavía le parecía que la palabra «guapo» no lo describía del todo…, pero sin duda tenía el aspecto del tipo de hombre con el que salían las actrices y estrellas de cine que decidían experimentar con «gente normal».

—¿Has tenido problema en encontrar la casa? —le preguntó Cherry.

—No, para nada. Traía un pastel, pero un niño pequeño me lo quitó.

—Ah, qué bribones —dijo Cherry—. Son un verdadero problema en este vecindario.

—Me llamo Hope —dijo Hope, sonriéndole—. Soy la mayor. Y este es Dan, mi marido —añadió antes de presentar a todos los demás comensales.

—Cherry es la hermana sándwich —señaló Faith.

—Por eso es tan agradable y reservada —explicó Honny.

—Aquí tienes, querido —dijo la madre de Cherry cuando volvió con un plato desbordante de comida.

—Oh… —exclamó Russ, que parecía un poco alarmado—. Gracias.

—Te he servido un poco de todo.

—Solo un poco —aclaró Cherry.

Russ se volvió hacia ella.

—¿Has preparado tú algo de esto?

—Ella ha cocinado los mejores platos —dijo Hope.

Russ sonrió a Cherry.

—¿Es cierto?

—¿Cherry no te ha cocinado nada? —preguntó Faith.

—¿Estás seguro siquiera de que le gustas? —dijo Joy.

—Pensaba que sí —dijo Russ.

—Cherry siempre cocina los pasteles sicilianos de carne y el estofado de calabaza —dijo el marido de Faith. Kevin iba siempre al grano; las bromas lo exasperaban—. Y el tiramisú.

—Adoro el tiramisú —dijo Russ.

Con gran valentía, se esforzó en comer todo lo que le habían servido mientras las hermanas de Cherry se turnaban para hacerle preguntas y tomarle el pelo. (Más adelante retomaron su costumbre de tomarse el pelo unas a otras). Y cuando llegó el momento de jugar a las cartas, ayudó a limpiar la mesa.

35

—No puedo creer que le hayas dicho a Joy que no te gustaba su pastel.

—Dije que no me gustaba la calabaza.

—¡Tendrías que haber dicho que eras alérgico!

—¿Hay siquiera gente alérgica a la calabaza?

—Joy se lo ha tomado como algo personal. *Todas* se toman *todo* como algo personal.

—Joy es la mayor, ¿no?

—No, es la cuarta, va justo después de mí.

—¿Y Honny es la primera?

—Honny es la segunda, pero actúa como si fuera la mayor. Como Hope se casó siendo muy joven, Honny usurpó su lugar.

—Sería de mucha ayuda que solo una de tus hermanas tuviera un nombre que comenzara con hache…

—Veré si alguna de ellas está dispuesta a cambiarse de nombre.

—Qué amable, muchas gracias. Entonces, Honny es la primera…

—¡Que no! Te lo acabo de decir, Hope es la primera; Honny, la segunda.

—Luego sigue Joy.

—No, luego sigo yo. Joy es la cuarta y Faith, la quinta.

—Suena a lista de reinas: Honny Primera, Hope Segunda…

—Tom, Hope es la primera.

—¿Y quién es la segunda?

—Ja, ja.

—También me ayudaría que tus hermanas no parecieran todas la misma persona…

—La próxima vez me pondré una tarjeta con mi nombre.

—No necesito una tarjeta con nombre para identificar a la más guapa.

—Puf…, todos saben que Joy es la más guapa.

—¿Quiénes son «todos»?

—Tus *cupcakes* fueron todo un éxito

—Querrás decir tus *cupcakes*, Cherry, yo solo hice el acabado. El próximo año prepararé una gelatina de fantasía; se lo prometí a tu sobrino… ¿Por qué sonríes?

—Por nada.

—Sonríe todo lo que quieras, pero sin despegar la vista de la carretera.

—Mi madre me dijo que también estás invitado para Navidad, pero le dije que tal vez querrías cenar con tu familia.

—Mi familia no celebra las fiestas.

—¿A qué te refieres? ¿Qué hacen entonces?

—Nada, mi padre cree que es demasiado esfuerzo.

—¿Qué me dices de tu hermana?

—Ella pasa las fiestas con la familia de su novia en Des Moines.

—Entonces tal vez tu padre y tú podrías cenar con nosotros, ¿no?

—Gracias por el detalle. ¿Puedo ir sin él?

—Por supuesto, Tom.

—¿Tu familia también tira la casa por la ventana en Navidad?

—Depende, ¿qué contaría como «tirar la casa por la ventana»?

—Cocinar el pavo, poner un árbol de Navidad y decorarlo…

—Poner el árbol de Navidad no es «tirar la casa por la ventana», es lo mínimo que se debe hacer. ¿Tu familia no pone uno?

—Ya te he dicho que mi padre no celebra las fiestas.

—¿No lo hacía ni siquiera cuando eras niño?

—Cuando era niño, a veces; pero nada como lo que he vivido hoy en tu casa. Gracias por invitarme.

—También estás invitado para el año próximo.

—No faltaré.

—Estás invitado todos los años, Tom.

—La vista en la carretera, *baby*.

36

—Estás muy callado.

—¿Te parece? Solo estoy agotado. Y también tengo frío. Ven, métete debajo del edredón conmigo.

—Gracias por venir esta noche.

—Gracias por invitarme. Agradéceselo a tu hermana Honny de mi parte.

—Ya se lo agradeciste tú. Fue genial también que llevaras pastel de calabaza.

—No sabía que habría cuatrocientos pasteles.

—Joy horneó uno especialmente para ti.

—Ah, sí, me lo dijo. Me comí dos porciones de ese.

—Sé que era todo demasiado…

—Estaba muy bueno.

—No, es decir, me refiero a que… sé que mis hermanas son demasiado…

—¿Qué pasa con tu hermana mayor?

—¿Cuál?

—Hope.

—No me puedo creer que te acuerdes del nombre de todas.

—Uso reglas mnemotécnicas.

—¿Como cuáles?

—Bueno… A Honny, que suena a «miel» en inglés, la relacioné con un oso porque a los osos les gusta la miel y porque ella es como un oso. Y Faith lleva al cuello una cruz como el arete de George Michael, quien, por cierto, tenía una canción llamada «Faith». Todo un álbum, de hecho.

—Honny no es como un oso.

—Lo digo en el mejor de los sentidos.

—¿Y cómo haces para recordar mi nombre, Russ?

—Te conocí mucho antes de necesitar reglas mnemotécnicas, pero se me ocurren algunas muy buenas…

—A los hombres les encanta sexualizar mi nombre.

—A mí me encanta sexualizar todo de ti, Cherry.

—¿Qué me ibas a preguntar sobre Hope?

—Ah, sí. ¿Ha hecho algo malo? Nadie parecía querer hablar con ella.

—Tú estuviste hablando con ella.

—Tus hermanas no dejaban de hablar por encima de ella.

—Ah, es complicado. Hope está tomando Ozempic, pero no quiere reconocerlo.

—Oooh.

—¿Qué significa «Oooh»?

—Solo significa «Oooh». Bueno, entonces ¿no le habláis porque está tomando Ozempic?

—No porque lo esté tomando, sino porque no nos quiere decir que lo hace.

—Pero bueno, si ya lo sabéis, no hace falta que os lo diga, ¿no?

—A mi madre le ha dicho que estaba comiendo menos carbohidratos.

—Tal vez sea cierto.

—Russ, ¡nadie baja cuarenta o cincuenta kilos comiendo menos calorías!

—¡Joder! ¿Ha adelgazado tanto? Es impresionante.

—No estás entendiendo lo que quiero decir.

—Supongo que no.

—Si Hope baja un montón de kilos «comiendo menos carbohidratos», eso significa que lo único que tendríamos que hacer las demás sería comer menos carbohidratos.

—Pero tú sí cuidas los carbohidratos que comes, ¿no?

—¡Exacto! ¡Y no sirve de nada!

—Entonces ¿por qué lo haces?

—Porque me siento mejor conmigo misma cuando lo intento.

—No sabía que el Ozempic era tan eficaz…

—No lo es para todos y, además, conlleva riesgos.

—Eeh…

—Mira, yo no estoy furiosa con Hope, pero Honny y Joy sí. Bueno, en realidad solo es Honny… Por cierto, no has mencionado que todas nos parecemos.

—Bueno, sois hermanas.

—A la gente le cuesta trabajo distinguirnos.

—A mí me sorprendió más lo mucho que se parecen entre sí los maridos. ¿Cómo lo hacen?

—No es que se parezcan, es que son del mismo tipo.

—Creo que no le caí bien a ninguno. ¿Se llevaban muy bien con tu ex?

—¿Con Tom? Lo dudo. Es decir…, se llevaban lo suficiente, pero en realidad Tom no encajaba con ellos.

—¿Porque no era un tipo de hombre duro y callado?

—No. Supongo que sí lo era, pero no de los que van a la iglesia.

—No creo que yo haya ganado puntos extra por ser católico.

—Supongo que no les gustó la idea de que yo llevara a un nuevo y flamante hombre a la cena de Acción de Gracias. Tal vez los hizo sentir reemplazables. Pero no te preocupes por ellos. Les gustaste a todas mis hermanas, y sus maridos opinan cualquier cosa que ellas les digan que opinen.

—¿Ah, sí?

—No, solo bromeo.

—Eeh…

37

La semana siguiente, Cherry asistiría a la fiesta de Navidad del alcalde como acompañante de Russ y sabía con precisión lo que vestiría.

Tenía un vestido de vuelo de color verde, cuello alto con volantes y mangas abombadas. De chifón de seda. Verde bosque intenso. Parecía algo que se habría puesto Loretta Lynn para aceptar un premio de música country en 1972. Se haría un recogido, dejando caer algunos mechones para enmarcar el rostro, y se pondría unos zapatos de tacón de diez centímetros de color dorado con acabado metalizado…, aunque siguiera doliéndole la espalda semanas después del evento.

Esa noche usó maquillaje extra brillante, delineador dorado y un colorete en crema de tono rosado.

Metió a Stevie en su caseta antes de siquiera empezar a prepararse. Stacia accedió a ir a su casa más tarde para pasearla. Cuando terminó de arreglarse, guardó un pequeño rodillo quitapelusas en el bolso de noche. (Negro, con cuentas y un estampado de rosas rojo oscuro).

Quedó con Russ en el porche para que a su traje no le cayera pelo de perro. Él subió corriendo las escaleras con los brazos extendidos para encontrarse con ella.

—Cherry… Estás… espectacular.

Le cogió la mano y la hizo girar. Cherry rio con ganas.

—Qué vestido… —exclamó Russ antes de besarla en la mejilla—. Me preocupaba un poco que te fueras a poner algo… tonto.

—¿Cuándo me has visto con algo tonto?

—¿A ti, querida? Nunca —dijo Rus, sonriendo.

—No me gusta tu tono.

—Cherry, me dijiste que adorabas el vestido de cisne de Björk…

—Sí, si tuviera un vestido así, me lo pondría todos los días.

—Y supongo que yo tendría que pasar el resto de mi vida intentando destruirlo —dijo antes de volver a besarla—. ¿Dónde está tu abrigo?

—No tengo un abrigo que me vaya con esto. No pasa nada.

Cherry no pudo ver el atuendo de Russ hasta que llegaron a la fiesta y se quitó el abrigo. En realidad no le sorprendió ver que llevaba un esmoquin negro de terciopelo. Era obvio que, si seguían juntos, él nunca le cedería su parte del armario.

—Qué distinguido te veo —dijo Cherry pasándole los dedos por el cuello de la chaqueta mientras Russ se la acomodaba.

—¿Por qué mencionar que estoy empezando a tener entradas en un momento como este?

Cherry se rio y le retiró el cabello que le caía sobre la frente.

—No tienes entradas y no se te está cayendo el pelo. E incluso si así fuera, de todas formas serías el hombre más guapo de la fiesta.

—Pero no has conocido a nadie aún.

Cherry negó con la cabeza. Los pendientes *chandelier* con diamantes de imitación que llevaba le bailaron a ambos lados del cuello.

—No necesito hacerlo.

Russ deslizó el brazo alrededor de su cintura y se inclinó hacia ella.

—Saltémonos todo esto y vayamos a la parte en que salimos de aquí y nos vamos a mi casa.

—¿No quieres que la gente te vea con tu elegante esmoquin?

—Lo único que quiero es ver cómo te quitas tú ese elegante vestido.

—No puedo creer que digas cosas así sin siquiera inmutarte.

Russ la besó detrás de la oreja.

—Trabajo en el mundo de la política, Cherry.

La fiesta tenía lugar en una gran casa ubicada en un vecindario muy caro. Era la típica fiesta de ejecutivos de alto nivel. El alcalde era heredero de una fortuna amasada con un negocio de venta de

carne a domicilio. Russ y Cherry entraron en la sala sin que él dejara de rodearle la cintura con el brazo.

—No me has puesto al día —susurró ella—. ¿Cómo debo comportarme con tu jefe?

—Solo sé tú misma —dijo Russ—. Se llama Mark, sé que te gustará. Molly, su esposa, es un poco pesada, así que tú sonríe y responde con evasivas —dijo, y se giró hacia ella—. Estas cosas se te dan genial, no tendrás problema.

Cherry también se volvió y le sostuvo la mirada. Russ estaba sonrojado por el frío. El contraste hacía que sus ojos se vieran de un azul muy intenso. A ella le fascinaba la forma marcada de sus mejillas, tan lisas y blandas, y el sutil hoyuelo que se le formaba en el mentón. Desde luego, podría acostumbrarse a ese rostro…

Tal vez.

O quizá nunca se acostumbraría a lo guapo que era Russ Sutton.

—Tenías razón —dijo ella. Sintió calor y agitación en su interior—. Saltémonos todo esto y vayamos a lo bueno.

—Demasiado tarde, querida, ya nos han visto.

Una atractiva pareja mayor se dirigía hacia ellos.

—¡Molly! —dijo Russ—. ¡Señor alcalde!

El alcalde tenía unos cincuenta y tantos años y el cabello canoso de forma prematura.

—Russell —dijo cordialmente—. ¿Es esta la chica que nos has estado escondiendo?

—Esta es Cherry. Cherry, te presento a Mark y Molly Brooks.

Cherry les tendió la mano y la esposa del alcalde la tomó entre las suyas.

—Ay, Dios mío, fíjate. Mark, mira, ¡es Baby!

—Me llamo Cherry —dijo.

—No, si lo sé, es solo que ¡es como si hubieras salido directamente del cómic! —exclamó Molly, que estrujaba y sacudía la mano de Cherry con cada sílaba que pronunciaba—. Somos superadmiradores de *Jueves*.

—Así es —dijo el alcalde—. Hemos tratado de contactar con tu marido por teléfono porque la Cámara tiene una idea para él.

Molly soltó la mano de Cherry para poder aplaudir.

—¡SÍ! ¡«El Tipo en Omaha»! ¡Esa es la idea!

Cherry parecía confundida.

—Pero… me parece que El Tipo ya vive en Omaha…

—Cierto —dijo el alcalde—, pero ¿y si tu marido hiciera un cómic especial para la Cámara donde se destacara el hecho de que *Jueves* tiene lugar en Omaha?

—¿La Cámara de…?

—La Cámara de Comercio —completó Russ.

—¡Baby también podría aparecer en el cómic! —dijo Molly.

—Pensamos que tendría un gran impacto —explicó el alcalde—. La gente necesita ver que Omaha es una ciudad emocionante y accesible para las personas creativas.

—Todos quieren tener a las personas creativas —dijo su esposa tras un susurro fingido—. Deberías ver las métricas.

Cherry sonrió y asintió.

—Mmm.

—Nos tienes que poner en contacto con tu marido —dijo el alcalde.

—Dile que me llame —agregó Molly—. Nadie puede decirme que no a mí.

—Me temo… —dijo Cherry mirando a Russ y en un tono ligero— que no tengo mucha influencia sobre él en estos momentos.

—Oh, claro, comprendo —dijo la esposa del alcalde, riéndose—. Bueno, qué suerte tiene Russ, ¿no? Tendré que pedirle que te dé mi número personal para que se lo hagas llegar a tu marido. Insisto: nadie me dice que no.

—Se lo haré llegar —dijo Cherry.

—No se pierde nada por intentarlo, ¿verdad?

Cherry negó con la cabeza.

—No se pierde nada.

Molly posó una mano sobre el brazo de Russ.

—Russ, por favor, consíguele una bebida a esta mujer. Ay, pero, por Dios, ahora que te veo bien… Eres un auténtico bombón —exclamó Molly, dándole un golpecito en el brazo. Volvió a fingir un susurro mientras miraba a Cherry—. ¿No es un *bombón* de hombre?

El alcalde puso los ojos en blanco.

—Molly, por favor, no acoses a mi personal.

—¡No estoy acosando a nadie! ¡Estoy siendo sincera!

Russ sonreía con cordialidad. Todos sonreían de la misma forma, pero el alcalde lo hacía mirando a Cherry.

—Es un verdadero honor verte en persona, Cherry. Nos sentimos como si ya te conociéramos.

—¡Sí, totalmente! —dijo su esposa.

Russ empezó a alejarse con Cherry.

—Venga, me acaban de ordenar que le consiga una bebida a mi encantadora acompañante.

—El bar está en aquella dirección —señaló el alcalde.

—He ahí una información que mi marido siempre puede proporcionar —dijo Molly entre risas.

—Ha sido un placer conocerlos —dijo Cherry.

Russ estaba tirándole de la cintura y ella lo siguió al bar. Al llegar, él pidió una Coca-Cola Zero para ella y, para él, un escocés con soda del que tomó un largo trago de inmediato.

Cherry se aferró a la bebida, que le sirvieron en un vaso alto.

Russ no la miraba, ni a ella ni a nadie. Las comisuras de los ojos se le veían muy tensas.

Cherry buscó su mirada y abrió los ojos como platos, como diciendo: «Pero qué locura».

Russ sonrió y puso los ojos en blanco. Luego se inclinó hacia ella.

—No tenía idea de que harían eso, Cherry —susurró.

—No hay problema —dijo ella, riendo.

Russ la abrazó.

—Te voy a presentar a algunas personas más. ¿Qué piensas de los republicanos adinerados?

—Que entre mis empleadores hay republicanos adinerados.

—Lo ves, tenemos eso en común.

Russ le presentó al resto del personal del alcalde y a varios supervisores municipales. A algunos ya los conocía por su trabajo en relaciones públicas.

La mismísima Meg Jones estaba en la fiesta, lo cual le resultó lógico a Cherry en cuanto lo pensó. Meg ni siquiera parpadeó cuando Cherry presentó a Russ como su acompañante. Se le daba

muy bien lo de no parpadear, algo que Cherry había aprendido de ella, por cierto.

El tema de *Jueves* continuó presentándose. (Por culpa de ese maldito tráiler…).

—¡Ah, claro! —dijo un comisionado del condado—. A mi hija le encantan tus libros.

—Yo no he escrito ningún libro —aclaró Cherry.

—Bueno, los libros en los que apareces —dijo el comisionado—. Está deseando que estrenen la película.

—¡Ay, por Dios! —dijo una asistente del alcalde—. Entonces ¿tú eres la Cherry de *Jueves*?

—Yo, eehh…

La mujer se puso nerviosa.

—Perdona, es que… conozco tu nombre por la dedicatoria.

—Ah…

—¡Y no esperaba que te parecieras tanto al personaje!

—Bueno…

—Lo siento, es que… es mi cómic favorito. Ay, qué vergüenza.

—¡Joder! —exclamó un abogado borracho—. ¡Ahí está Baby! ¡Joder, Baby!

—¡Ni joder ni nada, Joe! —dijo Russ, empujando al tipo por el hombro.

—Perdona, Russ —dijo el abogado—. Perdone, señorita… —Empezó a reírse de nuevo mientras le daba codazos a Russ—. ¡Pero es que estás saliendo con Baby! ¡La del meme!

—La del cómic —aclaró otro abogado que estaba a su lado y que parecía más drogado que borracho.

—¡Es como salir con una celebridad! —dijo el primero—. Bueno, no con una celebridad, con un *concepto*. Es como salir con… Lisa Simpson.

El otro frunció el entrecejo.

—No, es más bien como salir con Garfield…

—Pero ¿qué coño os pasa? —dijo Russ—. Ignóralos, Cherry, no solo están borrachos, también son pésimos en su trabajo.

—O como… —dijo el alto—. Como salir con… Lois Lane.

—¿Qué se siente al ser un *concepto*? —le preguntó el primero a Cherry—. Eres inmortal. Eres como una de las caras del monte Rushmore.

38

Y es que había un meme.

De hecho, había varios.

La mayoría de la gente que los veía tal vez ni siquiera sabía de dónde provenían.

A veces eran sobre mujeres gordas… Por ejemplo, alguien cogía una viñeta en la que aparecía Baby, la estiraba a lo ancho y escribía el texto: «Cuando en su perfil la chica dice que tiene curvas».

Los memes más populares eran muy tontos. Había uno en el que aparecía Baby frunciendo el ceño y sosteniendo un letrero con un texto que uno podía cambiar a voluntad para quejarse de lo que quisiera. «Me dijeron que habría pastel», por ejemplo. O: «Los Spurs de San Antonio están sobrevalorados». (Quién sabe por qué, lo usaban mucho los seguidores de la NBA).

Cuando Cherry le envió a Stacia uno más de los nuevos y terribles memes de Baby, Stacia le contestó: «¿A quién le importan los memes? Los memes son efímeros. Yo no puedo entender ni la mitad de lo que publiqué en Facebook hace diez años».

Cherry abrió entonces el meme de la NBA en su ordenador y tecleó sobre el letrero de Baby: «Internet es eterno» sobre el letrero de Baby y se lo envió a Stacia.

Stacia cambió el letrero para que dijera: «Mi exmarido me convirtió en una caricatura y lo único que obtuve fue un millón de dólares y este resentimiento que no se me acaba».

39

Russ bebió demasiado en la fiesta de Navidad para poder llevar el coche de vuelta a casa. Era probable que no estuviera borracho del todo, pero Cherry no podía evaluar bien su estado porque ella no bebía y ya no pasaba tiempo nunca con gente ebria. A excepción de su padre, claro, que bebía tanto que nunca parecía estar borracho. De hecho, era más fácil saber cuándo estaba sobrio porque les contestaba mal a todos.

Cherry condujo el coche de Russ, un Polestar eléctrico, y volvieron juntos a su casa. Antes de conocerlo, ni siquiera había oído hablar de esa marca. Cuando se sentó al volante, descubrió que sus tacones eran demasiado altos para conducir; tuvo que quitarse el derecho para sentir el pedal.

De camino a casa, Russ iba muy callado. Era impropio de él.

Quizá se volvía más callado cuando bebía. En sus ojos, sin embargo, aún se veía la tensión que Cherry había notado en la fiesta.

—Lo siento —dijo Cherry en voz baja. Russ la miró.

—¿Cómo? ¿Por qué tendrías *tú* que sentirlo? Yo soy quien lo siente.

—No, Russ. Me lo pasé bien.

Russ rio con amargura.

—Hubo algún momento incómodo —dijo Cherry—, pero todos fueron amables.

Russ negó con la cabeza.

—¿Te parece que fue un comportamiento normal?

—Digamos que estuvo en el extremo intenso de lo normal… —dijo Cherry, que sacudía la cabeza—. Esa película lo ha cambiado todo. Estoy deseando que la gente se olvide de ella.

—La espera podría ser larga. ¿No van a sacar una secuela?

Cherry sintió que se le paralizaba el corazón.

—¿Qué? ¿Una secuela? ¿Ya lo han confirmado?

Russ parecía sorprendido.

—No lo sé. Molly dijo que había toda una serie.

—Ah —exclamó Cherry—. Bueno, existe toda una serie, pero de cómics. No sé si habrá secuela de la película. Supongo que, viéndolo desde la perspectiva financiera, me convendría mucho que se hiciera.

—¿Ganas dinero con esto?

Cherry le echó una mirada rápida para confirmar si estaba bromeando y se dio cuenta de que no.

—Ajá —dijo—. Es decir, es dinero de Tom, pero sí.

Russ asintió y miró a lo lejos. Cuando estaban en la universidad y se emborrachaba, hacía el tonto y se ponía afectuoso, no como ahora.

—Es lógico. Supongo.

—¡No lo sabías! Y yo que pensaba que eras un cazafortunas… —dijo Cherry.

—Eeh… —balbuceó Russ, sin dejar de mirar a lo lejos—. Así es.

—No sé por qué sigo creyendo que sabes más sobre todo esto. Es decir, pensé que lo habrías buscado en Google.

—No. Supuse que tú me dirías solo lo que querrías que supiera… —explicó Russ.

Si Cherry no hubiera estado al volante, se habría inclinado y lo habría besado por lo que acababa de decir.

—Pero nunca me dices nada —añadió Rus, pasándose las manos por el pelo.

—¿Qué? —dijo Cherry, volviéndose hacia él—. ¿Qué esperas que diga? O sea, esta historia en realidad no me corresponde. *Jueves* no es mío.

Russ se rio.

—¡Claro que es tuyo, Cherry! Te sigue a todos lados. De hecho, siempre llega antes que tú.

—Bueno, es algo que no puedo evitar.

—No estoy diciendo que puedas, pero sí que pudiste prepararme para ello.

—¿Prepararte? ¿Cómo? ¿Querías que te hiciera leer una página de Wikipedia en el concierto de Goldenrod?

—Cherry, ¡llevamos meses juntos! ¡Estoy siendo serio respecto a mis intenciones contigo!

—Aún no sé qué esperabas que te dijera, Russ. ¿Tenía que advertirte?

—No lo sé, tal vez —dijo, y se agarró el pelo con fuerza—. ¿No te molesta todo esto?

—Claro que me molesta. Por algo me estoy divorciando.

—No, no te estás divorciando, Cherry —murmuró Russ.

—¿Qué?

—Me *dijiste* que te estabas divorciando, pero no es así. ¿Has hablado siquiera con un abogado?

—Sí, he hablado con un abogado. Tengo uno.

—Entonces ¿por qué no te divorcias, Cherry?

—¿Por qué estás tratando de reñir conmigo?

—No estoy tratando de reñir —dijo Russ—. Solo estoy hablando contigo.

—Pero estás enfadado.

—No estoy enfadado, me siento infeliz.

—Russ, ¿es que he hecho algo mal esta noche? Me has invitado a una fiesta y he ido. No puedo evitar que la gente me mire y vea a… ¡un personaje de cómic!

—Sí que podrías evitarlo.

—¿Cómo?

—No lo sé, ¿te tienes que parecer tanto a ella?

Cherry estalló en carcajadas.

—¡Sí! Literalmente, ¡sí!

Russ movió una mano delante de la cara.

—Me refiero al collar. Al pelo.

—Pero si ni siquiera estoy peinada así hoy… Pensé que te había gustado mi peinado, ¿no?

—¡Me gusta! ¡Me gusta todo de ti! Es solo que…

Cherry se aferró al volante.

—Es solo que me parezco a un personaje de cómic… que alguien dibujó para que fuera idéntico a mí. Russ, ¡no puedo cambiar toda mi apariencia!

—¡Tu hermana lo ha hecho!

Lo único que pudo hacer Cherry en ese instante fue echarse atrás en el asiento.

Como si una bola de demolición hubiera chocado con el parabrisas y la hubiera golpeado en el pecho.

—Cherry —musitó Russ—, no he querido decir eso.

Lo ignoró. Hasta ese momento, había conducido hacia el norte por Saddle Creek Road, pero de pronto se incorporó al carril izquierdo y giró en redondo.

—¿A dónde vas?

—A mi casa.

—Cherry, lo siento —dijo Russ, que se cubría el rostro con una mano.

Volvió a ignorarlo.

—No he querido decir eso.

Lo ignoró. Y no le costó trabajo.

No estaban lejos de la casa de Cherry. Al cabo de unos minutos ya se encontraba aparcando detrás del contenedor de basura que aún estaba en el acceso para coches, bloqueando la acera.

Russ seguía sentado en el asiento del pasajero, pero se había vuelto por completo hacia ella.

—Cherry, por favor, no salgas del coche.

Cherry se puso el zapato derecho y se bajó del Polestar.

Russ se apeó de inmediato también.

—Vete a tu casa —le dijo Cherry.

—No puedo conducir.

—Entonces pide un Uber —dijo mientras caminaba por la acera en dirección a la puerta de su casa.

—Cherry, ¡espera!

Pero ella no esperó. Entró y dejó a Stevie salir de su caseta.

Stevie la siguió al piso de arriba y Cherry no se lo impidió. También dejó que se acostara en su cama.

40

Cuando Cherry era pequeña —a los ocho años, luego a los doce y después a los dieciséis—, supuso que algún día bajaría de peso.

Que llegaría a algún punto en el que habría una transformación.

Ese era el arco narrativo de todas las chicas gordas de la ficción, de toda chica buena que alguna vez fue ignorada. Había un antes y un después. Es decir, en algún punto cambiabas, florecías. (O te tensabas hasta convertirte en un capullo). Un día, asumías tu verdadera forma.

Cherry creía en sí misma y también creía en el trabajo arduo. Creía de verdad que algún día accionaría un interruptor y lograría controlar su peso, que dejaría ese problema atrás. Que su rostro y su cuerpo se afilarían y que ella pasaría página.

Cherry entró en razón antes de lo que lo hacían la mayoría de las mujeres.

La evidencia a su alrededor era rotunda y Cherry no tenía la costumbre de creer en la magia.

No hubo ningún después.

Ningún interruptor.

Ninguna cantidad de trabajo arduo ni de autocontrol, ni siquiera de abuso de sí misma, le serviría para cambiar.

Aquella era su verdadera forma.

Aquel era el cuerpo que la llevaría por el mundo, su único vehículo para sentir placer.

Se negaba a soñar que podría ser delgada.

Se negaba a soñarlo para complacer a otra persona.

41

A la mañana siguiente, cuando despertó, vio que tenía tres mensajes de texto de Russ, pero no abrió ninguno. También había uno de Tom.

«Hola, Cherry, me preguntaba si podría sacar a pasear a Stevie hoy y, quizá, terminar de limpiar el garaje».

Cherry sintió una oleada de ira. (Todo lo malo que estaba sintiendo era culpa de Tom. Las últimas veinticuatro horas eran culpa de Tom. El año anterior, también. La última década).

Pero su ira no tenía ningún sentido.

«Claro —le respondió—. ¿Acabas de volver?».

«Volví hace unos días, siento mucho no haber ido a trabajar en la casa en este tiempo».

«No te preocupes».

Stevie aún estaba en la cama. Alzó la cabeza como esperando que la echaran de allí, pero Cherry solo se puso un jersey encima del pijama, para no tener que usar sostén, y bajó a la cocina a preparar café. Stevie la siguió de cerca; ni siquiera titubeó en las escaleras.

Mientras Cherry esperaba a que el café estuviera listo, Stevie intentó colarse entre sus piernas. Cherry se apoyó en la encimera para no caerse y, sin prestar mucha atención, trató de acariciar detrás de sí a Stevie y, al mismo tiempo, hacerla retroceder. En ese momento, se sentía vacía, hueca de pies a cabeza.

Cuando Tom llegó a la casa, tocó a la puerta.

Stevie enloqueció. Empezó a ladrar y a saltar junto a la puerta, como si supiera que era Tom. Cherry abrió y dio un paso atrás para dejar que la perra lo recibiera.

—¿Cómo está mi chica? —preguntó Tom mientras acariciaba a Stevie con las dos manos y la dejaba saltarle al pecho. Eran más o

menos de la misma estatura—. Yo también te he echado de menos.

Cherry se apoyó con la mano en la caseta de Stevie; todavía se sentía adormecida y desestabilizada.

Tom no entró en la casa ni miró a Cherry.

—Creo que podré terminar con el garaje hoy, o tal vez mañana.

—De acuerdo, como más te convenga.

Tom no llevaba abrigo, solo una sudadera con capucha y un gorro de punto. Tenía el rostro enrojecido por el frío.

—¿Tienes su correa?

—Iré a por ella —dijo Cherry—. ¿No necesitas un abrigo?

—Creo que mis abrigos siguen aquí.

—Puedo traerte uno.

Tom se encogió de hombros y Cherry se dirigió al armario del pasillo. Sacó un abrigo corto de lana. Luego cogió la correa y le dio las dos cosas.

—Gracias —dijo Tom, aún sin mirarla. Enganchó la correa al collar de Stevie—. Volveremos en una hora más o menos.

—Será un paseo largo —dijo Cherry.

—Hace muy buen día para pasear. —Chasqueó la lengua—. Vamos, Stevie.

Stevie salió por la puerta y lo siguió ansiosa.

Cherry los observó un momento… hasta que empezó a llorar. Cerró la puerta y se apoyó en ella. Con la mano que tenía libre, se frotó el espacio entre los ojos. Todavía tenía el café en la otra. Se fue al sofá y lloró un poco más. Echaba de menos a Stevie. Hacía mucho tiempo que no lloraba sola.

Mientras seguía frotándose la frente, pensó en enviarle un mensaje de texto a alguien, pero había llegado a ese momento en el que uno ha estado triste durante tanto tiempo que ya no soporta decírselo a la gente, ese momento en que uno siente que está volviendo a contar la misma historia.

Russ era solo un dato adicional.

Si les contaba a sus hermanas lo que Russ le había dicho en el coche, sentirían pena por ella. Stacia también. Y ella no quería seguir provocando esos sentimientos; estaba cansada de ser el objeto de tanta lástima.

Al regresar, más de una hora después, Tom volvió a tocar a la puerta. Cherry estaba arriba organizando la ropa que tenía que lavar. Caminó hasta las escaleras y gritó desde allí.

—¡Entra!

Pero Tom no entró. Al cabo de unos minutos, volvió a tocar.

Por Dios. ¿Tenía que decirle a su exmarido que el hecho de que hubiera tratado de besarla no era realmente un problema? ¿Que todavía podrían tratarse con cortesía? ¿Que en ese momento tenía otras dificultades que le hacían mucho más daño?

—¡Pero entra! —gritó.

Cuando oyó que tocaba de nuevo, cogió la cesta de la ropa y bajó por las escaleras. Al llegar a la puerta, apoyó el cesto en la cadera y abrió.

—Puedes entrar sin tocar, no hay problema.

—La puerta estaba cerrada —dijo Russ. Parecía confundido.

—Russ… —exclamó Cherry, soltando aire—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a recoger mi coche —dijo—. Traté de llamarte.

Claro, había ignorado las llamadas.

—Vale —dijo Cherry mirando más allá de él. El Polestar seguía en el acceso de la entrada—. Llévate tu coche.

—¿Podemos hablar, por favor?

—No quiero hablar —contestó negando con la cabeza.

Russ tenía un aspecto limpio y fresco. Llevaba una gabardina de lona con el cuello de pana. Cherry alcanzaba a oler la loción para después de afeitar. Parecía preocupado.

—¿Cuándo crees que querrás hablar?

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Creo que no querré.

—Venga, Cherry —dijo Russ, apoyado en el marco de la puerta—. Deja que me disculpe.

—No —dijo ella sacudiendo la cabeza una vez más.

—Escucha, anoche estaba desconcertado. —Abrió mucho los ojos —. Estaba enfadado y, además, bebí mucho.

—No tenías por qué estar enfadado *conmigo* —exclamó ella y dio un paso al frente.

—No estaba enfadado contigo —dijo Russ dando un paso atrás.

—¡Sí lo estabas!

—Estaba enfadado por la situación.

—Bueno, ya no estás en esa situación.

—Cherry.

—¡Deja de decir mi nombre!

—¿Hablas en serio? —Abrió los brazos con aire incrédulo—. ¿Ya no quieres verme?

Claro que quería verlo, adoraba verlo.

—No me parece buena idea —dijo Cherry.

—¿Y eso es todo? ¿Digo una sola estupidez y rompemos?

—Algunas cosas no son negociables.

—¿De qué hablas?

Cherry apretó el canasto de ropa contra ella.

—Mi cuerpo no es negociable. No quiero que mi cuerpo esté nunca en una mesa de debate.

—Cherry, yo no estaba tratando de…

—Sí, sí estabas tratando.

—Lo siento —suplicó—. No estaba pensando con claridad, divagaba.

—Pues no tengo por qué ponerme a disposición de tus divagaciones respecto a mi cuerpo.

—¡Deja de hablar de tu cuerpo!

—¡No, deja *tú* de hablar de mi cuerpo!

—Joder —dijo Russ sujetándose el pelo con las manos. De pronto se volvió hacia la calle—. Esto no tiene que ver con tu cuerpo. Sé que crees que tengo un problema con tu peso, pero créeme, eso no es lo que me molesta. Te lo juro.

Cherry miraba fijamente a su espalda.

—Lo que me molesta es que ya seas parte de la historia de otra persona… —dijo en voz baja—. Que ya tengas tu Camelot. —Apoyó una mano en la cadera y se rascó la nuca con la otra. Cuando se volvió hacia ella, tenía el rostro enrojecido—. Cuando salgo contigo, la gente ni siquiera me ve, Cherry. Ven a tu marido, y lo detesto. Lo odio.

—Pero no puedo evitarlo.

—Lo sé, te juro que lo sé —dijo Russ con los ojos muy abiertos y vidriosos.

—No quiero sentirme como me sentí anoche. —Cherry negaba con la cabeza.

—No volveré a hacerte sentir así.

—No —lo interrumpió Cherry—, lo que quiero decir es que… —Se le quebró la voz—. No quiero ni siquiera arriesgarme a volverme a sentir así. Ya no puedo estar contigo.

—Cherry —dijo Russ en voz baja—, por favor, no hagas esto. Estoy enamorado de ti.

Stevie empezó a ladrar, Cherry alzó la vista. Tom acababa de dar la vuelta a la esquina de su calle.

Russ se volvió hacia donde miraba Cherry y vio a Tom con la sudadera con capucha y el gorro de punto, encorvado por el frío. Al ver el rostro de Russ, Cherry comprendió que lo había reconocido. Russ se volvió hacia ella.

Cherry no estaba segura de qué decir o de qué valdría la pena decir.

Russ se limitó a asentir y bajó las escaleras.

Tom se detuvo a una casa de distancia. Stevie ladraba y tiraba de la correa como siempre hacía cuando quería acercarse a saludar.

Russ se metió en su coche y arrancó. Sin violencia, pausadamente. Saludó a Tom con la mano cuando pasó a su lado y Tom le correspondió con el mismo gesto.

Cherry entró en la casa y subió al piso de arriba, pero dejó abierta la puerta delantera.

42

Desde que Tom estaba de vuelta en la ciudad, pasaba por la casa casi todos los días en cuanto Cherry salía para ir a la oficina.

Y se iba antes de que ella volviera.

Un día, Cherry regresó y no vio un solo pósit en la planta baja. Sobre la mesa del comedor había dos nuevas cajas con etiquetas que decían TOM, y todo lo demás estaba otra vez en las repisas o en las alacenas.

También parecía que Tom había quitado el polvo y aspirado. Había huecos vacíos y la casa parecía triste sin los cuadros que ya no colgaban en las paredes, pero al menos ya no estaba patas arriba.

Cherry echó un vistazo a las cajas nuevas, pero en ellas no había nada por lo que habría peleado. Tom se llevaba algunas copas de vino *vintage* y varias tazas, las que siempre usaba cuando estaba en casa. Se alegró de ver que hubiera querido quedarse con algo. También había una tetera que a él siempre le había gustado. Si se hubiera quedado en Omaha, o si los dos siguieran aún sin blanca, tal vez Tom habría cogido más objetos prácticos: algunos platos, ciertos muebles. Sin embargo, en ese momento podía comprar cualquier cosa que necesitara, y Cherry también. Los dos podían empezar de cero. Él solo se estaba llevando objetos con algún valor sentimental… Solo se llevaba cosas que lo unían a ella.

Cherry escribió una nota y la pegó en las cajas: «Bien hecho, gracias».

Al día siguiente, ninguna de las cajas de Tom estaba allí. Cherry se preguntó dónde las habría guardado.

Cherry fue a la fiesta de Navidad de la Western Alliance en casa de Meg Jones. Se puso un vestido de brocado dorado con motivos florales, rosas rojas y hojas verdes. Era de hombros descubiertos, se entallaba en la cintura y luego caía hasta el suelo. Nunca había tenido una prenda tan elegante. Se lo había comprado a una modista de Etsy con su último bonus. Era más bonito que su vestido de novia.

Se peinó con el cabello recogido a un lado; en la parte de atrás le caía en cascada sobre la espalda. Parecía una princesa de Disney, pero gorda. Cuando estuvo lista, se hizo una fotografía en el espejo y se la envió a su madre.

Al llegar a la fiesta, evitó la sala de atrás, el lugar donde solía meterse la gente de la agencia de publicidad. Doug y Wallace también asistieron; los saludó y se metió un poco con ellos. En ese momento, Wallace ya se había retirado y Cherry era la jefa de Doug.

Todos le preguntaron por Tom, excepto Meg Jones. Ella le preguntó por Russ.

—Ha estado en Los Ángeles —les explicó a todos—, trabajando en la película.

—No pudo venir —le dijo a Meg.

Si Tom hubiera estado en esa fiesta, se estaría comportando de la mejor manera posible y fingiría que no los odiaba a todos, pero solo por complacer a Cherry. Y mantendría la boca llena para no tener que hablar.

Si Russ hubiera estado allí, se presentaría a sí mismo y empezaría a establecer contactos. Brillaría.

Los dos le preguntarían si necesitaba algo, los dos la abrazarían todo el tiempo. Cherry era una chica complicada a la que era difícil amar…

Es decir, los hombres *podían* amarla. La *habían* amado. La habían tocado y escuchado, incluso se habían casado con ella. Pero no la habían amado de forma duradera ni de una manera en la que ella pudiera confiar, que incluyera su peso.

(Había confiado en Tom. Había dado por sentado su amor. Había pensado que eso era lo que tenía que hacer, que ellos eran cosa hecha).

Empezó a moverse por la fiesta. Saludó a todos y a sus respectivos cónyuges. Comió canapés. Le dio a Meg Jones una caja de dulces caros de Budapest.

Tom había estado sacando a pasear a Stevie todos los días entre semana. Le había dicho a Cherry que, a menos que él le dijera lo contrario, podía dar por hecho que la perrita había dado su paseo.

También tenía el pelaje cepillado todo el tiempo, y Tom le había comprado un collar y una correa nuevos.

—Estás muy guapa —le dijo Cherry a Stevie mientras veían la televisión juntas, recostadas en el sofá. Stevie miró a Cherry con sus grandes ojos de color café—. Pareces una mujer enamorada.

Cherry también asistió a la fiesta de Navidad de Stacia.

La casa estaba llena de gente guapa. Se puso un mono de pana muy bonito, a rayas rosadas, verdes y azul claro. No la hacía más delgada, pero destacaba su gran trasero de una forma favorecedora. Se trenzó el cabello, luego retorció las trenzas para formar una corona y les insertó unas campanitas diminutas. Por último, se aplicó lápiz de labios de color rosa.

Era la única persona en la fiesta que no iba vestida ni de blanco ni de negro. Bueno, tampoco las hijas de Stacia iban de blanco o negro, ellas llevaban vestidos a cuadros rojos.

Cherry charló con la adusta suegra de Stacia y con sus amigas, las otras madres de esbelto y delgado cuerpo. También habló con el marido de Stacia sobre la terapia de luz infrarroja que reducía la inflamación.

—Estimula las mitocondrias —dijo Jim.

Al final, Stacia acorraló a Cherry junto a la fuente con queso y galletas de harina de almendra.

—Tenía la esperanza de que lo trajeras…

Cherry se sirvió queso en un plato pequeño.

—Se acabó.

Stacia se quedó paralizada.

—¿En serio? Pero ¿por qué?

Cherry se encogió de hombros.

—A veces las personas no coinciden.

—Esa no es una respuesta.

—Nos peleamos —dijo Cherry mirándola a los ojos.

—¿Por qué?

—Por mi peso.

Stacia se enfureció.

—¿Qué? ¿Qué te dijo?

Cherry volvió a agachar la cabeza y las campanitas que llevaba en el pelo repiquetearon.

—No quiero hablar de eso.

—¿Cómo es posible que Russ Sutton te haya siquiera invitado a salir si tu peso le parecía un problema?

—No me pidió que saliéramos —aclaró Cherry—. Las cosas no comenzaron así, Stacia. Solo nos acostamos.

—Puf… —exclamó Stacia—. Cómo me ha decepcionado…

—No digas eso.

—Sí lo digo. No creí que fuera tan superficial.

Cherry se rio forzadamente y volvió a alzar la vista. Stacia llevaba un vestido de punto blanco con una cadena de oro como cinturón. Se la veía esbelta y adinerada.

—¿No? —preguntó Cherry—. Pero si solo había salido con mujeres guapas…

—Cherry, tú eres una mujer guapa —dijo Stacia con intensidad.

—Sí, claro…

—Lo eres.

Cherry volvió a encogerse de hombros.

—Soy guapa para ser una chica gorda. Es como ser muy guapa a pesar de tener tres ojos o de no tener nariz. O como ser muy guapa a pesar de ser un malamute.

—¿Qué es un malamute?

—Es un tipo de perro.

—Cherry, ¡pero tú no eres un perro! —exclamó Stacia abriendo aún más los ojos.

Cherry miró en otra dirección.

—No es lo que estoy diciendo.

—¿Has estado bebiendo?

—Por supuesto que no.

Stacia negó con la cabeza.

—Odio que Russ te haya hecho sentir de esta forma. Por lo general tienes mucha confianza en ti misma.

—Stacia, yo siempre me siento así —dijo Cherry con un tono plano—. Es solo que no te lo digo para no molestarte con mis problemas.

—¿Siempre te has sentido como un perro?

Cherry puso los ojos en blanco.

—No. Lo que quiero decir es que siempre me he sentido como… —De pronto, su voz sonaba chillona. Las campanitas del pelo le resonaban en el oído—. O sea, sé que estoy gorda. Y siempre he sabido lo que eso implica. Lo asombroso no es que Russ me haya engañado, ¡lo asombroso es que haya empezado a salir conmigo!

—Espera, ¿Russ te ha engañado? —dijo Stacia volviendo a alzar el mentón.

—No, no es eso lo que he querido decir —aclaró. Pero entonces, ¿qué era lo que quería decir? ¿Por qué se permitía estar tan enfadada?—. Lo que digo es que… no resulta sorprendente que no quiera estar conmigo.

—¿Russ te dijo eso?

Cherry dejó el plato en la mesa. No aguantaba el tintineo y comenzó a quitarse las campanitas.

—No, lo que dijo fue que debería perder peso. Y ¿sabes qué? —Al ver que tenía las campanitas enredadas en el pelo, decidió dejárselas—. ¡Ni siquiera es que se equivoque! Es decir, estoy segura de que todo el mundo piensa lo mismo.

—Yo no pienso eso.

Cherry negó con la cabeza y las campanitas volvieron a tintinear. Intentó quitárselas de nuevo.

—Ay, Stacia, por favor.

—Cherry, ¡yo nunca pienso en tu peso!

Llegó el turno de Cherry de enfurecerse.

—Eso es mentira —dijo e hizo un ademán con la mano que no tenía ocupada en el pelo—. ¡Hablamos de tu peso todo el tiempo!

—Bueno, ahí está, ¡hablamos de mi peso!

—Entonces ¿quiere eso decir que te obsesiona la curva diminuta de tu estómago, pero que nunca has notado los cuarenta kilos de más que llevo yo encima?

—Cherry, por favor, tú no tienes cuarenta kilos de sobrepeso.

—Sí que los tengo. Todo depende de la gráfica de obesidad que se use.

—¿Por qué estamos hablando de esto siquiera? —exclamó Stacia.

—¡No lo sé! —dijo Cherry sintiendo que se estaba arrancando pelo mientras desenredaba las campanitas—. ¡Tal vez porque me has preguntado por qué he roto con Russ Sutton!

—¿Has roto tú con él?

—¡Eso da igual!

—Pensé que te gustaba de verdad.

—Sí, me gustaba…, pero no puedo… Es solo que no puedo… — Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Se le desenganchó una de las trenzas.

—A ver. —dijo Stacia. Cogió la trenza de Cherry y le ayudó a engancharla de nuevo—. ¿Quieres que te deje las campanitas o que te las quite?

Cherry bajó los brazos.

—Quítalas.

—Creo que deberías dejártelas. Son muy monas.

—Igual estoy harta de verme tan mona.

Stacia empezó a quitarle las campanitas, llevándose con ellas algún pelo que otro.

—Me voy a ir a casa —dijo Cherry.

—Ay, no te vayas. Quédate a jugar a las cartas —suplicó Stacia.

—Creo que no sería buena compañía en este momento.

Tom había terminado de limpiar el garaje e incluso tal vez el sótano. El contenedor de basura ya no estaba en la entrada.

Cherry volvió temprano a casa del trabajo. Era un día nevado y las aceras estaban resbaladizas. Tom estaba en el vestíbulo secando a Stevie con una toalla. Todavía llevaba puestos el abrigo y las botas.

Alzó la vista en cuanto Cherry entró en la casa.

—Lo siento, solo estaba secando a Stevie. En un momento me iré para no estorbarte.

—No me estás estorbando, Tom —dijo Cherry.

Golpeó el suelo con las botas y se inclinó para desatárselas. Stevie se separó de Tom, se acercó a Cherry y le olfateó las piernas. Luego la empujó con la cabeza.

—Hola —le dijo Cherry—. Ya, siempre te preocupas —añadió. Stevie acercó el morro a la cara de Cherry—. No te gusta verme bocabajo, ¿eh?

Tom dejó la toalla sobre la caseta de Stevie.

—El garaje está increíble —dijo Cherry.

Él asintió.

—Lo único que falta son los armarios y, eeh…, el dormitorio.

—Oh —dijo Cherry y se puso de pie. La sangre se le subió de golpe a la cabeza.

Tom parecía tenso, pero Cherry no supo interpretar su expresión.

—Si quieres, puedes empaquetar mis cosas y ya estaría —dijo él.

—No. Pero… dame unos días para ordenar el cuarto.

—Por supuesto —contestó Tom al pasar junto a ella de camino a la puerta.

—¿Qué tal te fue en Los Ángeles?

—Bien —dijo—. Ya me voy, no quiero estorbar —dijo con un pie ya fuera—. Nos vemos.

—Nos vemos —dijo Cherry y se quitó las botas.

No había manera ni de limpiar ni de ordenar o preparar el dormitorio que habían ocupado los dos para que Tom entrara en él.

Cherry no podía sacar tanto de *sí misma* de ese lugar.

El simple hecho de imaginar a Tom allí le provocaba escalofríos. Le horrorizaba que viera sus joyas, sus cremas para la cara. Que

mirara la cama que habían compartido. Tal vez sí debía limitarse a empaquetar sus cosas… y acabar con el asunto de una vez por todas.

Abrió el cajón superior de la cómoda de Tom. Nunca había mirado sus cajones, ni siquiera cuando estaban juntos. Allí guardaba los calcetines, los calzoncillos, las corbatas que nunca había usado. En una caja de metacrilato había un pequeño reloj de Mickey Mouse que le había regalado su madre.

Cherry se sintió mal. Al tratar de cerrar el cajón de golpe, se atascó. Y, al empujarlo para cerrarlo, se pilló el dedo meñique y aulló de dolor.

Al cabo de un minuto o dos, entró Stevie en la habitación, andando pesadamente. Cherry todavía estaba frotándose la mano y resoplando. Desde que Stevie podía subir y bajar por las escaleras sin problema y le dejaba dormir en la cama, la barrera para bebés permanecía abierta todo el tiempo. Al final, Cherry se había rendido y aceptado que hubiera pelo de perro por toda la casa.

Stevie olfateó la barriga de Cherry y le empujó los muslos con la cabeza. Ella se apoyó en la cómoda para que Stevie pudiera pasar entre sus piernas.

—¿Has venido a rescatarme?

A Stevie no le gustaba que Cherry gritara o llorara. (Si hacía demasiado ruido mientras tenía sexo, empezaba a ladrar desde el piso de abajo). Cherry trató de imaginar una situación en la que las suaves embestidas de Stevie en realidad pudieran rescatarla… Si se quedara dormida en la bañera, por ejemplo, tal vez podría despertarla.

Cherry se inclinó y le acarició el costado.

—No eres muy útil, pero sí muy sincera.

Stevie levantó la cabeza y miró a Cherry a los ojos con más intención que nunca, casi como si fuera humana. Como las personas atrapadas en el cuerpo de un animal que salen en los cuentos de hadas.

Cherry suspiró.

—Por Dios, Stevie, siento que vas a pasar toda tu vida tratando de decirme algo y que yo nunca sabré de qué se trata.

Empezaba a hacer frío y se fue a por la chaqueta de plumón de ganso que guardaba en el armario del pasillo. Se dio cuenta entonces de que Tom se había llevado todos sus abrigos, chaquetas y botas; también todas las bufandas y los gorros de lana. ¿Los necesitaría en California?

Los paraguas, sin embargo, los había dejado.

Russ llamó a Cherry. No todo el tiempo, solo unas tres veces en unas tres semanas. También le envió un mensaje de texto: «Cherry, de verdad que querría hablar contigo. Querría verte».

«Aún no», contestó ella.

Lo echaba de menos, pero todavía estaba enfadada, y ese sentimiento se había filtrado a una capa más profunda y extensa de soledad y rabia. Ni siquiera le parecía que fuera algo específico sobre Russ. Cuando pensaba en él, siempre se enderezaba en el asiento, como si tratara de sentirse menos desparramada.

«¿Estás enfadada conmigo?», le escribió Stacia en un mensaje.

«No».

«¿Quieres hablar sobre Russ?».

«No, para nada».

«Estuve pensando y me di cuenta de que, si algo me llegara a pasar, QUIERO que trates de conquistar a Jim».

«Eso es asqueroso y demasiado extraño, pero creo que lo dices porque me quieres».

«Te quiero».

«Yo también te quiero».

El invierno llegó con temperaturas gélidas y neviscas por la tarde. Cada vez que nevaba, los empleados del edificio de oficinas de cristal de diecisiete pisos que albergaba la Western Alliance se ponían a mirar hacia la calle para ver si la nieve estaba cuajando.

Un día, cuando Meg Jones se dirigía a la salida, alrededor de las tres de la tarde, se detuvo en la oficina de Cherry. Se aproximaba una tormenta y faltaban solo unos días para Navidad. Cherry estaba

junto a su ventana, mirando fuera, contemplando el torbellino blanco.

—Deberías irte ya —dijo Meg—. Antes de que se complique el tráfico.

A pesar de que Cherry era hábil para conducir cuando había nieve en la carretera, detestaba hacerlo.

—Tal vez será mejor que espere a que todos los demás marquen un sendero a lo largo de Dodge.

—Te quedarás esperando hasta medianoche. He oído que van a cerrar la interestatal a Lincoln.

Meg se fue y Cherry salió poco después. La oficina ya estaba vacía.

El recorrido que normalmente le llevaba quince minutos duró hora y media ese día. Aunque los coches iban muy pegados, apenas se veía el parachoques del que iba delante. Cherry vivía en una zona alta de la ciudad y esa noche tuvo que revolucionar el motor para poder subir por la calle nevada hasta su casa. Como nadie había retirado la nieve, el coche se le fue hacia atrás la primera vez que lo intentó.

Se sintió aliviada cuando, justo en el momento en que se ponía el sol, logró por fin aparcar en su camino de acceso para coches. Había olvidado las botas de nieve en el trabajo, así que, cuando llegó al porche, los lindísimos zapatos tipo Oxford con borla que había usado ese día en la oficina estaban cubiertos de nieve.

En el jardín había huellas de patas… Parecía que Stevie había estado dando vueltas por allí. Adoraba la nieve.

Cherry subió por los escalones de la entrada y, cuando por fin entró en la casa calentita, se permitió relajarse. Stevie no llegó corriendo a saludarla. Seguramente ella y Tom aún estarían paseando. Stevie tenía suerte de que él estuviera todavía en Omaha, porque ella jamás la habría sacado a pasear con ese tiempo. Cuando el suelo estaba resbaladizo, era muy difícil controlarla. Stevie habría arrastrado a Cherry por toda la calle cual trineo.

Cherry se quitó los zapatos mojados y pulsó el interruptor, pero las luces no se encendieron. Lo intentó de nuevo. Luego fue a la cocina y trató de encender las luces de allí también. ¿Se habría ido la

electricidad? Podía ser solo un fusible… La casa era vieja y tenía muchos problemas técnicos.

La caja de los fusibles estaba en el garaje. Cherry se asomó por la ventana. Quizá era mejor que esperase a que Tom volviera y se hiciera cargo del asunto…

No.

Podía hacerlo ella misma.

Ya lo había hecho antes.

Como no tenía otras botas de nieve, se puso unas de goma y bajó con cuidado por los escalones de la entrada. Las botas resbalaban, pero al menos evitarían que se le mojaran más los pies.

Cuando llegó a la puerta del garaje, no a la grande, sino a la lateral, vio que estaba abierta.

Se asomó.

Vio a Tom entre las sombras con una pala de nieve. Estaba mirando el móvil.

—Hey. Hola —dijo Cherry—. Pensé que todavía estabais paseando.

—Acabamos de volver —dijo guardándose el teléfono en el bolsillo—. Solo iba a quitar la nieve de la acera de delante antes de irme.

—No tienes por qué hacerlo.

—No me llevará mucho tiempo —dijo Tom.

—Pero seguirá nevando de todas formas.

—Quitarla ayudará un poco.

Al ver que Cherry se encogía de hombros, Tom frunció el ceño.

—¿Venías a por la pala?

—No, venía a revisar la caja de fusibles.

—¿No hay electricidad?

—No lo sé, quizá solo sea en la planta baja.

Tom dejó la pala a un lado e intentó encender la luz del garaje, pero no funcionaba. Entonces abrió la caja de fusibles. Cherry se quedó detrás de él.

—Creo que no hay electricidad en general —dijo—. Tal vez se hayan congelado los cables.

—Espero que el corte no dure toda la noche.

—¿Tienes el móvil cargado? —dijo Tom, arqueando las cejas—. En el sótano hay un cargador de camping.

—Sí, está cargado, no tendré problema. Deberías volver a casa y ver si tu padre tiene electricidad.

—Sí, tal vez lo haga —dijo al tiempo que cerraba la caja de fusibles.

—Supongo que no echarás de menos las neviscas en California, ¿verdad? Aunque, por otra parte, también están los terremotos…

—Y los incendios forestales.

—Y los corrimientos de tierra, ¿no?

Tom la miraba con aire serio y los ojos entrecerrados, como si todavía le inquietara algo.

—Cherry, yo…

Ella esperó a que hablara.

—He firmado un contrato de alquiler —dijo—. En Pasadena.

—Oh —exclamó ella, asintiendo. Se volvió a recordar a sí misma que aquello no era una sorpresa, que sabía que Tom se mudaría de forma definitiva, y esa era la única razón por la que había vuelto—. Pensé que estabas buscando algo en Los Ángeles.

—Básicamente, es un suburbio de Los Ángeles.

—Ah. ¿Alquilarás un apartamento?

—No, una casa. Quería que tuviera jardín para Stevie. Si me gusta el lugar, tal vez compre algo después.

Cherry frunció el entrecejo.

—Te refieres a… ¿cuándo Stevie te visite? ¿Quieres que te visite?

Tom entrecerró los ojos aún más, parecía confundido.

—No, o sea… Ahora ya me la puedo llevar. He conseguido un sitio donde puedo tener perros.

Cherry apretó los dientes y sintió que las fosas nasales se le dilataban.

—Tom… No puedes llevarte a Stevie.

—¿Qué?

—Que no puedes venir y llevarte a Stevie así como así.

Tom sacudió la cabeza, confundido.

—Pero… Cherry, si estabas furiosa porque no me la llevé antes.

—No, ¡estaba furiosa porque me dejaste con ella!

—Es lo mismo.

—¡No, no lo es!

Tom hizo ademán de pasarse la mano por el pelo, pero llevaba puesto el gorro de lana.

—Me dijiste que era demasiado para ti, que no podías con ella. Dijiste que ni siquiera querías un perro. Dijiste que un perro no era un bebé.

—¡Porque un perro no es un bebé! —dijo Cherry casi gritando.

—Dijiste que te alegrabas de que hubiera vuelto para pasearla todos los días. De hecho, ¡actúas como si Stevie fuera una gran molestia!

—¡Tom, Stevie *es* una gran molestia!

—Entonces ¿por qué estamos discutiendo? —exclamó Tom, levantando las manos.

—¡Porque no te la puedes llevar! ¡Porque no me la puedes quitar! ¡No puedes llevarte todo!

Tom se inclinó hacia Cherry y ella sintió acercarse su gran pecho. Seguía gesticulando con los brazos.

—¡No me he llevado nada! ¡Llevo un año viviendo con apenas una maleta!

—¡Te llevaste todo! —gritó Cherry, o quizá más bien aulló—. ¡Te llevaste *todo*!

Tom se quedó sin palabras. Dio un paso atrás.

Cherry estaba jadeando; trató de recuperar el aliento.

—No puedes llevártela —dijo—. ¡Stevie! —Miró alrededor—. ¿Dónde está?

—Está dentro, en la casa —dijo Tom de mala gana.

—No, no está en la casa. Stevie… Ay, Dios mío. —Cherry corrió hacia la puerta del garaje. La abrió y, cuando salió a la nieve, se resbaló.

Tom estaba detrás de ella.

—¿Qué sucede?

—Dejé abierta la puerta delantera.

—Cherry, tranquilízate.

—¡Dejé la puerta abierta!

En los escalones de la entrada había nuevas huellas y, en el jardín, pisadas más grandes.

—Tom, ¡ha salido de la casa! —gritó Cherry. Stevie era el tipo de perro que salía corriendo.

—Veamos si no está en la casa.

—Yo pensé que estaba contigo.

Tom pasó a su lado y subió corriendo los escalones del porche. La puerta delantera aún estaba abierta porque, al salir, Cherry pensó que solo estaría fuera un momento y no quiso llevarse las llaves.

Tom gritó dentro de la casa.

—¡Stevie!

Cherry lo siguió.

—¿Stevie?

Tom subió por las escaleras pisando con fuerza y se dirigió a los dormitorios. Cherry revisó la planta baja. La puerta del sótano estaba cerrada.

—¿Stevie? —gritó Tom de nuevo.

Cherry se acercó al pie de las escaleras.

—¡No está aquí, Tom! ¿No has visto sus huellas en el jardín?

—Iré a buscarla —dijo Tom bajando por las escaleras.

—Voy contigo.

—No, quédate aquí.

—He dicho que voy contigo.

—Pero vas con un vestido, Cherry.

—Llevo medias de lana.

Tom meneó la cabeza y volvió a hacer un ademán con las manos, como dando a entender que Cherry no era su problema. Y no lo era.

Cherry lo siguió hasta el porche.

—¿Crees que debería dejar la puerta abierta por si regresa a casa o te parece que es una locura?

—Es una locura —dijo Tom y luego formó un cono con las manos alrededor de la boca—. ¡Stevie! —gritó.

—¡Stevie! —gritó Cherry también.

Los dos esperaron. Si alguien le hubiera preguntado a Cherry, no habría podido contestar cómo sonaba Stevie, no habría podido

describirlo. Sin embargo, en ese momento se esforzó por escuchar el tintineo de sus placas y su pesado jadear.

—La vamos a encontrar —dijo Tom—. Ha dejado un rastro.

Siguieron las huellas de Stevie por la acera. Se extendían por toda la manzana y luego hacia la calle, donde desaparecían bajo las huellas de neumáticos.

—Creo que se ha ido por aquí —gritó Tom desde el otro lado de la calle.

Cherry lo siguió. Había varias huellas de perro, pero la nieve caía con tanta rapidez que empezó a cubrirlas.

—Estas parecen pequeñas, ¿no? —dijo Cherry.

—Ajá… —contestó Tom—. Quizá… —Empezó a buscar en la dirección contraria.

Un vecino estaba quitando la nieve de su acera con una pala. ¿Por qué la gente no podía esperar a que terminara de caer?

—Disculpe, ¿ha visto a nuestra perra? —le preguntó Tom.

—¿La perra blanca grande?

—Sí.

—Hoy no. Pero, vaya, será difícil verla en medio de toda esta nieve.

—Gracias —dijo Tom, caminando de vuelta a donde estaba Cherry. Lo notó irritado—. Stevie tiene la cabeza negra —murmuró, y sacó unas llaves del bolsillo—. Vamos a por el coche, así cubriremos más terreno.

—¿Estás seguro? —preguntó Cherry—. Las calles están fatal.

—Las aceras no están mucho mejor que digamos. Además, te estás congelando.

—Estoy bien.

—Al menos abotónate el abrigo —dijo señalándola.

Cherry se abrochó solo un botón y empezó a caminar hacia la casa arrastrando los pies y tratando de no resbalarse.

—¡Stevie!

El coche del padre de Tom, un viejo Jetta, estaba aparcado en la calle.

—Vamos en el Subaru —dijo Cherry. El todoterreno tenía tracción a las cuatro ruedas. Abrió las puertas y enseguida le dio la llave a

Tom.

Él la cogió.

Cherry se subió al asiento del pasajero y vio a Tom ponerse detrás del volante y empujar el asiento hacia atrás. Quería gritar otra vez. Se volvió hacia la ventana y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Creo que deberías ir por el camino por el que normalmente paseas a Stevie.

—Cuando paseamos, vamos variando —explicó.

—Pero ella siempre trata de tirar de mí hacia el parque.

—Es un buen lugar para empezar —dijo Tom, y empezó a conducir, despacio.

Los dos bajaron las ventanillas y llamaron a Stevie.

No se podía llegar al parque sin bajar por la cuesta, pero Tom lo hizo con mucha cautela, pisando los frenos. Fue deslizándose de forma controlada mientras Cherry contenía el aliento. Cuando terminaron el descenso, giraron despacio hacia un lado.

A Tom le llevó uno o dos minutos reposicionar el coche para ir por la dirección correcta.

—¡Stevie! —gritó Cherry por la ventana. Estaba llorando de nuevo—. No me puedo creer que haya dejado la puerta abierta, ¡nunca lo hago!

—Pensaste que estaba conmigo, Cherry.

—Sí, porque no vino a recibirme cuando entré, y ella siempre viene a la puerta.

—Quizá estaba en el piso de arriba —dijo Tom—. En cuanto le quito la correa, siempre va directamente a buscarte. Si la barrera para bebés está abierta, claro.

—¡Stevie! —gritó Cherry.

Tom se detuvo junto al parque.

—¿Crees que deberíamos salir a buscarla?

—Sí —dijo Cherry mientras abría la puerta—. ¿Stevie?

—¡Stevie!

—Tal vez se fue en la otra dirección —dijo Cherry, tropezándose con el bordillo—. A Stevie le gusta la casa de los dálmatas.

—Tal vez fue para allá —dijo Tom, y sacó los guantes que llevaba en los bolsillos—. ¡Stevie!

El parque era muy extenso, tenía senderos que avanzaban de forma sinuosa entre los altos abetos. Había merenderos, una zona de juegos para niños en un extremo y una cancha de baloncesto en el otro. Lo cubría el equivalente a tres días de nieve, porque nadie la había quitado de los senderos. A Cherry le empezó a entrar nieve por la parte superior de las botas de lluvia.

—Madre mía —exclamó Tom.

Cherry alzó la vista y vio un coche bajando por la cuesta, pero nada despacio. El conductor perdió el control y el coche se precipitó hacia el Subaru Forester de Cherry, antes de girar y subirse a la acera.

Tom se separó de Cherry y empezó a correr hacia allí.

El conductor ya estaba tratando de retroceder, pero las ruedas delanteras no agarraban en la nieve. Tom corrió a la parte delantera del coche, se inclinó para empujar y lanzó todo su peso contra él. Las botas le resbalaron hacia atrás y los neumáticos chirriaron. Cherry pensó en el legendario John Henry y las locomotoras, y se preguntó si debía tratar de ayudar.

Por fin, el coche logró retroceder. Tom lo siguió sin dejar de empujar; luego se enderezó y se quedó observando mientras el conductor giraba un poco para retomar la carretera. Cuando pasó al lado de Tom, le dio las gracias con un gesto de la mano.

Tom también levantó la mano y enseguida se volvió hacia Cherry.

—¡Abróchate el abrigo! —gritó.

Cherry abrochó otro botón. Tenía los dedos tan fríos que le costó trabajo sentir el ojal.

Tom iba ya a su encuentro.

—¿Y si a Stevie la ha atropellado un coche? —le preguntó a Tom cuando estuvo lo bastante cerca para oírla—. Tal vez no la vieron por culpa de la nieve.

—Stevie tiene la cabeza negra —repitió—. Además, recuerda que para ella no es un problema moverse en este clima, nació para ello.

Cherry asintió.

Tom ya estaba a su lado. Se quitó el gorro y se lo dio. Ella lo cogió y lo retorció con los dedos.

Tom le señaló la cabeza y ella se puso el gorro. Todavía conservaba el calor de la de Tom.

Tom se volvió a separar de ella.

—¡Stevie!

—¡Stevie! —gritó Cherry también.

Los dos se adentraron más en el parque.

—¿Stevie?

—¡Stevie!

En la nieve había un rastro de huellas de perro que comenzaba a desvanecerse. También se desvanecían las huellas de la gente que había pasado por ahí.

Cherry estaba llorando, sentía el rostro entumecido. De pronto pisó mal y sus botas de goma comenzaron a hundirse. Tom alcanzó a cogerla por el brazo.

—Creo que deberíamos volver a casa —dijo.

—No, tenemos que seguir buscándola.

—Me parece que deberíamos volver y que tú deberías quedarte en casa por si vuelve.

—No creo que sepa cómo volver. Es una perra muy inteligente, pero para algunas cosas es torpe.

—De todas formas, creo que deberíamos volver.

Cherry trató de enjugarse las lágrimas, pero ni siquiera se sintió los dedos al tocarse la cara.

—Todo esto es culpa mía. Si algo le sucede a Stevie, será culpa mía.

—No, Cherry, no es culpa tuya.

—Entonces ¿de quién es?

—¿Forzosamente tiene que ser culpa de alguien?

—No —dijo Cherry tratando de limpiarse la cara—. A menos que sea mía.

Tom se quitó un guante y la cogió de la mano.

—¡Madre mía! —exclamó mientras se la apretaba—. Te estás congelando.

Entonces se puso la otra mano bajo el brazo para quitarse ese guante también, pero el guante cayó al suelo. Cogió las manos de Cherry entre las suyas y comenzó a frotarlas. Él tenía la piel seca y fresca.

—Vamos a volver a casa ahora mismo.

—Pero no podemos rendirnos, tenemos que encontrar a Stevie.

—No nos estamos rindiendo.

Cherry arrugó todo el rostro y dejó caer la frente hacia delante.

—Oye… —Tom la atrajo hacia él. La rodeó con un brazo. Cherry se apoyó en su pecho—. Escucha, Stevie tiene la constitución de un oso polar —explicó—. Y, además, quiere a todo el mundo. Estoy seguro de que jugará hasta cansarse y luego se acercará a la casa de alguien y ladrará hasta que la dejen entrar. De hecho, tal vez esté ya en casa de alguien comiendo estofado de ternera y bebiendo leche caliente.

Cherry pudo imaginarlo, pero no dejaba de llorar.

—Y, en ese caso, tal vez traten de quedarse con ella.

—Bueno, eso resolvería *uno* de nuestros problemas…

Cherry se rio un poco.

Y luego Tom se rio también y su pecho se elevó ligeramente.

—Deja que te lleve a casa —dijo.

Cherry lloró un poco más. Sentía frío en todo el cuerpo y tenía los pies mojados. Era probable que se le hubieran empezado a congelar. Si se le congelaban los pies, ¿cómo llegaría al hospital con ese tiempo?

—Vale —dijo entre lágrimas.

De pronto, algo chocó con su muslo. Por un instante pensó que se trataba de otro coche moviéndose lentamente, pero, cuando miró hacia abajo, vio a Stevie.

—¡Stevie!

Stevie le saltó encima y luego se bajó de otro salto.

—¡Stevie Nicks! —gritó Tom.

—¡Stevie! —gritó Cherry.

Stevie ya estaba alejándose a toda velocidad. Tenía una forma especial de galopar en momentos como ese, cuando jugaba a que la

atraparan. Corrió hacia Tom y, cuando él trató de atraparla, se alejó mirando hacia atrás. Parecía sonreír de oreja a oreja.

—¡Eres una perra malvada! —gritó Cherry.

—¿Lo ves? —dijo Tom—. Se encuentra bien, se lo está pasando de maravilla.

—¡Stevie!

—¡Ven, Stevie! —gritó Tom al tiempo que cerraba el puño y lo acercaba a su cuerpo.

Stevie dejó de galopar y se le quedó mirando.

—Ven.

Stevie volvió hacia él trotando.

Tom permaneció inmóvil para mostrarle que no jugaba.

En cuanto Stevie se acercó, alzó el puño.

—¡Sentada!

Stevie se sentó.

Tom se agachó y agarró el collar de Stevie. Alzó la vista hacia Cherry.

—¿Te pones mis guantes?

43

Durante todo el camino hasta el coche, Stevie trató de escaparse de Tom. Quería seguir jugando.

Tom abrió la puerta trasera y Stevie lo obligó a subirla al coche. Seguía tratando de girar y de saltarle por encima del hombro.

—Te estás portando muy mal, Stevie —dijo Cherry.

—Sube al coche y enciende la calefacción —le dijo Tom a Cherry.

Cherry hizo lo que le indicó Tom y puso las manos frente a la rejilla de ventilación, a pesar de que el aire todavía salía frío.

Tom subió al coche. Tenía las orejas coloradas y el pelo enroscado sobre ellas.

Al volver a la casa, fue por una ruta larga y enrevesada para evitar la empinada cuesta. Stevie se pasó al asiento de atrás. Normalmente la ponían en el maletero y enganchaban su correa.

—No dejes que pase para acá —dijo Tom.

Stevie estaba jadeando. Cherry le acarició la cabeza y la empujó hacia atrás.

—Venga, Stevie, tranquilízate. Sentada —dijo Cherry; los dedos le hormigueaban—. Creo que nunca la había visto tan feliz.

Tom suspiró. En cuanto llegaron, azuzó a Stevie para hacerla entrar en la casa. Aún no había electricidad, Cherry tuvo que encender la linterna del móvil.

Sin electricidad, tampoco funcionaría la calefacción, pero dentro de la casa hacía mucho menos frío que fuera.

—Ven, vamos a secarte —le dijo Tom a Stevie mientras cogía la toalla que siempre dejaban sobre su caseta.

Cherry se quitó las botas de lluvia y las medias de lana. Estaban completamente mojadas. Alcanzó a ver los ojos de Tom en medio de la oscuridad. Su rostro. Le miraba las piernas.

Tom alargó la mano y le sujetó el tobillo. Ella permaneció completamente inmóvil. Estaba palpándole los dedos de los pies. Luego apartó la mano.

—Sube y date un baño con agua caliente mientras todavía haya —dijo.

Cherry quería discutirle.

—Pero ¿no será peligroso? ¿Y si tengo los pies congelados?

—No creo que tengas los pies congelados, pero búscalo en Google. Yo buscaré el cargador de camping.

—Ten cuidado con las escaleras —dijo ella.

—Tú también.

Cherry buscó «congelación corporal» en Google y vio que tenía que darse un baño con agua caliente.

Dejó el móvil encendido sobre el lavabo y, en cuanto metió los pies en la bañera, comenzaron a arderle todas las zonas donde Tom la había tocado.

Se quedó sumergida hasta que sintió el cuerpo más caliente que el agua. Luego se vistió con cuidado en medio de la oscuridad. Se puso un sujetador, el pijama de elefantes, un jersey y unos calcetines gruesos. Luego cogió un par de calcetines limpios para Tom y bajó a la planta principal.

Lo encontró en la cocina. Había encendido una vela de vaso que olía a galletas de azúcar.

—El cargador de camping está sin batería —dijo Tom.

—Lo siento.

—Lo recargaré mañana.

Stevie le estaba olfateando las piernas a Cherry; siempre le había intrigado el aroma a jabón. Cherry le acarició la cabeza y le rascó la espalda.

—¿Había agua caliente todavía?

—Sí —contestó Cherry—, gracias. Creo que aún queda un poco.

—Yo estoy bien.

—Te he traído calcetines secos —dijo Cherry, y los dejó sobre la encimera de la isla.

—Los calcetines los iré sacando de la casa de par en par —Cherry no se rio—. Bueno, ya te dejo de estorbar.

—Tom, no puedes volver a tu casa en estas condiciones.

—No pasará nada, conduciré con cuidado.

—Pero no hay razón para hacerlo. No arriesgues tu vida solo por resentimiento hacia mí.

—No es lo que… —empezó a decir, pero se detuvo y soltó una bocanada de aire—. ¿Cuándo he hecho algo solo por resentimiento hacia ti?

—No lo sé —dijo Cherry sin dejar de mirar a Stevie—. Pero, en todo caso, no empieces ahora.

Tom no dijo nada en un rato.

Tampoco ella.

—Iba a cenar una pizza que quedó de ayer —dijo Cherry—. Estará igual de buena fría.

Tom asintió.

Cherry llevó la pizza a la sala de estar.

Tom llevó la vela. Encendió otra, de bergamota y cedro, y colocó las dos sobre la mesa de centro.

—¿No tenemos velas que no tengan aroma?

—No lo creo.

—Voy a pedir un kit de emergencia por Amazon, con velas y más linternas.

—Vale —dijo Cherry mientras se sentaba en un extremo del sofá y abría la caja de la pizza que había pedido a domicilio la noche anterior para ella sola. A la mierda el nivel de azúcar en sangre.

Tom se sentó en el otro extremo del sofá y Stevie saltó y se acomodó entre los dos. Él se inclinó hacia adelante para evitar que la perra apagara las velas agitando la cola. Cherry le pasó una ración de pizza envuelta en una servilleta de papel y Stevie trató de olerla.

—No —dijo Tom—. A ti no te toca comida de humanos. —Se quedó mirando a Cherry—. ¿O sí?

—No. Dijiste que estropearía su buen comportamiento.

Stevie se sentó y apoyó el hocico en la pierna de Tom. Se había rendido, no trataría de pedir más pizza.

Tom miró a Cherry con el entrecejo fruncido de nuevo.

—No sabía que querías quedarte con Stevie.

—No puedo hablar de eso en este momento —dijo Cherry—. Sería demasiado.

—Pero yo…

—Tom, por favor —dijo Cherry comenzando a llorar. Estaba cansada de llorar. Si hubiera podido, se habría sellado los conductos lagrimales—. Por favor.

Tom no argumentó ni agregó nada más, y ella lo agradeció. Estaba exhausta y empezaba a sentir frío de nuevo. Trató de masticar la pizza.

Tom le acarició la cabeza a Stevie mientras comía.

Cherry sorbió sus lágrimas y trató de contenerse.

Masticó.

Y volvió a sorber.

—A veces… —dijo en voz baja—, cuando nos sentábamos en el sofá o cuando esperábamos a que el semáforo se pusiera en verde, cuando solo estábamos en silencio, sin mirarnos…, sentía como si estuviéramos en una viñeta de *Jueves.*

Tom se volvió hacia ella.

—Como… —continuó Cherry—, como en una de esas viñetas que no parecen ser sobre nada en particular… hasta que de verdad piensas en ellas o hasta que, un mes después, comprendes de qué trataban … —dijo sorbiendo—. A veces, de verdad podía vernos justo como en el cómic.

Tom no dejaba de mirarla, de escucharla. Parecía triste.

Cherry rio y sacudió la cabeza como si supiera que estaba siendo patética.

—A veces —dijo Tom—, cuando estábamos sentados en el sofá o en el coche, o cuando estábamos en el hospital porque mi padre estaba enfermo…, yo estaba dibujando viñetas en mi cabeza.

Cherry asintió y se inclinó para coger otra ración de pizza.

—¿Por qué El Tipo y Baby nunca adoptaron un perro?

Tom bajo la vista, miró a Stevie y le rascó detrás de las orejas. Hizo una mueca.

—En ese momento yo ya era famoso y no me pareció justo hacerla famosa a ella.

Los dos se quedaron contemplando a Stevie un rato. Era algo que solían hacer cuando era cachorrita: sentarse y observarla mientras hablaban. O mientras se quedaban en silencio.

—Creí que no leías *Jueves…* —dijo Tom.

—No lo leía —dijo Cherry—. No habitualmente. Ni durante mucho tiempo.

Tom asintió. Seguía mirando a Stevie y parecía agobiado. Apesadumbrado.

—No porque no me gustara —aclaró Cherry—. Me gusta. Era solo que quería darte tu espacio.

—Creo que sabía que era por eso.

—¿Tú querías que leyera *Jueves*?

Tom la miró y sonrió débilmente, pero seguía pareciendo triste.

—En realidad no.

Cherry asintió y se enjugó las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano y luego con una servilleta de papel.

—Quizá te di demasiado espacio.

Tom dejó sobre la mesa la ración de pizza a medio comer.

Le acarició la cabeza a Stevie con las dos manos y ella giró y se puso panza arriba. Él le frotó el cuello y la barriga.

Cherry le dio unas palmaditas en el trasero.

—¿En la película hay escenas así?

—Así ¿cómo?

—Como las viñetas apacibles que no parecen tener ningún sentido.

Tom emitió un sonido, una especie de «Eeh» que sonó más bien a risa.

—Ajá. Supongo que son mi seña de identidad. —Se volvió hacia ella de nuevo—. ¿La vas a ver?

—¿Quieres que la vea?

—No —dijo negando con la cabeza.

Cherry frunció los labios y negó con la cabeza también, tratando de contener otra marejada de lágrimas. Cuando sintió que había pasado, respondió:

—Entonces no la veré.

En ese momento se encendieron las luces. Todas, en toda la casa.

Cherry y Stevie dieron un salto. Tom volvió a inclinarse para evitar que la perra tirara los vasos de las velas con la cola. Cherry las apagó de un soplido.

—Vaya, qué rápido —dijo.

Tom se puso de pie.

—Sí… —dijo sacudiéndose el pelo de Stevie—. Bueno, pues ya está. Ahora sí que supongo que será mejor que…

—¿Qué dices? Las calles siguen en muy mal estado.

—Conduciré con cuidado. Despacio.

—Tom…

Tom la miró a los ojos, parecía angustiado. Le recordaba a Stevie, como si estuviera deseando con desesperación que Cherry le leyera la mente.

Y podía hacerlo.

Tom se sentía fatal allí. En esa casa. A su lado.

Prefería morir en una tormenta de nieve, chocar con una quitanieves o perder el control del coche en medio del tráfico que pasar un minuto más en esa casa muerta, con sus recuerdos muertos.

—¿Me enviarás un mensaje para decirme que has llegado bien a casa? —preguntó Cherry.

Tom asintió.

Cherry también asintió.

Tom se puso el abrigo, se despidió de Stevie y salió a toda velocidad por la puerta.

Cherry esperó despierta a que le enviara un mensaje, y el hecho de que tardara tanto tiempo la tranquilizó, pues seguramente era porque iba conduciendo despacio, como le había dicho que haría.

Al final se encendió la pantalla del móvil.

«He llegado bien».

44

—De todas formas, no lo conseguiría —dijo Cherry—. Meg Jones no sabe ni mi nombre.

Tom frunció el ceño.

—Meg Jones sabe cómo te llamas.

Iban de vuelta a casa del trabajo. Tom se había ido a vivir al apartamento de Cherry y sus respectivas oficinas quedaban a solo unas calles de distancia, así que era lógico que fueran y volvieran en el mismo vehículo.

Cherry era la que siempre conducía porque su coche estaba más limpio y, además, funcionaba mejor en la nieve. Esa noche nevaba; los limpiaparabrisas iban a su máxima potencia.

Cherry negó con la cabeza.

—La última vez que presenté algo en una reunión con Meg Jones, el único comentario que le hizo a Doug fue: «¿Qué llevaba puesto esa chica?».

—¿Y qué llevabas puesto?

—Mi chaleco del caracol —dijo Cherry refiriéndose a un chaleco de lana con un caracol bordado en el pecho que llevaba gafas y leía un libro.

—Qué mono —dijo Tom, sonriendo.

—Y una chaqueta de vestir encima —añadió Cherry.

—Siempre muy profesional.

—¡No sé por qué importa lo que me ponga!

—No importa… Oye, déjale un poco de espacio a ese tipo.

—¿Qué tipo?

Tom señaló el coche que tenían delante.

—Le estoy dejando espacio.

—Lo sé —dijo Tom—, es solo que…

—No voy a solicitar el puesto —dijo Cherry—, no me lo van a dar.

—Al menos podrías intentarlo. En realidad, ya diriges el departamento.

Cherry hizo una mueca.

—No me parece justo para Doug…

—Doug sería el primero que te recomendaría que lo hicieras.

—Sí, pero…

El coche de delante frenó de golpe y ella tuvo que hacer lo mismo. Tom apoyó la mano en el salpicadero. El vehículo se deslizó poco más de un metro.

Cherry esperó a que el tráfico empezara a avanzar de nuevo. Estaba nevando con mucha intensidad.

—Ni siquiera sé si quiero trabajar para el ferrocarril —confesó.

—Ya trabajas para el ferrocarril.

—No sé si quiero *quedarme* ahí.

—No tienes que quedarte.

—No estoy haciendo nada *artístico*. De hecho, no estoy haciendo nada.

—Oye, eso no es verdad —dijo Tom, mirándola preocupado.

—Tú no querrías hacer el trabajo que yo hago —dijo Cherry. En ese momento, tuvo que volver a detenerse con brusquedad, y el sistema de frenado se activó y crujió.

—Yo no podría hacer el trabajo que haces, Cherry. Nadie de tu departamento puede hacerlo. Cada vez que te coges un día de vacaciones, el lugar entero colapsa —dijo Tom al cabo de un instante.

—Bueno, es solo que me gusta hacer que las cosas funcionen —dijo Cherry comenzando a llorar. Era vergonzoso, los ejecutivos de los ferrocarriles no lloraban. Tampoco los asistentes de los directores.

—Lo sé, *baby*… Tienes derecho a que te guste —dijo Tom mirándola con ternura. Cuando sus miradas se encontraron, él señaló a la carretera con la cabeza.

Cherry volvió a concentrarse en el coche que tenía delante.

—Nunca me ascenderán, Tom.

—Si no te ascienden, puedes marcharte —dijo Tom, muy serio.

—¡No quiero marcharme, Tom! —contestó ella con voz tensa.

—¡Nadie te obliga! Pero ya estás haciendo el trabajo, Cherry. Por lo menos, que te den también el puesto, el sueldo y el despacho más grande que te corresponde. Nadie ahí… —empezó a decir Tom, pero Cherry frenó otra vez de sopetón—. A ver —dijo en voz baja—, te voy a pedir que pares y aparques.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó ella, enjugándose las lágrimas con la manga del abrigo.

—Porque… —dijo Tom con el ceño fruncido—. Es solo que… necesito conducir.

—Yo puedo hacerlo.

—Lo sé, pero… necesito hacerlo.

—No es culpa mía que esté nevando, Tom.

—Lo sé.

—Lo estoy haciendo bien, ¿no? —dijo. El sistema antibloqueo se activó de nuevo con un fuerte chirrido—. Se supone que los frenos tienen que sonar así, ¿no?

Tom tenía las dos manos en el salpicadero.

—Cherry, te quiero, pero…

—Me quieres, pero ¿qué?

—Pero… ¡conduzco mejor que tú!

—Tom. ¡Qué machista es eso!

Tom se rio; parecía estresado.

—No es machista, ¡es la verdad! Déjame conducir, así podrás seguir hablando, pero llegaremos a casa sanos y salvos.

Se estaban acercando a una gasolinera. Cherry giró en la entrada y el coche patinó un poco. Lo aparcó, se bajó y dejó la puerta abierta. Tom también se bajó. Ella no lo miró cuando se cruzaron.

Tom ocupó el asiento del conductor y lo ajustó. Como nunca había conducido el coche de Cherry, le llevó un instante acostumbrarse a la palanca de cambios, pero ella no dijo nada.

Tom se reincorporó a la carretera.

Cherry nunca había visto las calles en tan malas condiciones. Se sintió bastante superior cuando Tom tuvo que frenar de golpe, pero no tanto cuando vio que el coche no patinaba.

—Puedes hablar —dijo Tom sin mirarla.

—No tengo nada que decir —dijo Cherry.

Tom no la presionó.

Cherry miró las luces de los coches que había delante. Vio un SUV patinar y pasarse un semáforo en rojo sin querer. Hasta entonces, había tenido la mandíbula apretada por el enfado… En ese momento la apretaba por el miedo.

La calle de su apartamento era la más traicionera de todas. Se quedaron atascados varios minutos. Tom tuvo que hacer rodar el coche hacia atrás y hacia delante varias veces hasta que por fin logró avanzar.

Aparcó frente a su edificio, quitó la llave del encendido y se la devolvió a Cherry.

—Lo siento —le dijo, pero Cherry no contestó—. No conduces mal —agregó.

—No —dijo ella de forma cortante—. Solo que tú lo haces mejor.

—Cherry…

—Es verdad, conduces mejor.

Tom se había vuelto hacia ella.

—Te seguiría adonde fuera —dijo. Su voz sonaba distinta. Franca.

Cherry siempre discutía mucho con su novio de la universidad, pero con Tom casi nunca peleaba porque él no se enfadada, más bien se quedaba callado.

No lo miró.

—Lo digo en serio —insistió Tom—. Yo te pondría a cargo de… todo.

—Excepto del coche.

—Cherry…

Ella lo miró y sintió que empezaba a llorar de nuevo.

—No estaba tratando de ponerte en peligro, Tom.

Tom la cogió de la barbilla.

—Oye, lo siento.

—No lo sientas —dijo ella haciendo un ademán con la mano—. Hemos llegado a casa sanos y salvos. Conduces mejor… y no hay problema.

Tom la estaba mirando a los ojos con mucha franqueza. Cherry no estaba acostumbrada a tanta. Parecía que a Tom le estaba

costando trabajo decir algo.

—Tú puedes conducir… a todos los demás sitios, ¿de acuerdo?

—¿Cuando no nieve?

Tom cerró un ojo.

—No… A partir de ahora, siempre quiero conducir yo, haga el tiempo que haga. Lo que quiero decir es que tú puedes conducir cuando no estemos en el coche.

Cherry negó con la cabeza.

—¿Qué estás tratando de…?

Tom rodeó su mentón con el pulgar.

—Lo que quiero decir es que… —dijo con una voz aún más grave — estoy a tu servicio.

Cherry volvió a sacudir la cabeza.

—Solo necesitas decirme a dónde ir.

Hablar de ciertas cosas con Tom era difícil.

De las cosas personales.

De su familia. Del trabajo. De *Jueves*. De sexo. Del futuro.

(Eran muchas cosas).

Era como si todo lo importante lo mantuviera en una parte muy muy profunda de sí… Como si tuviera que hacer una excursión de tres días por una tierra salvaje para llegar a sus sentimientos, y luego hacer otra excursión de tres días para volver a la superficie y compartirlos con ella.

(¿Los había enterrado él mismo en un lugar tan profundo? ¿O siempre habían estado guardados ahí por naturaleza?).

Tom habría hecho cualquier cosa por Cherry.

De hecho, le gustaba hacerlo incluso antes de que ella se lo pidiera. Le gustaba anticiparse a sus deseos. Llegar de pronto con el almuerzo. Reparar algo antes de que a ella se le ocurriera quejarse siquiera. Descubrirle algo de lo que nunca hubiera oído hablar, pero que la hiciera sonreír.

En el mundo perfecto de Tom, tal vez nunca hablaban. O, quizá, era él quien nunca hablaba. (En *Jueves*, El Tipo se pasaba meses sin tener un globo de diálogo). Tom era reservado por principio, quizá

por naturaleza, y Cherry no quería sacarle ni los sentimientos ni los recuerdos como si fueran dientes.

Aún no sabía si había salido con alguien antes de ella, nunca se lo había preguntado. Sentía que preguntarle cosas así habría sido… una intrusión. (Que mencionar a cualquier persona que hubiera estado antes habría sido una herejía).

La primera vez que se acostaron, Tom titubeó muchísimo. Cherry tuvo que desnudarse ella misma, tuvo que cogerle las manos y colocarlas sobre su pecho.

Él era demasiado *reverente*. Hacía sentir a Cherry como si fuera algo peculiar y nuevo. Como una primera edición.

Pero ella no sabía entonces que esa había sido su primera vez. Y seguía sin saberlo.

Stacia no podía creer que Cherry no hablara con Tom de algunas cosas, sobre todo porque siempre era muy directa.

—Es solo que… no puedo —decía.

—¿Por qué? ¿Qué va a hacer? ¿Gritarte?

—Claro que no.

—¿Contestarte mal?

—No, es solo que me doy cuenta de que lo incomoda.

—¡Ay, no! ¡Dios nos libre de que se incomode!

—No lo entiendes, Stacia. Incomodar a Tom es como… incomodar a una montaña. O a un volcán.

—¿Por qué? ¿Porque entrará en erupción?

—No. —Tom nunca entraba en erupción—. Más bien, se volverá más grande y rocoso, y modificará todo el paisaje de una manera que afectará los patrones climáticos durante siglos y siglos.

—Cherry, eso que dices no tiene lógica.

—No la tiene para ti.

No, porque Stacia no estaba casada con un tipo cuyos estados de ánimo afectaran al clima.

Pero ese no era un recuerdo útil.

No reflejaba bien a Tom.

Dejaba a un lado toda la ligereza.

La magia cotidiana de vivir con él, la magia de Cherry y Tom juntos.

—Cómprala —dijo Tom.

—Pero ¿qué vamos a hacer con una vajilla completa?

—Comer en ella. Son solo platos.

—Ya tenemos platos.

—Cherry, no venimos a los mercadillos porque necesitemos cosas, venimos porque nos gustan las cosas.

Cherry levantó un plato llano y contempló el destello del ribete dorado.

—Son muy bonitos. Con las rosas y el verde absenta.

Tom ya había oído suficiente.

—Entonces nos los llevamos.

—Piden trescientos dólares por todo el juego.

—Claro —dijo Tom—. Y yo quiero un poni.

Cherry se rio.

—Tom, eso es verdad, quieres un poni. Todos los perros que me enseñas son del tamaño de un caballo pequeño.

—Ah, veo que les has gustado esa vajilla… —dijo una de las personas que dirigía la venta, acercándose a ellos. El hombre parecía tener más de setenta años y daba la impresión de estar interpretando el papel de un anticuario en una película. Llevaba chaleco, tenía las mejillas sonrosadas y las gafas en la punta de la nariz—. Es un juego completo.

—Me parece que le hace falta la salsera… —En los mercadillos y en las subastas, Tom se convertía en una persona distinta. Hosco y obstinado hasta el ridículo. Tal vez era así como se comportaba con sus compañeros de trabajo.

—Hecha en Inglaterra —dijo el hombre—, y casi sin uso.

—Claro, ¿quién usa una vajilla? —dijo Tom—. La dejas guardada en la vitrina hasta que llegue la hora de que tus herederos vendan tus enseres al mejor postor.

—Exacto —dijo Cherry.

Tom la miró por encima del hombro del anciano y frunció el entrecejo.

Ella levantó una fuente con patas. Era preciosa.

—Ese es un diseño muy peculiar —señaló el hombre, inclinándose hacia Tom como si le estuviera diciendo un secreto—. Su encantadora esposa tiene buen ojo.

Pero no era la esposa de Tom, era su novia.

Cherry alzó la vista y lo miró. Tom no sonreía, pero le brillaban los ojos.

—Pues respecto a eso… —dijo—. No puedo discutir con usted.

Cherry sonrió. El hombre se llevó la mano al corazón de forma teatral.

—Madame, por favor, no estaba preparado para esa sonrisa.

Cherry se rio y puso los ojos en blanco.

—Debería dejarle a ella la negociación —le dijo el viejo a Tom.

—Los platos son preciosos, pero no podemos permitírnoslo —dijo Cherry.

—Verá, creo que estoy dispuesto a dejárselos en cien dólares —dijo el hombre.

—Setenta y cinco —intervino Tom.

El hombre miró a Cherry y ella sonrió.

—Vajilla vendida —dijo— a la adorable joven que no permitirá que estos platos se mueran en una vitrina.

Tom pagó en efectivo. El hombre parecía reacio a desprenderse de la vajilla. De pronto, miró a Cherry y negó con la cabeza.

—¿Pecas y hoyuelos? ¡Eso ni siquiera debería ser legal! —exclamó.

—Ese hombre no tiene ni idea —dijo Tom mientras se alejaban.

A Cherry la ascendieron y la hicieron asistente del jefe del departamento y, luego, jefa del departamento. Después la pusieron a cargo de varios departamentos.

Y el apoyo de Tom fue inquebrantable a pesar de que no le caían bien los compañeros de trabajo de Cherry y de que, en el mejor de los casos, el ferrocarril le importaba un comino. La escuchaba, le

ayudó a desarrollar una estrategia. Nunca permitió que se sintiera sola cuando le expresaba su frustración. (La Western Alliance recibió una cantidad enorme de asesoramiento gratuito mientras él y Cherry cenaban juntos).

Era temprano, una noche entre semana, el año que Tom renunció a su puesto.

Los dos estaban cansados y hambrientos. De camino a casa, al volver del trabajo, se habían parado en una tienda de alimentación, y Tom se había puesto a guardar la compra mientras Cherry empezaba a cocinar la cena. Él se quejaba de una ejecutiva de cuenta.

—Es tan literal… —dijo—. No hace falta usar la palabra «empleo» en todos y cada uno de los encabezados de las ofertas de trabajo. Si alguien no entiende que el anuncio es sobre empleo, entonces es que directamente no es lo bastante inteligente para trabajar con trenes. Le pregunté si hacía falta que los restaurantes colgaran letreros que dijeran «comida» en la ventana…

Cherry estaba troceando los pepinos, pero en ese momento apartó la vista de la tabla de cortar.

Tom la miró.

—¿Qué ocurre? ¿Te has cortado?

—Esa indicación era mía —dijo—. La de los anuncios de contratación.

Tom dejó que la puerta del frigorífico se cerrara sola.

—Ah… —Parecía estar reflexionando—. Vale.

—Se trata de vallas publicitarias, Tom —dijo Cherry—. Necesitamos que sean obvias.

Tom sonrió un poco. Se le habían hundido los hombros.

—Tienes razón, los cambiaré.

—Puedes debatir conmigo, si quieres —dijo Cherry con el ceño fruncido.

—No voy a debatir contigo, eres la jefa.

Cherry negó con la cabeza.

—Tom, no quiero que estés de acuerdo conmigo solo porque soy el cliente.

Tom caminó hasta ella y apoyó la mano en su cadera.

—No lo estoy haciendo, no es eso lo que he querido decir.

—Has dicho que era la jefa…

Tom se encogió de hombros y la miró a los ojos.

—Porque eres la jefa.

Cherry volvió a fruncir el ceño.

Tom estaba frente a ella. Chocó su cadera contra la suya.

—Confío en tu juicio.

—Pensabas que era una indicación estúpida cuando te lo dijo Katie…

—Katie es idiota.

—… pero luego, si lo digo yo…

—Tú no lo eres.

—Tom, quiero que seas sincero conmigo.

Tom la cogió de la barbilla.

—Estoy siendo sincero contigo, Cherry.

—No puedes hacer todo lo que yo diga en el trabajo solo porque sea tu mujer.

Tom inclinó la cabeza.

—¿No te facilitaría eso la vida?

—No quiero que mi vida sea *fácil*, quiero que sea buena.

Tom parecía sonreír con la mirada. Se acercó y la besó.

Ella le devolvió el beso sin entusiasmo.

—Quiero que discutas conmigo —le dijo.

—No me gusta discutir contigo —murmuró—. Porque, si llego a discutir contigo, por lo general significa que estoy equivocado —dijo alejándose un poco para mirarla a los ojos.

Y después se dejó caer con suavidad de rodillas frente a ella.

Cherry se sorprendió.

—Tom.

Tom levantó la barbilla.

—*Baby*… —susurró.

Ella negó con la cabeza.

—Tú eres la jefa —dijo Tom.

Cherry no estaba segura de si estaba tomándole el pelo. Se le veía un brillo en los ojos, pero no se reía. Cherry negó con la cabeza y le pasó la mano por pelo, tironeándole un poco.

Tom dejó caer la cabeza hacia atrás y puso las manos en los muslos de Cherry.

—No quiero ser la jefa —dijo ella en voz baja.

—¿No? —preguntó sonriendo muy sutilmente.

—No quiero ser tu jefa —dijo ella mientras le acariciaba la cabeza con la punta de los dedos.

Tom sonrió un poco más, como si no la creyera.

—Tom —insistió Cherry, sin saber en qué estaba insistiendo. Le empujó la cabeza un poco más atrás.

Tom se lo permitió, aún la miraba con emoción.

—Quiero que tu vida sea fácil y buena —dijo él.

45

Hoy, 14.08

Joy
Solo quería que supierais que Jeff y yo HEMOS DEJADO de TOMAR GLUTEN, así que nada de lo que llevaré para Navidad tendrá gluten!!

Honny
Qué asco.

Cherry
Gracias por el aviso.

Joy
Menudo apoyo!

Honny
No pretendía ser un apoyo.

Cherry
Qué quieres, Joy, una galleta?

Faith
Mi estofado de boniato no tiene gluten, me parece. Los malvaviscos tienen gluten?

Cherry
Lo de la galleta era un chiste sobre el gluten.

Honny
Yo lo pillé, Cherry.

Joy
Esto es serio. Jeff tiene inflamación!!!

Faith
¿Dónde?

Joy
De manera general, creo.

Honny
Joy, de verdad quieres comer sin gluten en Navidad? Es solo un día.

Joy
Dicen que el gluten permanece en el cuerpo.

Cherry
Prometo no presionarte para que comas gluten.

Honny
Cherry, vendrá tu novio? Le he comprado un regalo.

Cherry
Espero que hayas guardado el tíquet.

Joy
Qué significa eso?

Cherry
Significa que no tengo novio.

Faith
Quieres decir que no llamas «novio» a Russ?

Cherry
No lo llamo nada. Ya no estamos juntos.

Faith
Oh, no! Qué ha pasado?

Cherry
No encajábamos.

Faith
Pero si era muy agradable!

Honny
Era agradable, sí.

Cherry
Lo sigue siendo.

Joy
Entonces es en serio que no vendrá? Quién va a comerse el pastel de calabaza?!?

Honny
NADIE.

Cherry
Tu pastel de calabaza sin gluten? Nadie.

Honny
Chispas, Cherry! Me debes una Coca-Cola!

46

Cuando la llevaron a casa, Stevie tenía tres meses de edad. Condujeron durante cinco horas para ir a recogerla a la casa de un criador en Missouri, y ya era tan grande como un schnauzer adulto.

Parecía una salchicha rellenita. Era blanca y peluda, tenía un antifaz negro como de bandido y una lengua tan larga que resultaba cómica: cada vez que bostezaba, se le desenrollaba como si fuera una lagartija.

—Creo que tiene más cara de Gene Simmons que de Stevie Nicks —dijo Cherry.

Tom entró en la casa llevando en brazos a la cachorrita como si fuera un bebé.

—Tienes cara de Stevie Nicks, ¿verdad, Stevie Nicks?

—Nunca creí que me sentiría amenazada por un perro, pero luego se te ocurrió ponerle el nombre de tu chica soñada.

—Tú eres mi chica soñada —dijo Tom dándole un azote a Cherry en el trasero. Estaba de buen humor.

Tom había querido aquello y Cherry logró que sucediera.

Llevaba meses con la idea de adoptar un perro. Lanzando indirectas. Enviándole a Cherry enlaces de internet de sitios de criaderos a pesar de que estaban sentados juntos en el sofá. Enviándole fotografías de perritos.

—¿De verdad quieres hacer esto? —le preguntaba ella.

Y él siempre respondía lo mismo.

—No lo sé, es un compromiso muy grande. Y yo estoy viajando demasiado…

Las mismas razones por las que no quería tener un bebé.

A Cherry le pareció un truco sucio, una forma artera de darle la vuelta a la situación.

Al principio de su relación, había sido Cherry la que no había querido tener hijos. Se había criado con una familia grande en una casa pequeña y, en esa época de su vida, estaba harta de niños.

Lo que ella quería era trabajar y viajar. Quería amar a Tom con los ojos bien abiertos.

No quería que les ocurriera eso que decían muchos padres de que un día parpadeabas y, de repente, tus hijos habían pasado del jardín de infancia a la universidad. Ella quería que sus años con Tom pasaran con lentitud. Quería saborearlos.

Había sido Tom quien, cuando empezaron a salir, había dicho: «Sería agradable tener una familia, ¿no crees? ¿Algún día?».

Había sido Tom quien, poco después de comprometerse, había dicho: «No sé. Cuando se es padre parece que se viven muchas cosas».

Y había sido Tom quien, en la luna de miel, había dicho: «No parece que la gente suela arrepentirse de haber tenido hijos».

Y todo aquello había plantado una semilla en la mente de Cherry.

Quizá estaría bien, pensaba de forma pasiva. Quizá tener hijos enriquecería su vida de pareja. Tal vez ser padres era una cosa más que ella y Tom podrían compartir.

No lo dijo de inmediato, pero se fue ablandando y empezó a dar por hecho que ahí era adonde se dirigían.

Cherry comenzó a hacer planes porque era el tipo de persona que no podía no hacer planes. Todo en su vida formaba parte de un calendario. (Las mujeres nacen con un reloj incorporado en la cadera y un calendario en el vientre, y el cerebro de Cherry nunca dejó de hacer tictac).

Para Cherry fue una conmoción descubrir, la primera vez que lo dijo en voz alta, que Tom no había estado haciendo planes todo ese tiempo.

—Tal vez deberíamos empezar a pensar en embarazarnos.

A Tom se le desencajó el rostro.

—Pensé que no querías…

—Bueno, no estaba segura. Pensé que tú *sí* querías.

—Yo tampoco estaba seguro.

—Si vamos a embarazarnos, deberíamos hacerlo pronto —dijo Cherry.

—Ajá…

La siguiente vez que mencionó el asunto, fue como si Tom hubiera recibido una noticia pésima. Se quedó callado y empezó a mover la rodilla con nerviosismo.

Cherry lo presionó para que explicara lo que pensaba.

Tom dijo que le resultaba más difícil que antes imaginarse tomando una decisión que cambiaría tanto la vida de ambos. Y también más difícil imaginar el hecho de asumir una responsabilidad tan grande.

—Entonces… ¿no tendremos hijos? —dijo Cherry.

El simple hecho de pronunciarlo en voz alta la hizo sentir vacía. Como si el horizonte que tuviera delante fuera la línea recta que aparecía en la pantalla de los televisores antiguos al apagarse.

—No, no estoy diciendo eso —dijo Tom—. Es solo que no quiero equivocarme en una decisión tan importante.

Eso fue exactamente lo que dijo cuando encontraron la casa. Y cuando solo les dieron seis horas para hacer una oferta, se enfadó tanto por tener una hora límite que ni siquiera quiso hablar del asunto. O, en realidad, no podía hablar de ello.

Fue Cherry quien tuvo que apretar el gatillo. Si no lo hubiera hecho, se habrían quedado en su apartamento para siempre.

El problema era que, para tener un bebé, no podía simplemente apretar el gatillo ella sola.

No lo haría.

Había otra forma de contar la historia. Se podría decir que Cherry se negó, que luego no dijo nada, que luego dijo que quería esperar, y que entonces, cuando Tom se encontraba en un momento de máximo agobio, le había dejado a él la decisión.

Cherry pudo haber elegido un momento más propicio.

Tom solo parecía interesado en perros gigantes, en perros que pudieran proteger el inframundo o incluso dar la bienvenida a los niños Darling cuando regresaban a casa desde el país de Nunca Jamás.

—Todos los perros que me enseñas son como criaturas mitológicas —le dijo Cherry.

Estaban sentados en el sofá mirando la fotografía de un sambernardo.

—Me gustan los perros grandes, es como si estuvieran más vivos —dijo riéndose—. ¿Acabo de decir algo terrible?

Cherry también se rio y lo besó en el hombro.

—Tal vez. Honny me contó que, cuando tuvo a Maddox —dijo refiriéndose al segundo hijo de su hermana—, el médico entró una noche a echar un vistazo al bebé y se quedó mirándolo con una gran sonrisa. Luego le explicó a Honny que los médicos preferían a los bebés gordos porque sabían que no tendrían problemas. Porque parecían estar más aferrados a la vida.

—Ah, pues ahí lo tienes —dijo Tom.

Pero lo que Cherry no dijo en voz alta fue: «Déjame darte un bebé gordo».

En lugar de eso, llamó por teléfono a un criador de perros piriterras en Missouri y dio un depósito de ochocientos dólares.

Durante todo el trayecto al criadero, Tom estuvo preocupado por haber cometido un error, pero de vuelta a casa iba radiante de felicidad.

Estaba convencido de que Stevie Nicks era la perrita más hermosa que había visto en su vida, y Cherry no podía discutirle nada: era preciosa.

También era inteligente.

En pocas semanas, Tom la adiestró para que no se hiciera pis en la casa. La enseñó a hacer sonar un timbre junto a la puerta. Era adorable.

Cuando Cherry estaba en el trabajo, Tom le enviaba fotografías de la pequeña Stevie. (Ya había renunciado a su puesto en la agencia de publicidad para entonces).

Y cuando él estaba de viaje, era Cherry quien le enviaba fotos.

Cada vez que Tom viajaba, Stevie abrumaba a Cherry. Al principio, mordía y roía todo; no podía quitarle la vista de encima. Mordisqueó la esquina de una alfombra persa antigua y unos mocasines de la marca Rachel Antonoff. Cherry tenía que volver a casa a la hora del almuerzo para sacarla a pasear y, luego, tenía que volver a pasearla cuando regresaba del trabajo. Para colmo, se sentía culpable de ir a algún lugar por la noche y dejarla encerrada en su caseta. Era como tener un bebé al que nunca había deseado.

Tom se entregaba a Stevie por completo cuando estaba en casa, en especial cuando las cosas con *Jueves* se pusieron mal para él, es decir, cuando iban tan pero tan bien que le resultaba difícil manejarlas.

Empezó a dar paseos cada vez más largos con ella.

Adoptó el hábito de sentarse en el suelo junto a ella mientras dibujaba en su tableta.

La noche anterior a su primer gran viaje a California, cuando fue a trabajar en la película, no podía dormir.

—Me siento mal dejándote con Stevie tanto tiempo.

—Es solo un mes —dijo Cherry. Estaban acostados en la cama. Ella giró sobre el cuerpo hacia el lado contrario de donde él estaba.

—Será por lo menos un mes —dijo con tristeza—. Si quieres, puedes contratar a alguien para que la saque a pasear.

—¿No confías en mí para que la pasee?

—Confío en ti, es solo que no quiero que sea una carga.

—No es una carga.

—Estás mintiendo.

—Es una pequeña carga.

—Estás mintiendo de nuevo.

—Tom, es solo un mes.

Tom rodeó su cintura con el brazo y le puso la mano en la tripa.

—Podría hacer todo esto por Zoom.

—Odias Zoom.

—¿Tú quieres que me vaya?

Cherry tuvo que pensarlo.

No quería que se fuera, odiaba dormir sin él.

Pero lo veía tan infeliz casi siempre… y últimamente parecía enfadado de forma permanente. No con ella, con el mundo. Con todas las personas que le pedían demasiado. (Aunque, claro, cualquier cantidad parecía demasiado. A Cherry no se le ocurría ninguna pregunta que no lo incomodara o molestara).

Cherry había pensado que Tom se sentiría mejor al dejar su puesto en la agencia de publicidad, pero, en cierta forma, fue peor porque había pasado a tener varios empleos. Tenía que responder ante la gente de Nueva York y de Los Ángeles; tenía que responder ante todo internet. Ante los presentadores de los programas de entrevistas nocturnos y ante los imbéciles de *Saturday Night Live*. Siempre le llegaban demasiados correos electrónicos y demasiado correo postal. Se levantaba muy temprano para responder las llamadas telefónicas de periodistas de otros husos horarios.

Tom tenía que estar listo todo el tiempo, sonar ingenioso todo el tiempo. Tenía que ser creativo y productivo, y también estar dispuesto a participar en todo lo que le propusieran. Para colmo, todo parecía indicar que no podía ser todas esas cosas y, además, feliz; no podía ser todas esas cosas y, a la vez, la persona de la que Cherry se había enamorado.

Todavía lo amaba.

Lo amaba.

No podía dormir sin él.

Pero era como vivir con una sombra, con alguien que nunca te sonreía y a quien nunca le emocionaba lo que estaba por venir. (Era como vivir con su propio padre).

¿Quería que hiciera ese viaje?

Lo que Cherry quisiera era irrelevante.

Ya había decidido que ella nunca sería la razón por la que Tom le dijera no a algo. No quería que tuviera una vida menos rica por culpa de ella, nunca. Lo apoyaría en todo momento, incluso aunque significara pasarse la vida ocupándose de las tareas insignificantes y haciendo el trabajo sucio. Cuidando de su perro.

—Quiero que tu participación en esta película sea la mejor posible —le dijo—. Quiero que sea una experiencia buena para ti, y creo que lo mejor sería que te comprometieras en serio con ella.

Tom le acarició el estómago. No tuvo que girarse y mirarlo para saber que tenía el ceño fruncido. En aquel momento, igual que le ocurría con su padre, Cherry era capaz incluso de oler su infelicidad en el ambiente.

—Vale, está bien —dijo con un suspiro—. Iré.

47

—Sí, lo sé, lo sé… Estoy sentada en el suelo y no te gusta…

—Stevie.

—Stevie.

—Oye, cálmate.

—Tranquila.

—Está bien, olfatéame. Ajá. ¿Ves? No me pasa nada, solo estoy tratando de hablar contigo…

—Abajo, Stevie. Abajo. Sentada.

—Cuando yo lo digo, no lo entiendes, ¿verdad?

—¿Quieres un premio? Steven, sentada. *Sentada*.

—Buena chica, mucho mejor. Sí, sí, así está mejor. Mira qué linda. Tan bonita ella.

—Solo déjame decir una cosa, ¿vale?

—Ajá, sí, come tu premio. Aquí lo tienes.

—Mira Stevie, la cuestión es esta… ¿Me estás escuchando?

—Oye, te estoy hablando… Escucha.

—Quiero que sepas que te quiero.

—¿Entiendes? Te quiero.

—Pero creo que Tom te querrá mejor. Yo no puedo obligarte a quedarte conmigo solo porque quisiera llorar todos los días hundiendo la cara en tu pelaje. ¿Comprendes lo que digo?

—No, no hay más premios. No hay más, ¿ves? Mírame las manos, están vacías.

—Ni siquiera creo que vayas a echarme de menos, Stevie. Para ser sincera, no creo que tu memoria tenga mucha permanencia. Creo que serías capaz de irte con el cartero a su casa sin mirar atrás.

—Pero te voy a echar de menos. De verdad que te voy a echar de menos.

—Ya lo sé, ya lo sé, no te gusta que llore. Ya lo sé.

—Pero estoy bien. Sí. Mira, estoy bien. Mírame, Stevie. Esto es para lo único que sirvo, para llorarte encima.

—No quiero sacarte a pasear. En realidad, odio sacarte a pasear y odio limpiarte las orejas, sí, sí, tus orejas peludas. Odio limpiarlas a pesar de que sé que pueden coger hongos e infectarse.

—Ya lo sé, sí, ya lo sé. ¿Quieres darme la patita? Vale. Vamos allá, venga esa pata. Ajá. Qué civilizada eres. Y qué tierna.

—¿Sabes qué más cosas odio?

—Vale, podemos hacer otra vez lo de la patita.

—Odio el hecho de que solo vayas a vivir entre ocho y doce años. Creo que no podría aguantarlo, verte desaparecer tan pronto. ¿Qué tipo de persona soy por eso?

—Eso es, mírame. ¿Estás tratando de averiguarlo?

—Sí, Stevie, con Tom serás más feliz.

—Yo también *era* más feliz con él.

—Ya lo sé, ya lo sé, no te gusta que lloren. Ya lo sé. Vale, otra vez lo de la patita, ajá. Una vez más. Buena chica. Qué buena chica eres, Stevie.

—Solo quería que entendieras mis razones, Stevie. ¿Comprendes?

—¿Me echarás de menos?

—Sé que no lo harás.

—Lo sé, lo sé.

48

A pesar de que hacía bastante frío, Tom estaba sentado en los escalones de la entrada cuando Cherry volvió a casa.

Lo de perder y encontrar a Stevie había sido el día anterior. Cherry había dado por sentado que ya no lo vería.

Respiró hondo y anduvo hasta la casa sin problema porque Tom había quitado la nieve del camino.

Se detuvo a unos pasos de él.

Parecía cansado. Tenía en la mano un pósit azul con su nombre. La última vez que había visto esa nota, estaba pegada a la caseta de Stevie.

—Anoche me cogiste por sorpresa —dijo Cherry.

—No lo pretendía.

Cherry suspiró y se sentó en el porche junto a él. Ella también estaba cansada.

—No imaginaba siquiera que querrías quedarte con Stevie —dijo Tom.

—Creo que yo tampoco lo imaginaba.

Tom le pegó el pósit a Cherry en la rodilla.

—No vamos a decidirlo de esta manera.

—¿Te ofende que haya tratado a Stevie como si fuera un DVD?

—No.

—Es que no quería hablar de ello. Sigo sin querer —dijo Cherry con la voz quebrándosele—. Creo que preferiría que te la llevaras a que habláramos al respecto, lo cual es, quizá, una prueba de que no debería quedarse conmigo.

Tom cerró los puños y se los puso entre las rodillas.

—Cherry, si quieres quedarte con Stevie, no la separaré de ti ni de su hogar.

—Tom, ¡Stevie no sabe lo que es un hogar! Tú eres lo más cercano que tiene a uno. Yo solo soy como su compañera de piso.

Tom negó con la cabeza.

Cherry volvió a suspirar. Se cruzó de brazos y se inclinó hacia delante.

—Estoy demasiado cansada —dijo. Cuando se volvió hacia Tom, se dio cuenta de que la observaba. Le preguntó—: ¿Tú estás cansado?

Tom asintió.

—Terminemos con esta conversación —dijo Cherry—. Lo he estado pensando y no voy a cambiar de opinión. No tiene sentido que Stevie se quede conmigo.

Tom no dijo nada.

Cherry se quitó el pósit de la rodilla y lo hizo una bolita al tiempo que se ponía de pie.

—¿Estarás en casa mañana? —preguntó Tom.

Al día siguiente era la víspera de Navidad.

—Sí —contestó—. Aquí estaré. Y puedo pasear a Stevie.

—¿Quieres que la pasee yo el día de Navidad?

—Sí, sería genial —dijo Cherry antes de volverse hacia la puerta —. Gracias.

—Feliz Navidad, Cherry.

—Feliz Navidad.

49

A pesar de que estaba muy cansada, Cherry no durmió mucho esa noche.

Tom se iría de Omaha.

Su matrimonio había llegado a su fin.

Pensaba que era algo que ya había entendido, con lo que había vivido todo un año, pero, en realidad, solo había estado viviendo en un diorama perfectamente preservado de su vida de casada, en el cual solo faltaba una pieza, el marido que, hasta ese momento, no parecía haberse ido del todo.

A lo largo de todo un año, quien hubiera entrado en la casa de Cherry solo habría supuesto que Tom acababa de salir.

Pues bien, las cosas ya no serían así.

Porque Tom se iría y se llevaría con él todas las cosas que amaba.

¿Con qué se suponía que debía quedarse ella?

¿Con qué debía quedarse de esa casa? ¿De ese matrimonio?

¿Qué se suponía que debía hacer con todos esos recuerdos que, en su mayoría, eran felices? ¿Tendría que bloquearlos? (¿Tendría que bloquear a Tom?). Reestructurarlos como «recuerdos tristes en espera de suceder»? ¿Como las escenas previas al momento en que todo se va a la mierda en las películas de terror?

Tom había sido la vida entera de Cherry, le había entregado su corazón al completo. (Sí, quizá había sido cosa de Cherry al principio, pero luego él lo había aceptado y tomado). Juntos, Tom y Cherry habían sido un todo porque ese era el objetivo, ¿no? ¿No era esa la tarea? ¿No se suponía que debía amarlo tanto como lo había hecho?

En la víspera de Navidad, Cherry se levantó temprano, decidida a gestionar las cosas mejor que en Acción de Gracias. Escribió un plan de ataque para abordar todo lo que necesitaba hacer ese día.

Los pasteles sicilianos de carne, los *pastieri*, porque siempre los cocinaba para las celebraciones y eran su auténtica especialidad.

Dos tipos de queso para untar.

Dos tipos de galletas.

La gelatina de «trozos de vidrio» de colores de Tom, otra vez.

El estofado de calabaza, otra vez.

Y una fuente con encurtidos.

Tendría que darle tiempo a cocinar todo y también debía tener cuidado de no quedarse sin papel para hornear.

Sacó la mantequilla y el queso crema del frigorífico para que se ablandaran, preparó gelatina de cuatro colores distintos y apiló los moldes en el frigorífico para que se enfriaran.

Preparó el relleno para los pasteles con la receta de su abuela. (Aunque ella siempre duplicaba la cantidad de ajo y perejil).

Al llegar la hora del almuerzo, le dolía la espalda. Puede que Russ Sutton ya no estuviera en su vida, pero todas aquellas citas llevando zapatos de tacón habían tenido un efecto que aún la acompañaba. Comió un poco del relleno de carne y perejil con galletas saladas y luego continuó.

Decidió que haría los *pastieri* sin gluten. Le pareció que la masa quedaba un poco chiclosa, pero supuso que esa era la consistencia normal. Metió los primeros dos moldes en el horno y luego fue a buscar el molde para la gelatina de Navidad, el que tenía forma de corona. No lo encontró.

Hizo más pasteles. Sacó del horno la primera tanda para que se enfriaran. Luego fue a darle a Stevie un paseo apresurado; las lumbares la estaban matando.

Cuando volvió, mordió uno de los pasteles de carne que había dejado enfriándose. Estaba duro como una piedra. Todos estaban incomibles. Mierda, tendría que haber probado la masa. No le quedaba suficiente perejil para empezar de nuevo. *Mierda*. Tiró a la basura todos los pasteles.

Ya era media tarde y no había terminado nada, ni siquiera había comenzado a hacer las galletas. Tom y ella siempre llevaban galletas de jengibre para comer en Navidad, era algo no negociable. También tenía una receta nueva que quería probar: barquillos franceses. Quería llevar a la cena algo que nunca hubiera hecho con Tom, algo espectacular.

Hornear barquillos no era complicado, pero hacía falta ser muy preciso. Había que extender la masa formando unas obleas circulares muy delgadas, hornearlas solo unos minutos y luego, mientras aún estaban calientes, enrollarlas para darles forma de puro. Se le ocurrió la idea de usar una manga pastelera para poner en los barquillos pequeñas flores rojas con hojas antes de meterlos en el horno; así el horneado fijaría el diseño.

Formar las diminutas flores con la manga pastelera la tranquilizó un poco. Trabajar con las manos siempre la calmaba.

Stevie chocó con sus piernas, quería atención, pero la ignoró. Flores rojas, puntos verdes. Cuando se enfriaran, quizá bañaría en chocolate algunos de los barquillos…

Metió las primeras dos bandejas al horno y empezó a estresarse otra vez. La cocina era un desastre. No había limpiado ni guardado nada y tenía masa roja de galleta en las manos y en todo lo demás.

Siempre que se activaba el lado creativo de su cerebro, Cherry se volvía desordenada. Cuando pintaba, usaba los dedos en la misma medida que los pinceles. (Tom, en cambio, podría haber pintado la capilla Sixtina sin que le hubiera caído una sola gota de pintura en la ropa). (Tom habría podido pintar la capilla Sixtina, sin duda).

Cherry desordenaba mientras trabajaba, y luego no podía pensar cuando se sentía rodeada por ese mismo desorden. Supuso que tendría que liberar algo de espacio en la cocina, y así también lo liberaría en la cabeza.

Miró en la alacena que había sobre el fregadero para buscar el molde de gelatina en forma de corona. Tal vez debía ir a por una escalera. Stevie le estaba ladrando a algo fuera, pero la ignoró. La espalda la estaba matando.

Cuando sonó el timbre, también pensó en ignorarlo, pero luego caminó hasta el vestíbulo y se asomó por la ventana…

Era el mismísimo Miguel Ángel. (Era Tom).

Empujó a Stevie para quitarla del camino y, al hacerlo, la manchó sin querer con masa de galletas. También manchó el picaporte. Y cuando se retiró el flequillo de la frente, casi seguro que también se manchó la cara.

—Hola —dijo Tom—. Perdona, es que no contestabas a los mensajes…

—Ay, sí, disculpa —dijo Cherry.

Tom señaló el acceso para coches con el pulgar.

—Solo quería avisarte de que estaré en el garaje.

Cherry se frotó la nariz con el dorso de la mano.

—De acuerdo —dijo.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Solo que… Ya sabes, víspera de Navidad. Oye, ¿sabes dónde está la corona de gelatina? Me refiero al molde.

—Sí, está en una caja en el desván.

—Ostras, nunca se me habría ocurrido buscarla ahí.

—¿Quieres que la baje?

—Sí, sería genial. Gracias.

Tom bajó la caja entera.

—Pensé que igual necesitabas cortadores de galletas también —dijo. Se detuvo en la puerta de la cocina.

Cherry acababa de sacar del horno una bandeja de obleas para formar los barquillos, pero no tenía dónde colocarla. Estaba usando la manga del jersey como guante de horno.

Tom dejó la caja en el suelo y cogió un trapo de cocina que había enganchado en el asa del frigorífico.

—Dame eso.

Cherry le dio la bandeja de obleas.

—Hay que enrollarlas para hacer barquillos franceses mientras estén calientes —dijo. De pronto, sintió ganas de llorar.

—Vale —dijo Tom mirando hacia el horno—. ¿Hay más?

—Sí.

—Yo me encargo de estas —dijo antes de quitar una planta del alféizar de la ventana y colocar allí la bandeja—. ¿Quieres que use un bastoncito o algo para enrollarlas?

Cherry le dio una cuchara de madera, colocó la segunda bandeja sobre el fregadero y se puso a enrollar los barquillos.

«Mierda, mierda, mierda». Estaban ardiendo.

Al verlos trabajar, Stevie se emocionó y empezó a empujar a Cherry para pasar entre sus piernas. Cherry la empujó a su vez con el muslo.

—Ahora no, Stevie.

—No me he lavado las manos —dijo Tom.

—No creo que importe mucho, estas obleas te van a cauterizar las huellas dactilares.

—¿Has hecho tú estas florecitas?

—Ajá —dijo Cherry.

—Están geniales.

La bandeja de Cherry empezaba a enfriarse. Se le partió un barquillo entre los dedos.

—No tendría que haber horneado tantos al mismo tiempo —dijo exhalando con fuerza—. No sé en qué estaba pensando.

—Siento haberte desconcentrado.

Cherry se incorporó y arqueó la espalda.

—Ya me había desconcentrado yo sola —dijo mirando a Tom—. ¿Cuántos has logrado enrollar?

Tom le mostró la bandeja llena de barquillos perfectos en forma de puro.

—Por eso le caes mal a la gente, Tom.

Tom sonrió.

—A lo mejor debería renunciar a hacer estos barquillos —dijo Cherry—. Voy demasiado retrasada con todo lo demás.

—¿Qué te falta para acabar?

Cherry rio con ganas.

—La pregunta es ¿qué me falta por empezar? —exclamó, y miró la lista de la puerta de la nevera—. Las bolas de queso para untar están a medio hacer. La gelatina está a medio hacer. He desperdiciado toda la mañana tratando de cocinar *pastieri* sin gluten, que han quedado como piedras…

—¿Estás comiendo sin gluten?

—Yo no, Joy. Y Jeff. O, al menos, hasta la semana pasada.

—¿Este año no harás galletas de jengibre?

—Sí, las haré. Es que aún no he empezado.

Tom dejó su bandeja de barquillos encima de un bol sucio que había sobre la isla de la cocina.

—Te puedo ayudar a terminar de hornear el resto de estos barquillos. Ya tienes la masa y, además, están quedando muy bonitos.

Cherry negó con la cabeza.

—No tienes por qué hacerlo, es víspera de Navidad —dijo, pero en realidad significaba: «No tienes por qué hacerlo, ya no estamos casados».

Tom hizo una mueca.

—Mis planes para la víspera de Navidad eran lavar la mancha de aceite del suelo del garaje. Mi padre está volviéndome loco. —Alzó el mentón señalándola a ella—. Déjame ayudar.

Cherry lo miró a los ojos.

No debería aceptar solo porque lo echara de menos…, porque la mañana entera había sido una tortura tratando de cocinar sin él. (Cualquier día sin Tom era horrible, pero Navidad sin Tom… Ni siquiera a Dante se le habría ocurrido una tortura como aquella).

A Cherry le estaba llevando demasiado tiempo responder. Tom miró en otra dirección, como si ya le hubiera dicho que no. O, quizá, como si hubiera comprendido que no habría debido ofrecerle su ayuda siquiera. Parecía que estaba a punto de pedirle disculpas.

—De acuerdo —dijo Cherry—. Agradecería un poco de ayuda.

Tom se volvió hacia ella sorprendido. Sonrió y de nuevo volvió a apartar la vista.

—Bueno, muy bien. —Se quitó el chaquetón y lo colgó de una silla. Solo llevaba una camiseta debajo… porque Cherry todavía tenía todas sus camisas de manga larga en calidad de rehenes—. ¿Quieres que limpie la isla y así tienes espacio para trabajar?

Cherry exhaló y rio a la vez, y de nuevo sintió que las lágrimas se le acumulaban en los ojos.

—Sí, gracias.

Tom recogió todos los platos de la isla y luego la limpió con un trapo. Mientras tanto, Cherry pasó los barquillos terminados a una

bandeja con rejilla para que se enfriaran.

—Ahí está —dijo Tom—. Ahora puedes empezar de cero.

Cherry extendió varias hojas nuevas de papel para hornear y empezó a colocar encima porciones de la masa de los barquillos con una cuchara.

—¿Cuántas obleas crees que debería hornear en una sola tanda?

—Mmm… Si no quieres romper ningún barquillo cuando los enrolles, ocho por hoja. Doce si estás dispuesta a afrontar un reto.

—Me siento como si ya estuviera afrontando uno.

Tom señaló las mangas pasteleras con masa roja y verde.

—¿Es masa normal con colorante vegetal?

Cherry asintió.

—¿Lo has visto en Pinterest o algo así?

—Vi a alguien hacerlo con chocolate…

—Deberías preparar también masa de chocolate —dijo Tom—. Así podrías hacer cuadros escoceses combinándola con el verde y el rojo.

—¿Por qué mis planes se complican tanto en cuanto entras en la cocina, Tom?

—Querrás decir: «¿Por qué mis planes se vuelven mucho más fabulosos en cuanto entras en la cocina, Tom?».

—Debería dejar que seas tú quien forme las flores con las mangas —dijo Cherry—. Quedarán más pulcras.

—Calla, a ti te están quedando genial.

Stevie estaba tratando de pasar entre la cadera de Cherry y la isla.

—Stevie —exclamó Cherry—. Ahora no.

—Stevie —dijo Tom—, llegó la hora de que te vayas a tu caseta. Ven.

Stevie lo siguió y salieron de la cocina.

Tom volvió y añadió chocolate a una parte de la masa de Cherry. Limpió el fregadero y puso el lavavajillas. Luego se quedó detrás de Cherry, mirando cómo hacía las flores con la manga pastelera.

—Dijiste que la gelatina estaba a medio hacer, ¿verdad?

—Más bien solo está hecho un tercio. Esta mañana terminé los colores.

—Me voy a concentrar en ella.

Cherry siguió en la isla, haciendo las flores para los barquillos, y Tom se puso a trabajar a su espalda, en la encimera. Cada ocho minutos enrollaban barquillos. Él no rompió uno solo.

Cuando Cherry se quedó sin masa, cogió unos restos de barquillo y se apoyó en la encimera para observar a Tom, que estaba agitando una lata de leche condensada para verterla en la sartén que tenía al fuego. Era la base blanca para la gelatina de vidrios rotos de colores.

—¿De niño comías esta gelatina? —Era la primera vez que se le ocurría preguntárselo.

—Claro —contestó—. Mi madre siempre la preparaba para las fiestas. Yo creía que era mágica. Mi padre la llamaba «bazofia del Medio Oeste». —El padre de Tom era de la costa este.

—¿En Baltimore no comen gelatina?

—Por lo que sé, en todas las comidas beben una pizca de tónica.

—Mmm —murmuró Cherry, mordiendo un trozo de barquillo. Sabía a mantequilla, pero era muy ligero—. Ay, están muy ricos. Qué bien que se me hayan roto algunos. Pruébalos —dijo ofreciéndole uno.

Tom se volvió, pero acababa de levantar la sartén del fuego y estaba removiendo, así que Cherry le acercó el barquillo a la boca y, al dejárselo en los labios, se los rozó con el pulgar. Se miraron a los ojos y Tom sonrió mientras masticaba.

—Riquísimo.

Cherry deseó tener una excusa para darle otro barquillo en la boca.

—¿Qué sigue? —preguntó Tom, que dejó a un lado la sartén con la base para la gelatina. Tenía que enfriarse, pero no demasiado.

—Ya está en el horno la última tanda de obleas.

Tom se frotó la barbilla con la muñeca.

—¿Quieres darles otra oportunidad a los pasteles de carne? ¿Prepararlos con masa tradicional esta vez?

Cherry gimió.

—No tengo suficiente relleno para hacer la cantidad de costumbre. Me he quedado sin perejil.

—Puedo ir a por perejil.

Cherry estuvo a punto de decirle que no tenía que hacerlo, pero él ya lo sabía.

—De acuerdo —dijo Cherry.

Tom sonrió.

Cuando él se fue, Cherry empezó a trabajar en una nueva masa para los pasteles. Esa vez usó harina común y la preparó de la misma forma de siempre. Empezó a cocinar más carne picada también. Fue a cerciorarse de que Stevie estuviera bien y le dio un hueso masticable, pero no la sacó de su caseta.

Cuando iba camino de la cocina, conectó el móvil a los altavoces que Tom había instalado en la casa y puso una lista con canciones de Navidad. No podía creerse que llevara todo el día horneando galletas de Navidad en silencio.

Tom volvió triunfante. En la tienda había encontrado masa de pasta quebrada sin gluten ya preparada.

—Pero se supone que la masa de los *pastieri* no es como la de los pasteles —dijo Cherry.

—La gente que come sin gluten no puede ponerse exigente. Tiene que conformarse con lo que haya —dijo.

También había comprado una tabla de aperitivos empaquetada, que abrió en ese momento.

—Has ido al supermercado elegante —dijo Cherry.

—Es el único que está abierto.

Tom relevó a Cherry en la preparación del relleno con perejil. Le había ayudado a cocinar *pastieri* mil veces.

Mientras amasaba, Cherry comió queso y galletas saladas. Luego Tom le ayudó a cortar los círculos. Cherry usó de molde una taza de té, pero él lo hizo a mano alzada.

Dispusieron la carne sobre los círculos de masa quebrada y los pellizcaron hasta darles forma de barco. Luego Tom los colocó en pulcras hileras sobre las hojas de papel para hornear.

Cherry avanzó dos veces más rápido que por la mañana y fue el doble de agradable. No, muchísimo más. Ella y Tom trabajaban codo con codo en la isla.

—¿Ya tienes la masa para las galletas de jengibre? —preguntó él.

—Sí, la hice anoche.

—Mírala, qué previsora.

—Aún tengo que hacer el glaseado.

—¿Cuál es la temática de este año?

Durante la cena de Acción de Gracias, las sobrinas y los sobrinos de Cherry votaban por una temática para las galletas de jengibre. A lo largo de los años, Tom y ella habían hecho motivos de *El hobbit,* de Harry Potter*…* Un año la hicieron del *Salón de los Presidentes*, la atracción de Disney.

—Gatos de Disney —dijo Cherry, y Tom sonrió débilmente.

—Qué buen tema. En cuanto terminemos con los *pastieri*, puedo ponerme a amasar la mezcla de las galletas de jengibre.

—Vale —dijo Cherry y bostezó.

Tom le dio un codazo.

—No te duermas, *baby*. ¿Quieres que te prepare un té?

Cherry volvió a bostezar y se rio.

—Sí.

Tom preparó té. Tom amasó la mezcla de las galletas de jengibre. Tom cantó al ritmo de «The Holly and the Ivy». A Tom se le veía grande y angelical con su cabello rubio y rizado y sus mejillas rosadas. Parecía más feliz de lo que Cherry lo había visto en mucho tiempo. Tom le preguntó si quería que cortara las galletas en forma de gatos y ella aceptó.

—Este juego será divertido —dijo Tom—. Tendrás que adivinar el personaje a partir de la forma. Aunque, claro, todas serán formas de gato.

—No te olvides de Marie —dijo Cherry—. Es la favorita de Lily.

—Puf…, como si fuera a olvidarme de Marie —dijo Tom cogiendo un cuchillo y mirando la masa con los ojos entrecerrados.

—Ni de Berlioz.

—No me olvidaré de Berlioz.

—Ni de…

Tom alzó la vista; le brillaban los ojos.

—¿Quién se olvidó de Toulouse?

Cherry se rio y volvió a bostezar.

—Iba a decir que no te olvides de ningún otro de los Aristogatos.

Cherry sacó una tanda de pasteles de carne del horno y metió más. Hizo seis especiales sin gluten para Joy y Jeff; preparó glaseado real; observó a Tom trabajar y picó de la tabla sus aperitivos favoritos: almendras marcona, el trozo de panal de miel y queso brie. Se apoyó en el fregadero para tratar de descargar un poco la espalda e intentó no quedarse dormida mientras esperaban a que se horneara y se enfriara la primera tanda de galletas de jengibre.

—¿Qué más puedo hacer? —preguntó Tom.

—Puedes tomarte un momento para respirar.

—Ya he estado respirando todo el día antes de llegar aquí.

Cherry dejó que Tom terminara de formar las bolas de queso y que las cubriera de trozos de nuez. Como no quedaba espacio en la cocina, lo hizo en la mesa del comedor.

—Cherry, deberías decorar las galletas aquí para que te puedas sentar. Además, hay más espacio.

No era mala idea. Cherry llevó el glaseado al comedor. Decidió comenzar con un gran bol de glaseado blanco e ir mezclando los colores a medida que los necesitara.

Las galletas de jengibre todavía se estaban enfriando. Cherry se puso frente a la mesa del comedor y se inclinó hacia delante, apoyando la cabeza sobre los brazos.

—Me estoy haciendo demasiado vieja para esto.

—No te estás volviendo vieja —dijo Tom—, es solo que haces más de lo que puedes manejar.

—Me gustan los desafíos —dijo, adormilada—. Me mantienen avispada.

Tom le dio golpecitos en el costado con el dedo y se puso a cantar.

—*La vieja yegua gris ya no es lo que era.* —Luego le dio golpecitos en la cadera con suavidad—. *Ya no es lo que era.*

Cherry se rio, aún apoyada en los antebrazos.

—*Ya no es lo que era.*

Tom puso por un instante su mano en las lumbares de Cherry, justo donde le dolía, donde sabía que le dolía. Luego se fue a la cocina.

Cherry se quedó dormida unos minutos, a pesar de que no estaba sentada. Cuando abrió los ojos, vio que Tom ya había dispuesto algunas galletas sobre la mesa y estaba mezclando un poco del glaseado con los colores primarios. La miró.

—¿Te encuentras bien?

Cherry asintió.

Tom señaló una silla con la barbilla.

—Descansa un poco.

Cherry volvió a asentir. Se incorporó, apoyó una rodilla en la silla y bebió un largo trago de té. Al parecer, Tom había rellenado su taza.

Miró las galletas que tenía delante con los ojos entrecerrados. Ni de broma iba a adivinar qué gatos eran, pero Tom la hizo intentarlo de todas formas.

Cherry cogió una galleta.

—Este es… el puente Golden Gate o quizá… ¿un murciélago?

—Es Rufus, de *Los rescatadores*.

—Ayyy… Rufus.

Cherry usó el móvil para mirar las imágenes y guiarse. Aplicó el glaseado sobre las galletas con un cuchillo de plástico, su dedo índice y una herramienta con la punta redonda que en realidad era para decorar uñas.

Tom dejó a Stevie salir de su caseta y, en cuanto estuvo fuera, se acostó debajo de la mesa del comedor y se quedó dormida.

Cherry no sabía qué hora era, seguramente tarde.

—No voy a glasear todas estas galletas sola —dijo.

—Mmm —murmuró Tom. Estaba comiendo queso manchego y mermelada de higos. En ese momento escuchaban la versión de Stevie Wonder de «Silver Bells»—. A lo mejor sí.

—Toooom —se quejó Cherry.

Tom se rio y comió otro trozo de queso.

—Quedarán mucho más bonitas si las glaseas tú, Cherry —dijo. Todos los años tenían la misma discusión.

Sonó el temporizador de la cocina y Tom fue a sacar más galletas del horno, pero tardó mucho.

—¿Qué haces? —gritó Cherry.

—Estoy terminando la gelatina. He visto que tienes calabaza amarilla en la nevera. ¿Vas a preparar el estofado?

—Lo iba a preparar —dijo Cherry—, pero luego se me olvidó. De todas formas, tú y yo somos los únicos que lo comemos.

—Bueno, lo voy a hacer; no llevará mucho tiempo.

—No, ¡ven a ayudarme a decorar las galletas!

Cherry ya había glaseado a Rufus. Y a Fígaro, el gato de *Pinocho*. Ahora estaba glaseando a Dinah, de *Alicia en el país de las maravillas*; le estaba poniendo una guirnalda de margaritas.

Se sentía más despierta, más tranquila.

La víspera de Navidad era su día favorito del año. Le gustaba incluso más que el día de Navidad. (Era su día favorito porque siempre lo pasaba con Tom, escuchando villancicos, poniéndose perdidas las manos de pasta rosa y verde, trabajando con ahínco en su propia obra. Tom hacía que Cherry sacara lo mejor de sí… con más frecuencia que lo peor).

Cuando Tom llevó la última tanda de galletas de la cocina, Cherry estaba mirando una con atención.

—¿Quién es este?

—Tigger.

—Tigger no es un gato —dijo ella con el ceño fruncido.

—Ya, es un tigre. Pero es que no hay suficientes gatos de Disney para que a todos los niños les toque una galleta diferente.

—Entiendo —dijo Cherry, y volvió a dejar la galleta sobre la mesa —. Entonces, ¡hagamos a Tigger!

—Hice dos Maries para que Lily y Samantha tengan una cada una.

—Qué listo.

Tom miró la bandeja con las galletas terminadas y sonrió débilmente.

—Tendrías que haber sido tú la dibujante profesional —le dijo a Cherry.

—Ja —exclamó ella—. Yo no tengo una historia que me urja contar.

—Bueno, yo tampoco. Un crítico de *The Guardian* ha dicho que mi último cómic provocaba «letargo» y era «predecible».

—Solo les gusta llevar la contraria —dijo Cherry—. Lo único interesante que queda por decir de *Jueves* es: «No entiendo por qué gusta tanto». Eres el *Paddington 2* de los dibujantes de cómic, Tom.

—Mmm —murmuró Tom antes de coger una galleta sin glaseado y comenzar a examinarla.

Cherry trabajó en las cejas de Tigger. Necesitaba hacer más glaseado negro.

—Creo que no disfrutaría tanto con esto si me pagaran por hacerlo —dijo.

—Esa siempre es una verdad universal y absoluta —dijo Tom.

Cherry se quedó mirándolo.

—Tom, cuando te empezaron a pagar por hacer *Jueves*, ¿dejaste de disfrutar?

—No de inmediato —contestó mientras glaseaba una galleta—. Durante un tiempo, trabajar en las nuevas tiras cómicas fue como un escape de las antiguas, las que todos estaban leyendo…

—¿Y luego?

—Luego ya no pude ignorar el hecho de que todo el mundo estaba leyéndolas *todas*. Que ya nada me pertenecía.

—*Jueves* sigue siendo tuya —dijo Cherry.

—Ja —dijo Tom con una risa que sonó fría, hueca.

Cherry ya no quería saber más del asunto.

—¿Te has acordado de hacer a Oliver de *Oliver y su pandilla*?

—Ajá.

—¿Qué hay de Mochi?

—¿Quién es Mochi? —preguntó Tom con el ceño fruncido.

—El gato de *Big Hero 6*.

—Ah, claro, Mochi —rezongó Tom—. Ya sé cuál es… —dijo antes de coger otra galleta y mirarla con los ojos entrecerrados—. Vale, ahora este es Mochi.

—¿Quién era antes?

—La chica que parece felina de *El planeta del tesoro*.

Cherry se rio.

—Una referencia muy oscura —dijo.

—Hey, ya has despertado por completo —exclamó Tom, sonriendo.

—He recuperado la energía.

Tom continuó sonriendo. Su sonrisa era preciosa y casi nadie tenía la oportunidad de verla completa. Solo sonreía de esa forma tan amplia cuando bajaba la guardia por completo. Nunca lo hacía en el trabajo ni cuando estaba rodeado de mucha gente, tampoco en televisión.

Cherry llevaba mucho tiempo sin ver la extensión total de la sonrisa de Tom, que le afilaba la barbilla y le subía las mejillas hacia los ojos.

Tom era muy fácil de dibujar… El rostro plano, los ojos un poco achinados. La frente cuadrada, las cejas pobladas, la mandíbula amplia. Los labios carnosos.

Cherry lo habría dibujado más feliz y más guapo de lo que él mismo se dibujaba. Él siempre se representaba encorvado, pero en la vida real casi nunca se encorvaba. Tenía unos hombros amplios, adorables. Era uno de sus mejores atributos.

Las camisetas le sentaban muy bien… También tenía unos brazos bonitos. Gruesos y capaces. O, quizá, Cherry pensaba eso porque ella sabía que eran capaces, que Tom podía hacer casi cualquier cosa con las manos. Y, además, podía cargar con cualquier cosa que se le pidiera.

Siempre se había sentido muy afortunada de estar con Tom. De estar en… su equipo. Quienquiera que planease una expedición, escogería en primer lugar a alguien como Tom, es decir, a alguien que pudiera resolver cualquier cosa, reparar lo que se estropease o luchar contra cualquier amenaza con solo sus manos, si a eso llegaran las cosas.

De pronto, Cherry se sintió un poco inestable…

Allí, pasadas las doce en Nochebuena, frente al hombre al que había prometido querer en los buenos y en los malos momentos. (Una promesa que, por cierto, había mantenido hasta ese momento, a pesar de las apariencias).

Tom levantó una galleta de Mochi perfectamente glaseada.

—Te has acordado de la campana —dijo ella.

—Una vez que lo he recordado, me han venido a la mente todos los detalles.

Cherry y Tom terminaron de glasear las últimas galletas juntos. El efecto de la cafeína se había terminado. Ella estaba exhausta y el dolor de lumbares era de verdad insoportable. No dejaba de girar los hombros tratando de sentir alivio.

—¿Por qué no te sientas? —preguntó Tom—. Yo recojo esto.

—¿No estás demasiado cansado también?

—Estoy bien.

Cherry fue a la sala de estar y se hundió en el sofá.

—Ay, Dios. Creo que no me volveré a levantar jamás —exclamó. Las piernas le dolían de estar de pie tanto tiempo.

Vio a Tom llevar las galletas a la cocina y limpiar la mesa del comedor.

Luego volvió de la cocina, se sentó en el sofá junto a ella y gimió.

—Estás cansado —dijo Cherry.

—Sí, pero es cansancio del bueno —precisó.

Todavía se oían los villancicos; en ese momento, «This Christmas» de Donny Hathaway.

—Gracias —dijo Cherry—. Creo que sin ti no habría terminado nada.

—Estoy seguro de que habrías terminado todo. Pero mañana no habrías podido ni dar un paso.

—Bueno, de todas formas, gracias por tu ayuda.

—Gracias por dejarme ayudar —dijo Tom en voz baja—. Por darme un poquito de Navidad.

Cherry se volvió hacia él. Aunque sonó como algo dicho «de repente», en realidad, lo había tenido en la punta de la lengua toda la noche:

—Acompáñame mañana.

Tom puso cara de que la propuesta era absurda.

—¿Qué? ¿A casa de tu hermana?

—Sí, ven conmigo.

—Cherry… —dijo negando con la cabeza, como si aún le pareciera absurdo—. No puedo hacer eso.

—Sí, sí que puedes. Todos estarán muy contentos de verte.

—No —insistió, y volvió a sacudir la cabeza—. No…, no querrás que tus hermanas piensen que…

—No me importa lo que piensen. Además, ya te he dicho que a todos les encantará verte. Tom, el hecho de que tú y yo… hayamos terminado no significa que no formes parte de la familia.

Tom arqueó una ceja.

—Creo que en realidad eso es justo lo que significa —dijo—, que no puedo seguir yendo todos los años.

Cherry insistió.

—Tal vez no todos los años, pero podrías venir mañana. Deberías venir mañana. Has trabajado mucho en la comida.

—No estaba tratando de conseguir una invitación.

—Lo sé.

—Cherry… —dijo Tom frunciendo la frente. Tenía las comisuras de los ojos tensas—. Me cuesta trabajo creer que quieras que esté allí, teniendo en cuenta… todo.

—Quiero que estés allí. Me sentiré mejor si vienes. Es decir, si quieres venir —dijo poniéndole una mano en el brazo—. Ven, Tom. Parecerá un poco raro, pero solo al principio.

Tom exhaló y se rio a la vez, pero no de una forma tan fría y hueca como antes.

—De acuerdo —dijo, y se volvió a reír mientras negaba con la cabeza—. Vale, está bien.

—¿Vendrás?

—Sí, sí. Iré. Bueno… —dijo volviendo a mirarla con los ojos entornados—, a menos que cambies de parecer. Si mañana, cuando te despiertes, no puedes creer que me hayas invitado, tú avísame, que no pasa nada.

—Eso no sucederá, sería yo como un señor Scrooge, pero al revés. Quien no debe cambiar de opinión eres tú. No te pongas a dudar.

—Bueno, pues… —dijo Tom poniéndose de pie.

—¿Ya me vas a dejar de estorbar? —preguntó Cherry—. Tom se volvió y sus miradas se encontraron—. Eso es lo que siempre dices cuando te vas.

Tom arqueó las cejas de forma incierta, pero no dijo nada. Se limitó a ir a por su chaquetón a la cocina.

Cherry también se puso de pie.

Stevie se levantó del suelo del comedor y los siguió. Cuando llegaron al vestíbulo, la perra empezó a subir por las escaleras y Tom la vio alejarse.

—Es ya su hora de dormir —explicó Cherry.

—¿La estás dejando dormir contigo?

Cherry se encogió de hombros.

—Todos los malos hábitos que tenga son problema tuyo ahora. Mañana empezaré a dejarle comer beicon directamente de mi plato —contestó Cherry

—Genial, gracias —resopló Tom.

Ella sonrió.

—¿Quieres que vayamos juntos a casa de tu hermana mañana? —preguntó Tom.

—Pues ya que estamos…

—De acuerdo. Entonces vendré temprano para sacar a pasear a Stevie.

—¿A las once?

—Me parece bien —dijo y abrió la puerta. Se volvió hacia ella de nuevo, sin girarse del todo—. Buenas noches, Cherry.

—Buenas noches, Tom.

50

Ayer, 21.15

Russ Sutton
Feliz Navidad, Cherry.

Russ Sutton
Pienso mucho en ti. Con mucha frecuencia. Y me encantaría tener la oportunidad de hablar contigo de nuevo.

Russ Sutton
Por favor, permíteme decirte que lo siento, Cherry.

51

Hoy, 8.16

Cherry
Hola, necesito que me hagas un favor.

Hope
De qué se trata.

Cherry
Necesito que les digas a todos que Tom irá hoy conmigo, pero también que no le den mucha importancia.

Hope
¿POR QUÉ VIENE TOM?

Cherry
Porque no tiene a donde ir.

Hope
Sabes que ya no te corresponde cuidar de él, ¿verdad?
Sobre todo después de lo que hizo.

Cherry
No estoy segura de que eso sea cierto. Las cosas ya son bastante difíciles. No quiero seguir enfada con él.

Hope
Supongo que tienes todo el derecho.

Cherry
Podrías decirles a todos que no se comporten de forma rara ni grosera? Diles que sean buenos cristianos.

Hope
Puedo intentarlo.

52

Cuando llegó Tom, a las once en punto, Cherry todavía estaba preparándose.

Se había puesto un jersey caro de color rosa cereza con mangas de murciélago, unos vaqueros acampanados y unos zapatos Oxford con tacones de una altura ridícula e imposible. Eran de charol verde enebro y rosa malvavisco. Por el bajo, los vaqueros dejaban ver unas medias de rejilla de color rosado. Se había trenzado el pelo y había formado una corona con la trenza. En ese momento estaba atareada con el maquillaje, aplicándose un lápiz de labios color rojo cereza y una sombra de ojos plateada.

Aunque no había dormido bien, tenía ánimo en la mirada y parecía encarnar el espíritu navideño.

Tom tocó a la puerta antes de entrar.

—¿Cherry? —gritó al pie de las escaleras—. ¡Voy a darle su paseo a Stevie!

—¡Vale! —respondió ella gritando también.

El estofado de calabaza estaba en el horno y las galletas estaban distribuidas en bandejas sobre la isla en la cocina. Cherry había decidido esperar y no sacar la gelatina del molde hasta llegar a casa de Honny para que no se dañara en el trayecto.

Cuando Tom y Stevie volvieron, ella todavía estaba envolviendo un regalo para una sobrina.

—¡Ha sido un paseo breve! —gritó desde arriba.

—¡No quería hacerte llegar tarde!

—Bajo en un momento, ¡estoy envolviendo un regalo!

—¿Has bajado ya los manteles?

—¡Sí! ¡Están en la mesa del comedor!

—¡Empiezo a meter las cosas en el coche!

Cherry lo oyó ir y venir. Terminó de envolver el regalo y, cuando bajó, Tom estaba entrando.

Notó que sus ojos se abrían como platos cuando la vio. Ella se detuvo en la escalera. A Tom se le curvaron hacia arriba las comisuras de los labios.

—Pareces… la chica de la portada del folleto de ventas navideñas de Target.

Cherry se llevó la mano al corazón y fingió deleite.

—Ay, es el halago más ideal que me has hecho en la vida.

Tom se rio también, suavemente.

—Lo siento —dijo mirándose a sí mismo. Vestía otra camiseta y pantalones de camuflaje—. No he tenido tiempo de ir de compras.

La sonrisa de Cherry se desvaneció.

—Podrías… —dijo mirando hacia arriba.

—No —dijo Tom, negando con la cabeza—. No pasa nada por que vaya en camiseta, ¿no?

—Claro, no hay problema —confirmó Cherry.

—¿Podrías mirar si todavía queda papel de estraza en el armario de arriba? Junto al papel de envolver.

—Sí.

—¿El estofado de calabaza está listo para subirlo al coche?

—Sí. El recipiente para llevarlo está en el cajón que hay junto al fregadero. Ah, y también he hecho café.

Tom asintió y se dirigió a la cocina.

—Mi segunda opción después de «la chica de la portada del folleto de Target» era «la novia del instituto de Papá Noel».

—Ese halago también habría sido ideal.

Cherry sonrió y subió a por el papel de estraza. Entró en su dormitorio y se dirigió a la cómoda de Tom. Abrió el cajón de abajo y sacó un jersey azul marino con una greca de alegres motivos multicolores por delante, de un hombro al otro.

Cuando bajó, encontró a Tom en la cocina bebiendo café y mirando por la ventana que había sobre el fregadero.

Tom miró por encima del hombro y se volvió en cuanto vio a Cherry.

Ella le ofreció el jersey.

Tom se quedó mirando las manos de Cherry como si no estuviera seguro de que debía aceptar la prenda.

Era una tontería. Porque no se trataba de un regalo; el jersey era de él. De no ser porque habría sido demasiado chocante en ese momento, Cherry le habría bajado toda la ropa. De hecho, se sintió avergonzada por no habérsela dado aún.

—Gracias —dijo Tom, y dejó la taza de café en la encimera. Se quitó el chaquetón y se acomodó el jersey en su amplio pecho.

—Esto está empezando a parecer Navidad —dijo Cherry.

Tom sonrió un poco.

—Vale… Las galletas de jengibre, los barquillos, las bolas de queso con nueces…

—La gelatina la terminaré de preparar donde mi hermana.

—Los *pastieri*… Los manteles… ¿Ya tienes listos los regalos?

—Sí, voy a ir a por los que faltan.

—Yo tengo el estofado de calabaza.

—Entonces estamos listos —dijo Cherry.

—¿Lo estamos? —preguntó Tom con una mezcla entre resoplido y risa seca.

Luego cogió el estofado, que había guardado en el portacacerolas de tela acolchada hecho a mano, y Cherry fue por su abrigo y a por el cesto de la ropa donde había metido todos los regalos. Siempre compraba regalos para su madre, para una de sus hermanas y para dos de sus sobrinas y sobrinos. (La rifa de nombres la hacían el día de Acción de Gracias).

Cuando salieron al porche, Tom le cogió el cesto de las manos.

—Espera, te ayudo a bajar los escalones.

—Tranquilo, puedo sola.

—Pero esos zapatos son traicioneros.

—Mis zapatos son monísimos —dijo Cherry. Todavía estaba en la parte superior de los escalones—. Y, si llegara a necesitarlas, tengo unas botas en el coche.

Tom se acercó a ayudarla. La cogió del codo mientras bajaban y se mantuvo cerca, casi en la misma posición, hasta llegar al coche. Abrió la puerta del lado del pasajero a pesar de que ella ni siquiera le había dicho que le dejaría conducir.

Se mantuvieron en silencio en el trayecto a casa de Honny.

—Blanca Navidad —dijo Cherry mirando fuera, aunque su comentario era redundante.

—Mmm…

Poco antes de llegar, Tom se volvió hacia ella.

—¿Saben que vengo contigo?

—Sí —contestó Cherry.

Parecía pálido y se le tensaron los labios.

—Pero les has dicho que no estamos…, que esto no significa que…

Cherry apretó la mandíbula y tragó saliva.

—Sí, por supuesto. Les he dicho que te he invitado y que no estamos peleados.

—Bueno, supongo que eso es verdad —dijo mirándola con inquietud.

—Ajá —dijo Cherry—. Exacto…

Tom dejó a Cherry frente a la casa.

—¿Y si me esperas? —le preguntó.

—Tom, no hay problema, andaré como un pingüino.

—No, es porque… —dijo entrecerrando un ojo—. ¿Podrías esperarme para que entremos juntos?

—Ah —exclamó ella—. Sí, claro.

Lo esperó apoyándose en el techo de un coche. Tom aparcó y cogió todo lo que vio que podía cargar con un solo brazo. Cherry no llevaba nada porque realmente iba a necesitar las dos manos para llegar a la casa (elegir esos zapatos había sido una tontería) y porque estaba contando con los brazos de Tom. De hecho, estaba dando por sentada su infinita y tácita disposición a ser servicial.

Tom la cogió del codo mientras ella subía las escaleras del acceso para coches y luego la volvió a sujetar cuando subió las del porche.

Al llegar a la puerta, Cherry lo miró de reojo. Parecía como si estuviera ante un tribunal, esperando a que dictaran sentencia.

—Vamos a disfrutar de la Navidad, ¿de acuerdo? —dijo Cherry—. Los dos nos lo merecemos.

Tom la miró a los ojos con el entrecejo fruncido, pero asintió.

En cuanto entraron, todos gritaron.

—¡Cherry! —Y luego, con más entusiasmo—: ¡Tom!

—¡Tío Tom! —gritaron los niños más pequeños mientras corrían a abrazarle las piernas. (Un tío sin hijos era un lujo muy preciado. ¿Acaso había algo más divertido?).

—Un momento, esperad —dijo Tom al tiempo que les acariciaba la cabeza y los abrazaba.

Cherry le quitó el estofado de calabaza de las manos y de pronto sintió incertidumbre. ¿De verdad querría Tom pasar un día más con toda aquella gente? ¿A pesar de saber que sería el último?

—¿Quién me va a ayudar a traer las galletas? —preguntó Tom. Eligió a algunos de los niños más grandes y les dijo que se pusieran los abrigos.

Honny y Joy estaban en la puerta de la cocina, observando en silencio.

Cherry pasó al lado de ellas con el estofado de calabaza en las manos.

—Estás muy guapa, Cherry —dijo Joy y la siguió.

—Ay, sí, estás muy muy guapa, Cherry —dijo Honny en tono acusatorio. Y en cuanto se metieron en la cocina y estuvieron fuera de la vista de los demás, agregó—. Pero ¿qué diablos…?

—No vamos a hablar sobre esto —dijo Cherry entre dientes—. Nos comportaremos con naturalidad.

—Nos estamos comportando con naturalidad —dijo Joy—. ¡Tú eres la que ha traído a su exmarido a la cena de Navidad!

—Todavía están casados —dijo Honny—. Para mí lo raro es que trajera a un hombre *distinto* a la cena de Acción de Gracias.

Faith entró en la cocina, aún con el abrigo puesto. Caminó apresurada hasta donde estaba Cherry y le dio un suave golpe en el brazo.

—Ay, por Dios —murmuró—. ¿Habéis vuelto Tom y tú?

—No —dijo Cherry—. Solo estamos… llevándonos bien. Se va a vivir a California el mes que viene y, como iba a pasar la Navidad solo, lo invité.

—Estás pero que muy guapa —dijo Faith, como si acabara de darse cuenta.

—¿A que sí? —insistió Honny, cruzada de brazos.

—El estofado debería quedarse en el recipiente para que no se enfríe —dijo Cherry—. Tiene aislamiento.

—Oooh, ¿has hecho estofado de calabaza? —preguntó Joy.

—Sí —dijo Cherry—. Lo siento, pero tiene galletas Ritz.

—Puf… —dijo Joy haciendo un ademán con la mano—. Descuida, me estoy tomando el día libre de mi dieta sin gluten.

—¿Que estás qué? —preguntó Honny.

—¿Hablas en serio, Joy? —preguntó Faith—. Hice *potica* sin gluten.

—Y yo *pastieri* sin gluten —dijo Cherry.

—Y yo tarta de chocolate sin gluten —dijo Honny.

Cherry miró a Honny con el ceño fruncido.

—¿Y se esponjó bien?

—¡No!

—Bueno, es que… —dijo Joy haciendo un puchero—, todas dijisteis que era una estupidez.

—No, más bien, tú estabas siendo estúpida —dijo Honny.

De pronto entró a la cocina toda una hilera de niños con los platos de Cherry.

—Dame —dijo Cherry cogiendo la bandeja con galletas que llevaba uno de sus sobrinos—. Vamos a dejar todo sobre la encimera por el momento.

Tom entró el último con una caja llena de adornos para las mesas.

—¡Tom! —exclamó Faith y se acercó a abrazarlo.

Tom apoyó la caja en la cadera para poder devolverle el abrazo.

—Hola, Faith.

Joy estaba detrás de Faith.

—Feliz Navidad, Tom.

Honny lo saludó agitando la mano desde el otro extremo de la cocina.

—Hola, Tom.

—Hola, Honny. ¿Al final renovasteis el muro de contención?

—Sí, en primavera.

—Tiene muy buena pinta.

—Nos costó una fortuna.

—Seguro —dijo Tom y se volvió hacia Cherry. Quizá le brillaban demasiado los ojos—. ¿Quieres que prepare las mesas? Les iba a pedir a los niños que me ayudaran con el mantel de papel.

—Sí, adelante —dijo ella—. Yo prepararé la mesa de los adultos. Mallory me ayudará.

Tom asintió y se despidió de todos en la cocina con un gesto general antes de salir. Cherry imaginó que sus hermanas empezarían a sermonearla de nuevo, pero, cuando miró alrededor, solo vio rostros incómodos y tristes.

Por lo general, Tom pasaba varios días ilustrando el mantel de papel para la mesa de los niños, pero, obviamente, ese año no había tenido la oportunidad de hacerlo.

Así que desenrolló el papel de estraza sobre la mesa plegable y dibujó rápido, con un rotulador negro, una repisa de chimenea bastante larga. Luego dibujó calcetines de Navidad con el nombre de cada uno de los niños. Les dio lápices de colores para que decoraran sus respectivos calcetines y se movió alrededor de la mesa esbozando regalos que se asomaban de ellos y añadiendo detalles a la repisa. Dibujó velas encendidas y también un reloj. Luego llamó a Cherry para que hiciera un ratón disfrazado de Papá Noel asomándose por detrás del reloj.

Después ayudó a los más pequeños y bromeó con los adolescentes.

Entonces llegó a la casa Hope, que venía con los padres de Cherry.

Era obvio que a la madre la habían informado de lo necesario sobre Tom, pero eso no impidió que se comportara de forma extraña.

En cuanto lo vio, se puso la mano sobre el corazón y se acercó y lo cogió de las manos, a pesar del rotulador que sujetaba Tom.

—Tom —dijo—, qué alegría verte.

—A mí también me alegra mucho verte, Nancy —dijo.

Algunos de los cuñados de Cherry le llamaban «mamá», pero él solo le decía Nancy.

—Te veo muy bien —dijo ella—. ¿Has adelgazado?

—Eeh…

—Todo el mundo está adelgazando. ¿Has visto a Hope? ¡Ha bajado los mismos kilos que pesa una persona! Nunca imaginé que tendría una hija delgada.

Tom alzó la vista como por reflejo. Hope acababa de entrar. Llevaba un vestido de punto entallado que dejaba ver sus estrechos hombros y lo delgados que tenía ahora los brazos. También como por reflejo, Tom abrió mucho los ojos. Estaba sorprendido, pero, en cuanto se dio cuenta de su actitud, disimuló.

—Hola, Hope. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Tom.

—Y mira tu pelo —dijo la madre de Cherry sonriendo a Tom—. Te sienta muy bien.

—California te debe sentar muy bien —dijo Hope.

«Estar soltero te debe sentar muy bien», pensó Cherry.

Vio que su madre no soltaba las manos de Tom y que su padre se acomodaba en el sofá, del que no se movería en todo el día.

—Me alegro mucho de verte —repitió la madre de Cherry sin dejar de estrujar las manos de Tom—. Sabes que eres mi hijo, ¿verdad? —Empezó a llorar—. Siempre serás mi hijo.

—Gracias. —Tom permitió que Nancy continuara cogiéndole las manos.

Cherry pensó que debía intervenir, pero sabía que, si se acercaba más, su madre también la cogería a ella y juntaría sus manos con las de Tom como para volver a unirlos, allí, en medio de la sala de estar de Honny.

—¡Mamá! —gritó Honny desde el comedor—. Ven acá, os estábamos esperando para comer. ¿Has traído el puré de patatas?

—Lo tiene Danny.

Desde que había entrado, Danny, el marido de Hope, se había quedado frente al televisor mirando el fútbol con una gran cacerola en las manos.

—Me encargo del puré —dijo Tom soltándose de la madre de Cherry—. Hola, Danny.

—Ah, hola, Tom… Feliz Navidad.

Las mesas estaban listas, el bufet también. Honny mandó a uno de los niños a bajar el volumen del televisor donde estaban poniendo el partido. A Carl, su marido, lo hizo ponerse de pie para decir unas palabras de agradecimiento.

En las celebraciones navideñas, los cuñados de Cherry siempre se turnaban para hacer la oración. (Un año le preguntaron a Tom si quería participar, pero dijo que no). Ese día le tocaba a Carl. Era mexicano-estadounidense y de complexión muy robusta. En años alternos, Carl y Honny pasaban la Navidad con la familia de él en Grand Island. Carl rodeó a Honny con el brazo y los maridos de Joy y de Faith lo imitaron. Se los veía a todos llenitos, optimistas y muy cómodos con el hecho de estar enamorados.

Cherry estaba junto a Tom, pero solo le sonrió para que el momento fuera menos incómodo. Él le devolvió la sonrisa con los labios fruncidos, tratando de que la situación fuera lo mejor posible, y luego los dos inclinaron la cabeza.

Carl animó a todos a sentirse agradecidos y a recordar a Dios, quien entregó a su único hijo y lo vio morir en la cruz por ellos. A Cherry le pareció que ese comentario era más adecuado para la Pascua, pero luego Carl abordó el tema de la generosidad y habló de la familia, de los niños que crecen y se vuelven mayores, de las familias que también crecen.

—Somos muy afortunados de estar aquí juntos —dijo—. Somos muy afortunados de poder gozar de este día.

—Amén —dijeron Cherry, Tom y todos los demás.

—Ay, Carl, me has hecho llorar con esas palabras —dijo la madre de Cherry.

—Amén —dijo Faith.

Las sobrinas y los sobrinos de Cherry formaron una fila y fueron los primeros en pasar por el bufet. Honny vio el mantel de papel de los niños.

—¡Ay, Tom, por Dios! ¿Estás de broma? ¡No, no! No vamos a permitir que esas ilustraciones se estropeen. A ver, niños, ¡levantad los platos! —Empezó a tirar del gran pliego de papel. Cherry lo ayudó a extenderlo sobre la chimenea de verdad, que no estaba

encendida—. Después de la cena, tenemos que colgar esto —agregó —. Esta vez Tom se ha superado a sí mismo.

Seguramente Honny estaba pensando que aquel sería el último mantel de Tom, su última oportunidad de conservar uno. (Realmente, Tom se había superado).

Cherry le preparó un plato a su padre. Como en casa de Honny no había alcohol, era probable que hubiera bebido hasta llenarse antes de ir. Era un borracho muy capaz, podía planear y anticiparse a las maquinaciones de sus hijas. Cherry no estaba segura de haberlo visto sobrio ni una sola vez en toda su vida: todo un récord de compromiso con el alcohol.

En ese momento estaba atiborrado de alcohol y permanecía en silencio, pero de repente podía ponerse muy hablador y empezar a divertirse levantando la voz, o ponerse nervioso y de muy mal humor. Llevarlo a las reuniones familiares era difícil; no le gustaba sentirse atrapado.

—Hola, papá —dijo Cherry—. Te he traído algo de comer.

—Gracias, cariño —dijo su padre sin despegar la vista del televisor.

Su padre era un hombre fornido de cabello ondulado y profundos y arrugados hoyuelos en las mejillas. Alguna vez había sido guapo, con aire de granuja. A pesar de que tenía la misma edad que su mujer, parecía mucho más viejo.

Cherry dejó el plato sobre la mesa de centro.

—¿Quieres venir a comer con nosotros en el comedor?

—Nah, aquí estoy bien, viendo el partido.

No quería moverse mucho. Tampoco quería que lo molestaran sus nietos, de la misma forma que nunca quiso que lo molestaran sus hijas.

La madre de Cherry siempre tiraba la casa por la ventana en las celebraciones navideñas. Nunca habían tenido mucho dinero para comprar regalos, pero ella cocinaba lo suficiente para varios días. Decoraban toda la casa con cadenas de papel y guirnaldas de palomitas de maíz y fabricaban almohadillas perfumadas con naranjas y clavo.

Hope siempre decía que su madre bailaba por dos durante «todas aquellas Navidades tan frenéticas y maravillosas» para cubrir a su padre, para distraerlas de él.

Porque la verdad era que habían sido maravillosas…

Cherry preparó su propio plato, sirviéndose con cuidado porciones diminutas para poder probar de todo.

Honny había marinado el pavo y preparado el relleno con salvia y mantequilla. Hope había hecho el aderezo de migas de pan con apio y castañas. El estofado de judías verdes y las coles de Bruselas con sirope de arce y beicon eran de Joy. Faith había horneado bollos superesponjosos y se pasó el día entero haciendo fideos caseros con salsa de pollo. Todas habían llevado un postre. Pastel de calabaza, *potica* de manzana. Tarta *red velvet*, rollo de bizcocho. También había bandejas y más bandejas desbordantes de galletas y dulces caseros. Corteza de menta y barras de tofe.

Cherry y Tom terminaron sentados juntos en la mesa, en los mismos lugares donde ella se había sentado con Russ. También Hope estaba en el mismo sitio, al lado de Tom, con cara de haber acudido a la cena navideña de la familia equivocada. El plato de Tom estaba tan colmado que tuvo que apilar el bizcocho y el pastel siciliano sobre todo lo demás. Estaba siendo igual de educado que Russ, pero de una manera más sutil y titubeante.

Tal vez estaba pensando en que todas las personas sentadas a esa mesa sabían que su matrimonio había llegado a su fin… y que él había sido infiel.

Pero como Tom siempre había sido sutil y titubeante, era difícil saber en qué estaría pensando.

Para entonces, a las hermanas de Cherry ya se les había olvidado Tom; dejaron de comportarse de manera extraña con él y solo fueron quienes siempre eran, un grupo de mujeres felices y ruidosas. Los maridos, en cambio, *no* olvidaban. Se mostraron más taciturnos que de costumbre. Seguramente no les estaba gustando que Cherry llevara a la mesa todas sus pesadillas maritales, sus fantasmas de las Navidades pasadas y futuras. Danny, el marido de Hope, quien por lo general era amable y tenía un humor ingenioso y

sutil, ni siquiera miró a Cherry a los ojos cuando ella le hizo una pregunta directa.

Después de la cena jugaron a las cartas. Tom no era el tipo de persona a quien le gustara jugar. O al menos no de esa forma, con todos gritando y compitiendo. Dejó que una de las sobrinas ocupara su lugar en la mesa, fue a la sala de estar y, siempre dispuesto a dar el callo, se sentó en el sofá, junto al padre de Cherry. Cherry también se alejó del juego de cartas y fue a sentarse junto a ellos. Tom y ella terminaron jugando al *Uno* con algunos de los niños más pequeños y al final quedaron sentados en un sitio excelente para ver a todos abrir los regalos. A media tarde, Cherry bebió café y comió galletas. (En Navidad todo valía).

Su familia siempre se tomaba su tiempo para los regalos. Abrían uno por uno, sacaban fotografías… Era toda una puesta en escena. Como su padre no permitió que nadie lo apagara, el televisor seguía encendido y volviendo locas a sus hijas, incluida Cherry.

Al final, el padre recobró suficiente sobriedad para empezar a hablar a todo volumen con Tom sobre el equipo de fútbol americano de Nebraska y lo que tendrían que hacer los entrenadores. A Tom no le interesaba el fútbol de Nebraska, pero el padre de Cherry parecía haber interiorizado el hecho de que Tom alguna vez había jugado al fútbol y era un buen blanco al que dirigir ese tipo de monólogo. Tom estaba tratando de soportarlo con buena cara. Cherry se encontró a sí misma dándole palmadas en el muslo como diciendo: «Gracias» y «Lo siento». Al menos, no tendría que volver a hacerlo nunca.

Se preguntó si su padre conocería siquiera la situación entre Tom y ella… Probablemente no. No había estado en la cena de Acción de Gracias.

Cuando a Cherry le llegó el turno de abrir su regalo, alguien le entregó un sobre. Joy había escrito su nombre en él y contenía una suscripción individual para los jardines botánicos, lo cual era casi igual a decir: «Lamento lo de tu divorcio».

—Gracias —dijo Cherry—, nunca he ido.

Las sobrinas y los sobrinos querían comer galletas de jengibre y los más grandes habían preparado todo un argumento para justificar

por qué los más pequeños no tenían por qué ser los que eligieran en primer lugar todos los años.

Cherry y Tom los escucharon con paciencia y decidieron que tenían razón, así que Cherry dejó que los medianos escogieran primero. Todos le dijeron a Tom la buena pinta que tenían las galletas y él les dijo que las había decorado Cherry.

—Cherry, a veces se me olvida que también sabes dibujar —dijo Joy.

Tom fue a por otra taza de café para Cherry y una para él; llevó también, para compartir, unos cuantos barquillos sobre una servilleta en forma de flor de nochebuena.

Como una de sus sobrinas quería sentarse junto a ella, Cherry se corrió y quedó más cerca de Tom. Él colocó el brazo sobre el sofá, detrás de ella, para dejarle sitio.

Los niños pequeños estaban jugando en el suelo con sus juguetes y las hermanas de Cherry reanudaron la partida de cartas. Tom desprendía calor y solidez. El sol empezó a ponerse y se encendieron las luces de Navidad de los vecinos.

—Creo que llevaré a tu padre a casa —dijo Tom.

Cherry se inclinó hacia delante para ver a su padre.

—¿No te vas a quedar, papá?

El padre tenía los ojos rojos y las cejas despeinadas.

—No, estoy ya para acostarme.

La madre de Cherry estaba en la estancia contigua jugando a las cartas. Se discutió un poco sobre si debería irse con su marido o quedarse, pero él le dijo que se quedara, que lo único que pensaba hacer al llegar a casa era acostarse.

Cherry y sus hermanas sabían que iría directo al bar, pero no dijeron nada porque era inútil. Al final, Faith sugirió: «Quédate, mamá. Vamos a acabar la partida».

—Enseguida vuelvo —dijo Tom.

—Vale, te guardaré el sitio —dijo Cherry.

—Mejor guárdame las galletas.

En cuanto su padre se puso el abrigo, Honny apagó el televisor.

La hija de cuatro años de Joy reclamó de inmediato el asiento y las galletas de Tom. Cherry jugó con ella un rato, pero luego se

levantó y empezó a recoger las servilletas usadas, el papel de envolver arrugado y los platos sucios. Luego fue a la cocina y se encontró con el marido de Honny, que estaba vaciando el lavavajillas.

—No te preocupes, Carl —dijo Cherry—, ve a relajarte. Yo me encargo.

Cherry metió otra carga en el lavavajillas y puso a calentar agua en la tetera. Se inclinó sobre el fregadero y trató de estirar la espalda.

Así la encontró Tom.

Cuando alzó la vista, lo vio en la puerta de la cocina. En ese momento, uno de sus sobrinos se escurrió entre Tom y el marco de la puerta para ir por una cuchara y luego salió de la misma manera.

Tom se acercó al fregadero, se colocó detrás de Cherry y le puso la mano en la espalda.

—¿Qué tal vas?

—Al menos estoy de pie —dijo ella.

Tom le frotó la espalda por un instante.

—Se suponía que ibas a cuidar de nuestros asientos de lujo en el sofá.

—Gracias por llevar a mi padre a casa.

—No pasa nada. No estaba de humor para hablar.

—Querrás irte en breve, ¿verdad?

—No, estoy bien. Pasé por la casa y dejé salir a Stevie de su caseta.

—Qué bien. Bueno… Avísame cuando estés listo.

—Estoy bien, Cherry. Ha sido una tarde agradable, gracias.

Otro de los sobrinos pequeños de Cherry entró en la cocina a toda velocidad.

—No corras —le dijo Cherry.

—Tío Tom, ¿puedes jugar al *Taco Gato Cabra Queso Pizza* con nosotros?

—¿Qué es taco…? ¿Cómo has dicho? ¿Taco, pizza, cabra?

El niño se rio.

—Es un juego.

—Tío Tom ha jugado ya con vosotros todo el día —dijo Cherry—. Igual necesita un descanso.

—No me molesta. —Tom sonrió a Cherry.

Tom conocía a todos aquellos niños desde que eran bebés. Cuando nacieron, se había sentado en la sala de espera del hospital. Si se les hubiera preguntado a los más pequeños, no habrían sabido decir quién era su tío carnal, si Tom o Cherry.

Esa era la última Navidad que pasaría con ellos. Ya no asistiría a sus cumpleaños y tampoco estaría presente en sus graduaciones ni en sus bodas.

Cherry lo siguió cuando se dirigió a la sala de estar para jugar al *Taco Gato Cabra Queso Pizza*. (Que, en realidad, era un juego de cartas muy tonto).

Cherry y Tom se quedaron en casa de Honny suficiente tiempo como para que les entraran ganas de comer un segundo plato de pavo y para oír a la madre de Cherry contar, por enésima vez, la historia de cómo empezó a tener contracciones en la víspera de Navidad cuando estaba embarazada de Faith; que Hope y Honny habían llorado porque Papá Noel no había ido a casa, y que Cherry le había dicho a todo el mundo en la iglesia que a su nueva hermanita la había traído Papá Noel y nadie la había corregido porque todos habían pensado que era una ocurrencia adorable.

Se quedaron en casa de Honny tanto tiempo que todo lo extraño de la situación se esfumó. Se sentaron a la mesa del comedor y Tom puso el brazo en el respaldo de la silla de Cherry. Abrió almendras y nueces, y Cherry y Hope se las robaron. Tom no habló mucho, pero él siempre era así. Se rio, sin embargo. Y cuando todos le pidieron a Cherry que imitara al marido de Joy aquella vez en que Joy chocó con el Prius, fue Tom quien logró convencerla. (Uno tenía que conocer a Joy y a su marido, y haber visto el Prius, para entender la imitación de Cherry).

Hope fue la primera en marcharse y se llevó a su madre. Antes de irse, Nancy abrazó con demasiada fuerza a Tom y se lo quedó mirando durante mucho tiempo a los ojos.

Cherry y sus hermanas pasaron una hora más riéndose de su madre y chismorreando sobre Hope. «Casi no ha comido, y Dan

tampoco, ¿estará tomando Ozempic también?». Y a Tom: «¿Conoces a mucha gente que tome Ozempic en Hollywood?». Resultaba que la ginecóloga de Joy también había adelgazado mucho, y la pediatra de los hijos de Faith, y Whoopi Goldberg. ¿La habían visto últimamente? Porque estaba genial. Todas estaban genial, excepto la ginecóloga de Joy, que tenía aspecto demacrado…

Después se levantaron de la mesa y estiraron las piernas.

Tom fue por el coche mientras Cherry recogía sus cacerolas y sus bandejas. La familia se había comido todas las galletas y los pasteles sicilianos, y Honny le dijo que se quedaría con las sobras del queso para untar.

Faith se acercó a Cherry cuando estaba junto al fregadero y le apretó el brazo.

—¿Estás bien, Cherish Anne?

—Sí —dijo Cherry con una sonrisa.

(Pero era mentira. Si Cherry hubiera estado bien de una manera esencial, fundamental, en lo más profundo, tal vez seguiría casada. No había sido ella la que había *roto* su matrimonio, aunque sospechaba que sí que había sido ella quien los había desgastado a los dos y los había vuelto frágiles. Sospechaba que había sido ella quien había ejercido presión sobre los puntos más débiles de la relación, los puntos de quiebre, los del roce y el desgaste). (También era mentira en un sentido más inmediato, porque no se encontraba ni bien ni tranquila, ni sobrellevando la situación ni manteniéndose a flote).

Tom dejó el coche en marcha en el camino de acceso y regresó a la casa de Honny para ayudar a Cherry. Al salir, le cogió el brazo para que se apoyara en él.

Hacía frío, un frío que «calaba hasta los huesos», como decía la madre de Cherry cuando hacía ese tiempo. Cherry subió al coche y se sentó sobre las manos. La carretera estaba despejada, pero, de todas formas, le gustaba que fuera él quien condujera. Tom encendió la radio.

—¿Todavía no estás harta de los villancicos?

—Nunca —dijo Cherry.

—No estaba preparado para ver a Hope —dijo Tom.

—Cada vez que la veo me parece que ha adelgazado más. Sus ojos parecen enormes. Me pregunto si los míos darían la misma sensación si bajara de peso…

—¿Te gustaría? —preguntó Tom, mirándola de reojo.

—Creo que no. A Hope se la ve como si alguien hubiera pintado un retrato de ella de memoria y los ojos y la boca le hubieran salido mal.

—Honny ha sido despiadada al respecto.

—Sí —dijo Cherry suspirando—. Nada nuevo.

Tom se volvió hacia ella.

—Pareces cansada.

—Lo estoy.

—Yo también.

Cuando llegaron a la casa, Tom aparcó el coche en el camino de acceso.

—Podrías empezar a usar el garaje si quisieras. Ya hay espacio.

—Eeeh, no —dijo Cherry—. Me parece que sería trabajo adicional.

Tom sacó las cosas de Navidad y Cherry se cogió de su brazo para subir los escalones. Se detuvieron frente a la puerta. Stevie ya los había visto y estaba ladrando en la ventana delantera.

Tom entornó los ojos y miró hacia arriba, como si pudiera ver el cielo a través del techo del porche. Mantuvo la barbilla levantada, pero bajó la mirada y se encontró con la de Cherry.

—¿Podría entrar un momento?

—Sí. —Cherry asintió tan fuerte que sintió que le temblaban las mejillas—. Por supuesto.

Los dos esperaron un instante.

—Tienes mis llaves —dijo Cherry.

—Ah, cierto —dijo Tom, sacudiendo la cabeza.

Entonces sacó las llaves de Cherry del bolsillo, abrió y empujó la puerta para que ella entrara primero.

Stevie corrió hasta Cherry, le husmeó las piernas y comenzó a inspeccionar a Tom, que la acarició y le rascó detrás de las orejas.

—Hola, Stevie Nicks. ¿Has pasado una larga y solitaria Navidad?

Cherry se bajó el abrigo hasta la cintura. Observó a Tom, vio sus enormes manos entre el pelaje de Stevie, contempló cómo le rebotaban los rizos en lo alto de la cabeza.

—Bien —dijo él—. Muy bien, buena chica. ¿Por qué no vas a descansar? Toma. —Tom cogió uno de los premios que estaban encima de la caseta de Stevie y se lo dio—. Aquí tienes, ve a descansar. —Stevie se echó en el suelo a mordisquear el premio.

Tom volvió a mirar a Cherry con los ojos entrecerrados y el puente de la nariz fruncido, con inquietud.

—Tengo algo para ti.

—¿Algo como…? —dijo Cherry al tiempo que daba un paso atrás —. Como ¿qué?

—Como un regalo —dijo él, relajando el rostro.

—Oh —exclamó Cherry. Por un instante pensó que Tom iba a sacar del chaquetón los documentos del divorcio de la forma más dramática posible—. No tenías por qué molestarte.

—Es Navidad —dijo Tom con aire incómodo—. Era imposible que no te trajera un regalo.

Cherry no dijo nada.

—¿Puedo? —preguntó Tom.

Ella asintió.

Tom metió la mano en el bolsillo del chaquetón, sacó un estuche de joyería alargado, forrado de terciopelo rosa con un lazo verde oscuro, y se lo dio a Cherry.

Ella cogió el estuche. Parecía viejo. Deshizo el lazo y lo abrió. Dentro había una pulsera antigua con *charms* de plata de Disney. Muy elaborados, con piezas movibles. Palancas y cuentas. Blancanieves sosteniendo una manzana esmaltada en rojo. La carroza de Cenicienta con ruedas que giraban.

Cherry chasqueó la lengua.

—Es de una colección —explicó Tom—. La conseguí en un mercadillo en una casa en Pasadena.

Cherry lo miró.

—¿Has estado yendo a mercadillos?

—Cherry, soy un hombre con sangre en las venas y en la flor de la vida. ¿Qué esperabas?

Cherry se rio y volvió a contemplar la pulsera. Tenía un *charm* de Dumbo con orejas batientes.

—No soportaba la idea de que alguien pudiera vender las piezas sueltas —dijo Tom—. Lo he pulido todo lo más posible.

—Me encanta —dijo Cherry antes de alzar la vista y mirarlo a los ojos—. Me encanta.

Tom sonrió un poco y miró complacido en otra dirección.

—Yo no te tengo un regalo —confesó Cherry.

Tom bajó las cejas.

—Me has regalado el día de hoy —dijo él en voz baja.

—Más bien te lo he arrebatado —murmuró Cherry con ojos empañados—. Porque lo quería.

Tom la miró muy serio, con las comisuras de los ojos muy muy tensas.

En ese momento, Cherry sintió su pérdida de manera muy profunda, como si estuviera reventándose la última sutura que los unía, como si alguien hubiera escindido a Tom de su vida todo un año y por fin viniera a extraerlo por completo.

La lista de todas las maneras en que su vida sería irreconocible sin Tom era demasiado larga para empezar a imaginarla siquiera, y tenía una cantidad de entradas infinita. No sería solo la Navidad, no serían solo dormir y el sexo. Cada noche que no pasara con Tom contaría de forma individual, cada una sería por sí sola una pérdida.

¿Por qué se sentía tan mal? ¿Por qué en ese momento?

Tom se había ido un año entero y ella ya había pasado por diversas etapas de duelo. ¿Era ese el fin? ¿Acaso la última era una etapa de «dolor exquisito»? Y, si la sobrevivía, ¿sería libre?

Tom negó con la cabeza.

—Cherry —dijo, como si su nombre significara «no», y volvió a negar con la cabeza. Parecía triste y arrepentido—. Yo…

Debía dejarlo ir, soltar y permitir que se fuera. Debía buscar en su interior lo que quedara de él y terminar de vaciarse de aquellos restos.

Tom negó con la cabeza una vez más y luego se inclinó hacia ella.

Cherry, como por reflejo, se echó atrás de la misma forma en que uno movería la cabeza si sintiera que se le acercaba a la cara una pelota de béisbol a toda velocidad.

Tom no se permitió ir más lejos.

Cherry también se detuvo.

—Lo siento —dijeron al mismo tiempo. Todo sucedió en un segundo, pero Tom ya se estaba alejando.

Entonces Cherry lo agarró del cuello del jersey y, cuando él sintió el tirón, la miró a los ojos.

—Tom —dijo. Significaba «*sí*». Significaba «*Tom*». Significaba «*haría cualquier cosa, cualquiera*».

Tom volvió a inclinarse hacia ella y le cogió la barbilla. El peso de Cherry casi cedió y ella se imaginó a sí misma colgando de su mano, con los pies balanceándose.

La boca de Tom se encontró con la de ella con demasiada fuerza. Cherry emitió un sonido proveniente de lo alto de la garganta, un sollozo quizá. Sí, probablemente. Los ojos le ardían y tenía la boca húmeda. Estaba correspondiendo al beso de Tom de una manera torpe, su mandíbula se esforzaba demasiado. Lo agarró del jersey y volvió a sollozar cuando él la abrazó con fuerza de la cintura.

—Tom —dijo besándolo aún.

Él movió la otra mano de su barbilla a la nuca. La abrazaba con tanta fuerza de la cintura que, en realidad, podría haberla sostenido en vilo. Ella se balanceaba sobre la punta de los pies.

Tom besaba con la misma torpeza que ella. Besaba y besaba. Fallaba al buscar sus labios. Gemía desde el pecho. Ella aún tenía la pulsera en la mano. Le rodeó el cuello con los brazos. Si hubiera podido hacer magia, habría hecho crecer seis brazos más para agarrarse a él.

Tom continuó besándola, abrazándola. A ella le dolían los pies y la espalda. Sentía la vagina como una mano que tratase de aferrar algo. Su corazón era como un túnel de viento y había dejado de funcionarle la cabeza.

Tom se separó de ella y presionó el rostro contra la mejilla de Cherry.

—Cherry, dime qué hago.

—Quédate —dijo ella soltando aire—. Quédate, Tom.

Él asintió, aún con el rostro en su mejilla. Cherry lo abrazó lo más fuerte que pudo.

Tom empezó a besarle las mejillas y el cuello, luego dio un paso atrás, hacia las escaleras, y Cherry estuvo a punto de tropezarse porque aún estaba medio en volandas. Tom la soltó un poco para que los talones le tocaran el suelo. Se detuvo al pie de las escaleras con expresión de impotencia.

Cherry se alejó un poco, lo cogió de la mano y tiró de él hacia arriba. Lo condujo al dormitorio, como si él no conociera el camino, y se alegró de no poder verle la cara cuando lo hizo pasar por el umbral.

La cama no estaba hecha. Cherry había dejado el camisón por ahí y, junto a la puerta, había un montón de ropa para lavar.

Tom empezó a caminar más deprisa y a empujar a Cherry al tiempo que la sujetaba de la cintura. Ella se volvió hacia él, y Tom la empujó a la cama y se puso encima de ella mientras volvía a besarla. Cherry lo abrazó y lo rodeó con las piernas. Aún llevaba los zapatos. Los besos se tornaron más dulces y Tom empezó a atinar al besarla, aunque aún parecía desesperado. Cherry le arañaba la parte trasera del jersey. Aún tenía el estuche de joyería en la mano, pero en ese momento lo dejó caer sobre la cama. Trató de quitarse los zapatos sacudiendo los pies, pero el cuerpo entero de Tom se lo impedía. El pesado cuerpo de Tom. Era mucho más grueso que Russ, era del tamaño correcto. Su piel tenía la temperatura idónea. Le subió la parte trasera del jersey y de la camisa, y tocó el amplio territorio de sus costillas.

Abierta, Cherry estaba abierta a él por completo. Tom podría tomar lo que quisiera, incluso aunque no pensara devolverlo jamás.

Tom apoyaba todo el peso del cuerpo en las rodillas y en una mano. La besaba. Cherry le tiraba del jersey hacia arriba. Tom se apartó un poco para sacárselo por la cabeza. Se incorporó y se quitó la camiseta también. Había bajado bastante de peso; estaba distinto, como si se hubiera desinflado un poco. Cherry se sintió como si estuviera ajustándose a él en tiempo real, como si sus ojos lo reenfocaran. Estaba pálido y el vello del pecho era más oscuro que

el de la cabeza. Los brazos, sin embargo, seguían siendo gruesos. Los hombros aún eran amplios. Seguía siendo Tom y ella seguía deseándolo. Él tiró del zapato del pie derecho de Cherry para intentar quitárselo, pero no lo logró, así que desató los cordones y se lo sacó. Quitarle el izquierdo fue más sencillo.

Tom volvió a la cama junto a Cherry, mirándola cara a cara, atrayéndola hacia sí. Ella había perdido la oportunidad de desvestirse porque se estaban besando una vez más con frenesí mientras entrelazaban los muslos. Tom tenía las manos en la espalda de Cherry, que adoraba que estuvieran allí. Ella le tocó los hombros desnudos y le envolvió la mandíbula con la mano, que deslizó hacia arriba, hasta el pelo, y gimió. Todos aquellos rizos, aquellos rizos, joder. Tom había huido de ella y se había dejado crecer el pelo. Cherry cerró las manos sobre los rizos y lo besó como si fuera una loba, devorándolo mientras sentía su cabello enroscarse alrededor de cada uno de sus dedos.

Tom rodó con Cherry para quedar encima. Separó con fuerza los labios de los de ella y restregó el rostro en su cuello.

—Cherry —dijo, y ella se aferró a su cabeza—. Cherry —repitió.

La besó en el cuello, la besó en la garganta, se agachó y besó su vientre para luego tirar hacia arriba del jersey y besarla en las costillas. Cherry cerró los ojos y apretó los párpados, rascó el cuero cabelludo de Tom. Él continuó tirando del jersey y de su cuerpo para poder quitarle la prenda por la cabeza. Ella tuvo que soltarle los rizos y, en ese momento, sintió que sus vaqueros se deslizaban, que Tom se los estaba bajando por la cadera, llevándose de paso su ropa interior de encaje, sin ninguna ceremonia. (Ya habían tenido la ceremonia, ya se habían intercambiado los anillos). La besó en la cadera y le colocó la mejilla sobre el vientre. «Cherry».

Ella aún tenía puesto el sostén de tela escocesa.

Todavía llevaba puestas las medias rosas de red que le llegaban hasta las rodillas, pero una se le había empezado a caer y la tenía por la pantorrilla.

—Tom —musitó.

Tom se echó hacia atrás para quitarse los pantalones y los calcetines. Ella lo observó. Se movía de la forma de siempre, a pesar

de que había adelgazado un poco. También se ponía sobre ella de la misma manera y la miraba con el mismo pasmo y la misma hambre de siempre.

Tal vez Tom tuviera siempre esa expresión en un momento como aquel, como si anhelara tanto algo que el ansia no lo dejara pensar. Como si lo anhelara tanto que pudiera despojarse de su inhibición y de todo lo que lo hacía sentirse inseguro.

Cherry alzó la mano hacia él jadeando, separando las piernas, queriendo pasar a la parte que más deseaba.

Tom gimió y volvió a ponerse sobre ella. Cherry lo rodeó con los brazos y besó todo lo que pudo, primero en el hombro, luego en el cuello. Sintió que se unían sus pieles casi desnudas, cálidas. Sus manos se dieron un festín con él. (Se había fijado en Tom hacía mucho tiempo y en aquel instante había decidido quedarse con él. Cherry había sido la primera mujer de Tom, y él había sido para ella el único. Si algo fuera a sucederle a Cherry, todos sus bienes materiales serían automáticamente de él).

Tom la cogió por la barbilla y luego bajó la mano hacia la garganta para sostener a Cherry como a él tanto le gustaba, por el óvalo de la cara. La besó con menos frenesí, pero con la misma intención. Su cuerpo cubría el de Cherry por completo, hasta donde ella podía estirarse y alcanzar. Y, debajo de él, gimió y se quejó en un estado de consentimiento constante.

De pronto, Tom se alejó, pero solo lo necesario para alcanzar el cajón donde guardaban los condones.

Cherry le detuvo el brazo.

—Descuida —dijo—. No estoy…

Él la miró confundido y, luego, lleno de deseo una vez más. Tenía la boca abierta, el labio inferior húmedo. La besó.

—¿No estás…?

—Ovulando —susurró ella mientras le tiraba del brazo—. Descuida.

Tom tardó en ceder; aún tenía el brazo estirado y la mano cerca del cajón. Analizó el rostro de Cherry y ella arqueó el cuello, se lo ofreció desnudo. Tom se dirigió a su garganta y ella lo abrazó. Calculó mentalmente. Era *muy probable* que no estuviera ovulando.

(Necesitaba sentir su piel. Necesitaba sentirlo correrse, lo necesitaba todo, estaba sedienta de él). (Cherry no siempre era fuerte y buena). Cerró los ojos mientras él la besaba.

Tom se introdujo en ella sin más dilación. Durante el sexo no hablaron. En general, no hablaban lo suficiente, y ella lo sabía. Sabía que era un problema, tal vez incluso una bandera roja. (Tal vez su perdición). Pero no creía poder cambiar eso. Y era obvio que, sobre todo, no podría cambiarlo en ese momento, en esa etapa tan tardía de su matrimonio y tan temprana de su divorcio.

Cuando Cherry y Tom hacían el amor, ella prefería no hablar porque no quería decir algo que pudiera desacelerarlos o cambiar la atmósfera. Tampoco quería que él se sintiera mal o avergonzado por no hablar. No quería que Tom pasara ni siquiera un instante de vergüenza mientras estaba desnudo en la cama con ella; quería que sintiera que era guapo y bueno.

Porque era guapo y bueno.

Él, por su parte, siempre la observaba. Como en ese momento, en el que la contemplaba con los párpados pesados mientras retrocedía con la cadera para poder empujar de nuevo dentro de ella.

Cherry tenía las piernas abiertas y las rodillas levantadas; sintió un ligero vértigo al pensar en lo bien que estaba lo que sucedía, en lo correcto que era. Tom dentro de ella, en su cama, en su casa, en su ciudad. Tom en el centro de su mundo.

Él se levantó un poco para poder entrar más profundamente en Cherry, la miró a los ojos, vio su pene entrar y salir de ella. (Cherry no podía verlo, pero sabía que era grueso).

—Cherry —dijo—. *Baby, baby*. Mi *baby*.

Cherry asintió, estiró una mano hacia él, pero solo logró rozarle el pecho. Tom se inclinó para besarle los dedos, para dejar que ella le pusiera la mano en la mejilla. Cogió su mano y se la acercó a los labios, le besó la palma una y otra vez.

—Tom —musitó ella.

El sexo con Tom podía seguir y seguir…

No obedecía al modelo de la pirámide de Freytag, con acción ascendente, clímax y resolución. Al principio tal vez sí, cuando él

estaba averiguando cómo funcionaban las cosas… (Cuando estaban averiguándolo juntos).

Sin embargo, con el paso de los años, las cosas evolucionaron y se volvieron menos predecibles. A veces él podía hacerle el amor a Cherry un rato y verla correrse, y luego darle la vuelta y continuar. Después, tomarse un descanso para tocarla, lamerla y permitir que tuviera otro orgasmo. A Cherry le resultaba imposible predecir cómo se correría él; parecía gustarle a Tom de todas las maneras posibles. A veces ni siquiera se corría, solo seguía follándosela hasta que pasaba el momento en que habría podido hacerlo, como si no quisiera detenerse mientras ella todavía tuviera deseos de más. Luego se quedaba dormido a pesar de que aún estuviera medio empalmado. Más adelante, en medio de la noche, podía despertarla de nuevo pidiéndole, con la cadera y las manos, que le permitiera volver a penetrarla. (He ahí la razón por la que Cherry no pedía más conversación, con un hombre que nunca la hacía suplicar).

Esa noche, sin embargo, a Tom ya le rechinaban los dientes como si estuviera a punto de correrse y, cuando Cherry se dio cuenta, lo miró y asintió.

Tom colocó la mano entre el vientre de ambos; siempre era un poco incómodo en esa posición. Lo que quería era encontrar el clítoris y frotarlo con los nudillos. Cherry lo aceptó porque no necesitaba mucho más, ya había empezado a tensarse por dentro.

Cuando se corrió, fue formidable; el orgasmo le llegó hasta los dedos de las manos y de los pies. Tom hundió más la cadera para percibirlo. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Dijo su nombre, «Cherry», y giró la mano para frotarla de manera más directa.

El segundo orgasmo llegó desde el estómago de Cherry, le pasó por el pecho y subió hasta la garganta, donde se detuvo y la hizo sollozar.

—¿Cherry? —preguntó Tom sudando, con su rostro cuadrado y su cabello como de ángel.

—No pares —dijo ella entre lágrimas.

—*Baby*…

—No pares, por favor —repitió Cherry, a punto de correrse otra vez, o de seguir corriéndose—. Tom, Tom…

Tom detuvo la mano cuando ella se quedó flácida. Se levantó de nuevo hasta quedar casi de rodillas y la sujetó de la cadera y de la parte trasera del muslo.

Cherry seguía llorando.

—No pares —gimió—. Te quiero, no pares.

Tom se corrió emitiendo un gemido hondo, con los ojos cerrados y la boca abierta.

Después de unos pocos jadeos, se desplomó hacia delante y le quedó la cabeza sobre el pecho de ella, que le acarició el cabello.

Tom besó la parte superior de sus pechos.

—Mi *baby*.

53

Tom nunca le había puesto al personaje femenino el nombre de «Baby».

Era solo la forma en que El Tipo la llamaba en el cómic.

54

Afortunadamente, Tom no trató de marcharse a casa de su padre.

Fue al baño y regresó con los calzoncillos puestos y una toallita humedecida con agua caliente en la mano. Cherry se había tapado con el edredón. Él se metió junto a ella y le presionó la toallita entre las piernas. Sabía que aquello le agradaba.

Cherry seguía llorando, al menos un poco. No estaba segura de poder detenerse en algún momento. Tom la besó en la frente, pero también parecía alterado.

Mantuvo la toallita entre las piernas de Cherry hasta que empezó a enfriarse y luego le limpió suavemente la zona entre los muslos. Dejó caer la toallita al suelo y se acomodó bocarriba para que Cherry pudiera apoyar la cabeza en su pecho, porque sabía que eso era lo que ella deseaba hacer.

Cherry cerró los ojos y puso suavemente la mano sobre el vientre de Tom.

Al cabo de unos minutos, Tom le desabrochó el sostén, para lo que le hicieron falta las dos manos, y le rascó la espalda a Cherry justo debajo del broche, donde siempre le daba comezón.

—¿Todavía quieres que me quede? —susurró Tom.

Cherry solo lo abrazó y asintió con la cabeza.

Lo sintió relajarse.

Tom deslizó la mano por la espalda de Cherry, pero ya sin rascar, solo frotando, acariciándola. Ella lloró en voz muy baja.

—¿Todavía te duele la espalda? —le preguntó Tom.

Ella asintió.

Tom presionó con los dedos los músculos de debajo de las costillas de Cherry y luego continuó a lo largo de toda la columna.

—¿Por qué has usado esos zapatos todo el día?

—Estaba tratando de seducirte —dijo ella gimiendo.

Tom se rio y su risa hizo que el cuerpo de Cherry rebotara.

—Ay, *baby* —le dijo en voz baja—. Seducido ya estoy, nadie en el mundo ha necesitado menos seducción que yo.

55

Tom y Cherry se quedaron dormidos uno junto al otro mirando en la misma dirección, haciendo la cucharita.

Luego ella se volvió hacia el otro lado y Tom la siguió, y siguieron durmiendo haciendo la cucharita en el sentido opuesto.

Durmieron abrazados el uno al otro, con las rodillas y los tobillos entrelazados.

Incluso durante los meses en que las cosas se habían enfriado mucho y en que hubo demasiado silencio entre ellos, cuando se despertaban de madrugada descubrían que estaban encajados, uno en el cuerpo del otro.

Esa noche no dejaron entre ellos espacio suficiente para un pensamiento perdido siquiera.

Cherry se quedó dormida pensando que, seguramente, la cama estaría muy feliz de que Tom estuviera acostado en ella, que toda la casa estaría feliz de tenerlos en su interior, que Stevie los defendería de cualquier amenaza. Cherry sabía que, por sí sola, no era capaz de colmar los instintos de pastoreo y guía de Stevie, pero que, junto con Tom, formaban una manada. Una familia.

56

Cherry despertó sola.

La cubría el edredón, bien ceñido a su cuerpo.

Se quedó quieta y trató de escuchar los sonidos provenientes de la planta baja o del baño…

Nada.

Se incorporó y miró alrededor en busca de alguna señal que le indicara que no había dormido sola.

Pero no vio ninguna. La ropa de Tom no estaba tirada en el suelo y tampoco estaba la toallita. Le invadió el estómago un sentimiento de desolación, una soledad incontenible.

Entonces oyó la puerta delantera.

Oyó a Tom hablar en voz baja.

Y a Stevie correr de un lado al otro.

Oyó que la barrera para bebés se abría y luego se volvía a cerrar.

Y a Tom en las escaleras.

En las últimas veinticuatro horas, ¿cuántas veces había deseado que el tiempo se detuviera? Quería quedarse atrapada en ese momento como una mosca en el ámbar, permanecer para siempre desnuda en la cama mientras Tom subía por las escaleras.

Tom llegó a la habitación. Llevaba puestos el chaquetón y el gorro, y entre las manos tenía un vaso de café.

—Se suponía que aún no te habrías despertado.

Cherry apretó el edredón con el que se estaba cubriendo el pecho.

—¿Adónde has ido?

Tom se sentó en la cama.

—Stevie estaba abajo, lloriqueando junto a las escaleras. Creo que pensaba que la habíamos castigado. La saqué a pasear para que

no te despertara —explicó, y frunció el ceño al ver la expresión de Cherry. Seguramente se la veía aún herida—. Lo siento —dijo en voz baja mientras le daba el vaso—. Te he traído un café.

Cherry lo cogió y sonrió.

—Y… —agregó Tom, que metió la mano en una bolsa que ella no había notado hasta entonces—. Algo llamado panecillo de Navidad.

—¿Qué es un panecillo de Navidad?

—No lo sé, la chica de la panadería dijo que llevaba jamón, glaseado de naranja y clavo de Madagascar.

Cherry estaba dándole un sorbo al café, así que solo arqueó las cejas.

—Madre mía…

—Lo sé —dijo Tom—. El vecindario se ha vuelto muy pijo, ya ni siquiera hay sitios para comprar cigarros electrónicos.

Cherry se rio.

Tom metió la mano en la bolsa otra vez.

—También he comprado un burrito de huevo con espinacas y queso feta.

—Como el de Starbucks.

—Como el de Starbucks —repitió él—, pero más pijo —dijo mientras sacaba los dos paquetes envueltos en papel—. Elige el que quieras.

—Me dan ganas de comerme los dos.

—Entonces tuyos son.

Cherry le sonrió. Hasta ese momento había tratado de fingir que todo era normal… Que Tom solo se había despertado temprano para sacar a pasear a Stevie y comprar el desayuno, y que estaba de vuelta en casa, que, simplemente, estaba en *casa*. Sin embargo, los ojos empezaban a empañársele.

Tom la miró y frunció la frente.

—Hola —murmuró.

—Hola —contestó Cherry.

La besó en la mejilla y ella cerró los ojos.

—Hola —repitió Tom en apenas un susurro.

—Hola —dijo Cherry soltando aire.

—¿Puedo volver a meterme a la cama?

Cherry asintió.

—Claro.

Tom se levantó y se quitó los pantalones. (Se había puesto la misma ropa del día anterior, a pesar de que, a poco más de un metro de distancia, tenía una cómoda llena de prendas limpias). Se dejó la camiseta y los calzoncillos y volvió a meterse debajo del edredón.

—Puedes beber tu café, pero ven aquí —le dijo a Cherry antes de rodearla con el brazo.

Cherry se apoyó en él y siguió sorbiendo el café. Tom desenvolvió el panecillo de Navidad con una mano y arrancó un trozo para Cherry. Ella lo cogió, miró a Tom y sonrió al verlo sonreír.

—Te has dejado crecer el pelo —dijo.

—No quería buscar un nuevo peluquero. Además, cada vez que hacía una entrevista para televisión, el estilista del programa me decía que tenía el pelo demasiado corto… —explicó frunciendo el entrecejo—. ¿Lo odias?

—Para nada, te pareces al actor de la serie *El oso*.

Tom resopló.

—Más bien me veo como *un* oso.

Cherry se rio y Tom le pasó otro trozo de panecillo. Estaba delicioso.

—Me gusta tu pelo —dijo ella levantando la barbilla hacia él—. Te queda bien.

—«Bien» —dijo Tom como si dudara del halago.

Cherry le presionó el pecho con su hombro desnudo.

—Me gustaba antes —dijo—, pero también me gusta ahora.

Tom cogió el burrito de huevo y retiró el brazo para poder quitarle la envoltura con las manos.

—Pues… gracias entonces. Toma, prueba esto.

Cherry todavía se estaba cubriendo el pecho con el edredón, lo estaba sujetando con las axilas y con los codos. También tenía el café en las manos. Tom sostuvo el burrito frente a ella y Cherry se inclinó para darle un mordisco. Él también le dio otro.

—No está mal —dijo Cherry.

—Es mejor que el de Starbucks —dijo Tom con la boca llena—, pero no lo *bastante* mejor.

Cherry asintió. Tom la estaba haciendo reír; resultaba obvio que estaba de buen humor.

—Me alegra mucho que estés aquí —susurró ella.

Tom la miró, contempló su rostro, sus ojos.

—Yo también me alegro de estar aquí.

Cherry tragó saliva.

Y Tom se inclinó para besarla. Lo hizo tan lento que ella habría tenido tiempo de sobra para eludirlo, pero lo que hizo fue levantar la barbilla.

Fue un beso mucho más dulce que todo lo que había ocurrido la noche anterior. Cherry sonrió.

Tom movió la cabeza para besarla desde otro ángulo y la sonrisa de ella se extendió de oreja a oreja.

Entonces él cogió el vaso de café para quitárselo, pero ella se aferró a él e interrumpió el beso.

—Solo un sorbo más.

Bebió un poco más y le dio el vaso a Tom, que también bebió antes de dejarlo sobre la mesa. Luego se volvió hacia Cherry con las manos libres. Cuando ella soltó el edredón, él la tocó y suspiró. Y Cherry lo besó.

—Todavía estás caliente —le dijo Tom mientras tiraba de ella hacia las almohadas y ella se dejaba llevar—. Me ha costado mucho trabajo no despertarte… —susurró Tom—. Tenía que salir.

—Pudiste despertarme.

—No quería que me dijeras que me fuera —dijo él con una voz casi imperceptible.

Cherry lo besó porque nada de lo que le pasaba por la cabeza podía decirse en voz alta. «Jamás te diría que te fueras» era mentira. «No quiero que te vayas nunca» era demasiado verdad. No quería decir nada que los lanzara demasiado lejos hacia el pasado o hacia el futuro. No quería que Tom despertara.

—Estás tan caliente… —dijo él entre besos mientras le acariciaba la espalda, la cadera, las nalgas. De pronto le cogió la rodilla y la colocó sobre su cadera. Cuando Cherry abrió las piernas, percibió el

olor del sexo de la noche anterior, pero sabía que a él no le molestaría. Sabía que casi nada similar lo haría.

Tom deslizó la mano por sus muslos para tocarla.

—¿Todavía estás húmeda o estas húmeda de nuevo?

—No lo sé —dijo ella, negando con la cabeza.

Tom introdujo sus dedos más adentro y ella cerró los ojos. Presionó más, la exploró. Era agradable. *Mucho*.

—Espera —dijo Cherry—. Tengo que ir al baño primero.

—Claro —dijo él, aunque ya tenía la respiración entrecortada—. Vale.

Cherry se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Las manos de Tom la siguieron. Se puso de pie y se sintió inestable al principio, pero las manos de él continuaron tras ella. Cherry miró hacia atrás, por encima del hombro, y vio que Tom se había sentado también. Entonces dio un paso alejándose de él.

—Espera, espera, espera —dijo él—. Date la vuelta.

Cherry lo hizo.

El cabello le caía sobre los hombros y le llegaba a la parte superior de los pechos. Estaba desnuda salvo por una de las medias de rejilla rosas, que le llegaba a la rodilla.

Tom le pidió con un gesto que se acercara.

Ella dio un paso hacia él.

—Lo siento —dijo Tom en voz baja—. Ven aquí.

—Tom.

—Ven aquí. —La cogió de las manos. Ella dejó que la acercara a él y la empujara hacia atrás, hacia la cama, para poder ponerse encima de ella—. Pareces una perfecta depravada, Cherry.

—Me siento como una completa depravada.

Tom le lamió el pecho.

—Tienes migajas por todas partes. —Volvió a lamerla; luego le restregó la cara en sus pechos mientras deslizaba de nuevo la mano entre sus piernas, buscando.

Cherry respiró hondo.

—Tom, tengo que hacer pis.

—No hay problema —dijo él metiéndole los dedos.

Cherry se rio, pero su risa se transformó de inmediato en un quejido. De verdad *tenía* que hacer pis, pero la sensación de los dedos de Tom dentro le gustaba y él lo sabía.

—Tócate —dijo Tom, presionando.

—Tom…

Tom se alejó lo suficiente para quitarse la camiseta, hacerla una bola y colocarla debajo de las nalgas de Cherry.

—Toma.

Cherry rio con ganas y se cubrió los ojos con el dorso de las manos.

—Venga, tócate —dijo Tom mientras volvía a meterle los dedos.

Cherry bajó la mano y se tocó.

Tom metió los dedos más adentro y presionó mientras la observaba.

Cherry se masturbó, pero casi de inmediato sintió demasiada excitación y le dio miedo correrse.

—Tom, se me va a escapar el pis.

—Estás tan mojada que ni siquiera lo notaré.

Cherry volvió a reírse.

Tom formó con los dedos un gancho en su vagina.

—Vamos, *baby*.

Cherry cedió y se permitió perder el control. Fue tan fácil que se inquietó, pero, al mismo tiempo, la sensación era increíble. Volvió a hacerlo e, incluso teniendo los ojos cerrados, sabía que Tom la observaba. Sus orgasmos eran agudos y peligrosos; empezaron a sucederse sin que terminara el anterior. De pronto aulló y Stevie ladró al pie de las escaleras, en la planta de abajo. Cherry se rio.

—Tócate más —dijo Tom.

—No, ya no —dijo y le puso el pie en el pecho.

Tom sacó los dedos y se agachó a besar la parte interna de sus muslos.

Cherry se sentía desmadejada. Tom la hizo girar con cuidado sobre el costado y se puso detrás de ella. Volvió a introducir su mano, esta vez desde atrás. Ella suspiró y dobló y alzó la rodilla. Tom introdujo su pene. En esa posición, no ejercería presión sobre la

vejiga. Además, fue muy cuidadoso. La sensación seguía siendo buena. Tom le sujetó la cadera. No le llevó mucho tiempo.

Ninguno de los dos se movió cuando él terminó.

—¿No se me ha escapado nada de pis? —preguntó Cherry en un susurro.

Tom la tocó entre las piernas.

—No lo creo… Tal vez la próxima vez.

Cherry volvió a darle un codazo, pero él no dejaba de reírse.

Ella se incorporó y se puso de pie.

—Tal vez me dé una ducha.

—No, no te duches. Vuelve y sigue haciendo cochinadas conmigo un rato más.

Tom parecía tan feliz que Cherry no se pudo negar.

Pero luego, cuando estuvo en el baño, se sintió tan sucia que no pudo no tomar la ducha. Se enjuagó rápido y no se lavó el pelo.

Cuando volvió, encontró a Tom sobre el costado, tapado con el edredón y de su lado de la cama. Era todo perfecto. La habitación parecía perfecta con él allí.

Cherry volvió a meterse bajo el edredón y también se puso sobre el costado, de cara a él.

Tom ya no sonreía.

—Oh, no —dijo Cherry—. ¿Te he dado demasiado tiempo para pensar?

Tom sonrió y bajó la vista hacia el colchón.

—Quizá.

Ella soltó aire preparándose.

—Cherry… —dijo Tom—. Sé que estás saliendo con alguien.

—No —dijo, sorprendida—. *No*, Tom. No estoy saliendo con nadie.

Tom alzó la vista, incluso más sorprendido.

—Pero me dijiste que sí.

—A ver, estaba saliendo con alguien —explicó Cherry—, pero ya no.

—Ah… —exclamó él, tratando de procesar la información.

Cherry también estaba procesando lo sucedido.

—Espera, ¿pensabas que estaba saliendo con alguien? ¿Y eso no te impidió actuar anoche? ¿No te hizo pensar las cosas?

—Me hizo pensar… —dijo—, pero no mucho.

—¿En serio?

—Eres mi mujer —exclamó Tom, medio orgulloso y medio indignado.

Cherry ahogó la risa, trató de sentirse ofendida por todo el asunto, pero no pudo. Porque, en efecto, *era* su mujer. Nunca había dejado de serlo.

(Aunque eso no significaba que estuviera de acuerdo con sus hermanas, que se sintiera culpable por lo que había ocurrido con Russ, ni que creyera que había hecho algo malo. Solo quería decir que nunca dejó de desear estar casada con Tom).

—Eres mi mujer… —repitió él con la voz entrecortada.

Cherry asintió.

—Cherry, quiero volver a casa.

57

—Ve a Los Ángeles. Stevie y yo estaremos bien.

Eso era lo que Cherry le había dicho a Tom, pero no, no habían estado bien.

Stevie estaba creciendo mucho y era difícil controlarla, y además a Cherry no la obedecía.

«Ya te obedecerá —le dijo Tom en un mensaje de texto—. Es solo que, por el momento, te ve como su compañera, como otro miembro de la camada».

«¿Otro miembro de la "camada"?».

«Sí, Stevie piensa que yo soy el líder de la manada… Lo cual muestra su limitada capacidad cognitiva».

Tom le dijo a Cherry que debía leer uno de los libros sobre adiestramiento canino que había comprado, pero ella no quería. No quería adiestrar a un perro.

Stevie resultó ser algo positivo para Tom, de eso no había duda. Era como si alguien hubiera encendido una pequeña luz en su oscuridad cotidiana.

Pero incluso aquello sacaba de quicio a Cherry, el hecho de que Tom fuera por ahí taciturno, con cara de zombi, y que solo volviera a la vida cuando estaba con la zopenca de la cachorra.

Tom pasó tanto tiempo en California que alquiló un Airbnb. La película no era lo único que lo mantenía lejos, también estaba promocionando una antología de *Jueves*, que llevaba por título *Todos los jueves*. E inició una colaboración para crear ropa urbana con Supreme. (Cherry fue quien le dijo que aceptara, aunque Tom aseguró al equipo de Hypebeast que «no usaría ninguna de esas prendas». A ellos les encantó).

Su editora envió a su publicista en avión a Los Ángeles para que se asegurara de que aceptara las entrevistas telefónicas y de que se presentara a las sesiones fotográficas. Rachel, otra vez. A Tom le gustaba. Tal vez porque lo mangoneaba y tomaba todas las decisiones que le correspondían a él. Si Cherry le preguntaba qué iba almorzar, decía: «Lo que pida Rachel».

Tom llevaba tres meses en Los Ángeles cuando le dijo a Cherry que había firmado un acuerdo de primera opción con HBO porque a Rachel le parecía buena idea.

—Pero ¿Rachel no es tu publicista editorial?

—Digamos que es mi publicista de todo.

—Soy su *consigliera* —se oyó la voz de Rachel en el fondo.

Hasta ese momento, Cherry no sabía que Rachel estaba allí.

Cherry era muy buena en su trabajo.

Era el tipo de empleo que tomaba de ella todo lo que ella le quisiera dar. Cherry nunca acababa de trabajar, nunca tenía que terminar. Siempre había algo que revisar o proponer. (Una vez que la propuesta quedaba aceptada, entonces se podía empezar a revisarla). Pasaba los días en reuniones, vendiendo ideas y tratando de que estas avanzaran de la mejor manera posible a pesar de la burocracia. Para que no fuera evidente que trabajaba hasta tan tarde, por las noches respondía a todos sus correos electrónicos y programaba el envío para la mañana siguiente.

En la empresa que administraba el ferrocarril, todo aquello en lo que Cherry trabajaba era «una iniciativa», y a ella le gustaba cómo sonaba aquello. Le agradaba la sensación de urgencia.

—No puedo ir ahora —le dijo a Tom en una ocasión en que quería que fuera con él a… algún lugar…, algún viaje relacionado con *Jueves*—. Tengo demasiadas cosas encima.

—No tienes encima nada que no te hayas echado tú misma —argumentó Tom.

Cherry no comprendió lo que quería decir con aquello. ¿Acaso no reconocía la fabulosa situación en la que se encontraba? ¡No tenía encima nada que no se hubiera echado ella misma! ¡Y él tampoco!

Pasado algún tiempo, Cherry se acostumbró a estar sola con Stevie. Dejó de enviarle a Tom mensajes desbordantes de frustración al respecto. Cuando él se retrasaba, cuando se disculpaba, cuando se sentía abatido y atrapado, y cuando de todas formas no regresaba a casa aún, ella le decía: «No pasa nada, haz lo que tengas que hacer». Y también: «Aquí estaremos». (Y decía «estaremos» porque, con la estúpida perra, ahora formaba un «nosotras»).

Sin embargo, no se *sentía* bien…

Se sentía sola y le guardaba resentimiento a Tom. Sentía que le había entregado todo y que él lo había tomado y se lo había llevado a otro lado.

Cuanto menos lo veía a él, más cosas le parecía ver de *Jueves*.

Era como si el cómic estuviera en todos lados. Estaba «teniendo su gran momento».

«¿Es Tom Valentine nuestro Charlie Chaplin?», se preguntaba *The Atlantic*, en tanto que lo que *The New York Times* quería saber era: «¿Habrá algo mejor que *Jueves*?».

Rachel se estaba ganando su sueldo.

—¿Cherry?

Tom la había llamado sin enviar un mensaje de texto antes. Casi nunca llamaba. (De hecho, casi nunca enviaba mensajes). «Prefiero dejar que pase todo esto y luego volver a casa», le dijo en una ocasión para justificar su falta de comunicación cuando empezó a viajar.

—¿Tom?

—Hola, ¿me oyes?

—Sí, te oigo. ¿Está todo bien? —preguntó Cherry. Estaba paseando a Stevie y ya había oscurecido.

—¿Qué?

—Tom, ¿has tenido un accidente?

—¿Cómo? No, no, estoy bien.

—Ah —dijo Cherry, que esperó a que su corazón se desacelerara —. Qué bien.

—Te llamaba porque…

Cherry esperó un instante.

—No, Stevie —dijo—. ¡No! —gritó. Los vecinos tenían una hilera de peonías congeladas por el invierno y Stevie siempre se ponía a escarbar para tratar de arrancarlas—. ¡Para! ¿Tom? ¿Sigues ahí?

—Aquí estoy. Te llamaba porque… Cherry, ¿por qué no vienes a pasar el fin de semana a Los Ángeles? Podría…, no sé, enseñarte el lugar.

—¿Este fin de semana?

—Ajá.

—No puedo ir este fin de semana, tengo la reunión de accionistas.

—¿Es este fin de semana?

—Sí.

—Pero seguramente ya has dejado todo listo para que la reunión, ¿no?

—Sí, pero de todas formas tengo que estar presente.

—Cherry, ven.

—¿Por qué me necesitas justo *este* fin de semana? ¿Sucederá algo? —preguntó. No era su aniversario de bodas ni el cumpleaños de ninguno. De hecho, Tom se había olvidado del de ella.

—No —dijo—, es solo que… te echo de menos.

—Bueno, yo también te echo de menos —dijo Cherry, pero sonó como a la defensiva—. Podría ir… no el próximo fin de semana, sino, quizá, el mes que viene. O tal vez podrías venir *tú* este fin de semana —agregó, y esa vez sonó como si lo estuviera desafiando.

—Se supone que tengo que reunirme con un actor… —dijo Tom, dubitativo—. Tal vez podrías venir conmigo y conocerlo de paso.

—Tom, nunca me he perdido una reunión de accionistas —dijo ella.

—Lo sé.

—Además, ¿qué haría con Stevie?

—Podrías dejarla en un hotel para perros.

—Nunca la hemos dejado en un hotel para perros, no sé cómo le sentaría.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

—Tom, ¿por qué haces esto? —preguntó Cherry, agitando frustrada la mano en la que sostenía una bolsa de plástico con excremento de perro.

—No lo sé —dijo él—. Solo pensé que a lo mejor… podrías venir.

—Cuando te vas, mi vida continúa, ¿sabes? —dijo en un tono severo.

—Lo sé, lo siento.

—Pues yo también lo siento —afirmó Cherry, aunque no sonó como si de verdad lo sintiera.

La reunión de accionistas se celebró sin problemas y todos elogiaron a Meg Jones, quien amablemente reconoció que la mayor parte del mérito era de Cherry. Ella había supervisado las firmas, la presentación, la música y el lugar. Aprobó todo lo que se sirvió, le puso nombre al cóctel creado para la ocasión e incluso diseñó un escenario con una locomotora Big Fella *vintage* para hacer fotografías promocionales.

No eran labores importantes…, pero eran labores accesorias de un trabajo importante.

Y a Cherry se le daban bien, se le daban muy bien.

Si hubiera querido, tal vez podría haber dejado la Western Alliance y ser vicepresidenta en algún otro lugar. Y, si se quedaba, quizá obtendría el empleo de Meg Jones; era algo que prácticamente le había dicho la propia Jones. De todas formas, no estaba segura de querer alejarse aún más del trabajo creativo… Tom diría que lo que hacía en ese momento era trabajo creativo, porque lograr que algo resultara bueno y deseable para los demás seguía implicando *crear* algo.

Echaba de menos a Tom. De verdad.

Se sentía culpable por la llamada telefónica. No habían vuelto a hablar desde entonces, lo cual no habría sido inusual en una semana normal y corriente… Sin embargo, a ella no le gustaba que su última interacción hubiese sido una conversación tan espinosa.

Volvió a casa tarde de la reunión de accionistas, como a la una de la mañana. Cuando llegó, aunque la había sacado a pasear a las

cinco de la tarde, Stevie de todas formas se comportó como si la hubiera dejado sola varias semanas.

Cherry se quitó las elegantes botas de tacón bajo y se sentó en el sofá. Llevaba puesto un vestido de cóctel de color «rojo Western Alliance» y medias de color carne.

Stevie le dio a Cherry un búmeran de nailon indestructible y jugó a tratar de quitárselo.

En Los Ángeles apenas eran las once de la noche. Seguramente Tom seguía despierto.

Cogió el móvil y pulsó en su nombre: «Tom (contacto de emergencia)». Decidió hacer una videollamada en el último segundo; todavía tenía bien el maquillaje, el vestido dejaba los hombros al descubierto y se había peinado en la peluquería. Tom y ella casi nunca hacían videollamadas. Se disculparía con él. Lo miraría a los ojos, se recordaría a sí misma que lo amaba y, con suerte, él haría lo mismo.

El teléfono sonó varias veces.

Cherry supuso que Tom no contestaría…

Pero entonces contestó y, como si fuera una llamada normal, se puso el móvil en la oreja.

Cherry se rio.

—Tom, ¡estoy aquí! Te estoy llamando por FaceTime.

—¿Cómo? —dijo mientras alejaba el teléfono un poco de la cara y la miraba—. No sabía que me estabas llamando por FaceTime.

—Lo siento, debí enviarte un mensaje de texto antes.

—No —dijo—, no tienes por qué enviar mensaje.

Tom parecía… raro. Tal vez estaba cansado. Tenía el pelo un poco más largo y despeinado de lo normal, y también se le veía sonrojado. Quizá había pasado un rato al sol. Tal vez siempre estaba al sol; al fin y al cabo, se encontraba en California.

Parecía agitado.

—¿Estás…? —Cherry no sabía qué preguntarle.

—Hoy era la reunión con los accionistas —dijo Tom, como si acabara de recordarlo—. ¿Qué tal te fue?

Los ojos de Tom se desviaron a algún lugar más allá del teléfono, como si estuviera mirando la televisión, pero Cherry no oía ninguna

televisión. Tom asintió levemente. (Todo pasó en un segundo).

—¿Estás con alguien? —preguntó Cherry.

Tom volvió a mirar la pantalla del teléfono y titubeó.

—Con Rachel —dijo—. Se estaba despidiendo.

—Hola, Cherry —dijo Rachel en el fondo.

Tal vez…

Tal vez Cherry lo habría dejado pasar… en otra ocasión.

Porque Tom trabajaba todo el tiempo y cogía vuelos muy tarde por la noche, porque Tom asistía a ceremonias de entrega de premios y a eventos benéficos, y Rachel lo acompañaba. Siempre había una buena razón para que estuviera allí con él.

Tal vez.

Si Cherry no hubiera visto el rostro de Tom.

Si no lo hubiera visto aterrado…

Cherry colgó.

Y comenzaron a temblarle las manos. No podía recuperar el aliento.

Ignoró las tres llamadas telefónicas que recibió a continuación.

Se metió en la cama vestida.

Al fin, contestó al cabo de una hora, a las dos de la madrugada en Omaha, medianoche en Los Ángeles.

La rabia no la dejaba pensar ni ser coherente.

A Tom el miedo no lo dejaba pensar ni ser coherente.

Cherry aún no sabía con exactitud por qué estaba enfadada, y a él le costaba trabajo hablar.

Tom dijo que lo sentía.

Ella dijo que no quería escucharlo.

Lo único que quería eran los detalles. Ni siquiera los detalles, solo el titular. «Resúmemelo», le habría dicho a alguno de los empleados que le rendían cuentas en el trabajo. «Resúmemelo hasta que solo quede el esqueleto».

—Dime que estás teniendo una aventura —le dijo.

—No estoy teniendo una aventura —dijo Tom.

Pero sí la tenía, la había estado teniendo, y, además, Cherry ya lo *sabía*. Sabía que tenía más intimidad con Rachel que con ella, que comían y viajaban juntos, que Rachel sabía qué le pasaba a Tom por la cabeza y que, cuando Tom estaba con Cherry, le enviaba mensajes a Rachel, pero no al revés.

Todo tenía que ver con el trabajo. Siempre.

Todo era cuestión de trabajo.

Pero el trabajo era la vida entera de Tom.

Y Rachel había aparecido varias veces en *Jueves*.

Tom dijo que no había sucedido nada. Y que solo había sucedido una vez. Dijo que Rachel lo había besado.

Cherry no se dejó engañar por la voz pasiva.

Ella también lo había besado una vez, y mira cómo habían resultado las cosas.

Esa noche, de madrugada, Cherry le dijo a Tom que no volviera a casa.

(Porque ¿a qué volvería si su vida estaba en otro lugar? Su corazón estaba tan alejado del de ella que había acabado entregándoselo a una chica de veintiocho años que vestía con petos vaqueros).

Cuando Tom trató de argumentar, Cherry le dijo que no se atreviera.

—No quiero que vengas a casa —dijo—. No te quiero ver la cara.

Después, no volvió a contestar sus llamadas. Ignoró sus mensajes de texto.

Fue *coherente*.

Cherry habría sido una madre excelente porque sabía apegarse a sus decisiones. Sus «sí» significaban «sí» y sus «no» significaban «no».

Al cabo de tres semanas, Tom dejó de intentarlo.

Dejó de intentarlo.

Tal vez tenía algún plazo que cumplir, quizá lo esperaban reuniones programadas. A lo mejor sufría jet lag.

Probablemente estaba sentado en la zona de primera clase de un avión, planeando su nuevo cómic. Con Rachel.

A menudo Cherry había pensado que Rachel parecía el tipo de chica con la que estaría casado un artista famoso. Era sexy, esbelta, interesante. El tipo de chica atractiva que salía con roqueros de música *indie* y con cómicos sin pretensiones que acababan ganando el premio Mark Twain.

Rachel era un trofeo.

Cherry no era más que una primera esposa.

Tom dejó de llamar a las tres semanas.

Al cabo de un mes, ella le dijo que quería el divorcio.

58

Estaban acostados en la cama, los dos olían a sudor y a sexo, pero el pelo aún les olía a jengibre.

Tom quería volver a casa.

Y Cherry quería que volviera a casa.

Cherry quería que volviera más de lo que alguna vez quiso casarse con él. Porque ya sabía lo que era tenerlo y lo que era perderlo.

Cherry amaba a Tom como una fiera salvaje, como un huracán. Lo amaba sin límites.

—No es tan sencillo —le dijo.

—¿Por qué no? —susurró él—. A mí me parece que es muy sencillo, Cherry.

Estaban desnudos, sin tocarse.

—Porque te fuiste —dijo ella.

Tom parecía muy confundido.

—No me fui.

—Te fuiste —insistió ella.

Tom bajó las cejas. Seguía muy confundido.

—Me dijiste que no volviera a casa.

—Te habías ido muchísimo antes.

Tom negó con la cabeza.

—¿A qué te refieres? —preguntó susurrando. Si susurraban, no era una pelea. Era, si acaso, una conversación.

—Me refiero a la forma en la que te fuiste y me dejaste aquí, con toda nuestra vida a cuestas. Mientras tú seguías con lo tuyo.

—No seguí con lo mío —dijo Tom, alzando un poquito la voz—. Me fui a trabajar y tú me dijiste que no podía volver a casa.

—Pero no había nada que te impidiera venir a casa —dijo Cherry con claridad.

—*Tú* me lo impediste. Literalmente me dijiste que no volviera.

Cherry se incorporó y se alejó de él, tapándose con el edredón.

—Eres un hombre adulto.

Tom también se incorporó.

—Pero ni siquiera querías hablar conmigo, Cherry.

—¡Porque estabas con otra persona!

—¡Nunca estuve con ella!

—Estabas con ella, literalmente.

—De acuerdo —dijo Tom haciendo una mueca. Bajó la voz—. Lo sé, lo siento. Escúchame por favor.

—Sigo sin querer oír tus disculpas.

—No quieres oír nada.

—¡Porque no hay nada que puedas decir que arregle las cosas!

—Cherry, ¿podrías por favor intentar hablar conmigo?

—¿Hablar? —preguntó ella con aire incrédulo—. Tom, tú no hablas, tú te enfurruñas, te repliegas. Te vas.

—Eso no es justo.

—¿Justo? —gritó Cherry.

—¡Llevamos once años juntos! —gritó él también— ¡Y tú me apartaste de tu vida como si no significara nada para ti! ¡Como si nuestro matrimonio no te importara en absoluto!

—Eso no es verdad.

—Es verdad. No me permitiste ni explicarme ni disculparme…, ni suplicarte que me perdonaras.

—¡No me suplicaste nada!

—¿Cómo habría podido? —gritó Tom al tiempo que se salía de la cama. Cherry no lo miró siquiera, solo lo oyó vestirse—. ¡Ni siquiera contestabas mis llamadas!

Cherry siguió sin alzar la vista.

—¡Te rendiste con mucha facilidad, Tom! Como si yo no fuera nada. ¡Quería que lucharas por mí! —gritó ella mirando al suelo.

Tom se rio como si lo que le estuviera diciendo fuera ridículo. (Como si la odiara. Como si volviera a rendirse).

—Por Dios, Cherry —dijo en voz baja—. Dime cuando he luchado contigo y ganado.

Cherry se sentó al borde de la cama.

Tom estaba al otro lado de la habitación. Echaba chispas y respiraba con dificultad. Cherry lo oía, pero se negaba a alzar la vista.

—Esto ha sido un error —dijo—. Quiero que te vayas.

Tom pasó a su lado y ella alcanzó a ver por el rabillo del ojo cómo cogía la camiseta.

—Lo que tú digas.

Lo oyó bajar por las escaleras y cerrar de golpe la puerta delantera.

Como había dejado abierta la barrera para bebés, al cabo de unos minutos, Stevie entró en la habitación y empezó a oler las rodillas de Cherry.

—Lo sé —dijo ella mientras Stevie continuaba olisqueando y empujándola—. Lo sé.

59

Cuando estaba en segundo en el instituto, Evan Mackie le pidió a Cherry que fuera al «baile de las latas» con él. (Para poder entrar, había que llevar una lata de comida para el banco de alimentos. Evan llevó dos latas de judías verdes para cubrir la entrada de los dos).

El baile empezó a las cuatro de la tarde en el gimnasio de la escuela. Algunos de los chicos llamaron a Evan, formaron un corrillo y estuvieron hablando mientras Cherry lo esperaba junto a las gradas.

Luego Evan volvió adonde se encontraba ella sin que los otros le quitaran la vista de encima.

—Bueno, pues… —dijo Evan, evitando el contacto visual—. Creo que… necesito romper contigo.

En realidad no estaban saliendo, pero asistir al baile juntos implicaba que eran *algo*.

—Así que…, bueno… —agregó mientras se alejaba.

Cuando regresó adonde estaban los otros, todos se rieron, incluido él. Pero no hizo contacto visual con ellos tampoco.

Evan se quedó con el mismo grupo de chicos todo el tiempo y a Cherry la rodearon sus amigas, sintiéndose ofendidas en su nombre.

Una de ellas, Leslie, fue a hablar con su novio, que estaba con aquel grupo de chicos, y él le dijo que ninguno había presionado a Evan para hacer lo que hizo.

—Algunos solo estaban vacilándolo por ser un… *ballenero* —dijo Leslie, que bajó el tono de voz al pronunciar la última palabra.

—¿Un qué? —preguntó Cherry.

—Así les llaman a los chicos a los que les gustan las chicas de tallas grandes —explicó su amiga—. Son superestúpidos.

—Pero tú no eres de talla grande, Cherry —dijo otra de las chicas.

—Sí lo soy —afirmó Cherry. Estaban en segundo y ella usaba la talla cuarenta y seis.

—Bueno, no eres *gorda*.

Hasta ese momento, nadie había dicho que fuera gorda. No de forma explícita, al menos.

—Ni siquiera me gusta Evan —dijo, y era verdad, pero nadie se lo iba a creer después de lo que había pasado.

A Cherry no le parecía que Evan fuera mono, pero pensaba que era suficientemente agradable. Se sentaban juntos en la clase de ciencias. (Y seguirían haciéndolo después de aquello). Ella había aceptado su invitación porque quería ir al baile y porque quería gustarle a algún chico.

Evan no se juntaba con los chicos populares por lo general, pero ese día pudo gracias a lo que le hizo a Cherry.

Evan era gay.

En retrospectiva, resultaba obvio. Evan se había casado y vivía en Colorado.

Cherry todavía no lo había perdonado.

60

Cuando Cherry tenía diecinueve y estudiaba en Creighton, se enamoró de otro estudiante de arte.

Se llamaba Cam y le llevaba unos cuantos años a Cherry. Era de Hawái y estudiaba alfarería.

Era superamable con Cherry…

Siempre se sentaba cerca de ella en clase y se ofrecía a ayudarla o le daba consejos. Si la veía en el centro de estudiantes, se sentaba a su lado en el sofá y, a veces, se quedaba allí durante horas.

Siempre parecía tener una excusa para tocarle las manos.

A ella le gustaba Cam.

Era guapo. O, al menos, ella pensaba que lo era.

Se lamía el labio inferior cuando hablaban.

Cherry estuvo todo un semestre preguntándose cuál sería la palabra secreta que haría que Cam diera el paso.

La situación la confundía.

Y eso la molestaba.

También era humillante de una manera que le resultaba conocida, pero que no podía describir.

Solo tenía diecinueve años y ya había conocido a varios Cam.

61

Lo mejor del novio de universidad de Cherry fue que, una vez que decidió que ella le gustaba, se entregó con todo su corazón y todo su pene.

Al final, fue un verdadero desastre…

Pero, al menos, ella sabía que él la había deseado.

62

Cuando Cherry quitó las sábanas, encontró la pulsera de *charms* enterrada entre el colchón y el cabecero. Luego vio en el suelo el burrito de huevo con espinacas a medio comer, envuelto en papel.

Tom se había dejado abierto sobre la mesilla de noche uno de sus cuadernos, donde había estado bosquejando mientras ella se duchaba.

La había dibujado desnuda, de pie junto a la cama, con la media de rejilla. Los hoyuelos de las rodillas. Las líneas de la tripa. Los pezones redondos. Siempre se tomaba su tiempo para dibujarle el pelo, la manera en que se le separaba encima de los ojos y le caía sobre los hombros…

Había cientos de dibujos como ese. En cuadernos por toda la casa.

Tal vez podría venderlos en eBay.

Baby revelada.

Baby destrozada.

63

—¿Estás bien? —le preguntó su madre con el ceño fruncido.

—Estoy bien —dijo Cherry—. ¿Me vas a dejar pasar?

Nancy se hizo a un lado y dejó que entrara a la casa.

—Pensaba que este viernes le tocaba a Hope.

—Tenía el día libre y he querido aprovecharlo —explicó—. ¿Te decepciona que haya venido? ¿Quieres que llame a Hope?

—¡Ay, Cherry! —dijo dándole un pellizco en el brazo.

Cherry y sus hermanas se turnaban para hacer recados con su madre los viernes. Faith organizaba el calendario. A Cherry le tocaban menos turnos porque era la que tenía un horario de trabajo menos flexible, pero siempre que podía trataba de compensar esa situación.

Su madre sabía conducir, pero su padre siempre se llevaba el coche. Además, era mejor si la acompañaba alguna de sus hijas a las citas médicas; la madre tenía escucha selectiva.

Cherry se sentó pesadamente en el sofá. Sus padres todavía vivían en la misma casa de tres dormitorios en la que ella había crecido. Siempre había estado deteriorada, pero en aquel momento estaba hecha una ruina de verdad. Su padre ni siquiera fingía hacer reparaciones.

A pesar de todo, la casa seguía siendo cómoda. La madre de Cherry sabía cómo crear un ambiente acogedor. Cosía y hacía ganchillo. El sofá tenía un cobertor tejido a mano y las fundas de los cojines estaban bordadas y provistas de borlas. Cherry había hecho algunos de esos cojines a los once o doce años. Cuando estaba en secundaria, le encantaban las borlas.

Su madre la miró con el entrecejo fruncido y las dos manos en la cadera.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien, mamá. Es solo que no me he maquillado —explicó.

No se había maquillado, tampoco se había pasado la plancha por el flequillo para dejarlo impecable y llevaba puestas unas mallas que tenía desde la universidad.

La madre chasqueó la lengua y se dirigió a la cocina.

—Todas las hermanas sois tan guapas que no necesitáis maquillaje.

—Al parecer, yo sí lo necesito.

—¿Tienes hambre, Cherry?

—En realidad no.

Su madre estaba de vuelta en la cocina, inclinada sobre el fogón.

—Tengo arroz frito con judías y también he hecho tortillas caseras.

—¿Por qué has hecho tortillas?

—A tu padre se le antojaron anoche.

La madre de Cherry era una gran cocinera. Una vez que veía a alguien preparar algo, podía reproducir cualquier receta. Le gustaba observar a la gente mientras cocinaba. YouTube le había cambiado la vida por completo.

—Comeré un poco —dijo Cherry—. Yo me sirvo.

—No, yo te sirvo. Tú relájate, pareces agotada.

—Mamá, te juro que… es solo que no me he puesto rímel.

—Ay, Cherry, tú no necesitas rímel.

Cherry se puso un cojín en el regazo y se hundió en el sofá.

—¿A dónde necesitas ir hoy?

—Solo a Hy-Vee y a Kohll's —dijo refiriéndose a la tienda de comestibles y a la farmacia—. Y necesito comprar una cremallera en Walmart. Le voy a hacer a Ella un vestido para el baile. Honny no dio con nada bonito de su talla.

Era una verdadera lástima que la madre de Cherry no hubiera encontrado para casarse alguien distinto de su padre. Nancy tenía mucho que ofrecer, era una mujer que cocinaba y cosía, que podía producir bebés en serie y no parecía sufrir por ello. (Aunque nunca había producido un hijo). Estaba gorda, pero seguía siendo hermosa.

A Cherry no le molestaría terminar pareciéndose a ella a los sesenta y cinco.

Su madre nunca había tenido una oportunidad con otros hombres; había conocido al que sería su marido en cuanto salió del instituto. ¿Sabría él entonces que Nancy sería la esposa perfecta para un alcohólico mujeriego? La madre de Cherry ignoraba todo lo que podía ignorarse y perdonaba todo lo que le era imposible ignorar.

A Cherry no le habría sorprendido enterarse de que su madre nunca había hablado con su padre sobre su alcoholismo o de que nunca le había pedido que cambiara algo de su conducta. La labor de ella consistía en complacerlo y hacerlo sentir cómodo.

Cherry veía esos mismos comportamientos en ella y los odiaba. (A pesar de que deseaba complacer a Tom y de que no quería que se sintiera incómodo).

Su madre le llevó un plato desbordante de arroz frito y judías, pollo con pimientos y dos tortillas de harina que se veían amarillas porque les había untado mantequilla. «No resulta sorprendente que esté gorda», pensó por enésima vez, a pesar de que no había adelgazado en absoluto desde que se había ido de casa de sus padres y había empezado a almorzar ensalada todos los días.

Su madre también se sirvió un plato. Justo se estaba sentando en su sillón individual cuando se abrió la puerta delantera. Cherry se preparó para cualquier tipo de energía con la que su padre hubiera vuelto a casa.

Pero no era su padre, era Hope.

Cuando vio a Cherry, pareció confundida.

—Hola, Cherry… ¿Hoy no trabajas?

—Tengo el día libre, así que voy a llevar a mamá a sus recados.

—¿Por qué no me has avisado?

—Envié un mensaje al grupo de chat. —En cuanto terminó de decirlo, se dio cuenta de que había enviado el mensaje al grupo equivocado.

Hope llegó a la misma conclusión. Apretó la mandíbula.

—Debí de olvidarme —dijo Cherry—. Lo siento, puedes irte a casa.

—¡No, no puedes! —objetó su madre—. Este viernes tengo a dos de mis niñas. ¡Qué gusto! ¿Quieres un poco de arroz frito, Hopey? He hecho tortillas…

—No, gracias —dijo Hope, aún de pie junto al sofá.

—Toma mi plato —dijo su madre, que se levantó para obligarla a coger la comida—. Sé que estás cuidando tu ingesta de calorías, pero…

Hope cogió el plato. No tenía opción.

Cherry dejó el tenedor. Ni de broma sería capaz de sentarse junto a Hope y acabarse un plato entero de comida de verdad.

Hope llevaba vaqueros y un jersey corto. Últimamente, parecía que todo lo que se ponía era para presumir de cintura.

A Cherry siempre le había encantado la ropa que usaba Hope.

Hope había sido la primera en tener empleo y empezar a comprarse sus propias cosas. También fue la primera en irse de casa. Se había casado joven, luego había ido a un centro de estudios superiores y había empezado a trabajar de contable.

Siempre se había vestido de forma más conservadora que Cherry, pero muy atractiva. Usaba blusas que destacaban sus pechos y sus lindos hombros redondos, y faldas que le permitían lucir sus torneadas pantorrillas y bien formados tobillos. También le gustaban las chaquetas y las botas, las mangas abombadas y los cuellos babero. Era un treinta por ciento más Laura Ashley y menos Betsey Johnson que Cherry.

Cuando estaban en el instituto, Cherry solía pedirle prestada ropa e imitaba la forma en que llevaba el pelo, largo y con mucho flequillo.

Las dos seguían peinándose igual.

Desde que había adelgazado, sin embargo, había empezado a ponerse ropa que Cherry nunca había podido usar. Ligeras blusas de botones sin ningún elástico, elegantes pantalones ajustados y faldas de tubo. Todo ceñido a la cintura, todo con cinturón, todas las blusas bien insertadas en el pantalón o la falda. Hope se vestía sin camuflar nada, atrayendo la atención hacia todas las partes de su cuerpo que antes solía ocultar.

Para el pícnic del día del Trabajo que había organizado Faith, se había puesto unos pantalones blancos de pernera ancha, sin pinzas y con dos hileras de botones…, y el vientre no le colgaba ni se le abultaba. Cuando Cherry los vio, se sintió literalmente enferma. Enferma de algo peor que la envidia; algo que era como ira sumada a anhelo e incredulidad.

—Come, Cherry —insistió su madre—. Comed las dos. Tenemos que ir a la tienda.

Cherry comió una de las tortillas y la mitad de todo lo demás. Trató de no mirar el plato de Hope.

Hope conduciría porque su coche era más grande. Todas las hermanas de Cherry tenían SUV grandes porque todas tenían niños.

—Mamá, deja que Cherry se vaya a casa —le dijo Hope mientras la ayudaba a acomodarse en el asiento del pasajero—. Tiene el día libre.

—No, ya que estáis aquí las dos, venid las dos conmigo —insistió su madre—. ¿Sabéis lo raro que es veros juntas?

—Pero nos acabas de ver hace poco —señaló Hope.

—Ah, genial, entonces solo puedo ver a mi familia en Navidad y en Pascua. Dos veces al año.

—Y el día de Acción de Gracias —intervino Cherry, que ya estaba en el coche porque sabía que no podría escaquearse—. Ah, y el día del Trabajo.

Su madre se volvió hacia el asiento de atrás y le sonrió.

—¿Te acuerdas de cuando íbamos todas juntas a hacer la compra? Vosotras dos erais mis ayudantes.

Honny y Joy se portaban fatal en la tienda de comestibles. (Y en la iglesia. Y en el colegio). Se ponían a correr por todos lados, trataban de montarse en la parte delantera del carrito. «Sois peores que los niños», solía decir su madre.

Y Faith no ayudaba tampoco; siempre había sido la bebé.

Hope, en cambio, siempre había sido responsable y juiciosa. A Cherry, por otra parte, le encantaba todo lo que tenía que ver con ir de compras: las listas, las envolturas brillantes, las cajas

registradoras. También le gustaba ser buena niña como Hope, no una granuja como Honny.

Cuando llegaron a Hy-Vee, su madre insistió en que entraran las dos en la tienda.

—A lo mejor veis algo que necesitáis.

Terminaron empujando el carrito detrás de su madre, como cuando eran niñas.

—¿Puedo empujarlo yo? —preguntó Cherry—. La espalda me está matando y necesito algún apoyo.

Hope le pasó el carrito sin siquiera mirarla. Su madre deambulaba por la sección de frutas y legumbres; iba cogiendo fruta y volviéndola a dejar en su lugar, palpando todos los pomelos del expositor.

Cherry puso un pie en la barra inferior del carrito, se apoyó en el asa y estiró la espalda.

Hope estaba al otro lado del carrito con los brazos cruzados y apartando la mirada.

—Sé que tenéis un chat en el que no me habéis incluido —dijo.

Cherry soltó aire con fuerza, bajó el pie de la barra y se enderezó.

—No te estás perdiendo nada.

Hope se volvió hacia ella, impávida.

—Me pregunto si dirías lo mismo si no te hubieran incluido *a ti* en un grupo. He pasado de recibir treinta notificaciones en un día a dos a la semana, y siempre son sobre mamá —dijo negando con la cabeza.

Cherry no sabía cómo responderle. No había imaginado que Hope quisiera hablar del tema. Ella nunca se desviaba de las conversaciones en que se sentía cómoda.

Cherry se encogió de hombros.

—Honny… —empezó a decir, pero Hope la interrumpió con un resoplido.

—No culpes a Honny.

La madre dejó caer una bolsa de pomelos en el carrito.

—Cuando erais pequeñas, la gente que se ponía a régimen siempre comía pomelos. Y requesón. ¿Por qué? Ahora, cuando la

gente hace dieta, no come pomelos. El pomelo no es keto, ¿o sí? Hope, ¿puedes comer pomelos?

—Nunca he comido pomelos, mamá.

—¡Sí! ¡Cuando eras pequeña! Hasta tostaba el azúcar que le poníamos encima. Cuando yo era niña, todas teníamos cucharas para comer pomelo. ¿Os imagináis? ¿Ir a Target a comprar cucharas especiales para pomelos?

Cherry y Hope siguieron a su madre a la zona donde estaban las lechugas y el apio, luego a la sección de carne. Allí Nancy empezó a agonizar al descubrir que la tienda había dejado de ofrecer su marca favorita de beicon.

Hope continuaba con los brazos cruzados.

—Imagina que tú fueras la que adelgazara… —dijo en un susurro furioso—. Y que tus hermanas te marginaran por ello.

—Ni siquiera puedo imaginarme adelgazando —respondió Cherry, también susurrando.

—No seas cínica, Cherry.

La madre puso un paquete de beicon en el carrito. A continuación necesitaba carne picada y pepinillos encurtidos. Harina. Una lata de aceitunas. Un tarro de salsa para espaguetis.

Hope estaba que echaba chispas.

Cherry también. Dejó de empujar el carro al final del pasillo de los condimentos, y la madre continuó caminando sola.

—No estoy siendo cínica —siseó—. No fui yo quien decidió no incluirte en el grupo. Honny abrió uno nuevo.

—Es algo que me esperaba de Honny —dijo Hope, dándole la espalda a su madre y mirando a Cherry—, porque es una chismosa y no sabe distinguir entre ser graciosa y ser mala gente. Pero no me lo esperaba *de ti*, Cherry.

—Mira, siento mucho que te sientas excluida. En serio. Pero fuiste tú la que nos excluyó a nosotras primero. ¡Nos mientes!

Hope volvió a resoplar con aire incrédulo.

—¿Cómo que os miento?

—Hope, has adelgazado cuarenta y cincuenta kilos y dices que solo estás cuidando los carbohidratos que comes.

—Estoy cuidando los carbohidratos que como.

—Vale —dijo Cherry, que puso los ojos en blanco—. Mira, esa es la razón por la que tenemos un nuevo grupo de chat —dijo, y empezó a empujar el carro hacia donde se encontraba su madre. Hope se quedó donde estaba.

—Cómo haya adelgazado yo no es asunto de nadie.

Cherry miró hacia atrás por encima del hombro.

—¡Lo es si mientes al respecto! —dijo tratando de no alzar la voz —. ¡Es como una acusación en nuestra contra!

—Cherry, eso que estás diciendo es paranoico y narcisista.

—Narcisista, ¿eh? Ahórrame tu sesión de terapia barata por internet. —Cherry, ofendida, anduvo hacia su hermana, abandonando el carro en el pasillo—. Si te sientas a la mesa en la cena de Acción de Gracias y dices que has adelgazado cuidando los carbohidratos que comes, es como si estuvieras diciendo que lo único que necesitamos hacer todas las demás es ser más disciplinadas. Pero no se trata de disciplina, sino de análogos del GLP-1.

Hope apretó la mandíbula y los puños. Si Cherry hubiera sido Honny, o incluso Faith, habría debido preocuparle que Hope la golpeara.

—Quieres que sea sincera, ¿no? —dijo Hope—. ¿Crees que funcionaría mejor? Que si dijera a todo el mundo que uso… — empezó a decir, pero se detuvo.

—Ozempic —completó Cherry.

—Mounjaro, en realidad… Pero, si lo dijera, solo os haría sentir incómodas. Todas me juzgaríais. Y pensaríais que yo os juzgo también *a vosotras*.

—¡Hope! ¡Todo eso ya está sucediendo!

—Sí, ¡en el grupo de chat del que me habéis excluido!

Cherry alzó los brazos, exaltada, y golpeó sin querer en el hombro a un hombre que pasaba en ese momento.

—Lo siento —dijo. Miró alrededor. Buscó a su madre y la vio parada al final del pasillo, observándolas con un tarro de mayonesa en la mano. Entonces volvió a donde había dejado el carrito y lo empujó hasta donde estaba Nancy. Hope la siguió.

La madre de Cherry dejó la mayonesa en el carro e ignoró el hecho de que las dos hermanas tuvieran la mandíbula tensa y el rostro sonrojado.

—Solo necesito unas pocas cosas más.

—Te seguimos —dijo Cherry.

Ambas siguieron a su madre hasta el pasillo de la comida congelada. Cherry alcanzaba a oír la respiración malhumorada y agitada de Hope, que iba detrás.

—Ni siquiera puedes mirarme —dijo Hope—. En la cena de Acción de Gracias hablé con tu novio una hora entera y tú ni me dirigiste la palabra.

Cherry no la miró.

—Mi terapeuta dice que son celos, pero yo siento como si todas quisierais castigarme.

—No estoy tratando de castigarte.

—Entonces ¿por qué no puedes ni siquiera mirarme, Cherry?

—Claro que puedo mirarte —dijo, pero no lo hizo.

—¿Tanto me odias?

—Maldita sea, Hope —dijo Cherry, volviéndose hacia ella—. No te odio. Lo que siento es que me has traicionado de una forma absoluta.

—¿Que te he traicionado?

—¡Sí! —gritó Cherry, llorando de repente. (O tal vez no de repente, porque ya tenía húmedas las mejillas)—. Porque llevabas toda la vida diciéndome que estar gorda estaba bien. Cuando era niña, me decías que, como nunca sería delgada, no tenía por qué preocuparme de ello. Que no debía matarme de hambre ni depositar todas mis esperanzas en adelgazar, que solo debía preocuparme de estar sana y de ser la mejor versión posible de mí misma —recordó Cherry antes de limpiarse la nariz con el dorso de la muñeca—. Decías: «Nunca seré delgada y no me importa porque mi vida es mejor que la de todas mis amigas que lo son».

Hope parecía sorprendida.

—Eso es justo lo que mamá me decía a mí…

—Bien, pues yo te creí, Hope. Porque eras preciosa y porque tenías un novio guapo y un buen empleo… Y porque pensé que ser

gorda no podía ser tan malo si significaba ser como tú —dijo, y negó con la cabeza con mucha tristeza—. Así que el hecho de que usaras un medicamento milagroso para adelgazar en cuanto estuvo a la venta es una puta mierda. Es como si todas estuviéramos en el mismo equipo, pero tú quisieras salirte. Como si no quisieras ser como nosotras. Cuando dijiste que podríamos ser gordas y felices, estabas mintiendo.

—No estaba mintiendo —dijo Hope. Aún parecía muy sorprendida —. Esto no significa nada de lo que acabas de decir.

—Bueno, ese es el subtexto cuando el texto es: «Estoy cuidando los carbohidratos que consumo».

—Eso no es… —comenzó a decir Hope. Ya estaba llorando también, y lo hacía de una manera aún más descontrolada que Cherry. (Seguro que era porque tenía menos práctica)—. Dios mío… —Se enjugó las lágrimas—. ¿No te das cuenta? Esto no tiene nada que ver *contigo*. Ni tiene que ver con Honny, ni con Joy ni con Faith. Esto tiene que ver solo *conmigo*, Cherry. Es mi *cuerpo*. Es mi *vida*.

Hope abrió los brazos a la altura de su delgada cadera.

—Cherry, yo era diabética… Me dolían las rodillas todo el tiempo… Tenía la tensión y el colesterol altos, siempre estaba quedándome sin aliento e, hiciera lo que hiciera o comiera lo que comiera, cada año engordaba más. Estaba en caída libre.

Se tocó las sienes con la punta de los dedos.

—Y sé que esta es la historia de cada una de las mujeres de nuestra familia. Sé que es la historia de la abuela y de mamá. Pero ¿por qué tiene que ser *mi* historia también? Tengo tres hijos y quiero pasar con ellos la mayor cantidad posible de años. Quiero conocer a mis nietos. Quiero poder *caminar*.

Cherry se cruzó de brazos y se echó hacia atrás.

—No sabía que eras diabética.

—No se lo he dicho a nadie porque me daba vergüenza.

—Pero no es culpa tuya —dijo Cherry en voz baja—. Es algo genético.

Hope hizo un ademán indicando que eso no importaba y respiró hondo varias veces. Volvió a enjugarse las lágrimas y miró a su hermana.

—Sigo siendo la misma persona, ¿sabes?

—Lo sigues siendo y no lo sigues siendo… —dijo Cherry. Continuó hablando en voz baja, pero sin ceder—. Ahora te mueves por el mundo de una forma distinta.

El rostro de Hope se arrugó por completo. Por la expresión que puso, parecía que eso era lo peor que le había oído decir a Cherry hasta ese momento.

—Suenas como Danny.

La reacción de Hope cogió a Cherry por sorpresa.

—¿Como Danny?

Pero su hermana ya se estaba alejando por el pasillo.

Cherry se volvió hacia su madre, que estaba lo bastante cerca como para haber oído toda la conversación. Se la veía afligida de pies a cabeza.

—Ve con ella —le dijo a su hija.

Cherry dejó el carrito y se apresuró a alcanzar a Hope, que ya había desaparecido en el laberinto del supermercado. Fue hacia la salida buscándola en cada pasillo y luego salió al aparcamiento y caminó hasta el coche de su hermana.

Hope estaba sentada en el asiento del conductor, inclinada sobre el volante, con la cabeza entre las manos.

Cherry se quedó un instante fuera del vehículo.

Luego abrió la puerta del lado del pasajero y se subió al asiento. Hope no alzó la vista. Respiraba de manera profunda y temblorosa.

Cherry le puso la mano sobre el brazo, pero Hope se apartó.

—No quiero hablar del asunto —dijo.

—De acuerdo —susurró Cherry.

—Y tampoco quiero que les digas nada de esto a Honny, Joy y Faith.

—No lo haré —prometió Cherry.

—Les encantaría la noticia… «Hope adelgazó y su marido se desenamoró de ella».

—No, no les encantaría —dijo Cherry.

Hope alzó la vista y la miró con el rostro enrojecido y la nariz llena de mocos.

—No es eso lo que está sucediendo con Danny. Las cosas no son tan simples.

Cherry asintió. Estaba llorando también.

—Ya teníamos problemas… desde antes… —explicó Hope.

Su hermana volvió a asentir.

—Discutíamos constantemente y todo el tiempo hacíamos que el otro se sintiera frustrado. Además hubo… —Hope bajó la vista hacia su regazo—. Hubo otras cosas. Una evoluciona y con dificultad reconoce al otro. Con dificultad se reconoce a sí misma.

A esas alturas Cherry ya estaba llorando en serio, pero esperaba que Hope no lo notara.

—No le conté lo del Mounjaro —explicó Hope—. Fue un error, lo reconozco. Y luego… La verdad es que no estaba preparada para la forma en que me hizo sentir el adelgazamiento, la forma en que me descolocó. Era como ser una desconocida en mi propio cuerpo… —Se volvió hacia Cherry—. Me sentía bien, pero ajena a mí misma. —Iba negando con la cabeza—. Me sentía avergonzada también, es decir, no siempre bien… —Se sonó la nariz con una servilleta usada de Starbucks que había sobre el portavasos—. Y Danny…, bueno… —Volvió a bajar la vista al regazo—. Sucedieron otras cosas también.

—Lo siento —murmuró Cherry.

Hope la miró a los ojos, esa vez con intención. (Sus ojos marrones parecían enormes desde que las mejillas le ocupaban menos espacio en la cara).

—Me gustaría decir que yo también lo siento, Cherry…, pero no estoy segura de que las cosas habrían sido mejores si os hubiera dicho la verdad. —Soltó aire con fuerza y puso los ojos en blanco—. Y eso mismo es lo que le dije a Danny.

—No sabía que estuvieras atravesando un momento tan difícil —dijo Cherry—. Me refiero a tu salud.

Hope negó con la cabeza; parecía agitada.

—Ay, no, no era solo mi salud. Digamos que no hice esto —dijo señalándose el vientre— solo por razones *nobles*. Estaba cansada de ser gorda, Cherry. Viví cuarenta años así y estaba exhausta. Si eso te decepciona, lo siento mucho. Tal vez no siga siendo la misma persona después de todo.

—Tal vez no… —dijo Cherry—, pero sigues siendo mi hermana.

Hope alzó la vista y la miró.

Cherry le cogió la mano.

Esa vez, Hope no se apartó. Empezó a llorar de nuevo.

—Estoy hecha un desastre —dijo.

Cherry le apretó la mano.

—Ya lo veo.

Hope se rio, alzó el otro brazo y hundió en él la cara.

—Ay, Dios mío… Estoy hecha un verdadero desastre.

Cherry se volvió en su asiento hacia Hope. (Afortunadamente, el coche era amplísimo).

Hope dejó caer el brazo.

—Danny y yo estamos… No sé dónde estamos. Lleva algún tiempo durmiendo en el sofá.

—¿Los niños lo han notado?

—Creen que lo hace porque ronca. Y, en efecto, ronca, pero a mí nunca me ha molestado. A veces se queda en el parque de bomberos.

—¿Habéis hablado con alguien sobre esto?

Hope puso cara de circunstancias.

—¿Te refieres a alguien como… un terapeuta de pareja?

—Sí.

—No, eso lo haría real… ¿Tom y tú hablasteis con un terapeuta?

—No —negó Cherry—. Él estaba en Los Ángeles y yo estaba… harta, supongo.

—Sí, en Navidad parecías *tan* harta…

Cherry se reclinó en el asiento.

—No estamos hablando de mí —dijo.

—Deberíamos hablar de ti —dijo Hope—. No sé qué pasa contigo. Es un poco locura, ¿no? Es decir, llevas un novio a la cena de Acción de Gracias y a la de Navidad el marido del que te estás divorciando.

—Ay, Dios. —Cherry soltó la mano de Hope para cubrirse el rostro—. Es… Sí, lo sé, una locura.

—Y que lo digas. O sea, dímelo todo.

Cherry se rio.

—Hablo en serio —aclaró Hope—. Dímelo todo.

—Vale… —dijo Cherry frotándose los ojos—. A ver… Tom se va a ir a Los Ángeles y se llevará a Stevie.

—Gracias al cielo.

—No… En realidad, me gustaría que Stevie se quedara conmigo.

—Ah, ¿en serio? —preguntó Hope confundida.

—Es mi perrita.

—Pensé que el dueño era Tom.

—Pues supongo que lo es —reconoció Cherry—. Porque se la llevará cuando se vaya a vivir a California.

—Sí, eso es lo que has dicho. Y él me habló del asunto en Navidad, pero no se le veía muy entusiasmado. ¿Qué hay de Russ?

—Russ… —dijo Cherry.

—Parecía genial.

—Ajá, sí que parecía genial…

—¿Qué sucedió? —preguntó Hope frunciendo el ceño, y Cherry se encogió de hombros.

—Rompimos. Él, eeh… Digamos que… *Jueves* lo incomodó bastante. Fuimos a ver una película, proyectaron el tráiler y…

—Ay, no —exclamó Hope—. ¿El primero?

—Sí, eso creo.

—Ay, noo.

—En todo caso… Cuando Russ y yo reconectamos, él no sabía gran cosa sobre *Jueves*, y a mí me pareció que eso era algo ¿positivo? Solo que… él no estaba preparado para…, ya sabes, para Baby.

—Baby —dijo Hope, afligida.

—Ajá.

—Sería una conmoción tremenda para él, sobre todo si no había leído el cómic.

—Sería como descubrir que estás saliendo con…

—Garfield —terminó de decir Cherry. Hope la miró.

—Iba a decir Julieta —dijo, y Cherry puso los ojos en blanco.

—En fin… Era una situación compleja. Creo que Russ nunca habría superado el hecho de que yo esté gorda.

—Yo pensé que serías *tú* quien tomaría Ozempic —confesó Hope.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Porque tú sí puedes pagarlo. Tienes el seguro médico del ferrocarril y el dinero que te llega de Hollywood. Además, te estás divorciando.

—No sé cómo tomarme lo que acabas de decir…

Hope le dio un codazo en el brazo, justo en la parte más carnosa, como siempre hacía su madre.

—De hecho, esperaba que tú lo hicieras primero y desataras la ira de las demás. Y que luego me contaras cómo te había ido.

—Lamento haberte decepcionado —dijo Cherry, frotándose el brazo.

—Pero ¿lo harías?

—¿Hacer qué?

—¿Te medicarías?

—Ah… —Cherry hizo una mueca—. No lo sé. Sentiría que… Bueno, no quisiera ofenderte, de verdad, pero creo que sentiría como si me estuviera rindiendo.

—¿Rindiéndote por no adelgazar de forma natural?

—¡Ay, Dios, no! Nunca adelgazaré de forma natural. Quería decir rendirme en la lucha, ¿comprendes? En la lucha por ser… aceptada, supongo. O por aceptarme a mí misma.

—Vaya, Cherry, qué noble eres —exclamó Hope.

Cherry seguía reflexionando.

—Además, me preocupa lo que le harían los medicamentos a mi cerebro. Es decir, cada vez que alguien dice que el Ozempic acalla el «ruido de la comida», me dan escalofríos. Porque para mí la comida no hace ruido, sino música.

Hope se rio.

—Hablo en serio —dijo Cherry—. A mí me gusta que me guste la comida. Me gusta tener hambre y me gusta desear cosas… y anhelarlas. ¿Tú todavía sientes anhelo?

—Creo que nunca noté anhelo —confesó Hope—. Tal vez no soy el tipo de persona que anhela.

—Ah, yo sí lo soy —reconoció Cherry. Se cruzó de brazos y apoyó el hombro en el asiento para sentirse más cómoda—. Yo podría anhelar a nivel profesional. De hecho, creo que eso es lo que hago.

Todos los éxitos que he tenido son el resultado de querer algo más o algo mejor, de anhelarlo.

—A mí me sigue gustando la comida… —dijo Hope con aire meditativo.

—Eso es bueno —dijo Cherry.

—… pero no pienso mucho en ella.

—Eso sí suena terrible.

Hope se rio.

—Los primeros seis meses con el medicamento tenía demasiadas náuseas para pensar en cualquier otra cosa. Y luego, los últimos seis… Bueno, lo único en lo que puedo pensar es si de verdad podemos permitirnos el lujo de tener dos hipotecas y si los niños querrán vivir conmigo o con Dan. Igual yo no soy la mejor persona a la que podrías preguntarle qué le sucede al cerebro con el Mounjaro —dijo sonriéndole a Cherry con cariño y, quizá, con un poco de indulgencia—. Anhelar… Siempre he pensado que eres la que más se parece a mí. A veces se me olvida que eres una romántica.

Cherry frunció la nariz, pero no replicó, solo bajó la vista y se miró el regazo. (O lo poco que alcanzaba a ver de él).

—Tom quiere volver a casa —dijo.

—¿Cómo? ¿En serio?

Cherry asintió.

—Y tú ¿quieres que vuelva?

—Con locura —dijo, pero negando con la cabeza.

—Entonces…

Cherry sintió que se le agolpaban de nuevo las lágrimas en los ojos. Alzó la vista y miró a Hope.

—No sé si puedo perdonarlo. No sé cómo podría volver a creerle si me dijera que me quiere.

—Cherry… —susurró Hope con ternura, inclinando la cabeza—. Sea lo que sea lo que haya ocurrido, Tom te quiere. Eso siempre ha sido tan cristalino como el agua.

Cherry se limpió la nariz con la mano.

—Yo podría decir lo mismo de Danny, ¿sabes?

Hope acababa de abrir el compartimento del reposabrazos para sacar otra servilleta de Starbucks y dársela a Cherry.

—No lo digas, por favor.

Cherry se sonó la nariz.

Se quedaron allí sollozando uno o dos minutos. Cherry se preguntaba si un análogo del GLP-1 le serviría para pensar menos en Tom.

—¿Qué crees que estará haciendo mamá allí dentro? —preguntó por fin.

—Enviándoles mensajes de texto a Honny, Joy y Faith para organizar una cadena de oración.

—Espera, voy a mandarle un mensaje —dijo Cherry cogiendo el móvil—. Oye, y… ¿cómo tienes el azúcar en sangre ahora?

—Normal —respondió Hope.

—¡Vaya! —exclamó Cherry, que sintió otro arrebato de envidia.

—Sí…, *vaya*.

64

«No sé cómo podría volver a creerle si me dijera que me quiere», le había dicho Cherry a Hope.

Era una pregunta retórica porque Tom casi nunca le decía que la quería. Ella, sin embargo, lo creía de todas formas.

Al principio, fue ella quien lo persiguió.

Le preocupaba que tal vez la excesiva amabilidad de Tom o su aversión al conflicto le impidieran rechazarla.

Interpretó sus titubeos como renuencia.

Su vacilación como duda.

Leyó *Jueves* y se preguntó si todo sería una farsa.

Pero luego Tom entró por cada una de las puertas que ella le abrió.

Siempre fue ella quien dio los saltos adelante, pero Tom siempre acababa alcanzándola. Siempre fue ella quien se expuso primero, pero él siempre la secundaba, y con creces.

En algún momento, Cherry dejó de ver la incertidumbre de Tom como un problema…

Tal vez él se enamoró de ella porque *necesitaba* a alguien que persiguiera y presionara y abriera puertas. Tal vez Tom necesitaba una chica que fuera pura acción, y esa era Cherry. (Esa era Cherish).

A Cherry nunca le preocupó que Tom pudiera engañarla… hasta que lo hizo.

Cherry nunca dudó de que Tom la deseara… hasta que no la deseó.

¿Alguna vez realmente no la deseó?

Cuando alguien te hace sentir amado, dejas de notar que nunca dice «te quiero».

Cuando alguien te hace sentir que le *gustas*.

Tom siempre parecía feliz de volver a casa y de encontrarla allí.

Todo lo anterior hizo que las cosas fueran peores.

Todo lo bueno empeoró la situación.

Todos los buenos recuerdos quedaron mancillados.

Los lugares donde Tom había besado a Cherry:

En la cola de la caja del supermercado.

En la cola de la caja del banco.

En la cola de la urna para votar.

En la fiesta de Navidad de Meg Jones, cada año, bajo los arcos.

En todos los bautizos de la familia (en la mejilla, por regla general).

En el funeral de la abuela de Cherry (en la sien).

En los cines, durante la película, cuando notaba que lo miraba.

En los restaurantes mientras esperaban la mesa. (Rodeándola con el brazo y besándola en cualquier parte que fuera más fácil: el hombro, el dorso de la mano, lo alto de la cabeza).

En la cocina, siempre que pasaba a su lado.

En la cama, antes de volverse hacia el otro lado y quedarse dormido.

En la cama, antes de que ella se levantara y antes de volverse hacia el otro lado para quedarse dormido otra vez.

En la palma de la mano, cuando hacían el amor.

En la barbilla, cuando se le quedaba algún resto al comer.

En el cuello, si lo que quería era distraerla.

Delante de la familia de ella o los amigos de él. Siempre, sin siquiera pensarlo.

En el sofá abatible de la hermana de él, cuando iban a verla a Des Moines.

En la banda del campo, cuando Cherry iba a sus partidos de sóftbol de la liga recreativa.

En la nariz, cuando ella hacía pucheros.

En la tripa, cuando tenía cólicos.

En la tripa, cuando hacían el amor.

En la tripa, cuando él quería tener sexo.

En la tripa, si estaban en la cama y ella estaba medio dormida y él estaba totalmente despierto.

En la tripa, siempre que ella estaba en una posición más elevada que él.

En el lado interior de las rodillas, de los muslos y de los brazos, y debajo de los pechos y en la planta de los pies, cada vez que le daban ganas de hacerlo sin una razón en particular.

En la frente, cuando le parecía que estaba adorable.

En los nudillos, cuando él pensaba que necesitaba que la alentaran.

En la boca, en una ocasión, en el vestíbulo de la Western Alliance, el día en que él renunció a su puesto.

En la boca y de lleno, casi siempre. En la mayoría de los lugares y la mayoría de los días, como si fuera lo más normal, de la misma forma en que respiraba. Como si besarla fuera un sutil chute de algo. Como si la boca de ella hubiera sido creada para besar, de la misma forma que las orejas de los perros fueron creadas para rascarlas o los botones fabricados para pulsarlos.

Ni siquiera parecía pensar en besarla o darse cuenta de que lo estaba haciendo. A veces lo hacía a media frase, a veces estando dormido.

Durante años y más años, esa había sido Cherry en la vida de Tom y en el mundo: una chica a la que acababan de besar hacía un instante. Una chica a punto de ser besada. Una chica que andaba por ahí con la barbilla ligeramente levantada y los labios entreabiertos, lista para un beso más.

65

—Vaya, vaya, pero mira quién está aquí. No esperaba verte para nada.

El padre de Tom estaba en el acceso para coches, trabajando en su camioneta. Vestía un chaquetón y en la mano tenía un termo de café. Sonrió a Cherry como si ella estuviera a punto de decir algo gracioso.

—Hola, qué tal —dijo Cherry, subiendo por el camino.

Nunca había tenido mucha relación con su suegro porque Tom nunca había querido.

Tom solía pasarse por la casa de su padre varias veces a la semana. Le llevaba sobras de la cena, podaba el césped o revisaba la correspondencia. Si iba con Cherry, le pedía que lo esperara en el coche. «No hay razón para que tú también tengas que lidiar con él», le decía.

«¿De verdad es tan malo?».

«Digamos que… no es tan bueno».

Cherry llegó al final del acceso.

—¿Está Tom en casa?

—«¿Está Tom en casa?», pregunta la señorita. ¿Y dónde iba a estar si no? Ah, sí, en Beverly Hills. ¡Piscinas! ¡Estrellas de cine! —dijo el padre de Tom medio canturreando.

Cherry asintió obligándose a sonreír.

El padre de Tom era corpulento como su hijo, y también rubio y de cara roja. Tenía las cejas pobladas y la barba descuidada. Cherry estaba segura de que esa era la razón por la que Tom nunca había probado a dejarse barba, pese a que seguramente le quedaría bien.

Cherry no podía llegar hasta la casa sin pasar justo al lado de su suegro, o sin desviarse y caminar por el jardín nevado y hacer que el

acto de evitarlo se convirtiera en todo un espectáculo.

—Supongo que tendré que ver esa película de Tom —dijo, parado frente a Cherry, sin dejarla pasar—. Es lo que me han dicho, a pesar de que no aparezco en ella. Tampoco aparezco en el cómic. En las historietas, como llamábamos antes a esas cosas, ¿sabes?

—Así es —dijo Cherry—, así las llamábamos.

En realidad, solo conocía al padre de Tom de algunos días festivos esporádicos y visitas de cumpleaños. En el ensayo de su boda, Cherry se había sentado a su lado. Nunca había tenido una conversación real con él; se preguntaba si alguien la habría tenido alguna vez, porque el padre de Tom solo parecía hacer preguntas retóricas.

—No aparezco en ninguna de ellas —insistió—. Tengo conocidos que me lo dirían sí así fuera.

Cherry asintió.

—Pero tú sí apareces —dijo su suegro, sonriéndole de tal forma que, de no ser porque la mera idea le resultaba demasiado incómoda, habría jurado que parecía una mirada lasciva—, *Baby, baby, baby*.

—No creo que el cómic sea una biografía —dijo Cherry.

—¡Ja! ¡La señorita no cree que sea una biografía! Tal vez yo también debí dibujar monitos en lugar de reparar calentadores. Parece una estafa muy buena, ¿eh?

—Yo no lo llamaría estafa… —dijo Cherry sonriendo.

El padre de Tom bebió un sorbo de lo que había en el termo.

—Pero, bueno, tú te vas a llevar tu tajada, ¿no? Apostaste al caballo ganador. ¿Quién lo habría imaginado? —Se empezó a reír—. Yo no. Yo pensaba que era él quien había apostado al caballo ganador, y por eso solía decirle: «Buen trabajo, Tommy. Con esa chica las facturas siempre estarán pagadas».

—¿Está Tom en casa? —preguntó Cherry, señalando la puerta.

—En realidad, yo no leo cómics —continuó el suegro—. Nunca lo he hecho. Le digo a la gente que no necesito los muñequitos, ni parlantes ni de papel, ¿sabes? Pero a la gente le gusta lo de Tom, siempre me lo dicen. Apuesto a que a ti te gusta. Tom te ha hecho famosa. *Baby, baby.*

Cherry dio un paso atrás.

—*Baby, baby, baby* —cantó el padre de Tom—. *¿A dónde fue nuestro amor?* —Se rio y dio otro trago.

—¿Cherry?

Ella se volvió hacia la casa y vio a Tom en la puerta.

—¡Tu mujer está aquí! —gritó el padre de Tom sin girarse—. No esperaba verla otra vez.

Tom iba ya caminando hacia ella por el jardín nevado para eludir a su padre. Llevaba sus zapatillas Nike de color blanco radiante.

Cuando llegó a donde estaba Cherry, le puso la mano en la espalda y la condujo hacia la entrada del acceso para coches.

—Solo estábamos poniéndonos al día —gritó su padre detrás de ellos.

—Lo siento —dijo Cherry en voz baja—. Lo siento mucho. —Tom negó con la cabeza sin dejar de avanzar y de guiarla—. Quería hablar contigo, pero no me has cogido el teléfono.

—Estaba en una reunión.

—Lo siento.

—No te disculpes —dijo él. Ya estaban junto al coche de Cherry.

—Había olvidado cómo era tu padre.

—Ajá —dijo Tom, interponiéndose entre él y Cherry, pero sin mirar a ninguno de los dos.

—¿Podríamos hablar, por favor? —murmuró Cherry.

—Claro —dijo Tom al tiempo que le abría la puerta. Pero antes de que ella entrara, la miró y pareció darse cuenta de lo que acababa de pedirle—. No, no, Cherry. ¿Qué más queda por decir?

—Creo que queda *todo* por decir —dijo Cherry, acercándose a él y alejándose del vehículo—. No puedo imaginar quedarme sin cosas que quiera decirte.

Tom la miró frunciendo el ceño.

—¿Vendrías a casa conmigo para que hablemos? —le preguntó.

Tom negó con la cabeza. Aún tenía la misma expresión.

—No, no puedo seguir volviendo a ese lugar. No puedo afrontar el tener que irme otra vez.

Cherry lo sujetó de la parte baja de la camiseta. No tiró de ella, solo la cogió.

—No te haré irte —le dijo.

No lo haría. Si las cosas llegaban a un punto insoportable, sería ella la que se iría. Le dejaría la casa y la perra. *Ella* se mudaría a California.

Tom seguía mirándola de frente con el ceño fruncido.

—Habla conmigo, por favor —dijo Cherry—. Donde sea.

Tom le dijo que se vieran en la cafetería del final de la calle, un lugar al que Cherry nunca había ido.

Cuando llegó, vio que estaba cerrada. No servían a la hora de la cena.

Esperó junto a la puerta y, al poco tiempo, Tom se detuvo frente a ella en su coche y lo aparcó.

—Está cerrado —dijo Cherry antes de que él llegara hasta donde se encontraba ella.

—Oh —dijo él, y miró alrededor para ver si había algún otro sitio abierto, pero no era una zona donde hubiera comercios. Solo estaban la cafetería, un sitio de lavado de coches y, al otro lado de la calle, Abbie's Road, la pizzería temática de los Beatles.

Tom se volvió hacia Cherry.

Y ella se encogió de hombros.

Abbie's Road seguía siendo un local diminuto y peculiar.

Tom sostuvo la puerta mientras entraba Cherry. El local estaba vacío. Cruzaron hasta la esquina opuesta a «Octopus's Garden». Cherry se sentó debajo de un mural en el que aparecía Paul McCartney comiendo pizza con una morsa.

Tom se quedó de pie junto a la mesa.

—¿Qué quieres?

—Pide cualquier cosa que a ti se te antoje —contestó Cherry.

Lo vio caminar hasta el mostrador, donde se sacudió el pelo de la parte de atrás de la cabeza. Era un gesto de Tom que ella necesitaba volver a ver.

Necesitaba ver a Tom a medida que su pelo se fuera tornando gris.

Tom volvió a la mesa y colocó frente a Cherry un vaso con hielos y una lata de Coca-Cola Zero.

Se quitó el abrigo marinero que debió de coger de la casa antes de irse. Debajo llevaba un elegante jersey color café. Parecía nuevo. Y caro. Quizá era de Pendleton. A lo mejor era un regalo de Navidad.

Se sentó frente a Cherry y soltó un ligero suspiro. Luego alzó la vista y la miró expectante, como si fuera a asistir a un espectáculo.

—No… —dijo Cherry.

Tom esperó.

—No sé cómo superar esto —confesó.

Él siguió esperando.

—Es decir… —dijo señalando entre los dos—. No sé cómo superar la parte en la que me siento enfadada y herida, y en la que no confío en ti.

Tom apoyó los codos en la mesa.

—Quiero superarla —dijo rápido—. Quisiera estar ya del otro lado. Creo que lo que yo quería era que, de alguna forma, me cogieras de las manos y me ayudaras a superarla. Quería que vinieras a casa y que golpearas con fuerza la puerta.

Tom miró la mesa.

—Pero en lugar de eso… —dijo Cherry, obligándose a continuar —, bueno, actuaste como si hubieras estado esperando lo que sucedió, como si estuvieras esperando sin más a que yo le pusiera fin a todo. Como si te sintieras *aliviado*.

Tom alzó la vista y la miró.

—No me sentí aliviado.

—Entonces ¿por qué no volviste a casa? —preguntó Cherry con un hilo de voz.

Tom se retorció un poco. Ni siquiera podría decirse que se hubiera encogido de hombros.

—Porque sentí que no merecía estar ahí. Empecé a pensar… que tal vez nunca lo merecí —dijo, mirándola a los ojos.

Cherry negó con la cabeza.

—No digas eso —murmuró.

Tom inclinó la cabeza a un lado.

—¿Por qué no debería decirlo? ¿Porque es cierto?

Ella volvió a negar con la cabeza. Le rodó una lágrima por la mejilla.

—Si no crees que mereces cosas buenas —susurró Cherry—, ¿cómo podría yo creer que *soy* algo bueno?

Tom abrió los ojos como platos, y comenzaron a empañársele. Desplazó la mandíbula hacia un lado, como si Cherry acabara de golpearle el rostro, pero continuaron mirándose.

—¡Tom! —gritó alguien.

Por un instante, Cherry pensó que alguien lo había reconocido, pero luego vio que solo era la chica de la barra.

Tom se puso de pie y se enjugó las lágrimas con el dorso de la muñeca. Al cabo de un minuto volvió a la mesa con una ensalada para Cherry y se sentó.

—Tenías razón —dijo ella. Necesitaba seguir avanzando. Tenía una lista en la cabeza, un plan; porque había cosas que necesitaba decir—. Nunca permití que te disculparas porque… eso habría hecho que fuera real. Y yo habría tenido que reconocer y admitir lo que estaba pasando.

—Comprendo —dijo Tom con voz ronca y asintiendo con la cabeza.

—¿Todavía quieres disculparte? —preguntó ella.

Tom se sorprendió.

—¿Ahora?

—O sea… —dijo Cherry alzando un hombro—. ¿Por qué no?

Tom analizó su rostro; tal vez quería comprobar que hablaba en serio. Se inclinó hacia delante sobre los codos.

—Cherry, lo siento —dijo—. Me sentía solo y deprimido y había pasado mucho tiempo desde que tú y yo…, desde la última vez que nos habíamos sentido nosotros mismos. Juntos.

Cherry asintió.

—Me parecía que todo el tiempo estabas enfadada conmigo —continuó Tom.

—Lo estaba.

—¿Por qué?

—No lo sé. Porque…, porque de pronto tenías una vida sin mí —confesó apretando los labios, desmoronándose—. No se suponía que debieras tener una *vida completa* sin mí. Se suponía que estábamos juntos en esto.

—No tenía una vida completa, Cherry. No tenía nada —dijo Tom —. Ni siquiera me sentía completo yo mismo.

Cherry tenía las manos sobre el regazo, las cerró con fuerza y trató de no llorar como una niña pequeña, sin conseguirlo.

—Tom, ¿tuviste una aventura con Rachel?

—No lo sé —dijo. Sus palabras sonaron huecas.

—¿Cómo puedes no saberlo?

Tom negó con la cabeza, como si tampoco supiera eso.

—¿Te acostaste con ella?

—Una vez —confesó—. Después de que me dijeras que querías el divorcio.

Cherry sintió que se moría. (Otra vez). (Hasta ese momento, no sabía que alguien podía llegar a sentirse tan triste que le dolieran los huesos).

—Fue un error —dijo Tom—. Había bebido.

—¿Has estado bebiendo, Tom?

—¿Ahora? No. Pero en ese momento… sí. A veces. El día que llamaste había bebido varias copas… Fue la primera vez que nos besamos, si acaso sirve de algo confesarlo —dijo, y de inmediato negó con la cabeza—. Pero no sé de qué pueda servir.

—Entonces no estás…

—No estoy… ¿qué?

—¿Saliendo con Rachel? —terminó de decir Cherry.

Tom hizo una mueca.

—No. No lo habría… No, simplemente no. Ni siquiera hemos trabajado juntos desde entonces.

—¿Tuviste que contárselo a Ophelia? —preguntó Cherry refiriéndose a la editora de Tom, la jefa de Rachel.

Tom parecía derrotado.

—No, no tuve que decírselo.

Cherry volvió a sentir que la inundaba una oleada de dolor y de humillación. Esperó a que se le pasara, pero no ocurrió, así que se

limitó a cruzar los brazos sobre la mesa y apoyó en ellos la cabeza. Entonces oyó a Tom hablar en algún lugar por encima de ella.

—Lo siento.

—Vale —dijo Cherry—. Lo entiendo.

—Cherry…

—Lo entiendo. —Esperó a que el dolor se estabilizara antes de alzar la cabeza. Cuando lo hizo, lo miró a los ojos—. ¿De verdad quieres volver a casa?

—Sí —dijo Tom.

—No entiendo por qué. Podrías comenzar de nuevo.

—¿De verdad crees que eso me resulta atractivo?

—Sí —dijo Cherry con énfasis—. Podrías conseguir algo que no esté jodido ya. En un lugar donde no haya malos recuerdos. Tienes el mundo entero a tus pies, Tom. Literalmente. Podrías tener… cualquier cosa que quisieras —añadió sacudiendo la cabeza.

Tom se inclinó sobre la mesa. Enfadado.

—Cherry, si no crees que mereces cosas buenas, ¿cómo podría yo creer que *soy* algo bueno?

—¡Tom! —gritó de nuevo la chica de la barra.

—Joder —exclamó Tom. Se reclinó en el asiento y sacudió la cabeza como si tratara de aclarar su mente—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—La pizza es normalita —dijo Cherry en voz baja—, pero la temática es extraordinaria.

Tom la miró impotente, sin sonreír en absoluto, y se puso de pie.

Regresó a la mesa con la pizza y dos platos, y lo puso todo a un lado, como si lo hubiera llevado para gente sentada en el otro extremo de la mesa.

Entonces se sentó junto a Cherry, del mismo lado de la mesa. La miró de frente y le cogió la mano.

Ella se lo permitió.

Él se inclinó hacia delante.

—No quiero el mundo —dijo—. Te quiero a ti. Tú eres mi día de suerte, Cherry. Eres el único hogar que he conocido en mi vida y no quiero… otra cosa. No quiero empezar de cero con alguien a quien nunca amaré ni la mitad de lo que te amo a ti. Solo quiero encontrar

el camino para volver a ti. —Le apretó la mano—. Permíteme volver a ti. Permíteme volver a casa.

—Tom… —musitó ella mirándolo a los ojos.

—Me perdí, Cherry —dijo—. He estado tan perdido…

Cherry soltó su mano y se puso de pie. La silla se desestabilizó, pero no se cayó.

—¿Cherry?

Cherry, Cherry, Cherry.

Baby, baby, baby.

—Voy a por una caja para la pizza —dijo ella—. Podemos comerla en casa.

Tuvieron que ir en dos coches, lo cual fue un poco raro.

Tom llegó a la casa antes que ella. La esperó en el porche sosteniendo la caja de pizza y la miró mientras ella caminaba hasta la puerta. Stevie ya los estaba ladrando.

Cuando Cherry llegó, Tom sacó las llaves del bolsillo.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó.

Ella asintió.

—Si me vuelves a echar —dijo Tom—, no me iré.

Cherry ni se inmutó.

—Al menos, no de inmediato —añadió él.

Cherry se rio, pero el comentario la hizo llorar de nuevo.

—¿Estás diciendo que, si te echo, te irás muy muy despacio?

Tom le sonrió con todo salvo con la mirada. En sus ojos se veía el miedo.

—Hablo en serio —dijo.

—De acuerdo.

Tom introdujo la llave en la cerradura.

—Tom, espera… —dijo de pronto, sujetándolo de la muñeca—. Hubo… Yo… salí con alguien y nosotros…

Tom negó con la cabeza, le puso la mano en la mejilla y dejó las llaves colgando de la cerradura.

—Shhh, ya lo sé, *baby*. No tenemos por qué… No tienes… Es decir, a menos que quieras hablar de ello.

—No necesito hablar de ello —dijo Cherry.

—Entonces… —dijo Tom, tomándola de la barbilla—. ¿Podemos dejarlo aquí afuera?

«En la nieve —pensó Cherry—. En este año perdido».

¿Sería tan fácil?

¿Podría vaciarse los bolsillos y sacudirse el dolor y el enojo sin más? ¿Enjugarse treinta y dos tipos distintos de lágrimas?

¿Y si dejaba a Rachel allí afuera? ¿Con su melena pelirroja y sus petos?

Y a Russ también, con sus preciosos ojos y sus buenas intenciones. (¿De verdad podría olvidar a Russ? Tal vez no, pero podría dejarlo ir. Dejarlo flotar hasta perderse).

Cherry había muerto demasiadas veces desde que Tom se había ido y desde que le había dicho que se mantuviera alejado.

El dolor le había llegado hasta la médula.

Pasó meses recogiendo los diminutos fragmentos de sí misma y reacomodándolos con cuidado.

¿Podría apartar de sí todos aquellos meses?

¿Podría entregarle esos fragmentos a ese hombre que tenía delante?

A ese hombre que le había fallado.

Que la había abandonado.

Que había permitido que el viento se lo llevara lejos, muy lejos.

No.

No.

No.

Sí.

Entonces asintió.

—Tom…

—¿Qué pasa, *baby*?

—Sé que has dicho que no querías un nuevo comienzo, pero de todas formas lo tendrás.

Cherry abrió la puerta.

Y tiró de Tom hacia dentro.

66

Cherry no iba arreglada.

Todavía llevaba puestas las mallas y tenía el pelo recogido en una coleta.

Cuando entraron en la casa, Tom se inclinó para saludar a Stevie. Preguntó si Cherry la había sacado a pasear. Lo había hecho.

—Vamos a la cama —dijo Tom.

—Son las cinco de la tarde —dijo Cherry.

—Quiero subir al dormitorio.

Cherry asintió.

Tom llevó la pizza consigo y, al subir, cerró la barrera para bebés.

Cuando entraron en la habitación, empezó a quitar la ropa de cama. Cherry había cambiado todo después de la noche que pasaron juntos…, pero le ayudó de todas formas.

Tom fue al armario del pasillo y llevó sábanas y fundas de almohada limpias. Le temblaban las manos.

Cherry estaba llorando. (Como no había ningún obstáculo, las lágrimas le fluían a borbotones).

—¿Puedo ducharme? —preguntó Tom.

Cherry se rio.

—Claro. Incluso puedes limpiar la ducha. Vives aquí.

Tom hizo un ruido que pareció una risa. Se dirigió a su cómoda y sacó una camiseta y unos pantalones de pijama.

Mientras él estaba en la ducha, Cherry arregló el dormitorio. Recogió la ropa sucia, cerró las puertas del armario y colocó bien los cojines sobre la cama.

Tom regresó al dormitorio vestido para dormir. Ella no le había visto el pelo largo mojado. Los rizos eran de un color marrón ceniza y le caían sobre las orejas y la frente.

Parecía que Tom acababa de ver un fantasma en el baño y algunos más cuando regresó a la habitación. Parecía que necesitaba un momento a solas.

—Creo que yo también me daré una ducha —dijo Cherry, y sacó su pijama de elefantes.

La ducha todavía estaba mojada y el jabón, resbaladizo.

Cuando volvió a la habitación, Tom estaba sentado en el borde de la cama, apoyándose en las rodillas. Tenía desnudos los pies, de dedos anchos y uñas planas. Había algo en ellos que a Cherry le daba ganas de reír. O tal vez de llorar.

Tom alzó la vista y le tendió los brazos.

Cherry dio un paso y lo abrazó.

Tom apoyó la mejilla en su estómago y, poco después, ella le puso la mano en la parte superior de la cabeza.

—Dime que estoy en casa —suplicó Tom.

—Estás en casa, Tom. Estás en casa —dijo Cherry, acallándolo.

Se quedaron dormidos muy temprano. Los dos estaban exhaustos, incoherentes por el alivio. Cherry se despertó poco después de medianoche, luego se despertó Tom. Entonces recordaron que no habían ni tocado la pizza.

—He estado comiendo muy mal —confesó Cherry al cabo de unos minutos, mientras lamía la salsa marinara que le había caído en el pulgar.

—Mañana comeremos mejor —dijo Tom, y cogió lo que había sobrado de la pizza para bajar y guardarla en el frigorífico.

Se quedaron despiertos un rato.

Se besaron.

Cherry le dijo que lo amaba más que a la vida misma y que al mundo. Que si ella fuera una emperatriz o el propio Dios, dejaría que todo se fuera al infierno por él. (No, no le dijo eso exactamente. Solo le dijo «te quiero» una y otra vez y lloró de forma incontenible).

—Creo que estoy ovulando —dijo Cherry más tarde—. Y no tengo condones.

—Ya compraremos algunos —dijo Tom.

No había prisa.

Cuando ya era demasiado tarde, pero aún estaban despiertos solo porque a los dos les daba un poco de miedo despertar a un nuevo día, Tom se volvió hacia ella.

—En cuanto *Jueves* llegue a su fin, dejaré las tiras cómicas.

—Lo sé —dijo Cherry.

—No, lo que quiero decir es que… ya no quiero dibujar nada más. No quiero crear nada nuevo —explicó. Tenía la mano entre la tripa y la cadera de Cherry, y la cabeza apoyada en su hombro. Ella le besó la parte superior de la cabeza.

—Entonces puedes dejarlo todo.

—¿Y qué haré entonces?

—Pasear a Stevie —sugirió Cherry—. Hornear galletas de jengibre. Dejar que yo ponga el pan en la mesa.

Tom resopló y le restregó la cara en el hombro.

—No creo que de verdad vayas a dejarlo todo —susurró Cherry —, pero puedes hacerlo si quieres.

67

Tom tendría que irse al cabo de dos semanas.

A pesar de que seguía pensando que no iría al estreno de la película, tenía que volver a Los Ángeles para el evento, y luego a Nueva York para hacer promoción. Lo habían programado para aparecer en *Good Morning America* y en *The View*. Y también querían que hiciera uno de esos programas de YouTube en los que comes pollo mientras te filman, a pesar de que le había dicho a Michelle, su nueva publicista, que habría preferido comer grava.

Tom fue a por su maleta a casa de su padre. También llevó una caja llena de ropa de la que Cherry desconfiaba porque no sabía de dónde provenía. (El jersey de Pendleton se lo había regalado su hermana). También tenía todavía cosas que traería de Los Ángeles. Se había comprado un coche allí. Y tenía que cancelar el contrato de alquiler en Pasadena.

Recibía todo el tiempo llamadas telefónicas y por Zoom. Las atendía en la sala de estar, con Stevie echada a sus pies.

Las reuniones hacían que su mirada se aplanara y pareciera perdida. A veces, incluso a la hora en que Cherry volvía del trabajo, seguía viéndose así.

Cherry estuvo a punto de no volver al trabajo… La verdad era que no tenía por qué hacerlo y, con Tom en casa, sentía como si todos los días fueran de fiesta.

—Los trenes continuarán funcionando sin ti —le dijo Tom aquella primera mañana de lunes en cuanto se activó la alarma.

Sonaba tentador…

Pero, el último año, el trabajo había sido la tabla de salvación de Cherry y no pensaba dejarlo en ese momento.

Además, ¿qué haría todo el día si se quedara en casa? ¿Ver a Tom trabajar? ¿Confeccionar cortinas? No, ya se le habían acabado las ventanas. Y la sola idea de no hacer nada le provocaba urticaria.

La verdad era que había pasado tanto tiempo preocupada por lo que haría si despedían a Tom que le costaba trabajo confiar en las carretadas de dinero que él ganaba en aquel momento. Necesitaba trabajar.

Esas noches en las que lo encontraba con la mirada estéril cuando volvía del trabajo, lo acorralaba contra la pared o se subía encima de él, dondequiera que estuviera sentado, y empezaba a besarlo y a acariciar su rostro con la nariz, en busca de señales de vida. Si la muñeca de Tom le hubiera cabido entre los dientes, la habría sujetado con ellos.

Todavía no sabía cómo rescatarlo, pero quería que supiera que estaba ahí para él.

Además, todavía no sentía que hubiera recuperado su orgullo. Le había faltado todo un año. Amaba demasiado a Tom y también se lo demostraba demasiado.

Y, una vez que decidió perdonarlo, le abrió su corazón por completo. (Tal vez esa fuera la razón por la que lo había mantenido alejado durante tanto tiempo).

No volvieron a poner nada en los estantes o las paredes. Tom no llevó las cajas que había dejado en la casa de su padre. Se encontraban en un lugar intermedio y ambos lo sabían. Tenían miedo de gafarlo, así que ignoraron los espacios vacíos.

Tom compró nuevos cuadernos de dibujo y dejó algunos sobre la mesa de centro y otros en el baño. Cherry lo miraba bosquejar mientras hablaba por teléfono.

Lo que más dibujaba era a Stevie. Caminando a dos patas y vestida. Recibiendo llamadas por Zoom. Solicitando una plaza en la universidad.

A veces dibujaba a Baby haciendo algo que Cherry había estado haciendo, pero de una forma mucho más cómica. Si a Cherry se le

caía al suelo medio plato de espaguetis con garbanzos, Tom dibujaba a Baby con espaguetis en el cabello y la nariz.

A veces se dibujaba a sí mismo. Con todo el cuerpo debajo del agua, salvo por una mano con la que sostenía el móvil.

Cuando Tom tuvo que hacer las maletas, los dos se pusieron nerviosos. Cherry lo había visto preparar el equipaje muchísimas veces, y cuando empezó a viajar, incluso le ayudaba.

—Deberías meter algo para el estreno —dijo ella, sentada en la cama junto a la maleta—. En caso de que decidieras ir.

—No iré —aseguró Tom, de pie frente a la maleta, mientras doblaba sus pantalones cargo de marca.

—Es una experiencia única en la vida, Tom —le dijo.

—Si logro superarlo, todo esto será una experiencia única en la vida.

Cherry miró la maleta.

—¿Tienes ropa para las entrevistas?

—Tengo una asesora de imagen.

—¿Una asesora de imagen? —preguntó Cherry con cara de disgusto.

Tom le sonrió.

—Mi asesora personal dejó de contestar mis llamadas, ¿recuerdas?

—Supuse que ya no me necesitabas —dijo Cherry con tristeza—. Estabas increíble en todas tus entrevistas.

—Sí, como alguien que tiene una asesora de imagen —la corrigió —. Ella siempre me propone tres opciones —explicó inclinando la cabeza hacia Cherry—. ¿Quieres que te llame por Face Time y te deje elegir?

Cherry se sentó enseguida. No pudo evitar emocionarse.

—¡Sí!

Tom le sonrió. De oreja a oreja. Pero luego le pasó por el rostro una nube de ansiedad.

—Sé que no te he llamado… tanto como habría debido.

Cherry asintió. Recordó.

Tom la miraba a los ojos.

—Llamarte no era lo mismo que *estar* en casa y, además, sentía que lo mejor era esperar para verte… cuando te viera.

—Lo sé —dijo Cherry volviendo a asentir.

—Pero luego estuve fuera tanto tiempo que…

—Tú llámame —dijo ella cogiéndolo de la mano.

—Te llamaré —aseguró Tom.

Cherry se acercó la mano de Tom a la boca y la besó.

Él frunció el entrecejo.

—Aunque… no sé de qué hablaremos.

—No me puedo creer que ya estés tratando de convencerte de cambiar de opinión y de no llamarme —exclamó Cherry poniendo los ojos en blanco.

—No, más bien es convencerme de no irme…

—Vete y ya —dijo ella volviéndole a besar la mano—. Haz lo que tengas que hacer.

Tom la cogió de la barbilla y le hizo alzar la mirada.

—Siempre dices eso.

Cherry asintió.

—¿Debería decir otra cosa?

—No me gusta oírte decirme que me vaya —confesó afligido.

Cherry le besó el pulgar, lo tenía allí mismo, junto a la boca.

—Solo lo digo para alentarte —explicó—. Claro que odio cada vez que te vas.

—Dime eso —musitó Tom.

—Odio que te vayas —dijo Cherry levantando la vista y mirándolo a los ojos—. Te echo de menos demasiado cuando no estás.

Tom dejó caer en la maleta los calcetines que tenía en la mano y se acercó aún más a ella.

—Te echo de menos desde el momento en que me despierto —añadió Cherry—, antes de abrir siquiera los ojos. Cuando no estás, la habitación no es igual.

Tom le puso la otra mano en la cara.

—Ninguna habitación de la casa es igual sin ti —dijo ella—. Trabajo demasiado y escucho pódcasts que no me interesan. Y le

hablo a Stevie de ti, le digo lo que me imagino que tal vez estés haciendo. Y me pregunto si nos echarás de menos.

—¿Hablas con Stevie?

—A Stevie le cuento todo.

Tom se rio.

Cherry inclinó la cabeza aún más para mirar hacia arriba, estirando el cuello.

—Odio cada vez que te vas, odio todo lo que te hace irte. Odio las librerías y a los editores extranjeros. Odio a los bibliotecarios.

Tom deslizó la mano bajo la mandíbula de Cherry y le sostuvo la barbilla.

—¿Por qué nunca me lo habías dicho?

—Porque no quería hacerte sentir mal.

—Esto me hace sentir fenomenal —exclamó Tom, levantando un poco más el rostro de Cherry. Luego la besó y Cherry le rodeó la cadera con los brazos.

Tom se separó un poco de ella, pero no soltó su mentón. Le acarició la parte superior de la mejilla con el pulgar de la otra mano.

—Sé que no me necesitas —murmuró—. Que tienes todo bajo control.

Cherry negó con la cabeza, pero teniendo cuidado de no hacer que las manos de él dejaran de tocarla.

—Te necesito —dijo ella—. Te necesito para mantener todo bajo control. Eres mi otra mitad.

Tom la besó.

—Eres la mitad que posee todos mis sistemas esenciales —agregó—. El sistema de enfriamiento y el de mi soporte vital.

Tom la besó de nuevo.

—Odio cuando te vas —insistió Cherry.

Tom la empujó sobre el edredón sin soltarle mandíbula.

Cherry pateó la maleta y la tiró de la cama con aire malicioso.

—Volveré pronto a casa —le prometió al tiempo que le desabotonaba el vestido y le quitaba las medias.

—¿Vas a cancelar la entrevista en *The View*?

—Que se joda *The View*. Jesse Plemons puede ir solo a *The View* —dijo, dejándole puesto el sostén. Le gustaban todos sus sostenes.

—¿Es simpático?

—¿Quién?

—Jesse Plemons.

—Sí, es simpático —dijo Tom mientras se quitaba la camiseta por la cabeza. Le quedaba un poco grande. Toda la ropa le quedaba un poco grande.

—¿Cómo es que has adelgazado tanto? —susurró Cherry.

—Solo he adelgazado seis kilos, Cherry —dijo lanzando la camiseta al suelo antes de desabotonarse los pantalones.

—¿Te estás medicando con semaglutida? —preguntó ella, susurrando de nuevo.

Tom bajó las cejas.

—No. Oye, escucha… —dijo mientras se quitaba los pantalones antes de meterse en la cama. Atrajo a Cherry hacia sí y tiró de ella hacia arriba para abrazarla—. No te estoy ocultando nada, no tengo secretos.

—Ha pasado un año entero —dijo ella—. Ahora incluso tienes asesora de imagen.

—Estaba deprimido hasta la médula —exclamó—. Ese es mi secreto.

—El mío también.

—Ven… —Tom hizo girar a Cherry sobre la espalda—. Déjame alegrarte.

—Te echaba de menos —dijo ella.

Tom le besó la parte superior de un pecho, bajó el tirante del sostén por el brazo y lo dejó así. Estaba realizando la dirección artística de su escote.

—Así —dijo ella—. Así es como te echaba de menos.

Tom levantó el rostro y sus miradas se encontraron.

—Cherry, yo… —dijo incorporándose. Se arrodilló entre las piernas de ella, un poco alejado.

—¿A dónde vas?

Tom se apoyó en las pantorrillas; se le notaba el pene erecto bajo los calzoncillos. Comenzó a frotarse la cara.

—Creo que estoy tratando de decir algo.

Cherry se incorporó preocupada y se apoyó en los codos.

—¿Decir qué?

Tom dejó caer las manos.

—Sé que no hemos… vuelto. Sé que aún estamos separados de cierta forma. Pero quiero seguir volviendo a casa, Cherry. Quiero continuar haciendo las cosas mejor.

Cherry asintió. Tenía lágrimas en los ojos, pero todavía no sabía de qué tipo eran.

Tom parecía estar a la espera de que ella dijera algo. Se le veía preocupado, pero también seguía excitado. Parecía haber perdido diez kilos. Por lo menos.

Cherry volvió a recostarse y le tendió los brazos.

—Entonces vuelve a casa.

Cherry llevó a Tom al aeropuerto.

Bueno, él condujo.

A ella le costaba encontrar algo que decir en el coche. Estaba llena de miedo, sin saber a qué…

No pensaba que Tom la engañaría o que cambiaría de opinión, pero estaban llevando a cabo los mismos actos que los habían separado. Tom estaría fuera dieciséis días.

—¿Vendrás a recogerme cuando vuelva? —le preguntó a Cherry —. ¿Si no estás trabajando?

—Vendré a recogerte esté lo que esté haciendo.

No era una promesa especial; siempre lo había llevado al aeropuerto y siempre lo había recogido. Siempre lo había abrazado con fuerza al bajar del coche para dejar que fuera él quien condujera a casa. Pero nada de aquello los había protegido.

68

Cherry envió un mensaje a sus cuatro hermanas para decirles que Tom y ella habían vuelto, que estaba feliz y que de momento no respondería a ninguna pregunta.

«¡¡Gracias a Dios!! —escribió Joy—. El otro tipo no me daba confianza, era demasiado guapo».

«¡Tom! —escribió Faith—. Nunca dejé de apostar por él».

«Estaba cantado —escribió Hope—. Se os veía superenamorados en Navidad».

«Si tú puedes perdonar a Tom —escribió Honny—, yo puedo perdonarlo casi por completo también». Y luego agregó: «Nunca estuvisteis separados ante los ojos de Dios».

«A los niños les va a encantar la noticia —escribió Faith—. Tom es su tío favorito».

Cherry sacaba a Stevie a dar largos paseos, aunque no tan largos como los que daba con Tom.

Encontró enterradas en el fondo de un cajón las fotografías de Tom con su madre. No las había estado ocultando de forma intencionada.

Volvió a colgarlas en la pared del comedor y se sintió menos sola.

Tom la llamaba por teléfono, también por FaceTime. Se le veía cansado, pero bien arreglado. Una noche, cuando llamó, llevaba maquillaje en la cara.

Él tenía muchísimo más que contar que Cherry porque se pasaba los días enteros con estrellas de cine y porque le sacaban fotografías

vestido con ropa de diseño.

Sin embargo, ella era la que más hablaba. Le contaba las cosas tontas que hacía Stevie, aunque ninguna fuera ni novedosa ni sorprendente. Le decía lo que había comido en el almuerzo, le contaba que el camión de la basura había vuelto a pasar por encima de la esquina de su jardín.

Al final de cada llamada, Tom le decía cuántos días le faltaban para volver a casa.

—Te veo en catorce días —decía. En once. En nueve.

Cherry no leía los chismes sobre *Jueves*, pero Stacia le contó que estaba generando muchas reacciones positivas. Todos decían que Tom había hecho un trabajo espectacular con el guion.

Eso no la sorprendía. Nunca había visto a Tom hacer un mal trabajo con nada.

«¿Puedo usar el anillo de boda en las fotografías?», le preguntó Tom en un mensaje de texto.

«Puedes usar el anillo de boda donde quieras —le contestó ella —. Estamos casados».

«¿Cómo de casados estamos?», preguntó él. Si hubieran estado en otra etapa de su matrimonio, la pregunta habría resultado graciosa.

«Terminales», contestó Cherry.

El anillo de boda de ella estaba en el fondo de su joyero. Era una alianza de oro sencilla. Ella no había querido un diamante.

Se lo puso y se miró las manos.

Le envió un selfi a Tom sentada con Stevie en el sofá.

«¿Te parece bien que use el anillo de boda en las fotografías?».

Empezó a molestarle cada vez más la ausencia de las cosas de Tom.

¿Cómo era posible que hubieran vuelto, pero que en la casa hubiera menos evidencias de él? ¿Menos de él?

Echaba de menos sus libros, sus pósters y su taza de café.

—¿Tus cajas están en casa de tu padre? —le preguntó mientras hablaban por teléfono. Ella estaba en la cama y él estaba comiendo tacos en la habitación del hotel. Había estado trabajando hasta tarde.

—Ajá —dijo—. En el garaje.

—Si quieres, podría ir a recogerlas.

—No hay ninguna urgencia, las recogeré cuando vuelva a casa.

—Me siento mal —dijo ella—. Volviste para recoger tus cosas, y ahora están en exilio.

Tom soltó una carcajada.

—Cherry —dijo en voz baja—. No volví para recoger mis *cosas*, volví para recuperarte a ti.

69

Se celebró una gran inauguración para la reapertura del Museo del Ferrocarril. Cherry se puso un vestido de mezclilla a rayas que imitaba los monos de los ingenieros y unas botas rojas muy caras. (Hasta la rodilla, sin cordones, de tacón bajo).

—Estás intolerablemente adorable —le dijo Meg Jones en tono de regaño—. Debería mandarte de vuelta a casa.

—Es un acto para familias —argumentó Cherry—. Le hemos dicho a la gente que se trajera a sus hijos.

—Estás aquí para representar a una empresa de la lista *Fortune 500*. Te estoy entrenando para que me remplaces.

—Entonces alégrate de que no me haya puesto el gorro que combina con las botas.

Meg Jones le toleraba a Cherry un poco de descaro, en especial cuando había hecho un trabajo excelente, como era el caso con el Museo del Ferrocarril.

Todo tenía un aspecto estupendo. Las exposiciones eran divertidas e interesantes, pero también representaban bien a la empresa como un icono estadounidense. Ya se habían generado muchísimos artículos favorables en la prensa para la Western Alliance, y ese día había un buen número de fotógrafos para cubrir el evento.

Fuera del museo había una locomotora auténtica estacionada, globos temáticos y comida de pícnic.

A Cherry le gustaba organizar eventos para niños. A Tom le habría encantado trabajar en la organización de aquella fiesta.

Hubo una breve ceremonia para reabrir el museo de forma oficial, en la que Cherry presentó a Meg, y luego Meg presentó al director ejecutivo.

Cherry estaba a mitad de su discurso cuando vio a Russ Sutton entre los asistentes. Él le sonrió con los labios apretados, como si lamentara algo.

Cherry no se distrajo ni un instante. Terminó de presentar a Meg y bajó del podio enseguida. Russ seguía observándola. Estaba con Liam, su hijo. (Cherry lo reconoció por las fotos). Russ volvió a sonreírle de nuevo y ella lo saludó con la mano.

Cherry tenía mucho que hacer después de la ceremonia. No era que quisiera evitarlo, pero no podía acercarse a hablar con él. Aquel era su gran día.

Cuando por fin tuvo un momento libre, lo buscó. Liam estaba entretenido en un juego de puntería con aros y antiguos pernos de fijación de traviesas.

—Lo siento —le dijo Cherry a Russ—. Estaba…

—Estás trabajando, Cherry —dijo él—. Soy yo quien lo siente. Debí decirte que estaría aquí; me envió el alcalde.

—Eres bienvenido, por supuesto —dijo ella retirándose el flequillo de los ojos—. Me alegro de verte.

Russ se encogió, pero solo un poco. Cogió la mano izquierda de Cherry y ella se lo permitió.

Vio la alianza, asintió y le apretó un poco los dedos antes de soltarla.

—Tenías razón, Russ —dijo Cherry en voz baja—. No estaba divorciada.

Russ volvió a asentir. Tenía la lengua en el interior de la mejilla.

—Estaba pensando en llamarte —dijo Cherry.

—¿Por qué? —preguntó él, encogiéndose de hombros.

—Para decirte que lo siento.

—Fui yo quien lo jodió todo —dijo mirando alrededor para cerciorarse de que no lo hubiera oído ningún niño—. Yo lo jodí todo.

—Pero yo tampoco te di mucha oportunidad —argumentó ella.

Russ suspiró y se pasó la mano por el pelo.

La miró resuelto. La miró a los ojos.

—Si no hubiéramos ido a ver esa estúpida película… Si yo no hubiera visto ese maldito tráiler… Lo siento. Me afectó, Cherry, me perturbó. Desearía poder volver atrás en el tiempo.

Cherry no sabía qué decir.

¿Tendría razón? Es decir, ella *había* estado loca por él…

Si Russ no hubiera metido la pata, si hubiera estado más seguro de ella, si no hubiera perdido los papeles…, ¿habría bastado? ¿Habría ella dejado que Tom se fuera definitivamente?

De pronto sintió una contracorriente. Una oleada de alivio por no haber abandonado por completo su antigua vida para crearse una nueva.

Incluso aunque esa nueva vida hubiera podido ser encantadora.

El hijo de Russ le tiró del brazo.

—Ya he acabado, papá. ¿Podemos comer?

—Cherry, este es Liam, mi hijo —dijo Russ—. Liam, esta es mi amiga Cherry. Es una potentada y también baila muy bien.

—Encantada —dijo Cherry.

Liam asintió y de inmediato se volvió hacia su padre.

—Papá, ¿podemos comer?

—Claro. —Russ miró a Cherry con las cejas arqueadas, como diciendo: «¿Qué le vamos a hacer?».

Ella sonrió.

—En la terraza hay perritos calientes y helados.

—Me ha encantado verte —dijo Russ.

—A mí también —dijo ella.

Russ dio media vuelta, pero enseguida volvió a mirarla.

—Siempre me encantará verte, Cherry —dijo. Parecía sincero.

Sí, habría podido ser encantadora.

70

Cherry quería llamar a Tom y contarle lo bien que había ido la reapertura del museo, pero él estaba cenando con gente del mundo del cine. Era una cena tardía y, además, había una diferencia de dos horas entre sus husos horarios. Cuando él regresara al hotel, ella estaría ya durmiendo…

Si es que podía dormir.

Una vez más, sin Tom en casa, tenía demasiado tiempo libre. Demasiado espacio. Demasiado silencio.

Cada vez era más difícil bloquear el ruido ambiental de *Jueves*. No podía ver ningún sitio de noticias, y en Instagram no dejaban de aparecer anuncios de la película.

No le gustaba que le recordaran lo importante que era Tom para tanta gente que ni siquiera lo conocía en persona. Ni que era un titán. Necesitaba que en su mente continuara teniendo la estatura de un hombre.

Ver a Russ en el museo la había perturbado. «Ese maldito tráiler», había dicho.

¿Y qué era lo que había dicho Hope? Que el primer tráiler era mucho peor que el segundo. En especial, muchísimo peor para Cherry.

Pero ¿en qué sentido era peor?

Ya sabía lo de la actriz y los rellenos para que pareciera gorda.

Hasta ese momento había sido muy disciplinada respecto a la maldita película…, respecto a no invitarla a entrar en su mente. A no proveerse de contenido adicional con el cual obsesionarse.

«¿El primer tráiler? —dijo Hope—. Ay, noo».

¿Habría algo atroz en él? ¿Una broma sobre la gordura? (Es decir, ¿otra además de la broma parlante y andante que era Baby en sí

misma?).

No debía verlo, se iba a arrepentir si lo hacía. Se arrepentiría de la misma forma en que siempre se había arrepentido de leer el cómic.

(Tenía que separar el arte del artista. El marido del id. Su matrimonio de… lo que quiera que fuera *Jueves*. Imaginaciones. Bromas. Ideas).

«Ay, noo», había dicho Hope.

«No lo veas», había dicho Meg Jones.

Y Stacia: «No necesitas verlo».

Faith: «Tú eres mucho más guapa que esta actriz, Cherry».

Russ: «Me perturbó».

Tal vez el hecho de no ver el tráiler la hacía quedar más como una tonta…

No saber cómo la veía todo el mundo.

No comprender por qué se reían todos.

Bajó a la planta principal a por el portátil. Si iba a hacerlo, que fuera en una pantalla con un tamaño decente. Stevie la siguió al piso de arriba cuando volvió a su habitación y ella se lo permitió, incluso la ayudó a subir a la cama. Se aseguraría de cambiar el edredón antes de que volviera a casa Tom, quien pensaba que los nuevos privilegios de Stevie eran una idea terrible. «Ya hay pelo suyo por toda la casa», había dicho.

«También mío —argumentó Cherry en esa ocasión—, y yo puedo entrar en nuestra habitación».

Stevie se estiró a su lado. Cherry cruzó las piernas y equilibró el portátil sobre los muslos. Luego rascó el peludo cuello de la perra.

—No puede ser tan malo, Stevie —dijo—. Él no permitiría que lo fuera. (Tom no es ni cruel ni desconsiderado).

Cherry encontró el tráiler en YouTube, hizo clic para agrandar la pantalla y pulsó para reproducirlo.

En la pantalla negra aparecieron unas letras blancas:

DEL ESTUDIO QUE PRODUJO
TODOS NUESTROS DÍAS…

Empezó a sonar un villancico. Campanas, un piano tocando música *indie*. Un tipo con acento escocés. Se encendieron unas luces blancas y titilantes. Comenzó una escena.

Pasaron frente a la cámara varias mujeres con bonitos vestidos haciendo frufrú. No se les veía la cara, que quedaba fuera del encuadre. Había hombres con traje negro bebiendo cócteles. La cámara se movía entre ellos.

Apareció entonces una chica. Toda de negro. Bajo un arco de flores y guirnaldas luminosas.

Faith la había mentido, la actriz era muy guapa. Más delgada que ella (y que Baby). Aunque sí, parecía estar usando relleno en el vientre y las caderas.

La chica no estaba vestida adecuadamente para la fiesta, pero le brillaba el pelo y tenía las mejillas sonrojadas. Las luces fulguraban en sus ojos. Tragó saliva.

Al otro lado de la sala, bajo otro arco —la casa era incluso más bonita que la de Meg Jones—, estaba Jesse Plemons. Maquillado para parecer más joven. Y, quizá, también usando relleno. Vestido con un traje barato.

Estaba mirando a la chica. La saludó con la mano.

Ella parecía nerviosa, pero le devolvió el saludo.

El cantante escocés entonó una nota quejumbrosa.

Al parecer, aquel era uno de esos tráileres con una secuencia larga, en lugar de planos de distintas escenas a modo de resumen.

Jesse Plemons cruzó la sala.

Se oyó un tintineo musical. Los coristas cantaron «*Uuuuuh*».

«Nadie te avisó de que esta fiesta sería como un baile de puesta de largo para gente rica, ¿verdad?», dijo El Tipo.

Baby negó con la cabeza. Estaba radiante. Seguramente habían usado efectos digitales para agrandarle las pupilas y añadirle todas aquellas estrellas.

«¿Quieres que te ayude a escapar? ¿O quieres que te ayude a quedarte?», le preguntó El Tipo.

«No estoy segura —dijo ella—. Siento que… si no me muevo, nadie me verá».

Jesse Plemons entornó los ojos y sonrió. Hizo ese gesto suyo en el que solo se le ven los dientes superiores.

«Yo te he visto», dijo con voz ronca.

De pronto, cayó desde arriba un globo de texto y empezó la segunda secuencia. Eran solo ellos dos, el globo y la caligrafía de Tom.

ACABO DE CONOCER A LA CHICA MÁS GUAPA DEL MUNDO.

El villancico *indie* fue *in crescendo*.

Jesse Plemons nunca había parecido tan pletórico de sentimiento estando en silencio.

Y aquella actriz británica de cabeza grande nunca había parecido tan adorable.

El tempo del villancico cambió y el tráiler empezó a avanzar de forma frenética por más escenas de la película. El Tipo y Baby, es decir, los dos actores, aparecían enmarcados en viñetas que pasaban por la pantalla a toda velocidad. Cherry reconoció varios momentos clásicos del cómic y algunos memes.

La música se volvió más fuerte, más circular.

Luego apareció el título, también con la caligrafía de Tom. Cayó sobre toda la sucesión de color y el movimiento:

JUEVES

Luego hubo un fundido a negro.

Entonces, cuando uno imaginaba que el tráiler había terminado, aparecía el rostro de Baby otra vez. En un primerísimo primer plano.

Y guiñaba un ojo.

Cherry cerró el portátil.

71

Hoy, 18.03

Hope
Cherry, ahí estás! ¡Te vemos!

Joy
Yo no la veo!! Qué canal estáis viendo???

Hope
Yo no estoy viendo ningún canal. Es una especie de retransmisión en redes sociales. Honny envió el enlace.

Faith
Cherry, estás guapísima! El vestido es increíble!

Honny
Cómo habrá encontrado un vestido así de su talla?

Hope
Es de una modista que encontró en internet.
Lo compró para el trabajo.

Joy
Vuelve a enviar el enlace!!

Faith
Están entrevistando a Tom!! Se me olvida que es famoso. Incluso después de tanto tiempo.

Honny
Siempre sale muy gruñón en estas entrevistas…
Relájate, Tom. Sonriendo estás más guapo.

Hope
Mirad la sombra de ojos brillante de Cherry.

Se habrá maquillado ella?

Joy
No puedo abrir el enlace.
Tendré activado el control parental???

Faith
Ha adelgazado Cherry?

Honny
Tal vez un poco. Pero sigue siendo la persona más gorda de todo ese barrio donde están.
(Lo siento, Cherry. Descuida, aun así, yo sigo siendo más gorda.)

Hope
Es la única persona ahí que no lleva la talla treinta.
Como para pasar desapercibida…

Honny
Sí, Hope. Debe de sentirse como tú en Navidad.

Hope
Qué graciosa, Honny.

Joy
Que alguien me mande una captura de pantalla!!!

Faith
Ay, no!

Honny
NO!

Hope
Debe de estar furiosa.

Joy
Qué ha pasado???

Honny
La entrevistadora de la alfombra roja acaba de llamar «Baby» a Cherry.

Joy
De verdad hay una alfombra roja?

Faith
Aaay. Qué mono!! Buena respuesta, Tom.

Hope
Parece que Tom está llorando un poco.

Honny
Quién hubiera imaginado que Tom era tan cursi.

Hope
Toda la gente que ha leído *Jueves*.
Literalmente.

Honny
Yo debería leerlo, pero me aburre muchísimo.
No hay diálogo.

Faith
Apuesto a que la película sí tiene diálogo.

Hope
Ahí van…

Faith
Adiós, Cherry! Estás guapísima!

Honny
Jolines, Cherry!
Andando se te ve incluso mejor.
Dónde has conseguido ese VESTIDO?

Joy
Qué está pasando ahora??

Honny
Están entrevistando al tipo de *Friday Night Lights*.

Joy
Ay! Mandadme una captura de pantalla!!!

72

La entrevistadora de *Entertainment Tonight* era tan delgada que podías pasarla a través del ojo de una aguja. Tom había dicho que, en Hollywood, incluso la gente esbelta se medicaba con análogos del GLP-1.

—¡Baby! —gritó la entrevistadora. Lo que más destacaba en su cara eran sus grandes ojos y sus enormes dientes—. ¡Nos encanta conocerte! Todos queremos saber… ¿qué sientes al verte a ti misma en la pantalla?

Tom se inclinó antes de que Cherry pudiera contestar. Estiró la mano para girar el micrófono hacia él.

—Baby es un personaje ficticio —dijo frunciendo el entrecejo—. Es bidimensional, es una sombra en la pared de una caverna. Mi mujer es infinita. Si acaso hay cosas que le gusten a la gente de Baby, tal vez sea porque se las robé a ella. Pero nunca podría meter en una viñeta todo lo que mi mujer es ni todo lo que significa para mí.

73

Cherry se había presentado en el hotel donde se estaba hospedando Tom.

Llegar y no encontrarlo fue incómodo. Se quedó en el vestíbulo con la maleta y el abrigo que no necesitaría en toda una semana, y se sentó en un sofá de terciopelo sin ganas de enviarle un mensaje de texto para decirle que estaba allí.

Se había cogido una semana libre del trabajo.

Y había llevado a Stevie a un hotel para perros.

Sabía que se estaba adentrando en algo para lo que no estaba preparada. En una luz que podría cegarla.

Vio a Tom antes de que él la viera a ella. Entraba en el hotel con los hombros encorvados. Iba con otra mujer. Tal vez era Michelle.

Cherry se puso de pie. Vestía vaqueros ajustados y unos zapatos monísimos de charol amarillo con tacón. (Como los había llevado durante el vuelo, estaba que se moría).

Tom se detuvo.

Se enderezó.

—*Baby*… —dijo. Cherry lo leyó en sus labios.

Y asintió.

Agradecimientos

Cuando la vida nos presenta un problema, a veces lo que más ayuda es que un amigo haga una pausa con nosotros y concentrarnos juntos en el asunto que tenemos delante.

¿Conoces esa sensación? ¿Cuando alguien te escucha con toda su atención y sientes que avanzáis juntos, hombro con hombro, contra un obstáculo?

Me considero profundamente afortunada de tener amigos que toman pausas y dedican toda su atención a leer mis libros; amigos que escuchan mis preguntas y reflexionan con honestidad. En esos instantes siento una gratitud que me deja sin aliento, como si no estuviera sola bajo una montaña de palabras.

Gracias a Leigh Bardugo, Nicola Barr, Drew Davies, Joy DeLyria, Bethany Gronberg, Brian Guehring, Jessica Rowell, Lynn Safranek y Elena Yip por su atención sincera.

Un agradecimiento *especial* a Christopher Schelling y Ashley McCracken.

Y gracias también a mi marido y a mis hijos, quienes resuelven muchos de mis problemas en la mesa durante la cena.

Por último, mi más profundo agradecimiento a mi editora, Jennifer Brehl, que sabe escuchar de una manera tan cálida y lúcida, y al extraordinario equipo de William Morrow y HarperCollins, personas que realmente aman y luchan por los libros.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».
EMILY DICKINSON

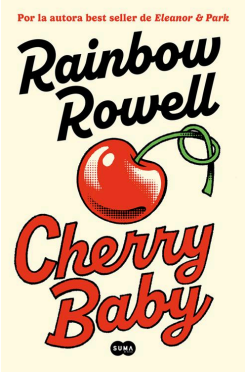
Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

penguinlibros



Rainbow Rowell regresa con su novela más sincera y sexy sobre una mujer que lo ha perdido todo... y no está segura de querer recuperarlo.

Todo el mundo sabe que Tom, el marido de Cherry, está en Hollywood rodando una película. Casi nadie sabe que no va a volver.

Tom es el creador de *Jueves*, un cómic que se ha convertido en un fenómeno internacional. Y es semiautobiográfico, lo que desgraciadamente significa que hay un personaje basado en Cherry: Baby.

Ella está horrorizada. Ninguna chica gorda quiere verse caricaturizada en un dibujo, y mucho menos en la gran pantalla. Pero no hay manera de ignorarlo. Baby se parece tanto a Cherry que la gente la reconoce por la calle.

Y mientras su futuro exmarido está en Los Ángeles haciéndose rico y famoso y convirtiéndose en la última sensación de internet, Cherry intenta recordar quién era ella antes de Tom.

Hasta que una noche se aventura a salir para ver a su grupo favorito... y alguien la reconoce.

Russ Sutton entró en la vida de Cherry cuando ella era una joven estudiante de arte aficionada a los vestidos *pin-up* y a los tacones de charol.

Russ realmente *conoce* a Cherry. Le *gusta* Cherry.

Y lo mejor de todo... nunca ha oído hablar de *Jueves*.

RAINBOW ROWELL es autora de libros que han llegado a colocarse en el número uno de la lista de best sellers de *The New York Times* como *Eleanor & Park*, *Bailar lento* y la trilogía de Simon Snow, así como de otras novelas, relatos y cómics que han recibido numerosos premios. Rowell vive con su familia en Omaha, Nebraska.



Título original: *Cherry Baby*
Primera edición digital: abril de 2026

© 2026, Rainbow Rowell
Publicado por acuerdo con la autora representada por The Lotts Agency, Ltd.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2026, Renata Somar, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com.

ISBN: 978-607-38-7426-7

Composición digital: Simon and Sons ITES Services Pvt. Ltd., Chennai